

REVISTA DEL



PENSAMIENTO CENTROAMERICANO

NUMERO 148 - (JULIO-SEPTIEMBRE 1975)

* GALERIA DE ARTE PRECOLOMBINO
(Cortesía de nuestros patrocinadores)

* EL VENDEDOR DE PAJAROS
Pablo Antonio Cuadra

* LOS ESTADOS UNIDOS EN LA
POLITICA DE NICARAGUA
Thomas V. Dodd

COMENTARIO DE LIBROS

SECCION ARCHIVO

* LA MUERTE DEL PRESIDENTE CARAZO
José Dolores Gámez

RELACION DEL VIAJE DEL PRESIDENTE DE
COSTA RICA, DON BERNARDO SOTO A
NICARAGUA (Parte Final)
Pio Viquez

BIBLIOGRAFIA CENTROAMERICANA.

NICARAGUA: 10 CORDOBAS - CENTROAMERICA: 2 DOLARES

REVISTA
**PENSAMIENTO
CENTROAMERICANO**

Vol. XXX (Julio - Septiembre, 1975) No. 148.
Apartado 2108. Managua. Nicaragua. Tel. 80788

Publicado por

CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ACTIVIDADES CULTURALES (CIAC)

en cooperación con

**CONSEJO SUPERIOR UNIVERSITARIO CENTROAMERICANO (CSUCA)
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE NICARAGUA
UNIVERSIDAD CENTROAMERICANA, NICARAGUA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE HEREDIA, COSTA RICA
CENTRO DE INVESTIGACION Y ACCION SOCIAL (CIAS), GUATEMALA
CENTRO DE INVESTIGACION Y ASESORIA SOCIO-ECONOMICA (CINASE)
TULANE UNIVERSITY, ESTADOS UNIDOS.**

SUMARIO

	Pág.	
	1	GALERIA DE ARTE PRE-COLOMBINO (Cortesía de nuestros Patrocinadores)
Pablo Antonio Cuadra	1	EL VENDEDOR DE PAJAROS
Thomas V. Dodd	5	LOS ESTADOS UNIDOS EN LA POLITICA DE NICARAGUA
	105	COMENTARIO DE LIBROS SECCION ARCHIVO
José Dolores Gámez	113	LA MUERTE DEL PRESIDENTE CARAZO
Pío Viquez	117	RELACION DEL VIAJE DEL PRESIDENTE DE COSTA RICA, DON BERNARDO SOTO A NICARAGUA (Parte Final).
	142	BIBLIOGRAFIA CENTROAMERICANA.

Joaquín Zavala Urtecho

en 1960

CONSEJO EDITORIAL

Oscar Aguilar Bulgarelli
Catedrático, Universidad Nacional de Heredia
Giuseppe Bellini
Catedrático de la Universidad de Venecia.

José Coronel Urtecho
Pablo Antonio Cuadra

Rafael Cuevas del Cid
Secretario General del CSUCA
Constantino Láscaris
Director Instituto Estudios Centroamericanos
Universidad de Costa Rica
Carlos Meléndez Chaverri
Catedrático de Universidad de Costa Rica
Chester Zelaya Goodman
Director Instituto Estudios Latinoamericano
Universidad Nacional de Heredia.

Director
Xavier Zavala Cuadra

Directores Asociados

Carlos Mántica Abaunza
CIAC

Sergio Ramírez Mercado
CSUCA

Ernesto Gutiérrez
Universidad Nacional Autónoma
de Nicaragua

Alvaro Argüello Hurtado, S.J.
Universidad Centroamericana

Franco Cerutti
Universidad Nacional de Heredia

César Jerez, S.I.
CIAS

Edmundo Jarquín Calderón
CINASE

Ralph Lee Woodward, Jr.
Tulane University

Jefe de Redacción
José Emilio Balladares Cuadra

Jefe de Distribución
An Mc Carthy de Zavala

Las opiniones expresadas en los artículos no representan necesariamente el punto de vista de esta publicación.

Aceptamos manuscritos sin comprometernos a publicarlos o devolverlos. Envíelos, por favor, al Director o al Director Asociado más cercano.

Articles appearing in this journal are abstracted and indexed in HISTORICAL ABSTRACTS and AMERICA HISTORY AND LIFE

Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización de la Dirección

Impresa en Lit y Edit Artes Gráficas

Diagramación
Rolando Padilla

*Galería de
Arte Pre-Colombino
Cortesía de nuestros patrocinadores*



MONO
Cerámica negra con pigmentación roja.
Altura 27 cm.
Las Bocas, Puebla, México.
Preclásico Medio, 1150 - 550 A.C.

De pie tan espontáneamente sobre una base abierta, esta pieza de la colección del Sr. Josué Sáenz y Sra., es una obra maestra de trabajo en cerámica. La figura ahuecada se sostiene ingeniosamente con las piernas, el objeto cilíndrico que porta y la cola, que se curva para darle un ulterior soporte en el fondo. La figura del mono, conocida en algunos trabajos olmecas, ha recibido aquí un tratamiento antropomórfico, adornándosele la espalda y las orejas.

Cortesía de Azúcar San Antonio

Cortesía de Compañía Nacional de Seguros



PATO

Superficie gris-perla pulida, con decoración permanente

Altura 11.8 cm.

Tlapacoya, Estado de México.

Preclásica Medio, 1150 - 550 A.C.

Moderadamente estilizada, esta notable pieza de la colección de Mr. and Mrs. Arno Leof, es extraordinaria por su decoración permanente, técnica raramente usada en efigies. Aunque formalmente ruda para ser del preclásico tardío, presenta líneas olmecas y semejanzas con hallazgos todavía no fechados que parecen proceder de los inicios del período.

VASIJA EN FORMA DE PECARI RIENTE.

Cerámica repujada naranja con decoración roja y crema.

Altura: 10.7 cm.

Altapatzalko, México.

Preclásico tardío, 100 - 1 A.C.

Cerámica de este tipo se ha encontrado frecuentemente en la Pirámide del Sol de Teotihuacán. Aunque el modelo no es precisamente bello, la esfinge tiene mayor expresividad que las más delicadas, pero un tanto estereotipadas, de posterior manufactura.



Cortesía de Embotelladora Milca

Cortesía de First National City Bank



FIGURILLA FEMENINA
Barro naranja y amarillo.
Altura: 17 cm.
San Jerónimo, Guerrero, México.
Preclásico, 1150 - 100 A.C.

Las figuras de la costa del Pacífico de México, como esta pieza del Museo Nacional de Antropología, se caracterizan por el elegante alargamiento de la cabeza y la decoración basada fundamentalmente en incisiones y depresiones hechas sobre el barro aún húmedo. Parecen tener una lejana relación con la cerámica de Centroamérica.

Cortesía de Jabón Prego

Cortesía de Supermercado La Colonia

v

Cortesía de E. Chamorro y Cía. Ltd.

Cortesía de GRACSA



FIGURILLA ERGUIDA
Cerámica repujada con decoración roja y negra brillante.
Altura: 10 cm.
Proveniencia desconocida.
Preclásico tardío, 550 - 100 A.C.

Cada una de estas miniaturas, incluso algunas no mayores de una pulgada de altura, despliega un cúmulo de técnicas y elementos decorativos en la máxima expansión que permiten sus dimensiones. La pieza es de la colección de Mr. and Mrs. Dudley T. Easby, Jr., de New York.



COYOTE
Cerámica repujada naranja con decoración negra.
Largo: 16.5 cm.
Remojadas, Veracruz, México.
Protoclásico, 100 A.C. - 200 D.C.
Milwaukee Public Museum.

Las representaciones vigorosas de este tipo de animales, son todas muy parecidas. Cada una, sin embargo, da la apariencia de ser producto de una inspiración no reflexiva, que improvisó sobre el barro, dándole una vida captadora de su esencia intransferible. La economía de medios es sorprendente.

*Cortesía de
Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica*

Cortesía de La Prensa

El Vendedor de Pájaros

**"Oucan nemi tototl
chachalaca tlatohua
Obua yahualo quimam
teotl icham"
(Anda por ahí el ave,
partotea, gorjea.
Con pena de giros: va en pos
de la casa de Dios)**

Canto nahuatl (de Texcoco)

1.

*Con el eco
voló
cantando
del barranco
un Toledo*

—Pero si es un chavalo!
*gritó
el Cabo.*

*Con el pié
dio la vuelta al cuerpo
y la bota
se llenó de sangre*

—Le dí el ;alto!
*dijo
el Raso*

*El Cabo
recogió del suelo
un rifle de palo*

**—Es que ahora los que joden
son muchachos**
*dijo
el Raso*

*Nuevas moscas
llegaron
sentándose
en sus labios*

—Lo que sos es cobarde!
*dijo
el Cabo*

2.

*Josesito Lumbi conocía
pluma a pluma
y nota a nota
el "pujuy" del Pocoyo
que salta en los caminos,
el "trin-trin" del Brinquino,
el "toc-toc" del Carpintero
con su martillo hermejo,
el chischil de metal del Zorzal,
el "guús" del Guás,
el "cierto güis" del Güis,
el solitario "fii" de la Perdiz,
las "erres" de cristal del Cardenal,
las vocales musicales del Senzontle,
el "chipilin - chipilin"
del Saltacерco,
el siteo silbado del Pardal mulero,
las gárgaras de la Urraca azul,
el gluglutear de la Oropéndola
con su cola de oro,
el serrucho musical del Tucán,
el "chio-chio-chis" del Chio
y el "jodido
jodido"
del Toledo.*

*Josesito Lumbi conocía
los huevos y los nidos
del Chocoyito zapoyolito
y del Chocoyo cancán,
del Chocoyo jalacatero
y del Chocoyito real.
Conocía
la paloma patacona,
la paloma gongolona,
la paloma petenera,
la paloma rodadora
y la paloma de collar.*

3.

*En las jaulas
del rancho
trinos, piales
y cantos.*

*María abre la ventana
al campo.*

**—¡Josesito
nunca tarda tanto!**

*El Senzontle
gorjea*

**—Le encargaron
un Toledo
dice Pancho.**

*La Paloma
zurea*

**→Pero nunca
tarda
tanto!**

*El Chichiltote
silbea*

**—El camino al barranco
es largo
dice Pancho**

*La Chorchita
sisea*

**—¡Pero nunca tarda
tanto!**

4.

—;Pájaros!
;Pájaros!
*¡Las veces que vi pasar
a Pancho
 en bicicleta
llevando al niño
sentado en el manubrio
y atrás las jaulas
 unas
 sobre
 otras
llenas de pájaros
 piando
 trinando
 papaloteando
 dando
aletazos contra las cañas
de bambú.*

*Ahora
arrastrando los pies
en el polvo del camino
vuelves del Comando
lo llevas
 creés
que todavía sisea
 pones
tu oído
en su pechito
 crees
que todavía
tu pajarito
aletea*

*Lloras
—; Ya no!
 me dices
y aprietas
tus puños
cuando se oye
 lejos
desde el rancho
con los brazos
 en alto
 —árbol
 sin pájaros—
el grito de María.*

Agosto 1975

PABLO ANTONIO CUADRA



**LOS ESTADOS UNIDOS EN LA POLITICA
NICARAGUENSE**

Elecciones Supervisadas 1928-1932

Por el Dr. Thomas J. Dodd •

Indice

- I. Introducción: Un fondo para conflictos.
 - II. Un artículo de paz — elecciones supervisadas.
 - III. Involucración en la política interna.
 - IV. Washington y un congreso nicaragüense.
 - V. Sandino — “un hombrecito en las montañas.”
 - VI. Los Liberales y los Conservadores.
 - VII. Obstáculos para la Supervisión.
 - VIII. Las realidades de la Intervención.
 - IX. El camino difícil hacia la “tranquilidad nacional”.
 - X. Un cambio de gobierno.
 - XI. Las elecciones legislativas de 1930.
 - XII. Las elecciones municipales de 1931.
 - XIII. Las decisiones presidenciales de 1932.
 - XIV. Conclusión.
- Agradécimientos**

Doctor en historia de la Universidad George Washington. Ex-director del Latinoamerican Program de la Universidad de Georgetown - Actualmente profesor de Historia Latinoamericana de la School of Foreign Service de la misma Universidad.

I.

INTRODUCCION: UN FONDO PARA CONFLICTOS

El desarrollo político de la república de Nicaragua ha sido largo y tortuoso. Esto se ha debido en parte, a los difíciles problemas internos que ha sufrido el país. Pero no es posible desconocer la responsabilidad que corresponde a las potencias interesadas en la construcción de una ruta interoceánica en territorio nicaragüense.

Los problemas internos empezaron a afectar este país, el más grande de Centro América, casi inmediatamente después de que logró su soberanía política. De hecho, muchos de estos problemas se originaron en el período colonial. Las rencillas existentes entre las dos facciones que eventualmente se convirtieron en los dos partidos políticos más importantes del país, siiguieron perturbándolo sin esperanza de arreglo durante el siglo XIX. La población urbana de Nicaragua está mayormente concentrada en dos o tres áreas específicas, y esto ha contribuido en gran medida a agravar las tensiones que de antiguo han existido entre los liberales de León y los conservadores de Granada. En realidad, el país siempre ha estado alineado políticamente alrededor de estas dos ciudades. Tal ha sido la rivalidad existente entre ambas que, en definitiva, Managua vino a ser la capital de la república, porque tanto los liberales como los conservadores se opusieron a que la sede del gobierno se radicara en la ciudad de sus antagonistas. (1)

Nicaragua también ha tenido que afrontar intromisiones militares y económicas de fuerzas externas; y esto, lógicamente ha contribuido muy poco a calmar las encrespadas aguas de su política doméstica. Gran Bretaña pronto se interesó en esta estrecha faja de tierra entre los océanos Atlántico y Pacífico y, como consecuencia, autorizó numerosas incursiones de sus oficiales navales en sus costas a partir de 1790. A medida que los intereses económicos británicos en la zona este de la república adquirieron importancia, tanto la facción liberal como la conservadora, en distintas ocasiones, trataron de fortalecer sus respectivas posiciones con el apoyo de la entonces señora de los mares.

No fue sino hasta 1840 —cuando el experimento unificador centroamericano fracasó— que los Estados Unidos comenzaron a jugar un papel significativo en los asuntos domésticos nicaragüense. Entonces la historia volvió a repetirse. Al empezar Nicaragua la segunda fase de su vida independiente, las facciones liberal y conservadora alternaron en solicitar la asistencia

del intruso norteamericano. Esto dejó preparada la escena para ulteriores intervenciones.

Poco después de 1850, los liberales trataron de arrebatarse el poder a los conservadores, por lo que se interesaron en el aventurero William Walker, en quien vieron un posible sostenedor de su causa. Los liberales no tardaron mucho en darse cuenta de que habían cometido un funesto error, ya que el gobierno de Walker finalmente degeneró en una odiosa dictadura.

Afortunadamente para los nicaragüenses, su presidente yanqui se las arregló para ganarse la enemistad de Cornelius Vanderbilt, un financiero de New York que poseía una compañía de transporte en la región.

Vanderbilt era rico y poderoso, y gracias a los recursos de que disponía pudo determinar la caída de Walker en 1857. Esta pesadilla fue seguida por un largo período de paz y tranquilidad bajo sucesivos regímenes conservadores. La intervención foránea, por lo tanto, distó mucho de ser una bendición para los liberales, quienes pronto se reconciliaron con el gobierno conservador.

Las delicias de la paz resultaron tan atractivas para el país en general que los liberales llegaron hasta rechazar el instrumento del alzamiento como medio para introducir cambios políticos en el país.

Cuando el liberal José Santos Zelaya ascendió a la presidencia en 1893, sus partidarios se felicitaron por haber alcanzado el poder, pero nadie pensó en regresar a la tumultosa agitación de periodos anteriores. Zelaya, no obstante, pronto se convirtió en un dictador con ambiciones tan desmedidas que desbordaban las fronteras de Nicaragua. En 1908 se escuchó de nuevo el llamado a la unión centroamericana. Esta vez, el presidente de Nicaragua, llevado de una increíble vanidad, asumió la dirigencia del movimiento de unificación con el propósito de llegar a dominarlo. Esto no pasó desapercibido en los Estados Unidos, quienes hacía tiempo estaban interesados en una ruta interoceánica. Como consecuencia, el gobierno norteamericano comenzó a mirar las ambiciones de Zelaya con preocupación y recelo.

Cuando los conservadores, aliados con ciertos elementos liberales, se rebelaron finalmente contra el dictador, Washington abrazó la causa de los rebeldes. Esta actitud se hizo patente cuando los norteamericanos rehusaron reconocer el candidato que, como solución del conflicto,

propuso Zelaya. Las consecuencias que de este hecho se derivaron para Nicaragua repercutieron por largo tiempo en la vida interna del país. No pasó mucho tiempo sin que Juan Estrada, líder revolucionario conservador, asegurara el control del país y obtuviera el codiciado reconocimiento de los Estados Unidos. De nuevo los liberales habían sido desplazados del poder y relegados a una posición secundaria en los asuntos del país por virtud de la intervención extranjera.

La tutela norteamericana sobre Nicaragua se reflejó, desde luego, en la esfera política, pero uno de sus objetivos principales fue poner en orden el caos financiero por el que atravesaba el país. El gobierno de Washington estaba convencido de que esto traería como secuela indefectible la estabilidad de que hasta entonces habían carecido los gobiernos de la república. Al parecer, los políticos del nuevo régimen conservador se dieron cuenta de ello y aceptaron de inmediato las orientaciones fiscales de los Estados Unidos. Washington arregló un préstamo que Nicaragua garantizó entregando la administración de las aduanas del país a ciertos financieros neoyorquinos.

Hacia 1912, el sistema estaba funcionando razonablemente bien y las relaciones entre los conservadores de Granada y Washington se habían estrechado considerablemente. Fue así que los Estados Unidos iniciaron una nueva aventura financiera en el Caribe y el partido que la propició fue reconocido y apoyado como el factor básico de su buen funcionamiento. En adelante este fue el postulado cardinal de la política norteamericana con respecto a Nicaragua.

Pero naturalmente, nadie podía razonablemente esperar que la paz reinara en el país simplemente porque el Partido Conservador se hubiera convertido en el custodio de la cosa pública. Las rivalidades personales que pronto surgieron entre los mismos conservadores no tardaron en desanimar a los más optimistas. En septiembre de 1912 los Estados Unidos tuvieron que situar un destacamento de "Marines" en Nicaragua con el propósito de impedir que Adolfo Díaz, el político conservador que había ocupado la presidencia en mayo de 1911, fuera derrocado.

Con el tiempo las finanzas de Nicaragua empezaron a enderezarse, pero tanto Díaz como su sucesor, el intrépido y vigoroso Emiliano Chamorro, continuaron siendo lo que siempre habían sido, los jefes ejecutivos del país: los amos indiscutibles de sus procesos electorales. Los presidentes nicaragüenses siempre habían manifestado una rara habilidad para controlar la elección de sus sucesores. Y nunca se habían abstenido de usar el fraude y la intimidación si esto era indispensable, para alcanzar sus fines. El sistema había tenido la virtud de asegurar, sin grandes tensiones, la continuación del gobierno conservador desde 1911, pero había permitido y aún incrementado los supremos e ilimitados poderes de los presidentes.

Aún cuando Emiliano Chamorro había demostrado que era capaz de mantener el orden en la república desde 1917, los Estados Unidos se inquietaron cuando conocieron sus planes para perpetuarse en el poder a través de la elección de su tío, Diego Manuel Chamorro, en 1920. Esto hizo que Washington empezara a preocuparse por el problema del continuismo en Nicaragua. Como primer paso, en 1920, el gobierno norteamericano envió un comandante de su ejército para actuar como observador de la contienda presidencial de ese año. Chamorro comprendió que esta misión significaba una amenaza para sus planes de mantener en la posición dominante a su familia y trató de contemporizar instituyendo algunas reformas electorales. Pero estas fueron insignificantes y de poca monta, y no pudieron impedir que, como siempre, los liberales declararan que las elecciones habían sido fraudulentas. Como siempre también, los Estados Unidos hicieron caso omiso de las protestas de los liberales.

Diego Manuel Chamorro tomó posesión en 1921, pero el observador norteamericano informó a su gobierno la verdad, o sea, que las elecciones simplemente habían reflejado la astucia del presidente quien, de ese modo, se las había arreglado para situar a su escogido en la presidencia y continuaría así desempeñando el poder supremo en el país.

No mucho después de estas elecciones, Washington hizo saber a Nicaragua en términos categóricos que su legislación electoral requería ser modificada drásticamente. Aparentemente una de las lagunas más notables de todo el sistema era que la supervisión del registro de electores y de la votación estaba atribuida al partido de gobierno. Para ponerle remedio a esta injusticia un ciudadano norteamericano redactó una nueva ley electoral que fue aprobada por el Congreso nicaragüense en 1923. La nueva ley exigía que las juntas electorales incluyeran representantes tanto de los liberales como de los conservadores. Pero, aunque la innovación contribuyó en algo a disminuir la corrupción que imperaba en las justas electorales de la república, no afectó en lo más mínimo la ascendencia de los conservadores quienes siguieron atrincherados en el poder.

Ni siquiera el fallecimiento de Diego Manuel Chamorro antes de cumplir su periodo presidencial impidió que el Partido Conservador continuara como supremo árbitro de la nación. En enero de 1926, el intrépido Emiliano depuso al político conservador, Carlos Solórzano que entonces detentaba la presidencia y de nuevo se situó al timón del gobierno.

Para Chamorro esta maniobra representó un paso fatal en su carrera política que, a la larga, determinó el desalojo de los conservadores del poder. En primer término, Chamorro incurrió en el desagrado de Washington; en segundo término, provocó un movimiento de repulsa que puso de relieve como nunca los males políticos del país.

Cuando Emiliano Chamorro derrocó a su colega conservador de la presidencia, también negó a Juan Bautista Sacasa, el liberal que había sido elegido vice-presidente en una singular candidatura de coalición, el derecho a ejercer el mando supremo en el país. Durante mucho tiempo los liberales no habían estado tan cercanos a ocupar la primera magistratura como en este momento, y Sacasa, tan capaz como orgulloso, no permaneció ocioso dejando pasar esta dorada oportunidad. En mayo de 1926 estalló la insurrección. Los Estados Unidos pudieron forzar la renuncia de Chamorro prometiéndole, algo vagamente, que su candidatura presidencial sería seriamente considerada por Washington en 1928. (2) Pero aún cuando el gobierno norteamericano sintió la necesidad de salvar la legitimidad mediante la renuncia del usurpador, no estaba en condiciones de permitir que los liberales tomaran el poder como consecuencia de una protesta armada. Consecuentemente, los Estados Unidos respaldaron abiertamente al ex-presidente conservador Adolfo Díaz y auspiciaron su elección por el Congreso nicaragüense en el otoño de 1926. Una vez más la intromisión foránea en las rencillas intestinas nicaragüenses habían malogrado las esperanzas de los políticos liberales.

El mero reconocimiento de Adolfo Díaz no liquidó las pretensiones de Sacasa a la posición que legalmente le correspondía. El vice-presidente persistió en su lucha contra el ejército conservador, y aun llegó a establecer un gobierno provisional en Puerto Cabezas, ciudad situada en la costa Atlántica de Nicaragua. En diciembre de 1926 las autoridades mexicanas reconocieron este gobierno y comenzaron a aprovisionarlo. Esto, naturalmente le confirió en el acto apariencias de legitimidad. Por esta época Washington había incrementado sus envíos de armas al presidente Díaz y había desembarcado "Marines" en la costa este con el objetivo de proteger los intereses y las vidas norteamericanas. Esta política era, después de todo la tradicionalmente seguida por los Estados Unidos: apoyar al partido conservador como vehículo único e insustituible de la estabilidad política nicaragüense.

Pero esta vez el gobierno de Coolidge, al revés de sus predecesores, no pudo seguirla sin encontrar una fuerte oposición en los mismos Estados Unidos. Afortunadamente, los liberales de Sacasa habían llegado con su propaganda a gran parte del mundo, y, como resultado, se habían ganado el apoyo de numerosos congresistas americanos. Los presidentes norteamericanos siempre habían podido lidiar a su antojo con las fuerzas nicaragüenses, pero la situación que ahora se presentaba era completamente distinta. Calvin Coolidge y su Secretario de Estado, Frank B. Kellogg, tuvieron que afrontar su propio Congreso

dirigido por líderes elocuentes y habilidosos. Ambos estadistas no tardaron mucho en darse cuenta de que la intervención en los asuntos domésticos de Nicaragua con el fin de preservar la paz y la estabilidad ya no eran de la competencia exclusiva del presidente de los Estados Unidos.

A principios de enero de 1927 el presidente Coolidge levantó el embargo que brevemente había sido establecido contra ambos contendientes en la guerra civil y autorizó embarques de armas exclusivamente a las fuerzas conservadoras. Esta actitud provocó una fuerte reacción en el Congreso norteamericano y, desgraciadamente para Coolidge, le atrajo la hostilidad de poderosos elementos en el Senado. Entre ellos figuraba el senador Borah de Idaho, quien era presidente del Comité de Relaciones Exteriores. Este senador había sido por mucho tiempo un crítico implacable de la actitud de su partido en los asuntos exteriores, y, al ver ahora que la administración de Coolidge estaba dispuesta a respaldar al presidente Díaz inmiscuyéndose en una contienda civil en suelo extraño, tomó el partido de Juan Bautista Sacasa y comenzó a apoyar sus pretensiones. (3) El senador basó su posición en la necesidad de mantener la idea de la legitimidad como base fundamental de cualquier política enderezada a establecer un gobierno responsable en Nicaragua.

La oposición a la política de Coolidge y Kellogg también cobró impulso en la Cámara de Representantes. (4) En numerosos discursos pronunciados en el recinto de la Cámara se comenzó a inquirir el motivo de la presencia de los "Marines" en Nicaragua y se manifestó viva sorpresa ante la ausencia de una explicación razonada proveniente del Departamento de Estado. (5) Era obvio que el secretario Kellogg no había hecho el menor esfuerzo por justificar públicamente el embargo dictado contra Nicaragua.

El senador Burton Wheeler de Montana también se unió el coro de los disidentes: no solamente apoyó la actitud de Borah relativa a la retirada de los "Marines" de Nicaragua, sino que también demandó que se entregara a Juan Bautista Sacasa la posición que en justicia le correspondía. El 4 de enero de 1927 el senador Montana sometió una resolución al Senado en la cual se hacía constar que dicho cuerpo favorecía la retirada de los "Marines" de suelo nicaragüense así como la de los barcos de guerra norteamericanos anclados en los puertos del país. La resolución declaraba, además, que Sacasa era el sucesor legal de Carlos Solórzano —el presidente depuesto por Chamorro— y que Díaz carecía de derecho a ocupar la silla presidencial. Esta resolución fue prontamente presentada al Comité de Relaciones Exteriores bajo los auspicios de Borah, quien parecía estar particularmente ansioso de plantear

el problema nicaragüense al pleno de dicho Comité.

Esta actitud constituyó un reto directo a la política del Ejecutivo con respecto a Nicaragua.

Coolidge respondió a los discursos pronunciados en el Senado y la Cámara mediante un mensaje que envió al Congreso el 10 de enero. El presidente fue sorprendentemente franco en sus explicaciones. Comenzó por decir que el apoyo prestado por México a las fuerzas liberales había intensificado la oposición a Díaz. La actitud mexicana, agregó el presidente, ponía claramente en peligro los derechos adquiridos y por adquirir de los Estados Unidos a construir un canal en Nicaragua; era, además, una amenaza para las inversiones norteamericanas. Coolidge también subrayó, —es claro que sin mucha convicción— que los Estados Unidos no deseaban intervenir en los asuntos privativos de los nicaragüenses, y concluyó su mensaje afirmando que los Estados Unidos tenían una "peculiar responsabilidad" en Nicaragua y que, por tanto, se sentían preocupados por la amenaza que la guerra civil y la intervención de intereses extraños representaban para la estabilidad de Nicaragua. Esto era, desde luego, una alusión directa a la asistencia que Sacasa estaba recibiendo de México. (6)

Si la intención de Coolidge fue calmar a los oponentes de su ambigua política nicaragüense no hay duda de que fracasó en su intento.

Cierto, la declaración presidencial quiso poner de relieve el desagrado con que los Estados Unidos veían la necesidad de intervenir en Nicaragua. Pero, al mismo tiempo, reafirmó la necesidad de mantener a los "Marines" en su dudosa obra de pacificación.

El poderoso presidente del Comité de Relaciones Exteriores, por su lado, no se manifestó dispuesto a disminuir sus ataques y decidió tomar la iniciativa, como lo había hecho en otras ocasiones en que no había estado satisfecho con la política exterior norteamericana. Su próximo paso fue sugerir que los miembros del Comité hicieran una visita a Nicaragua con el fin de determinar lo que estaba realmente ocurriendo y de qué lado estaba la razón: del gobierno de Díaz, del ejército liberal de Sacasa, o de los Estados Unidos. Esta propuesta de investigación congressional constituyó un reto claro y directo al presidente y a su Secretario de Estado y a su manejo de la política seguida en Nicaragua.

NOTAS DEL CAPITULO I

- (1) José Coronel Urtecho, *Reflexiones Sobre la Historia de Nicaragua* (Managua: Imprenta Nacional, 1963), I, 10
- (2) Emiliano Chamorro, antiguo presidente de Nicaragua, entrevista personal con el autor en Managua, Marzo 25, 1965.
- (3) U.S. Archivo del Congreso, 69 Cong. 2a. Sesión, enero 11, 1927, p. 1428.
- (4) *Ibid.* pp. 1444-1445.
- (5) *Ibid.* Enero 10, 1927, pp. 1324.
- (6) *Ibid.* p. 1326/

II.

UN ARTICULO DE PAZ - ELECCIONES SUPERVISADAS

Henry L. Stimson - Ojos, Oídos - y más
Un candidato se prepara para ser reconocido
Entrada de Stimson
Un encuentro con los Liberales

La consolidación de la intervención
El regreso al hogar - un trago y cambio
(de vestimenta)

Espoleado por la actitud del congreso y por el temor de que el Comité de Relaciones Exteriores del Senado le arrebatara la iniciativa en Centroamérica, el presidente Coolidge se decidió a profundizar en los problemas planteados por el conflicto nicaragüense. A estos efectos solicitó la cooperación de Henry L. Stimson, quien había sido secretario de la guerra en la administración de

Taft. La selección de este prominente abogado neoyorquino dio importancia inusitada a los acontecimientos en Nicaragua. También puso de relieve el vivo deseo de Coolidge de enterarse mejor de la situación. Stimson había sido un servidor público competente y honesto, y por esta época tenía ya 60 años. A pesar de que ya rondaba en la edad de su retiro, no vaciló en responder

afirmativamente al llamado de su presidente. En realidad, no era fácil encontrar a un hombre capaz de asimilar las complejidades de la política nicaragüense y de coordinar los factores indispensables de la guerra civil con vista a una pronta solución.

El antiguo secretario del gabinete de Taft escribió modestamente en su diario que el presidente había sido reacio "a molestarme de nuevo", pero que le había expresado: "si Ud. no puede ir (a Nicaragua), realmente no sé a quien escoger para esta misión". (1) Aparentemente, el nombramiento de Stimson le fue sugerido a Coolidge por Elihu Root y por Leonard Wood, quien entonces era gobernador de las Filipinas (1912-27). En muchos sentidos el próspero abogado neoyorquino era un hombre que sería difícilmente comprendido por los políticos latinoamericanos con quienes tendría que tratar. Stimson era un hombre frío y austero que tenía un alto sentido del deber y del honor. Estaba firmemente convencido de que un hombre valía tanto como su palabra, y, sobre todo, era extremadamente tenaz: siempre empleaba para llevar a cabo sus propósitos un máximum de diligencia y constancia. Su esfuerzo para terminar la guerra civil nicaragüense iba a consumir hasta la última gota de su energía e iba a poner a prueba su capacidad para lidiar con los políticos nicaragüenses, tan astutos como apasionados.

La selección de Stimson fue exclusivamente idea del presidente; no hay indicios de que Kellogg interviniera en ella para nada. Ciertamente el congreso no fue consultado. Para el secretario de estado, el nombramiento de Stimson constituyó un gran alivio. Por ese entonces se recibieron informes en los Estados de que la ayuda que México prestaba a Sacasa estaba cobrando impulso. Esto, desde luego, complicaba considerablemente el problema nicaragüense y lo hacía mucho más difícil de manejar. (2)

No era ésta la primera vez que Coolidge solicitaba la ayuda del ex-secretario de la guerra. El año anterior la opinión de Stimson había sido solicitada en relación con la disputa existente entre Chile y Perú sobre las provincias de Tacna y Arica. El problema central de esta contienda diplomática era que Chile controlaba el aparato administrativo que llevaría a cabo el plebiscito en las dos provincias, lo cual, naturalmente, hacía más que probable que el plebiscito favoreciera las aspiraciones chilenas. En otras palabras, se anticipaba la posibilidad de una votación fraudulenta. Stimson inmediatamente comprendió el dilema en que se encontraba Coolidge: seguir reconociendo un gobierno que, como el que Chile mantenía en Tacna y Arica probablemente llevaría a cabo un plebiscito ilegal, o rechazar los resultados del plebiscito y ofender a un país con el cual los Estados Unidos mantenían relaciones de amistad. (3)

Las conclusiones de Stimson en su estudio del

problema de Tacna y Arica en 1926 fueron extremadamente significativas. En un sentido estaban directamente relacionadas con las dificultades que Coolidge anticipaba en Nicaragua. En 1926 el ex-secretario de la guerra manifestó al Departamento de Estado que la votación en las provincias que Chile y Perú se disputaban no sería libre debido "a que una de las partes contendientes dominaba la administración civil". (4) Consecuentemente, en el sentir de Stimson, los Estados Unidos no estaban en posición de garantizar la legalidad del plebiscito; además, la labor desarrollada por el general Pershing y por su sucesor, el general Lassiter, lejos de contribuir a la solución de la disputa, más bien había obstaculizado la posibilidad de realizar una elección libre y democrática. (5).

La recomendación de Stimson en el conflicto de Tacna y Arica fue, por consiguiente, sustraer la maquinaria electoral del control de ambas partes y situar la supervisión de la votación en manos de los Estados Unidos. Esta recomendación fue favorablemente recibida por el gobierno de Coolidge. (6) El presidente, al igual que Stimson, estaba convencido de que la situación en Nicaragua era la misma que había existido en Tacna y Arica. Si la paz iba a restablecerse en Nicaragua y si se iban a efectuar comicios libres en el país, el viejo problema de que el partido de gobierno siempre triunfaba en las elecciones tenía que ser afrontado y solucionado. Tal vez fuera posible llegar a un acuerdo con el gobierno conservador a fin de que los Estados Unidos presidieran las elecciones. Así se evitaría que los Estados Unidos se vieran en la embarazosa necesidad —apuntada ya por Stimson en 1926— de tener que reconocer un régimen producto de unas elecciones viciadas por el fraude y tal vez por la violencia.

El presidente Coolidge recordó con satisfacción y agrado la solidez de las recomendaciones que Stimson le había hecho al gobierno un año antes en otro caso similar. El hecho de que de nuevo Coolidge hubiese acudido a Stimson indicaba la intensidad de su preocupación por una tempestad política que amenazaba, con sus ráfagas, considerables intereses norteamericanos. El nombramiento de Stimson implicaba poner la situación en manos de un hombre que había tenido experiencia en estos asuntos. Específicamente, la tarea principal del ex-secretario de la guerra sería terminar la guerra civil mediante un armisticio y preparar así el camino para la celebración de elecciones honradas.

Mientras los planes para el viaje de Stimson a Nicaragua —bajo el pretexto de rendir un informe al presidente— adelantaban, Robert Olds, secretario auxiliar de estado, preparó un estudio confidencial sobre la política de los Estados Unidos en Centroamérica. La intención que se perfilaba en el memorandum de Olds iba mucho más allá de una mera gestión de mediación o del

propósito de informar al presidente, como se había declarado a la prensa. Lo que en realidad se planteaba en el memorandum era la intervención activa en Nicaragua con el objeto de preservar los intereses históricos de los Estados Unidos en Centroamérica. (7) Uno de sus pasajes más importantes era del siguiente tenor:

Si alguna vez un país ha tenido un interés especial en un área determinada, no hay duda de que éste es el caso de los Estados Unidos con respecto a los países situados al sur de la república de México. Así lo ha reconocido tácitamente el mundo entero hasta este momento. (8).

Los esfuerzos de México para respaldar a Juan Bautista Sacasa en su lucha contra el gobierno de Díaz aparentemente eran considerados como un reto a esta posición de hegemonía que los Estados Unidos se habían atribuido en Centroamérica. La conclusión que Olds derivaba de esto era la siguiente:

Los datos disponibles al presente indican con bastante claridad que a menos que estemos dispuestos a adoptar medidas que trasciendan la mera protección de las vidas y propiedades norteamericanas en el territorio afectado, habría un considerable derramamiento de sangre y el gobierno que hemos reconocido sería desalojado del poder. Esto significa que el gobierno organizado por Sacasa, que hemos rehusado reconocer, se apoderaría del país con el respaldo de México. (9).

Lo que Olds temía en realidad era que los Estados Unidos perdieran su posición preponderante en Centroamérica como resultado del conflicto nicaraguense. La actitud anti-intervencionista del congreso parecía pesar poco en el juicio del secretario auxiliar. De hecho, Olds, pensaba que la cuestión de si los Estados Unidos estaban o no facultados para intervenir, planteada por ciertos congresistas, era puramente incidental. Aunque creía que eventualmente sería necesario someter al poder legislativo un plan de acción en Nicaragua, opinaba que todavía no había llegado el momento para dar semejante paso (10)

Muchos funcionarios del Departamento de Estado compartían el pensamiento de Olds. Estos funcionarios creían que si el presidente se decidía a buscar una solución pacífica a la guerra civil en vez de recurrir al extremo de una invasión de Nicaragua en toda regla, los Estados Unidos tendrían que considerar la posibilidad real de que México los reemplazara como el país de mayor influencia en Centroamérica.

Pero antes de recurrir a la intervención, el gobierno quiso ensayar la solución menos radical que implicaba la misión de Stimson. La tarea de Stimson, tal como se le había presentado al público norteamericano, consistía primariamente en indagar los hechos e informar al presidente. Pero el diario del enviado norteamericano revela

que esto no era así. Al ser nombrado Stimson inquirió del presidente si su deber se reducía a "rendir un informe y nada más"; Coolidge replicó prontamente: "deseo que vaya algo más allá. Si Ud. entrevé la posibilidad de enderezar las cosas, mi deseo es que proceda a hacerlo así". (11)

Estaba claro que el presidente tenía la esperanza de hacer abortar la guerra civil y librarse así del enojoso problema nicaraguense. Pero Coolidge no estaba inclinado, sin embargo, a aceptar las recomendaciones de Olds sobre una intervención en regla. Su plan era conferir a Stimson poderes amplios para terminar la lucha usando la persuasión como primera medida; si esto fallaba, la fuerza sería usada como último recurso.

Las conferencias que Stimson, Robert Olds y el presidente celebraron en la Casa Blanca, no precisaron con claridad y detalle los objetivos exactos de la misión del primero. Coolidge, como hemos visto, deseaba dar a Stimson plenas facultades para decidir sobre el terreno lo que fuese más conveniente. Por tanto, Stimson no recibió ningún pliego de instrucciones formales como es usual en estos casos. Se veía claro que el presidente no había formulado un plan específico para producir la terminación de la guerra civil. Esto dejó a Stimson un tanto desconcertado sobre los objetivos reales de su misión. (12) El ex-secretario de la guerra, sin embargo, tenía clara conciencia de que si se presentaba la oportunidad, estaba autorizado para hacer cesar las hostilidades y traer tanto a Díaz como a las fuerzas de Sacasa y Moncada a la mesa de conferencias.

En vista de la indiscutible latitud de su misión, Henry Stimson definió su propio pensamiento sobre el problema a principios de abril de 1927, es decir, poco después de su conferencia con el presidente. Antes que nada, era su opinión que las decisiones cruciales relativas a los términos de un posible armisticio tendrían que ser adoptadas por los Estados Unidos. (13). Stimson concluyó que la paz jamás resultaría de conversaciones entre los partidos beligerantes.

En segundo lugar, el ex-secretario de la guerra dedujo que era esencial retener a Adolfo Díaz como presidente sin trabas ni condiciones de clase alguna. (14). La cuestión sobre la legitimidad del ejecutivo nicaraguense no podía discutirse porque éllo únicamente significaría añadir un problema más a la ya larga lista de espinosas dificultades que había que resolver. Además, si los Estados Unidos consentían en remover a Díaz de su cargo como medio de apresurar el fin del conflicto, ello equivaldría a confesar que ni siquiera el propio gobierno norteamericano estaba exento de dudas sobre la legalidad del mandato del presidente nicaraguense.

De esto se deriva lógicamente que los Estados Unidos tendrían que oponerse a las pretensiones de Sacasa a la presidencia. Si Sacasa insistía en sus

derechos, se usaría cuantas amenazas fueran indispensables para disuadirlo de sus propósitos. Coolidge había convenido con Stimson que era ésto, precisamente, lo que debía hacerse, pero nunca entró en detalles sobre la forma en que había que hacerlo. Esto era de la incumbencia exclusiva del ex secretario de la guerra, y él estaba consciente ello.

Stimson recordó sus ideas sobre otro caso anterior de importancia. A fin de que los liberales tuvieran la oportunidad de situar a su líder en la presidencia era necesario que los Estados Unidos supervisaran las elecciones que inevitablemente habrían de efectuarse. Por tanto, si Sacasa deponía las armas, Stimson estaba dispuesto a prometerle a su partido, la celebración de unos comicios libres y exentos de todo fraude e intimidación. Su fórmula para un arreglo pacífico consistía, por consiguiente, en una combinación de amenazas y promesas. (15)

Ni Kellogg ni el presidente Coolidge hicieron a Stimson recomendaciones específicas sobre su idea de llevar a efecto elecciones supervisadas. Esto, unido a las vagas manifestaciones que se le hicieron en relación con otros asuntos del problema, forjó en la mente de Stimson la convicción de que, en realidad, su esfera de acción era ilimitada y que su proyecto para la realización de elecciones supervisadas era la vía adecuada para solucionar el conflicto. Por otra parte, la amplitud de sus poderes y la ausencia de instrucciones precisas de la Casa Blanca o del Departamento de Estado lo llenaron de una profunda preocupación. (16). Sin duda, sus responsabilidades era mucho más considerables que las de otros agentes diplomáticos.

Tan pronto como se dio publicidad a la misión de Stimson dos personajes del mundillo político de Washington empezaron a laborar de inmediato en favor de la candidatura de Emiliano Chamorro para presidente de Nicaragua. Uno de ellos era Chandler P. Anderson, ex-funcionario del Departamento de Estado dedicado a asuntos legales internacionales. Hacia tiempo ya que Chamorro había contratado los servicios de Anderson para que actuará como representante y vocero suyo en la capital de los Estados Unidos.

Mientras Kellogg y Olds consagraban su tiempo en tratar de calmar a los alborotados congresistas norteamericanos, Anderson empleaba el suyo urgiéndolos para que patrocinaran lo que, a su juicio, constituía la solución más sencilla del problema: rechazar las candidaturas de Sacasa y Díaz. (17). Parece que Olds creía que esta solución no era del todo mala, pero en definitiva la rechazó porque temía que Chamorro resurgiera y se apoderara de la presidencia una vez más. (18).

No contento con defender los intereses de su cliente ante el Departamento de Estado, Anderson se reunió con Stimson poco antes de la partida del último hacia la capital de Nicaragua. Anderson presentó el caso de Chamorro con toda

seriedad. Insistió una y otra vez que no debería tomarse paso alguno que pudiera antagonizar a su poderoso cliente, y advirtió que si la candidatura de éste era excluida de las soluciones posibles del conflicto, Chamorro podía muy bien convertirse en un serio obstáculo para el éxito del plan norteamericano de celebrar comicios supervisados. Anderson se basaba en que la maquinaria política conservadora estaba bajo el control de la facción minúscula y no de los partidarios de Díaz. El tiempo demostraría que las preocupaciones de Anderson eran en realidad cabalmente proféticas. (19)

Stimson no fue del todo sincero cuando le dijo a Anderson que su misión no tenía otro propósito que el de informar a Coolidge sobre las condiciones prevalecientes en Nicaragua y sobre las posibilidades de concluir la guerra civil. (20)

Convencido —con toda razón— de que el gobierno de los Estados Unidos no había establecido ningún plan definido para guiar las gestiones de Stimson, Anderson lanzó una vigorosa campaña para respaldar la aspiración de Chamorro a la presidencia. Su principal lugarteniente lo era Alejandro César, Ministro de Nicaragua en Washington. Por vieja experiencia tanto Anderson como César sabían que el reconocimiento de los Estados Unidos era vital para las pretensiones de cualquier centroamericano que aspirara a la presidencia de su país. Por tanto, ambos urgieron a Chamorro para que abandonara su "exilio" como ministro nicaragüense en Francia y se presentara en Washington para defender su posición ante el Departamento de Estado. (21)

Mientras César y Anderson se preparaban para la visita de Chamorro, Stimson salió de New York en el barco chileno Aconcahua, el 7 de abril, y llegó a Managua el 17 del mismo mes. Mientras viajaba de la ciudad-puerto de Corinto, en el Pacífico, a Managua, pudo tomar conciencia por primera vez de la atmósfera beligerante que reinaba en el país. El encarnizamiento mostrado por ambas partes le llamó poderosamente la atención; el odio que de antiguo había existido entre liberales y conservadores podía incluso palpase —escribió Stimson— en la "ciudad neutral de Managua". (22)

Charles Eberhardt, ministro norteamericano en Nicaragua, informó al emisario de Coolidge que el comandante liberal José Ma. Moncada detestaba a Díaz tan profundamente que no estaba dispuesto a aceptar bajo ninguna circunstancia que el último permaneciera en la presidencia. Sobre todo Moncada se resistía a admitir que la continuación de Díaz en el poder condicionara la celebración de elecciones supervisadas. (23)

Stimson no tardó mucho en vislumbrar que la información que tenía el Departamento de Estado sobre la guerra civil era totalmente errónea. Las

fuerzas de Moncada eran realmente numerosas y estaban mandadas por jefes competentes que se habían enseñoreado de bastante más de la mitad del territorio que yacía fuera de las zonas neutrales. Además, aunque las fuerzas de Díaz eran todavía más considerables, su jefatura rayaba en la incompetencia y la falta de energía más absolutas. Stimson concluyó que iba a ser muy difícil lidiar con un general liberal que estaba totalmente consiente de su posición de superioridad sobre el gobierno. Este jefe militar no iba a acceder fácilmente a que Díaz continuara en el poder.

En lugar de enfrentarse con Moncada e imponerle sus puntos de vista, Stimson dio un rodeo diplomático y trató de llevar a efecto sus propósitos negociando con un político que no fuese tan odioso a los liberales. Carlos Cuadra Pasos, un conservador de tendencias moderadas que era Ministro de Relaciones Exteriores, emergió como la persona indicada. Fue a través de Cuadra que Stimson intentó persuadir a los combatientes para que depusieran las armas. Era evidente que, si bien Cuadra no favorecía la causa liberal, tampoco figuraba entre los principales estrategas de Díaz, ni se contaba entre los seguidores de Chamorro.

En la primera reunión que Stimson celebró con Carlos Cuadra en abril de 1927, la idea de celebrar elecciones supervisadas por los Estados Unidos salió de inmediato a relucir. El emisario de Coolidge explicó que los Estados Unidos hacía ya demasiado tiempo que habían intentado asegurar la paz y estabilidad política de Centroamérica dando su apoyo a uno u otro régimen partidista. A fin de crear un sentido de responsabilidad pública y al propio tiempo una estructura gubernamental que favoreciera la pacífica sucesión de los presidentes en el poder, era necesario, Stimson indicó, que los Estados Unidos supervisaran la celebración de las elecciones con el objeto de impedir que el partido de gobierno manipulara sus resultados. Cuadra pareció dispuesto a aceptar la idea, pero Stimson escribió en su diario, sin embargo, que el funcionario nicaragüense no se había mostrado excesivamente entusiasmado con ella (24)

A pesar de todo, Stimson se aprovechó de la cautelosa afabilidad de Cuadra y presionó para que su plan se aceptara incluyendo la concesión de plenos poderes a los Estados Unidos para impedir la intimidación y el fraude electorales. Stimson, sin embargo, no entró en muchos detalles al principio, argumentando que el plan podía concretarse más adelante. Cuadra aceptó confiadamente las sugerencias de Stimson, expresando que, en último análisis, su partido tendría mucho que decir a la hora de redactar la nueva legislación electoral. A esto Stimson replicó que no bastaba con la conformidad de los conservadores; los liberales también tenían que

consentir en la supervisión norteamericana, y ambos partidos tendrían que solicitarla públicamente demostrando así sus deseos de cooperar al restablecimiento y la paz en el país. (25)

Carlos Cuadra, en general, se mostró discreto y propicio a asegurar el éxito del plan. Frecuentemente recordó a Stimson que su realización entrañaba un posible sacrificio para los conservadores, quienes detentaban el poder y manejaban la maquinaria electoral. Él pensaba, sin embargo, que el ordenamiento del sistema político del país tenía prioridad sobre cualquier otra ambición. (26) Estas observaciones parecían dar la impresión de que Cuadra tenía la intención de lanzar su propia candidatura para la presidencia. Por lo menos así lo sospechaba Stimson.

Seguidamente, el emisario de Coolidge dio los primeros pasos para entrar en contacto directo con los liberales de Sacasa. Esta gestión fue mucho más complicada que las negociaciones con los conservadores. El Dr. Enoc Aguado, abogado notable y miembro respetable del partido liberal, era considerado por la embajada norteamericana como la persona más propicia para iniciar las gestiones que eventualmente podrían llegar a convencer al grupo de Sacasa de la necesidad de concluir la guerra civil. El letrado nicaragüense aceptó con vivo entusiasmo la idea de que los Estados Unidos supervisaran los comicios. Pronto se persuadió, al igual que la jefatura liberal poco después, de que el único medio existente para asegurar una decisión justa en la pugna electoral por la presidencia era cortar radicalmente la posibilidad de que el partido de gobierno se sirviera del fraude y de la intimidación para inclinar la balanza a su favor. Aguado aún llegó a respaldar la propuesta de que se creara una fuerza pública nativa, independiente y neutral, mandada por oficiales norteamericanos, que fuera la única para mantener el orden público en el país. La idea relativa a la organización de una guardia nacional no se originó en las conversaciones que celebraron Stimson y Aguado. Había sido previamente considerado en muchas ocasiones en los días de las administraciones de Solórzano y Sacasa (27).

Stimson fue agradablemente sorprendido por la actitud de Aguado. El emisario de Coolidge estaba más convencido que nunca de que las elecciones supervisadas constituían la clave del problema político nicaragüense. El único punto en que Stimson y Aguado mantuvieron posiciones irreconciliables fue el relativo a la permanencia de Díaz en el poder durante el período electoral.

Aguado se opuso tenazmente en todo momento a que el presidente retuviera su cargo como condición de un armisticio.

El emisario de Coolidge había ejercitado cuidadosamente la independencia y libertad que su

gobierno le había concedido inicialmente mientras procedía a solucionar la compleja situación que tenía en sus manos. Para su sorpresa, el Departamento de Estado no tardó mucho en hacerle saber que su misión no era la de mediar en la guerra civil, sino únicamente la de ponerse a la disposición de las partes contendientes y de otorgarle a ambas el beneficio de su consejo cuando éste fuera solicitado. Estas extrañas instrucciones resultaron en verdad desconcertantes para Stimson; indicaban, con claridad deslumbradora, el estado de duda que reinaba en Washington y constituían un ejemplo clásico de las contradicciones y ausencia de propósitos que caracterizaron la política del Departamento de Estado en el problema nicaragüense.

El presidente Coolidge únicamente le había pedido a Stimson que le rindiera un informe, pero la verdad es que también le había dado a entender que la conclusión de la guerra civil le agradaría sobremanera. El plan de Stimson para la celebración de elecciones supervisadas al principio no fue plenamente aceptada por Kellogg. Sin embargo, el representante del presidente procedió a dar los pasos necesarios para negociar un entendimiento entre ambos partidos contendientes. (28). Stimson, dándose cuenta de la incertidumbre y falta de determinación que existía en el Departamento de Estado, decidió seguir su propio criterio y llevar adelante, bajo su responsabilidad, el proyecto de las elecciones supervisadas. No eludió, sin embargo, expresar su opinión al Departamento de Estado en la forma más vigorosa posible. Debido a la práctica nicaragüense de celebrar elecciones bajo el control del partido de gobierno, Stimson escribió a Washington, que sólo un golpe de estado podía constituir el instrumento adecuado para provocar cambios en el poder político. Por respaldar esta práctica, Stimson concluyó, las conferencias de Washington de 1907 y 1923 en realidad habían tendido a perpetuar a los partidos de gobierno en el poder y consecuentemente habían incurrido en el disgusto del Partido Liberal. (29).

Sin esperar a que su gobierno replicara, Stimson prosiguió adelante con su plan de efectuar lo que llamó "una intervención constructiva que aproximara al país al ideal del gobierno propio". La embajada de los Estados Unidos en Managua, estaba enteramente de acuerdo con su plan para la celebración de elecciones supervisadas. Más aún, después de conferenciar con un diplomático británico (quien le manifestó que Inglaterra apoyaría a los Estados Unidos en sus esfuerzos por pacificar al país), Stimson pareció tener más confianza que nunca en el éxito de sus gestiones. Su siguiente paso fue obtener la conformidad de tantos líderes del gobierno y de la oposición como fuera posible. (30).

No está claro si Stimson previó la necesidad de que los Estados Unidos incrementaron su control de las finanzas nicaragüenses como medio para

impedir el fraude y el mal uso de los fondos públicos. Sin embargo, su entrevista con el ministro de finanzas, Antonio Guzmán (en quien Stimson tenía muy poca confianza y por quien no sentía el menor respeto), puede considerarse como una reunión de carácter exploratorio que eventualmente podría resultar en la imposición de controles más sólidos sobre las finanzas del país. Guzmán, tal vez con excesivo entusiasmo admitió que era inútil oponerse a los deseos del gobierno norteamericano y manifestó su apoyo a la idea de la supervisión norteamericana y aún llegó a sugerir que los candidatos presidenciales al igual que los ministros del gabinete, debían contar con la previa aprobación del Departamento de Estado. (31).

A pesar de su entrevista con Guzmán, Stimson no estaba totalmente convencido de que el gobierno nicaragüense estaba plenamente de acuerdo con sus planes. La dudosa sinceridad de Guzmán y el excesivo entusiasmo de sus respuestas dejaron al norteamericano con la sensación de que no se podía tener absoluta confianza en el deseo del gobierno de Díaz de cooperar a la implementación de su programa.

Después de una conversación con el presidente del Tribunal Supremo, (a quien el norteamericano describió como un gordo poseído de sí mismo y de poca inteligencia) (32), las esperanzas de Stimson por una pronta solución del conflicto aumentaron considerablemente. Stimson repitió al magistrado que liberales y conservadores debían solicitar conjuntamente la supervisión de las elecciones por parte de los Estados Unidos. Y, cuando esta demanda no suscitó objeción alguna por parte de su interlocutor, la confianza del emisario de Coolidge en el éxito de su plan creció notablemente.

Habiendo asegurado la aprobación tácita de algunos de los más importantes ministros de Díaz y seguro del apoyo de Coolidge, Stimson resolvió forzar a la administración norteamericana que dejara constancia de la aprobación de sus planes. En abril 21, semejante aprobación todavía brillaba por su ausencia, pero Stimson ya no podía esperar más; por tanto, actuando sin el respaldo formal de su gobierno, procedió a cerrar un convenio verbal con Carlos Cuadra. Como vocero del gobierno conservador —y de nadie más— Cuadra ratificó que se permitiría a los Estados Unidos supervisar las elecciones de 1928.

CONVERSACIONES CON LOS LIBERALES

Posesionado del beneplácito de los conservadores, Stimson procedió a tratar de arrancar idénticas promesas de la parte liberal. Esto, desde luego era mucho más difícil. En primer término, el gobierno provisional de Sacasa funcionaba en la ciudad atlántica de Puerto Cabezas; establecer contacto con sus funcionarios, por tanto, no carecía de problemas. En segundo término, para complicar más aún la situación, el Departamento de Estado comenzó a

preocuparse por la notoriedad del papel asumido por Stimson y volvió a expresarle a éste que no debía fungir de mediador entre las fuerzas en disputa sino que debía buscar únicamente que los combatientes solicitaran su consejo. Pero, Stimson no podía contentarse con el papel de mero mensajero del Departamento de Estado. Consecuentemente, hizo caso omiso de las instrucciones que había recibido.

Procedió a ponerse en contacto con Gustavo Argüello, un prominente liberal, quien, según la embajada, sería propicio a acoger con agrado las propuestas de Stimson.

Sobre todo, este liberal podía actuar como vehículo para hacerlas llegar al gobierno de Sacasa. Fue así como Argüello se convirtió en la principal conexión entre Stimson y Sacasa. El emisario de Coolidge instruyó a Argüello para que informara al líder liberal sobre sus sugerencias: aceptación de Díaz como presidente por el resto de su mandato, entrega de las armas a las fuerzas de los Estados Unidos, amnistía para todos los exilados, establecimiento de una fuerza pública nicaragüense bajo la tutela de los Estados Unidos, y, finalmente, —el elemento clave del plan de Stimson— supervisión de las elecciones de 1928 por los Estados Unidos. (33)

Argüello desempeñó sus responsabilidades con éxito y persuadió a cuatro representantes del gobierno provisional para que viajaran a Managua y se entrevistaran con Stimson. La idea de que los Estados Unidos supervisarán las elecciones pareció ser lo que principalmente movió a las fuerzas de Sacasa para entrar en negociaciones abiertas con el norteamericano.

Cuando la entrevista tuvo lugar en abril 22, los sacasistas se encontraron con un Stimson que exponía sus opiniones de manera franca y abierta. Stimson explicó que los Estados Unidos estaban firmes en su decisión de apoyar a Díaz, agregó q' las elecciones supervisadas ofrecían a los liberales una clara alternativa: aprovechar la oportunidad de participar en unos comicios justos y ganar la presidencia con el consiguiente reconocimiento norteamericano, o bien continuar la guerra civil, en cuyo caso no existía la más mínima posibilidad de que tal reconocimiento tuviera lugar aún cuando resultaran victoriosos, alcanzaran la presidencia y llegaran a dominar toda la nación. Esta severa advertencia no pasó inadvertida para los interlocutores de Stimson. (34)

En los momentos finales de la primera entrevista con los representantes liberales, Stimson les hizo saber que los conservadores ya habían aceptado sus proposiciones. A esto el emisario de Coolidge agregó que, si se veía precisado a informar al ejecutivo norteamericano que los liberales no estaban dispuestos a cooperar "la impresión de Washington sería muy poco favorable". (35)

Estas palabras de Stimson implicaban una velada amenaza para la posición de los liberales. Satisfecho de que les había inquietado suficientemente sobre la posibilidad de una intervención armada de los Estados Unidos y en un esfuerzo por no llevar las cosas demasiado lejos, Stimson dijo a la delegación de Sacasa que Díaz estaba trabajando seriamente por el éxito del plan. Esto, desde luego, no dejaba de ser una exageración, porque en realidad Díaz no se había comprometido a cooperar con los planes de los Estados Unidos. Carlos Cuadra era el único funcionario gubernamental que había convenido en hacerlo así y, para el caso, lo había hecho exclusivamente de manera verbal. (36) Nada se había puesto por escrito.

El Departamento de Estado finalmente otorgó su beneplácito a los planes de Stimson incluyendo la idea de celebrar elecciones supervisadas. Esto constituyó un gran alivio para el emisario, y al mismo tiempo lo animó a formular un plan para desarmar a los liberales por la fuerza si se empeñaban en no admitir la legitimidad del gobierno de Díaz. (37) La declaración de Sacasa de que la distancia existente entre Puerto Cabezas y Managua era demasiado grande para poder continuar las discusiones fue interpretada por el emisario de Coolidge como una táctica dilatoria, pero esto no enfrió su entusiasmo. Un barco de guerra norteamericano recogió a los delegados liberales en Puerto Cabezas y a través del Canal de Panamá los llevó hasta Corinto. (38)

Cuando la delegación de Sacasa finalmente llegó a Managua a fines de abril, Stimson ya había decidido adoptar una actitud menos agresiva. Astutamente expresó a los liberales que su misión era únicamente investigar los medios a través de los cuales los EE.UU., podían poner término al conflicto fratricida. Esta actitud conciliadora movió a los emisarios de Sacasa a aceptar las propuestas que Stimson había formulado en la conferencia de abril 22.

Sin embargo, mantuvieron la postura de los primeros negociadores de no reconocer a Díaz.

Stimson informó a Kellogg que este problema era lo único que estaba impidiendo solucionar la guerra civil. E, indudablemente, tenía razón. Tan firmes aparecieron los delegados liberales en su negativa a reconocer al presidente y tan determinado estaba el Departamento de Estado a llegar a una solución, que los Estados Unidos decidieron deponer a Díaz con el fin de apaciguar las fuerzas de Sacasa y llegar así a un armisticio por la vía más corta. (39)

Pero a Stimson no le agradaba la perspectiva de deponer a Díaz. El estaba convencido de que éste era la persona ideal para actuar como figura decorativa en el ejecutivo, y q', por tanto, sería fácil lidiar con él de conformidad con los deseos del gobierno de Washington. Por tanto, siguiendo el consejo de Stimson, la propuesta para deponer a Díaz fue archivada. (40)

El representante de Coolidge, sin embargo, llegó a considerar seriamente y aún sugirió del modo más confidencial, que se podría escoger a un ciudadano norteamericano para que fungiera como presidente con los plenos poderes en caso de que se hiciera absolutamente indispensable salir de Díaz.

Pensando más detenidamente, no obstante, Stimson concluyó que este proyecto crearía numerosas y complicadas cuestiones de carácter legal y constitucional, y, por consiguiente, rápidamente lo abandonó. Stimson determinó que Díaz debía seguir en su cargo y se mostró dispuesto a usar la fuerza si ello era necesario para lograr este propósito. Esta decisión fue comunicada a los delegados liberales que aguardaban la decisión final en Managua. Los delegados confiaban en que la fuerza de la opinión pública mundial constreñiría a los Estados Unidos a no insistir en su propósito de mantener a Díaz en la presidencia (41).

Después de dar a los delegados de Sacasa lo que virtualmente constituía un ultimatum. Stimson se consagró a tratar de atraer al comandante militar de las fuerzas liberales a la mesa de conferencias. Stimson creía que si se podía forzar o inducir a la cabeza visible del ejército liberal a aceptar la paz, la intransigencia de Sacasa podría ser fácilmente vencida. El general Moncada dudaba en entrevistarse con Stimson principalmente porque su subordinados temían, justificadamente según se verá más adelante, que los Estados Unidos estaban dispuestos a desarmar su ejército a la fuerza. (42)

Siguiendo las instrucciones de Stimson, el almirante Latimer, comandante del escuadrón norteamericano destacado en las aguas orientales de Nicaragua, despachó un destacamento al campamento del general y lo persuadió a hacer la jornada hasta la población de Tipitapa, situada en las afueras de Managua, con el fin de conferenciar con el emisario de Coolidge. (43)

El 4 de mayo Moncada fue advertido que si no aceptaba a Díaz y discontinuaba las operaciones militares, sus tropas serían desarmadas por fuerzas norteamericanas. Después de una corta conferencia entre el general y los delegados de Sacasa, se decidió no oponer resistencia a las pretensiones norteamericanas. Moncada, por tanto, dio las órdenes necesarias para que sus tropas entregaran las armas. (44)

Stimson patentizó al general liberal (a quien había llegado a admirar) la necesidad de que Díaz permaneciera en su cargo. Moncada vio con claridad, la determinación del emisario norteamericano y verbalmente convino en las bases que Stimson había redactado para un acuerdo entre los contendientes. Estas bases eran del siguiente tenor:

1. Paz inmediata y "general a tiempo para recoger la nueva cosecha y entrega de las armas de modo simultáneo por ambas partes bajo custodia norteamericana.

2. Amnistía general, regreso de los exilados y devolución de las propiedades confiscadas.
3. Participación de los liberales en el gabinete de Díaz.
4. Organización de una fuerza pública de carácter neutral mandada por oficiales estadounidenses.
5. Supervisión de las elecciones de 1928.
6. Mantenimiento de los "Marines" en Nicaragua a fin de garantizar el cumplimiento de lo convenido. (45)

El general Moncada sugirió que el partido liberal debía celebrar un pelsbiscito con el objeto de determinar si sus miembros apoyaban el proyecto de celebrar elecciones bajo tutela norteamericana. Esta sugerencia fue hecha por Moncada, aparentemente, en un esfuerzo por borrar el estigma que había caído sobre él por la facilidad con que había accedido a renunciar a las ventajas que sus fuerzas habían adquirido durante la guerra. Algunos de los principales tenientes del general ya lo estaban acusando de haberse demostrado demasiado débil ante las agresivas tácticas del emisario norteamericano. (46).

Augusto C. Sandino, un líder liberal del norte de Nicaragua destinado a atraer la atención de los Estados Unidos, era el principal antagonista de Moncada. Este había solicitado que los Estados Unidos pagaran la suma de \$ 10.00 por cada hombre que entregara sus armas a los Marines. Cuando, anonadado por las acusaciones que se le hacían, pidió que esta suma se aumentara, Stimson replicó que carecía de efectivo disponible para ello. Sin embargo, prometió a Moncada que en lugar de dinero le sería entregada ropa a las tropas rebeldes (47).

Juan Sacasa, disgustado, rechazó vehementemente las tácticas que Stimson había usado en Tipitapa. En mayo 4 dirigió una carta de protesta a los que lo habían representado en la reunión con el norteamericano en la cual criticaba abiertamente al gobierno de Washington, según expresaba, "por haber puesto a un lado los más elementales principios de justicia". Sacasa creía que era injusto privar a un país centroamericano del derecho a deponer un régimen que había llegado al poder como producto de un golpe de estado y que, por tanto, "no solamente había hecho trizas la constitución de la república, sino también el tratado Centroamericano firmado en Washington en 1923..." (48).

CONSOLIDACION DE LA INTERVENCION

Aún cuando Moncada y los delegados de Sacasa firmaron el acuerdo con el gobierno de Díaz, muchos partidarios de la causa liberal estaban insatisfechos. Estos liberales resentían, no tanto la celebración de elecciones bajo la tutela de los Estados Unidos, como el haber sido obligados a

reconocer al odiado gobierno de Adolfo Díaz. Estas objeciones, dadas a la publicidad por los sacasistas tanto en Centroamérica como en los Estados Unidos, produjeron poco o ningún efecto en Stimson. El emisario de Coolidge estaba determinado a retener a Díaz y a llevar adelante sus planes para la celebración de elecciones. (49).

En realidad los liberales habían alcanzado una gran victoria, pero el espectro de la intervención norteamericana estaba más presente que nunca ante sus ojos y esto no les producía ni solaz ni contento. El gobierno de Washington es cierto, había acostumbrado a perpetuar a los conservadores en el poder. Sin embargo, en esta ocasión, los liberales de hecho habían triunfado por mucho que se abstuvieran de reconocerlo.

Como primera providencia Stimson insistió en que las reformas del proceso electoral debían comenzar por la Corte Suprema: era preciso seleccionar un nuevo presidente de los Tribunales Electorales. Stimson conminó a Díaz para que los magistrados chamorristas fuesen eliminados del tribunal. El emisario de Coolidge temía que estos hombres tratarían de perturbar el proceso electoral como protesta por la deposición de Chamorro por los Estados Unidos. (50).

El presidente Díaz cedió a las demandas de Stimson y prontamente cesantó a tres magistrados. Que el presidente hubiese actuado tan rápidamente dando pasos positivos para la creación de una magistratura independiente agradó sobremanera al emisario de Coolidge. (51).

Tan satisfecho quedó Stimson por la actitud de Díaz que comenzó a hablar de las "cualidades de líder" que tenía el presidente. (52). Con esto Stimson realmente quería decir que el presidente era fácil de manejar y consiguientemente, se prestaría a remover los obstáculos existentes para la designación del supervisor de las elecciones de 1928. Había otra razón para que Stimson se sintiera satisfecho. La depuración de la Corte demostraba a los liberales que los Estados Unidos estaban en plena posesión de su papel de pacificadores y que no tolerarían que ningún sector interfiriera con sus planes para las elecciones.

Stimson escribió en su diario que, en más de una ocasión durante las negociaciones de paz, los delegados de Sacasa se habían referido, justificadamente, a otros casos en que los liberales habían convenido en la celebración de elecciones sólo para ver después cómo el gobierno de Washington prestaba su apoyo al partido de gobierno. (53).

Pero los liberales, al saber que los magistrados chamorristas habían sido purgados, se sintieron sólo parcialmente satisfechos. Ahora empezaron a insistir en que representantes de su partido fuesen situados en las juntas electorales de todos los departamentos en que se había registrado una mayoría liberal en las elecciones de 1924. Stimson,

al igual que la embajada de los Estados Unidos, pidió al gobierno de Díaz que se introdujera la reorganización indispensable para subsanar esta injusta exclusión de los liberales. Dos días después, Carlos Cuadra, el representante del presidente informó que se habían hecho los cambios necesarios a satisfacción del partido liberal. Por esta época Stimson no tenía dificultad alguna en dirigir el brazo del ejecutivo nicaragüense a fin de que se introdujeran cuántas modificaciones fuesen indispensables para satisfacer a Sacasa.

La designación de representantes liberales en las juntas electorales constituyó un paso decisivo. Demostró con toda claridad que Stimson estaba determinado a impedir que los conservadores mantuviesen la situación privilegiada que habían gozado en pasadas elecciones. Naturalmente, el escepticismo liberal decreció considerablemente y una atmósfera de confianza comenzó a prevalecer.

Hacia el 8 de mayo Stimson había completado sus planes para los comicios de 1928 sin dar cuenta al Departamento de Estado ni solicitar sus instrucciones. Lo primero era la designación de un presidente para la Junta Nacional Electoral de Nicaragua, escogido por el presidente de los Estados Unidos. El candidato, claro está, sería posteriormente nombrado formalmente por el ejecutivo nicaragüense. Además, sería necesario promulgar una nueva legislación electoral, la cual, aunque redactada en los Estados Unidos, sería posteriormente aprobada por el Congreso nicaragüense.

El presidente de la Junta Nacional Electoral a que ser un ciudadano norteamericano. Los presidentes de las trece juntas electorales provinciales tendría que serlo también. El plan contempla que cada junta estuviese compuesta por tres miembros. Un representante de cada partido y el presidente norteamericano. El proyecto implicaba, por tanto, que el personal norteamericano colaboraría con los nicaragüenses en la supervisión de las elecciones. Stimson también había decidido que el aparato administrativo de Nicaragua fuese puesto totalmente bajo el control del gobierno de Washington. La nueva ley electoral que se proyectaba incluiría disposiciones que darían a los funcionarios norteamericanos los más amplios poderes para arbitrar toda suerte de disputas y, sobre todo, para vetar cualquier tipo de actividad gubernamental que, presumiblemente, fuese concebida para negar a la población del ejercicio del sufragio.

En cierta ocasión, estando conferenciando con Carlos Cuadra, Stimson le hizo saber su deseo de que el ejército fuese disuelto. Stimson creía que la existencia de este cuerpo armada constituía una seria amenaza para la legitimidad de los comicios. El emisario norteamericano sugirió que fuese reemplazado con una fuerza

apolítica. Las filas de esta fuerza serían llenadas con hombres que se hubieran destacado por su falta de participación en los asuntos políticos nicaragüenses. Para garantizar aún más su imparcialidad, el cuerpo sería situado bajo el mando de oficiales norteamericanos. En privado, Cuadra demostró muy poco entusiasmo por la creación de este nuevo cuerpo armado. No creía que fuera posible crear una unidad apolítica. Además el proyecto le pareció poco realista en vista del papel que tradicionalmente había representado el ejército en la política nicaragüense. (5).

Estos sentimientos del Ministro de Relaciones Exteriores fueron respaldados al principio por su subordinado, José Bárcenas, Secretario Auxiliar de Relaciones Exteriores. Más adelante, sin embargo, Barcenos convino en la creación del nuevo cuerpo armado pero a condición de que el ejército norteamericano y no los Marines se encargaran de su jefatura. (55) Esta condición fue rechazada inmediatamente por Stimson quien había decidido que los Marines debían permanecer en Nicaragua a fin de colaborar en la celebración de elecciones pacíficas.

Cuadra convino ahora en aceptar la propuesta de Stimson para la supervisión de los comicios, y así lo hizo constar en un despacho que dirigió a Washington en el que solicitaba que supervisores norteamericanos fueran designados para presidir las juntas electorales (56).

A medida que el gobierno de Díaz daba los pasos necesarios para la intervención de los Estados Unidos en la política doméstica, el ala chamorrista del Partido Conservador languidecía viéndose totalmente excluida de las conversaciones con Stimson. El emisario de Coolidge había sido advertido con antelación de que si el ex-presidente era desconocido en las negociaciones para la conclusión de la guerra civil éste podría tratar de obstaculizar la campaña presidencial. Como Stimson ignoró esta advertencia y excluyó totalmente a Chamorro de las deliberaciones secretas, la subsecuente labor de la misión electoral de los Estados Unidos se vio gravemente entorpecida.

A medida que se aceleraban los preparativos para las elecciones supervisadas, Chamorro empezó a hostigar a Díaz instándolo para que mostrara un poco más de independencia en sus tratos con Stimson. El presidente, visiblemente cansado y mortificado por las críticas sutiles pero constantes de la facción chamorrista, decidió renunciar. Creyó que así se eliminaría la posibilidad de que su partido se dividiera.

Las desastrosas consecuencias que podrían derivarse de la renuncia de Díaz alarmaron a Stimson. Después de todo, Díaz había sido el único que había cooperado al éxito de sus planes, y ahora este punto de apoyo parecía próximo a sucumbir bajo las presiones emanadas del turbulento Congo. nicaragüense. Stimson no

tenía otro remedio que hacer abortar la crisis y, consecuentemente, en mayo 12, acompañado de Ebergardt, el ministro norteamericano, se entrevistó con Díaz. Para su desmayo encontró a Díaz molesto y disgustado por la hostilidad de sus correligionarios. Los dos norteamericanos patentizaron al presidente que debía mostrarse tan firme con los Conservadores como lo habían hecho con los liberales. Si así lo hacía, agregaron ambos, Díaz podía asegurarse de que su posición sería garantizada en términos absolutos por los Estados Unidos. (57).

Buscando argumentos para hacer cambiar al presidente de idea, Stimson apeló a su patriotismo y le puso de relieve la importancia de su posición en tiempos de la guerra civil. Le dijo que él era el hombre clave para garantizar la celebración de elecciones libres y democráticas en Nicaragua añadiendo que si Díaz continuaba en su cargo tendría la gloria de haber proporcionado a su país las elecciones más libres de su historia. Obviamente, el presidente se sintió tan halagado por las frases de Eberhardt y del representante personal del Coolidge que consintió finalmente en retener la presidencia. (58).

Stimson terminó su misión en mayo de 1927. Reflexionando sobre los resultados que había alcanzado, llegó a persuadirse más que nunca de que los Estados Unidos tenían serias obligaciones derivadas de sus intereses en Nicaragua. Llegó también a la conclusión de que el gobierno de Coolidge, en particular, tenía el deber específico de ayudar a desarrollar los elementos políticos del país que pudieran servir de base a una democracia ordenada y pacífica. Pudiera pensarse que, al decir esto, Stimson estaba aludiendo, de manera favorable, a las ambiciones del Partido Liberal. (59).

Evidentemente satisfecho por haber podido producir un entendimiento entre las facciones en disputa, Stimson abandonó Managua y partió hacia Corinto en mayo 16. Stimson anotó en su diario que, al salir su tren de la ciudad de León, una partida de sandinistas lo había asaltado y había dado muerte a tres soldados de las fuerzas conservadoras que lo iban custodiando en su viaje hacia el Pacífico. Después del asalto, un grupo de Marines se apeó del tren y persiguió a los asaltantes. El incidente, parece, produjo muy poco efecto en Stimson. Evidentemente, el ex-secretario de la guerra no había llegado a comprender plenamente que la intervención de los Estados Unidos en los asuntos internos de Nicaragua había creado un considerable descontento popular. El general Augusto C. Sandino y sus partidarios armados incrementaron en el futuro sus ataques contra el gobierno norteamericano. Pero Stimson no pudo prever que esto ocurriría y escribió ingenuamente en su diario: "Si las tareas de pacificación siguen como hasta ahora, podremos retirar los barcos... dentro de un mes. Entonces, a medida que el

entrenamiento del nuevo cuerpo armado progrese, podremos reducir el número de Marines a unos 1000... (60) No hay duda de que al decir ésto, Stimson estaba incurriendo en un lamentable error.

Claramente, la violenta interrupción del viaje de Stimson a Corinto no era más que el prolegómeno de lo que sería una larga y encarnizada lucha que iba a poner en peligro la dorada oportunidad de celebrar elecciones pacíficas en 1928. El mediador norteamericano cegado por sus éxitos, no se había molestado en familiarizarse con el odio latente que dejaba atrás. La perspectiva de una continuada ocupación del país por parte de los Estados Unidos difícilmente podía ser popular entre los patriotas nicaragüenses.

Sin embargo, no hay duda de que Stimson logró el objetivo primario de su misión. Los ejércitos de ambas partes habían depuesto las armas y los partidos políticos en discordia habían convenido, no importa cuán a regañadientes, en permitir a los Estados Unidos dirigir las elecciones de 1928. El arreglo, no obstante, no podía ser más endeble. Durante bastante tiempo los liberales no llegaron a convencerse de que los Estados Unidos podrían desalojar al partido conservador de su privilegiada posición.

Las fuerzas de Sacasa estaban ahora divididas. Muchos de los que permanecieron leales a Sacasa durante el conflicto habían empezado a partir hacia México, y, en algunos casos a dár desde allí ayuda material a las guerrillas sandinistas. Otros iban a adherirse a Moncada, situando así sus esperanzas en la celebración de unas elecciones imparciales que, según esperaban, tendrían por resultado una victoria liberal.

Ninguna de las dos partes rindió espontáneamente sus armas cuando Stimson así lo requirió. Los conservadores parecieron más ansiosos que los liberales en satisfacer las demandas norteamericanas. Esto, luego, era de esperarse, dado el curso de la guerra. Después de su éxito en atraer a los liberales a la mesa de conferencias, Stimson había manipulado a su antojo al débil y tímido presidente. De esta manera le había arrancado su asentimiento a los planes que había trazado para la participación activa de los Estados Unidos en las elecciones de 1928. Hacia junio de 1927 los líderes más influyentes de ambos partidos habían llegado a aceptar lo inevitable y habían convenido en el papel electoral de los norteamericanos.

Había un sector muy importante del partido conservador que había sido completamente ignorado en las negociaciones iniciales. El abogado de Chamorro, Chandler Anderson, había advertido bien claro a Stimson que no lastimaría la sensibilidad de su facción. Pero

Stimson había llevado sus planes adelante y había desconocido esta fuerza política que, según se vería más tarde, iba a entorpecer grandemente los esfuerzos de los Estados Unidos para la aprobación de una nueva ley electoral en el Congreso nicaragüense.

Como miembro de la Cámara de Diputados Chamorro se había convertido en el centro de la resistencia a las elecciones supervisadas. En el orden militar la oposición se concentró en la figura de Sandino, el antiguo teniente de José María Moncada, quien rechazó la paz de Tipitapa como una claudicación vergonzosa. Sandino iba a denunciar a los cuatro vientos la intervención armada de los Estados Unidos en Nicaragua. El corolario agregado por Roosevelt a la Doctrina de Monroe estaba muy lejos de haber pasado a mejor vida y Washington estaba listo para aplicarlo cada vez que la política doméstica de alguno de los estados del Caribe empezara a descomponerse.

Stimson describió adecuadamente la política norteamericana cuando escribió:

El resultado natural de semejante situación es que, si nosotros no permitimos a las naciones europeas proteger sus derechos consuetudinarios en la zona, nosotros debemos, hasta cierto punto, hacernos responsable de la protección de tales derechos. Hasta cierto punto, por lo menos, nosotros debemos asumir la actitud de asegurar que los países americanos dentro de la zona cumplan sus obligaciones como naciones independientes con respecto al resto del mundo. (61)

En una ocasión ulterior, el emisario de Coolidge manifestó públicamente que el proyecto para la supervisión norteamericana se había basado en una solicitud nicaragüense. Como se ha visto, esta es una afirmación menos que sincera. En realidad, el único propósito de la administración de Coolidge había sido proteger antiguos intereses comerciales y estratégicos de los Estados Unidos. Estos intereses habían sido puestos en peligro por la virulenta guerra civil y por la intromisión mexicana.

Al juzgar los resultados obtenidos por la misión de Stimson, uno no puede menos que reflexionar sobre los caminos seguidos por este hombre para traer la paz a Nicaragua. Antes de llegar a su destino en mayo de 1927, Stimson había decidido detener el curso de la guerra civil. Este objetivo fue logrado por medio de un convenio verbal efectuado en la pequeña población de Tipitapa, cerca de Managua. Stimson tenía toda la confianza del mundo en que Moncada cumpliría sus promesas y observaría los términos acordados. Esta confianza le fue inspirada por el hecho de que Moncada le dio su palabra de caballero.

No hacía falta nada más: con la palabra de Moncada bastaba y sobraba. El emisario de

Coolidge creía, además, que la paz de Tipitapa era esencialmente buena porque había concluido una guerra sangrienta y falta de sentido. No había duda alguna en su mente de que los Estados Unidos cumplirían sus compromisos con Moncada. Como siempre, no vaciló un momento en juzgar.

que había actuado correctamente. Quizá, mientras regresaba a su patria pensó que, después de todo, las otras únicas alternativas que tenía Nicaragua eran la anarquía total o la intervención militar abierta de los Estados Unidos. Su solución había consistido en la celebración de elecciones bajo tutela norteamericana. Esto también constituía una intervención en los asuntos nicaragüenses, pero era una intervención con un ropaje más digno. Stimson le había dorado la píldora al pueblo nicaragüense.

Su misión no había sido fácil y, por tanto, es lógico suponer que sintiera cierto júbilo al verse libre para retornar a su país. La tenacidad de este austero diplomático se manifestó en su profundo sentido del deber, sometido a dura prueba durante su estancia en Nicaragua. Su personalidad tal vez nunca se manifestó tan claramente como en un episodio relatado por una revista popular años más tarde:

Una fría tarde de marzo un solitario jinete, delgado y erecto, llevaba su caballo a paso vivo por el Rock Creek Park de Washington. El arroyo existente en el parque había

crecido considerablemente. El jinete era un abogado de Nueva York que se había tomado la tarde libre durante una visita de negocios

a la capital. Estaba tan embebido en la consideración de sus asuntos que no se percató de la presencia de otros dos jinetes que se encontraban al otro lado de la corriente, hasta que uno de ellos lo llamó por su nombre. Sólo entonces reconoció a sus dos viejos amigos, Theodore Roosevelt y Elihu Root. Cuando Root lo invitó a reunirse, el jinete se limitó a sonreír. Era obvio que estando el arroyo crecido no podía cruzarlo.

Entonces Root se enderezó en su silla y le gritó: "Sargento Stimson, el presidente de los Estados Unidos a través del secretario de la guerra le ordena que se presente inmediatamente".

Sin dudar esta vez por un momento, el sargento Stimson de la Guardia Nacional de Nueva York, espoleó su caballo, se lanzó al agua, luchó con la corriente, y finalmente alcanzó la ribera opuesta donde frenó ante el presidente.

"Encantado!", exclamó Theodore Roosevelt mostrando sus dientes en una sonrisa. "Nunca pensé que fuera Ud. tan tonto. Pero le repito que estoy encantado. Ahora, váyase a su casa, tómese un trago y cámbiese de ropa". (62)

Es indudable q' eso mismo fue lo q' hizo Stimson cuando llegó a los Estados Unidos tras su estancia en Nicaragua. Ciertamente se merecía un descanso.

NOTAS DEL CAPITULO II

(1) Anotación de abril 1, 1927, Henry L. Stimson MS Diary, Vol. 7, Yale University Library.

(2) L. Ethan Ellis, Frank B. Kellog and American Foreign Relations, 1925-1929 (Rutgers University Press, 1961) p. 72

(3) Anotación de 1º de mayo 1926, Diario Henry L. Stimson MS Vol. 6 Yale University Library.

(4) *Ibid.* mayo 28 de 1926.

(5) *Ibid.*

(6) Henry L. Stimson y McGeorge Bundy *On Active Service in Peace and war* (New York: Harper and Brothers, 1948) p. 110

(7) Secretario asistente de Estado, Robert Olds, Enero 1927, Memorandum on Nicaragua. Department of State, National Archives Record Group 59, Decimal File No. 817.00/5854. De ahora en adelante referido como NA,DF)

(8) *Ibid.*

(9) *Ibid.*

(10) *Ibid.*

(11) Stimson, Diary, abril 1, 1927, volumen 7. Ver también William Kamman's *A search for Stability: United States Diplomacy toward Nicaragua, 1925-1933*, para el punto de vista de Coolidge. University of Notre Dame Press, London 1968, p. 97.

(12) Henry L. Stimson, New York, abril 8, 1927 carta para Frank R. McCoy, Correspondencia general 1925-1927, Archivo 18, Frank McCoy Papers, MSS Librería del Congreso.

(13) Henry L. Stimson, *Official Papers of the Public Career of Henry L. Stimson*, Memorandum, abril 4, 1927. Yale University Library.

(14) *Ibid.*

(15) Stimson Diary, abril 7, de 1927. Volumen 8.

(16) McCoy Papers, Stimson to McCoy, 8 abril, General Correspondence, File Box 18.

(17) Anotación de marzo 31, 1927. Chandler P. Anderson MS, Diary File Box 7, MSS, Librería del Congreso.

(18) *Ibid.*

(19) *Ibid* abril 7, 1927

(20) *Ibid*

(21) *Ibid.* mayo 2, 1927

(22) Henry L. Stimson, *American Policy in Nicaragua* (New York: Charles Scribner's Sons, 1927) p. 46

(23) Stimson Diary, abril 17, 1927. Volumen 8

(24) *Ibid.* abril 18, 1927

(25) *Ibid.*

(26) *Ibid.* abril 17, 1927

(27) *Ibid.* abril 18, 1927

(28) *Ibid.* abril 16, 1927. Copia de la carta de Joseph C. Grew, secretario asistente de Estado a la Legación Americana, Nicaragua abril 15 de 1927.

(29) *Ibid.* abril 15, de 1927. Stimson al Departamento de Estado.

(30) *Ibid.* abril 19, 1927

(31) *Ibid.*

(32) *Ibid.*

(33) *Ibid*

(34) *Ibid.* abril 30 de 1927

(35) *Ibid.*

(36) *Ibid.*

- (37) *Ibid.* abril 23, 1927)
 (38) *Ibid.*
 (39) *Ibid.* abril 30, 1927, telegrama confidencial de el Secretario de Estado Frank B. Kellog to Henry L. Stimson
 (40) *Ibid.* mayo 2, 1927
 (41) Telegrama confidencial de Frank B. Kellog a Henry L. Stimson, mayo 4, 1927
 (42) José M. Moncada. Estados Unidos en Nicaragua (Managua: Tipografía Atenas, 1942) P. 2
 (43) Stimson, Diario, Mayo 4, 1927.
 (44) *Ibid.*
 (45) Stimson. Política americana pp. 63-64.
 (46) Miguel Molina, antiguo secretario privado de Augusto Sandino, Jinotega, Nicaragua, entrevista personal con el autor en Jinotega, marzo 26 de 1965.
 (47) Diario de Stimson, mayo 11, 1927. Volumen 7
 (48) *Ibid.* mayo 5, 1927, carta de Juan Sacasa a sus representantes en Tipitapa.
 (49) *Ibid.* mayo 7 de 1927
 (50) *Ibid.* mayo 6, 1927

- (51) *Ibid.*
 (52) *Ibid.*
 (53) *Ibid.*, mayo 1, 1927
 (54) Carlos Cuadra, "Introducción a la Historia de la Guardia Nacional" Revista Conservadora, Managua, Nicaragua, agosto 6, 1961.
 (55) *Ibid.*
 (56) Diario de Stimson, mayo 9 de 1927, volumen 7
 (57) *Ibid.* mayo 12, 1927
 (58) *Ibid.*
 (59) *Ibid.* mayo 16, 1927. Discurso en la Universidad de Granada, Colegio de Leyes. Mayo 15 de 1927
 (60) *Ibid.*
 (61) Stimson, político americano. p. 111
 (62) Henry F. Pringle, "Portarretrato de Stimson" Outlook. vol. 151 (marzo 13, 1929) p. 410. Ver también, Elting E. Morison Turboin y Tradition. (Boston: Houghton Mifflin Co. 1960) Para un comentario bueno y especial de el carácter y la personalidad de Stimson. p. 203.

III.

INVOLUCRACION EN LA POLITICA INTERNA

**Buscando a un soldado —diplomático.
 Un estudio previo
 - las elecciones municipales de 1927.**

**Se le niega el reconocimiento a un candidato.
 La visita de Moncada - su significado político.**

En el verano de 1927 el gobierno norteamericano comenzó a buscar la persona que podría fungir de supervisor de las elecciones nicaragüenses. La tarea, ciertamente, revestía indudables peculiaridades. Hacia falta alguien que poseyera tacto diplomático y que, al mismo tiempo, tuviese la competencia técnica propia de los militares. Se esperaba, no sin fundamento, que la selección de un soldado o un Marine para el cargo provocaría una catarata de críticas del Congreso nicaragüense y de los demás opositores del proyecto electoral. Por eso hacia falta que el militar estuviese dotado de cualidades que abundan más en el servicio exterior que en la carrera de las armas. Tanto Coolidge como Stimson estaban convencidos de que el hombre indicado para el cargo tenía que aparecer... y pronto. (1)

En los círculos de la administración norteamericana se creía que este hombre tendría que surgir de entre los líderes civiles o militares

que habían servido en áreas donde los Estados Unidos gobernaban poblaciones extranjeras. Posiblemente el más notable en este grupo de "imperialistas ilustrados" lo era el general Coolidge. Y Stimson, por su parte, convenía en que Wood, que entonces era gobernador de las Filipinas, reunía en su persona las exigencias de competencia administrativa, de disciplina y de seguridad en sí mismo que se necesitaban para la delicada e importante tarea. Al menos, Wood sabía quién era el más sobresaliente entre sus propios subordinados. El emisario de Coolidge, por tanto, recurrió al general en solicitud de su recomendación. Wood no tardó mucho en hacerlo. Sólo tenía un hombre capaz de llenar el cargo. Sugirió el nombre de uno de sus ayudantes que le había servido durante muchos años en diversas funciones, especialmente en la administración de las posesiones de los Estados Unidos en Ultramar. El general Frank Ross McCoy.

McCoy pertenecía por derecho propio al grupo

de "imperialistas ilustrados" a quienes antes nos hemos referido y compartía la opinión dominante de este grupo de que los Estados Unidos estaban destinados a jugar un papel de significación en asuntos internacionales después de la Primera Guerra Mundial. Hombres como Stimson, Wood y McCoy creían que la expansión de los contactos internacionales de los Estados Unidos era decisiva para la estabilización de las condiciones caóticas que prevalecían en el mundo en la década de los 20. De hecho, Stimson había figurado entre los admiradores de McCoy desde hacía algún tiempo. Lo creía uno de los militares norteamericanos más capaces de lidiar de manera efectiva con un gobierno civil trayendo al mismo tiempo a este tipo de relaciones siempre frágiles, las mejores cualidades del soldado. Stimson miraba a McCoy como "su jefe de Estado Mayor y como su consejero militar mejor informado". Viniendo de Stimson, siempre parco en las alabanzas, el elogio no podía ser mayor (2)

El general McCoy estaba casado con una sobrina de Wood, lo cual ciertamente no había sido obstáculo para que, a través de los años en que había figurado entre los auxiliares inmediatos de su jefe, hubiese recibido innumerables ascensos y las funciones apropiadas para justificarlos. Sin embargo, McCoy era un administrador competente y además poseía un talento poco usual para resolver situaciones difíciles. El problema de Nicaragua, desde luego, iba a constituir una prueba suprema de estas habilidades.

Poco después de la conclusión de la guerra hispanoamericana McCoy había ido con Wood a Cuba donde había colaborado en la organización del gobierno militar en la isla. Sus deberes habían estado relacionados con la reforma y supervisión de los problemas financieros cubanos, y en esto, sin duda, tuvo éxito; en poco tiempo impuso orden y eficiencia en las finanzas del país. Esto lo dotó de una valiosísima experiencia en un campo que iba a convertirse en la clave de las relaciones entre los Estados Unidos y sus vecinos latinoamericanos a partir de 1899 en adelante.

Cuando Wood fue designado gobernador de las Filipinas en 1903, McCoy continuó al lado de su padrino y mentor sirviéndole en tareas diversas. Durante cierto tiempo estuvo a cargo de la administración general de una parte de las Filipinas conocida como Provincia del Moro. Y entre 1904 y 1906 prestó servicios en el Consejo Legislativo de esta turbulenta región. Fue en este cargo que McCoy hizo su aprendizaje en el arte de la diplomacia y en el de saber aplicar procedimientos firmes cuando tal cosa se requería en la gobernación de un protectorado.

La segunda ocasión en que McCoy entró en contacto con Latinoamérica fue en 1911. Como miembro del Estado Mayor del Ejército participó en el estudio que se hizo para abrir otra vía interoceánica a través de Centroamérica. De aquí McCoy no sacó ninguna lección positiva ni una

mejor comprensión de los asuntos hispanoamericanos; sí llegó a tomar conciencia, sin embargo, de los objetivos estratégicos y de los intereses de su gobierno en las regiones centroamericanas.

Con excepción del período de la Primera Guerra Mundial la carrera militar de McCoy parece haber estado exclusivamente ligada al general Wood. Ahora, como resultado de la recomendación del gobernador de las Filipinas, le había sido confiada una misión cuyo éxito iba a depender en gran parte de la experiencia que había adquirido en ultramar al lado de su protector y amigo

Hemos dicho que Stimson estaba especialmente ansioso de que el supervisor de las elecciones nicaragüenses fuese designado rápidamente. Stimson creía que una conducta vacilante por parte de Washington en hacer esta designación sería indicativa de falta de decisión en la conducción de la política exterior de la administración de Coolidge. Durante cierto tiempo esto había constituido el principal estigma de tal política y no se podía dar el lujo de ignorarlo en un año de elecciones presidenciales.

Stimson deseaba que nada pudiera ocurrir que insinuara a los liberales nicaragüenses que la república norteamericana estaba dando marcha atrás en sus promesas de restringir los poderes del gobierno conservador. Coolidge comprendió las preocupaciones de su emisario y confirmó la selección de McCoy menos de un mes después de que la "solicitud" del presidente nicaragüense para la supervisión de las elecciones fue formulada.

En mayo 15, Díaz formalizó su solicitud de acuerdo con lo pactado por Stimson y Moncada. Nadie, incluyendo Stimson, había planeado en detalle la forma en que la solicitud nicaragüense sería satisfecha. En Nicaragua, los liberales estaban, como era de esperar, sumamente preocupados por las dificultades que necesariamente habrían de surgir para llevar a efecto la restricción de los poderes del partido de gobierno. Los conservadores, por otra parte, también estaban preocupados ante la perspectiva de verse privados de las ventajas de que hasta entonces habían disfrutado. (3)

McCoy fue instruido para que pidiera el consejo y la colaboración de Stimson, no del Departamento de Estado. El problema nicaragüense estaba todavía a cargo de este consejero privado de la administración y, por tanto, el curso futuro de los pasos a tomar serían prescritos por él y no por Kellogg. (4)

El emisario de Coolidge urgió a McCoy para que se trasladara a Nicaragua, se familiarizara con la candente atmósfera del país e hiciera contactos preliminares con los líderes de ambos partidos. Como medio de realizar los objetivos de los Estados Unidos, Stimson confidencialmente aconsejó a McCoy que descansara en la opinión de los líderes liberales, los cuales lo habían impresionado favorablemente por su mayor

integridad y disposición para trabajar por elecciones libres y democráticas. Aparentemente esta recomendación no fue muy sabia. La continuada exclusión de los líderes conservadores y muy especialmente de Chamorro, de las discusiones sobre la forma de llevar a la práctica la supervisión de las elecciones, generó en el Congreso una sólida y determinada oposición a la aprobación de la nueva legislación electoral. (5).

De acuerdo con su mentalidad legalista, Stimson también urgió a McCoy para que cultivara la amistad de los abogados miembros del partido liberal cuyas recomendaciones podrían resultar constructivas para la redacción de la ley electoral. La correspondencia cruzada entre Stimson y McCoy revela con claridad la indiscutible parcialidad del primero.

Es obvio que Stimson nunca se esforzó por imprimir un sentido de objetividad a la misión de McCoy. Pero el general aparentemente había tenido suficiente experiencia en la dirección de los intereses norteamericanos en ultramar y por consiguiente tenía la política de evitar verse envuelto en las rencillas y luchas partidistas de carácter interno. McCoy puso en práctica esta línea de conducta en Nicaragua, pero sólo pudo hacerlo así después de haber llegado a controlar firmemente los turbulentos elementos políticos de la república. (6).

LAS ELECCIONES MUNICIPALES DE 1927

Stimson también sugirió a McCoy que observara el proceso electoral municipal del 27 y prestara atención a la forma en que el gobierno manejaba la maquinaria electoral. El papel asignado a los Marines en estas elecciones era secundario, pero se les había instruido, sin embargo, para que hicieran su presencia conspicua en las cercanías de los colegios electorales y especialmente en aquellas regiones donde los registros electorales, tanto liberales como conservadores, eran reducidos. Este despliegue de fuerza "yanqui" tenía por objeto imprimir en la mentalidad de los conservadores la firme intención de los Estados Unidos de que las elecciones fuesen honradas.

El futuro presidente de la Junta Nacional Electoral podía así familiarizarse íntimamente con muchas de las deficiencias y problemas que iba a afrontar en el futuro. McCoy, siguiendo las instrucciones de Stimson, estableció estrechos contactos con los liberales. Por alguna extraña razón se había llegado a creer que este acercamiento de McCoy a los liberales constituía la mejor prueba de que si los Estados Unidos dirigían las elecciones, éstas serían libres y democráticas. (7).

Una de las quejas más importantes de los liberales después de las elecciones municipales fue el excesivo dominio de la situación por parte de la policía y la parcialidad que los jefes de ésta demostraban en favor de los candidatos conservadores en todas las provincias. El cargo de jefe de policía provincial era usualmente llenado

por el Jefe Político de cada departamento é, invariablemente si el jefe político había sido designado por el presidente conservador, el jefe de la policía de la localidad era también miembro del mismo partido. En vista de esta situación, los liberales demandaron que, como paso previo para impedir que se usara la intimidación en las elecciones presidenciales, estos policías, quienes en realidad eran puntales del poderío conservador, fuesen removidos de sus cargos.

McCoy acogió favorablemente esta demanda y, yendo todavía más lejos planteó confidencialmente la posibilidad de poner a la policía nicaragüense bajo control norteamericano en todas las provincias. Esto podría llevarse a efecto utilizando el nuevo cuerpo armado que estaba en proyecto. Como este cuerpo sería comandado por oficiales norteamericanos, constituía un instrumento ideal para poner al país bajo el dominio norteamericano sin violentar demasiado las apariencias. (8)

Para implementar esta forma de control directo hacia falta que el Congreso nicaragüense pasara la ley creando el nuevo cuerpo armado o guardia nacional. Se preveía, sin embargo, que la obtención de una mayoría del Congreso en este caso iba a constituir una formidable tarea. Pero, por el momento, McCoy no se preocupó de los detalles relativos a la creación de la guardia; éstos serían elaborados por la embajada de los Estados Unidos con posterioridad a la terminación de su viaje de inspección. Lo que sí parece cierto, sin embargo, es que a pesar de las dificultades que se presentaban en el Congreso. McCoy estaba decidido a privar al partido conservador de sus vastos poderes políticos.

Si bien el general norteamericano declinó aceptar un rol activo en las elecciones municipales, el Encargado de Negocios norteamericano de manera extraoficial, intervino con toda energía a fin de que los comicios reflejaran en realidad la voluntad popular. Además de los planes que McCoy había trazado para el futuro, los liberales se habían mostrado particularmente ansiosos porque el uso irrestricto de la policía por los conservadores fuese limitado también en esta ocasión. La embajada norteamericana, por tanto, sugirió al presidente que se eliminaran algunas de las medidas más extremas adoptadas por la policía. (9) Por ejemplo, para trasladarse de un lugar a otro, la gente tenía que proveerse de un pase otorgado por el gobierno. Estos pases indicaban que el portador había pagado los "derechos de paso" a las autoridades locales. Sin este pase, los electores no podían trasladarse a la localidad en que debían ejercer el sufragio. La embajada insistió en que esta forma de asegurar el cobro de los impuestos locales debía ser dejada sin efecto. El presidente dócilmente prometió que así se haría. (10)

La embajada también deseaba que se

restringiera la venta de bebidas alcohólicas. El aguardiente distribuido a precios bajos a la población podía ser usado por los conservadores como un instrumento para impedir que votantes desafectos ejercieran el sufragio. En este aspecto, sin embargo, la embajada no tuvo éxito. Para establecer medidas que controlaran la venta de licores no quedaba más remedio que esperar a que la tutela norteamericana sobre Nicaragua se hiciera más efectiva.

El consumo del aguardiente durante las elecciones municipales de 1927 fue notable. Siguiendo las instrucciones de Charles Eberhardt, el ministro norteamericano, los Marines se abstuvieron de tomar medida alguna para impedirlo. Se les ordenó, sin embargo, que ayudaran a aquellos que hubiesen ingerido más copas de lo ordinarios a dirigirse a las urnas. Y así lo hicieron los Marines.

Nadie pensó que el alcohol podía perturbar la conciencia cívica de los electores. (11)

Los comicios locales atrajeron la atención de McCoy y de la embajada norteamericana a un cierto número de problemas que había que corregir si las elecciones presidenciales iban a representar la voluntad popular. Analizando el número total de votos depositados en todas las áreas, excepto en aquellas en que la actividad de las fuerzas de Sandino había sido mayor, McCoy y la embajada llegaron privadamente a la conclusión de que, en efecto, los liberales constituían una mayoría y hubieran obtenido una aplastante victoria si los procedimientos electorales hubiesen sido correctos. El caso fue que los liberales no triunfaron en ninguna de las contiendas locales y ello reforzó la convicción de McCoy de que no había más remedio que privar a los conservadores del control de la policía. Si el día de las elecciones presidenciales la custodia del orden público se ponía en manos de los Marines o de la proyectada Guardia Nacional, indudablemente los liberales tendrían la oportunidad de triunfar en las elecciones.

Como los escrutinios en cada provincia se verificaron bajo la dirección del Congreso controlado por los conservadores, la embajada estaba convencida de que la administración había violado las urnas, especialmente en aquellos casos en que la votación había sido cerrada. La potestad de escrutar las urnas dio pie posteriormente a una de las diferencias más importantes que surgieron entre los chamorristas y los Estados Unidos. (12)

Las elecciones municipales tuvieron lugar en medio de una atmósfera de relativa calma. Esto se debió casi exclusivamente al hecho de que ese día, los Marines norteamericanos hicieron notoria su presencia más de lo ordinario. Los conservadores triunfaron en la forma en que acostumbraban hacerlo, y comenzaron a abrigar esperanzas de que futuras elecciones

municipales podrían ser sustraídas a la molesta inspección de los "yanquis". Chamorro llegó a Managua en el otoño de 1927, poco antes de la celebración de los comicios locales; según McCoy traía "un cargamento de ardidés con los cuales perturbar el proceso electoral". Como Ira. providencia, el ex-presidente nombró una serie de comités para planear la campaña municipal que estaban integrados por devotos seguidores de los candidatos de su predilección. Este movimiento constituyó el preludio de la guerra que más adelante Chamorro habría de librar contra la misión electoral norteamericana y contra la facción de Díaz. (13).

McCoy no hizo esfuerzo alguno por reunirse con los principales líderes conservadores después de las elecciones municipales. No fue extraño, por tanto, que los chamorristas comenzaran a concebir sospechas sobre la conducta del general y a temer que éste se hubiese situado demasiado cerca de los liberales. En particular los chamorristas estaban alarmados por ciertos rumores que corrían según los cuales el departamento de Estado tenía la intención de impedir que su líder fuese postulado para la presidencia y de evitar que tomara posesión caso de que resultara electo.

No es nada sorprendente, por tanto, que los chamorristas vieran en la actitud distante de McCoy un signo de oposición a las ambiciones presidenciales de su jefe. Los chamorristas empezaron a prepararse para defenderse de esta posible agresión norteamericana durante las elecciones municipales de 1927. Tenían la profunda convicción de que el gobierno de Coolidge efectivamente deseaba que los liberales ganaran la presidencia. Y, como McCoy no hizo nada por calmar su nerviosismo e impaciencia desarrollaron una actitud que habría de convertirse en el principal obstáculo para la supervisión de las elecciones.

El general McCoy tampoco se preocupó en lo más mínimo por las actividades de Sandino. El futuro presidente de la Junta Nacional Electoral de Nicaragua, describió al rebelde general a principios de 1928, como "simplemente un hombrequito escurridizo vagabundeando en las montañas". (14).

Muy lejos estaba McCoy de suponer que Sandino, en los días y meses por venir, iba a ser capaz de casi impedir la celebración de las elecciones de 1928.

DESCONOCIMIENTO DE UN CAUDILLO

Se recordará que mientras Henry Stimson estaba tratando de poner fin a la guerra civil en Nicaragua, Emiliano Chamorro, quien se encontraba en Francia, fue alertado por sus partidarios para que regresara a su país. Chamorro siguió los consejos de su abogado norteamericano y lanzó su candidatura presidencial. Sus agentes principales en los Estados Unidos, Chandler P. Anderson y

Alejandro César, dieron los pasos necesarios para que el Departamento de Estado lo reconociera como legítimo contendiente por la postulación de su partido y como presidente del país si resultaba electo.

Durante algún tiempo el Departamento de Estado había considerado a Chamorro como una influencia perniciosa en Nicaragua. Su captura del poder en 1926 había resultado especialmente objetable a las mentes legalistas que poblaban el Departamento de Estado. Como Chamorro realizó sus ambiciones utilizando métodos más que dudosos, fue de inmediato catalogado como un oportunista. Kellogg y sus subordinados estaban conscientes de que Chamorro representaba una potencia en su partido. También les preocupaba que su organización política era mucho más eficiente que la de Adolfo Díaz. En vista de esto, el gobierno de Washington presionó a los conservadores nicaragüenses para que le negaran la postulación a Chamorro. De esta manera aparecería que el ex-presidente había sido rechazado por su propio partido y los Estados Unidos se librarían de la penosa necesidad de tenerlo que vetar públicamente. (15). Como era de esperarse, no tardó mucho en que un fuerte movimiento anti-Chamorrista se iniciara dentro del Partido Conservador.

Y el presidente Díaz, por su parte, fue persuadido sin mucho esfuerzo para que disuadiera a Chamorro de sus aspiraciones presidenciales. El argumento principal era que Chamorro representaba una actitud extrema que no era la más apta para facilitar la creación de una atmósfera de conciliación y confianza mutua entre los tradicionales enemigos de la política nicaragüense. (16)

Mientras la embajada estadounidense trataba de consolidar una facción favorable a la supervisión de las elecciones alrededor de las figuras de Díaz y de Cuadra (ambos abiertamente anti-Chamorristas) Chandler P. Anderson intensificó sus esfuerzos para que el Departamento de Estado, permitiera a Chamorro probar su espíritu de cooperación permitiéndole participar en las elecciones.

En su viaje de regreso a Nicaragua en el otoño de 1927, Chamorro se detuvo brevemente en Washington. Esta conyuntura fue aprovechada por el Encargado de Negocios norteamericano en Managua para recomendar al Departamento de Estado que, de una vez por todas, le hiciera saber al ex-presidente que no le sería permitido lanzar su candidatura. Al diplomático yanqui le preocupaban las actividades que podría desarrollar Chamorro una vez que estuviera instalado en Managua y por eso prefería que el veto le fuese comunicado en Washington. Al parecer, la embajada estaba convencida de que Díaz realmente temía a Chamorro y sospechaba que el presidente podía sucumbir ante la fuerte

personalidad de su adversario una vez que este pusiera sus pies en Nicaragua. (17)

El Encargado de Negocios creía que a Chamorro debía vetársele como candidato aún cuando tuviese la aptitud legal para serlo. La embajada anticipaba que las elecciones inevitablemente intensificarían la tradicional hostilidad existente entre los dos partidos políticos nicaragüenses y era obvio que, dentro de este cuadro francamente pesimista, la entrada de Chamorro en la escena únicamente contribuiría a empeorar una situación de suyo difícil (18).

Anderson y su cliente hicieron una visita al Departamento de Estado a principios de octubre de 1927. La respuesta que recibieron fue concluyente y definitiva: el ex-presidente no sería considerado como un contendiente de buena fe a la postulación de su partido; y si salía electo no sería reconocido por el gobierno norteamericano. El Departamento de Estado basó su postura en argumentos puramente jurídicos: Chamorro había ocupado la silla presidencial durante el período precedente a las elecciones de 1928 y esto lo descalificaba para la reelección. Anderson señaló repetidamente que la interpretación correcta de la legislación nicaragüense era que el candidato resultaba descalificado únicamente si había ocupado la presidencia en el período inmediatamente anterior a las elecciones. Pero Robert Olds, que actuó de vocero de Kellogg en la conversación, rechazó no sólo esta interpretación sino en general toda la argumentación de Chamorro y su consejero. (19).

Uno de los resultados del choque entre Olds y el ex-presidente nicaragüense fue que las actividades de Alejandro César, Ministro de Nicaragua en Washington, comenzaron a despertar sospechas en los círculos gubernamentales. El diplomático nicaragüense, en realidad, estaba usando su cargo en forma abiertamente partidista con el fin de obtener apoyo para Chamorro en grupos influyentes. Eventualmente sus gestiones crearon serios problemas a Washington. En adelante, tanto las maniobras de Anderson como las censurables actividades de César, fueron estrechamente vigiladas.

Habiendo fracasado en su intento de ganarse la buena voluntad de Washington, el indignado Chamorro regresó a Nicaragua donde lo primero que hizo, según se ha visto, fue animar a sus seguidores para que participaran en las elecciones municipales de 1927. La recepción que a su llegada le dieron sus partidarios fue tan exuberante que contribuyó a aumentar notablemente las preocupaciones de la Embajada Norteamericana y del presidente Díaz. La prensa conservadora comentó que el ex-presidente había regresado únicamente para trabajar por su partido y no por sus intereses personales. (20). Esto era cierto, desde luego, pero sólo muy pocos sabían que ello era así porque el candidato conservador no había

obtenido la venia del Departamento de Estado. Los periódicos liberales, por su parte, pusieron en duda la sinceridad de las intenciones de Chamorro, a quien zarandearon repetidamente en numerosas caricaturas que lo presentaban como un villano cabalgando sobre un sufrido pueblo cuyo único anhelo era el establecimiento de un gobierno pacífico y estable en la república. (21).

El rechazo de la candidatura de Chamorro por Washington eventualmente se filtró a la opinión pública continental y levantó una polvareda de críticas. No fueron pocos los periódicos que hicieron constar su indignación ante esta flagrante intromisión del Departamento de Estado en los asuntos centroamericanos. Un diario de Buenos Aires comentó:

Este episodio demuestra claramente que las elecciones que van a celebrarse en Nicaragua van a ser "libres", en el sentido de que las autoridades de Washington usan la palabra. Van a ser "libres", pero libres de obstáculos para los planes formulados el día que el país invasor bajó la bandera de la independencia de Nicaragua. (22).

La embajada norteamericana se sintió grandemente aliviada cuando supo que el veto de la candidatura de Chamorro había despertado el interés del Partido Conservador en otros candidatos. Obviamente, los políticos centroamericanos habían comprendido a cabalidad la trascendencia de la actitud norteamericana. Algunos funcionarios de la embajada pensaron que, estando Chamorro fuera de las posibilidades, Díaz tendría mucho que decir a la hora de seleccionar el candidato conservador. El Encargado de Negocios norteamericano, sin embargo, demostró un poco más de perspicacia que sus restantes colegas cuando aventuró que el resultado final del embrollo sería que el partido se dividiría y que tanto Díaz como Chamorro lanzarían sus propios candidatos. La selección de un candidato único requería evidentemente una transacción poco probable entre las facciones conservadoras. Para Dana Munro, el Encargado de Negocios, estaba perfectamente claro que un candidato conservador apoyado exclusivamente por una de las facciones del partido no podía ganar las elecciones. Si la transacción entre los sectores conservadores se producía, sin embargo, las posibilidades de que los conservadores triunfaran se acentuaban considerablemente. Pero, para la embajada este era un problema que no requería mayor atención por el momento. (23).

LA VISITA DE MONCADA: SU SIGNIFICADO POLITICO

Los partidarios de Chamorro habían quedado seriamente disgustados por el veto impuesto por Washington a la candidatura de su líder. Este disgusto que, hasta el momento, no había pasado de un mero sentimiento de frustración, se convirtió en ira cuando se supo que José María Moncada, el candidato lógico de los liberales, había visitado los Estados Unidos a fines de 1927 y había recibido allí

una entusiasta acogida por parte de Stimson. Esto indujo a los Chamorristas a oponerse abiertamente a los planes que el Departamento de Estado había trazado para Nicaragua. Durante su estancia en Nueva York, Moncada presionó a Kellogg y Stimson para que despojaran a Díaz de sus poderes policíacos y para que se procediera con la mayor celeridad a la creación de la Guardia Nacional apolítica.

A Stimson no le preocupó en lo más mínimo la reacción adversa que provocaron las atenciones que estaba teniendo con Moncada. Al Departamento de Estado, donde estas atenciones habían causado cierta inquietud, Stimson le expresó que semejantes temores eran totalmente injustificados. El emisario de Coolidge rechazó vehementemente todas las sugerencias que le fueron formuladas para que tratara a Moncada en forma que denotara mejor la imparcialidad de Washington. Evidentemente, Stimson recordaba con gratitud la oportunidad en que el ex-general liberal apoyó sus planes para la celebración de elecciones supervisadas cuando los demás miembros de la delegación de Sacasa vacilaban. Moncada no había temido a la impopularidad que su actitud podía acarrearle y Stimson, obviamente, creía que semejante actitud, que él consideraba noble y patriótica, debía ser recompensada. Los conservadores en Nicaragua así como otros observadores en los Estados Unidos y Latinoamérica concluyeron, con toda justificación, que la recepción dispensada a Moncada equivalía a la aprobación tácita de su candidatura por el gobierno de Coolidge, (24).

Eberhardt mantuvo la opinión de que Moncada había ido a los Estados Unidos para extraer el máximo provecho posible de las relaciones que había mantenido con Stimson en Nicaragua y que el propósito que en realidad había perseguido era regresar al país dando la impresión de que había sido ungido por Washington. La postura de la embajada había sido que no se permitiera a Moncada realizar su viaje al norte, pero Kellogg había rechazado la idea. (25).

El Encargado de Negocios, Dana Munro, en especial, había mostrado su preocupación por las consideraciones con que Moncada fue recibido en los Estados Unidos. Munro creía que Moncada era un hombre "de baja moral y de poca inteligencia" y consideraba que su tratamiento por las autoridades norteamericanas descorazonaría a los nicaragüenses que estaban prontos a cooperar en la celebración de elecciones imparciales. Si uno de los candidatos parecía disfrutar del apoyo del gobierno de Coolidge los esfuerzos que más tarde haría McCoy para lucir imparcial no serían tomados seriamente.

La principal consecuencia del viaje de Moncada fue fortalecer la oposición de los conservadores a las medidas relacionadas con la supervisión de los comicios de 1928. Incluso, muchos de los partidarios de Díaz q' hasta el momento le habían

mostrado afines a los intereses de los Estados Unidos, ahora depositaron sus esperanzas en Chamorro como el único factor que podía impedir la victoria de Moncada bajo los auspicios del Departamento de Estado. Está claro que al permitir a Moncada visitar a Stimson se había cometido un serio error táctico. El Congreso nicaragüense no tardaría en convertirse en el punto focal de la resistencia al éxito de la gestión de McCoy. (26) Esta resistencia iba a centrarse alrededor de una serie de problemas aparentemente insolubles. Uno de ellos era, como pronto iba a comprenderlo la embajada, la imposibilidad de crear un espíritu de compromisos entre las facciones opuestas de Adolfo Díaz y Chamorro. (27)

El presidente nicaragüense se había comprometido públicamente a apoyar el proyecto electoral norteamericano. Chamorro, por su parte, vio en el proyecto un obstáculo para sus

aspiraciones y, consecuentemente se opuso con violencia a que el gobierno conservador cooperara a su implementación. La estrategia de Chamorro consistió en postular a un miembro de su facción como porta estandarte del partido conservador. Naturalmente, este candidato tenía que ser alguien dispuesto a plegarse a sus dictados. Cuando la embajada se enteró de los planes del caudillo conservador envió un memorandum confidencial al Departamento de Estado observando que un chamorrista jamás podría obtener el respaldo de las mayorías del país.

A juicio de la embajada sólo un liberal podía obtener semejante respaldo. El Encargado de Negocios norteamericano expresó su certeza de que, por tanto, la táctica obstaculizadora de Chamorro culminaría finalmente en una victoria liberal. Como los liberales estaban en la oposición, su triunfo implicaría que los antiguos abusos del gobierno conservador habían sido frenados de manera efectiva.

NOTAS DEL CAPITULO III

- (1) Stimson, *Diary*, vol. 8, Yale University Library. 7-9 Mayo 1927. Ver también William Kamman, *Search for Stability*, p. 138 para una breve reseña de los sentimientos del Comandante Logan Feland y del Almirante Julian Sellers con respecto al nombramiento de un general del Ejército Americano para supervisar las elecciones.
- (2) Stimson, New York, 20 Octubre 1927, carta a Frank R. McCoy, General Correspondence 1925-1927, File Box 18, Frank McCoy's Papers MSS Library of Congress.
- (3) Bernardo Sotomayor, *Informes sobre las Elecciones de Autoridades Superiores*, (Managua, Nicaragua: Imprenta Nacional, 1928) p. 23
- (4) McCoy Papers, junio 1927
- (5) *Ibid.* De Stimson para McCoy, julio 22, 1927.
- (6) *Ibid*
- (7) Henry L. Stimson and Mc George Bundy, *On Active Service in Peace and War* (New York: Harper and Brothers, 1948), p. 115.
- (8) Del Secretario de Estado Frank B. Kellogg, 7 Nov. 1927, a la Legación Americana en Managua, Department of State, National Archives, Record Group 59, 817.00/5109 (De aquí en adelante citado como NA, DF).
- (9) Encargado de Negocios Dana Munro, al Departamento de Estado, 18 octubre 1927, NA, DF 817.00/5082, RG 59
- (10) *Ibid*
- (11) *Ibid*, septiembre 22 1927, NA, DF 817.00/5072, RG 59
- (12) *Ibid* Noviembre 9, 1927, NA, DF 817.00/5132, RG 59.
- (13) McCoy, Papers, Enero 28, 1928

- (14) *Evening Star* (Washington, D.C.) Mayo 13 1928. Sección II, pag. 3.
- (15) Miembros Conservadores, Congreso nicaragüense, copia de la carta para Emiliano Chamorro, septiembre 2, 1927, NA, DF 817.00/5034, RG 59.
- (16) *Ibid*
- (17) Dana Munro al Departamento de Estado, octubre 4 1927, NA, DF 817.00/5054, RG 59
- (18) *Ibid*
- (19) Anotación de octubre 9, 1927. Chandler P. Anderson MS, *Diary*, Box 7 MSS, Librería del Congreso.
- (20) *La Prensa*, Managua, noviembre 27, 1927, p.l.
- (21) *La Noticia*, León, noviembre 27 1927, p.l.
- (22) *La Prensa*, Buenos Aires, octubre 24 1927, p.l.
- (23) Munro al Departamento de Estado, Diciembre 26, 1927, NA, DF 817.00/5263, RG 59.
- (24) Stimson al Secretario Asistente de Estado, Francis White, septiembre 23, 1927, DF 817.00/5043 ½, RG 59.
- (25) El ministro de los Estados Unidos, Charles Eberhardt al Departamento de Estado, septiembre 8, 1927, NA, DF 817.00/5022, RG 59.
- (26) Henry L. Stimson, *Official Papers of the Public Career of Henry L. Stimson*, carta al Departamento de Estado, octubre 4, 1927, Yale University Library.
- (27) Díaz y Cuadra representaban el elemento intelectual del partido y no usaban al pueblo para conseguir sus fines.
- (28) Munro al Departamento de Estado, Diciembre 26, 1927, NA, DF 817.00/5263, RG 59.

IV.

WASHINGTON Y UN CONGRESO NICARAGUENSE

La Lucha por la "intervención legalizada".
Una ley electoral - "Sin dientes".

Evitando la limpieza del Congreso y la
Cámara de Diputados.

LA LUCHA POR LA "INTERVENCIÓN LEGALIZADA"

El presidente Díaz nunca esperó que se le incluyera en las deliberaciones que precedieron la redacción de la ley electoral de 1928. El primer magistrado nicaragüense estimaba que esta empresa era de la exclusiva incumbencia de los norteamericanos y sostenía que mientras menos fuese su participación tanto mejor. La opinión del país, en su mayoría, se inclinaba a creer que había que descartar la ley electoral en vigor (la ley Dodds de 1924) porque exigía que los registros de electores para los comicios de 1928 fuesen completados en la primavera de ese mismo año. Dadas las caóticas condiciones que prevalecían en el norte a causa de las actividades de Sandino, era imposible la realización de ningún tipo de registro electoral en la zona. Es importante destacar aquí que los Estados Unidos, llevados por estas razones, esperaban servirse de las limitadas directivas contenidas en la ley de 1924 para controlar el aparato electoral en 1928. Dada la pobreza de las normas electorales vigentes era lógico anticipar que las elecciones serían muy difíciles de llevar a cabo. (1)

A pesar de todo, Díaz sentía particular ansiedad por conocer los principales puntos de la nueva ley electoral lo antes posible. El presidente estaba consciente de la existencia de una fuerte oposición congresional al proyecto de elecciones supervisadas y deseaba prepararse para la batalla que inevitablemente tendría que librar lo mejor posible. El papel que Díaz había desempeñado en la aprobación del proyecto de ley creando la Guardia Nacional a fines de 1927 no le había atraído precisamente las simpatías de la facción chamorrista de su partido. Y por otra parte, Díaz también sabía que en el Congreso se estaban dando los primeros pasos para despojarlo de sus poderes para negociar con potencias extranjeras asuntos de carácter constitucional. (2) Por todas estas razones, deseoso de tomar la ofensiva en el Congreso lo antes posible, el presidente aguardaba con impaciencia a que el Departamento de Estado le informara sobre los preceptos básicos de la nueva legislación (3)

El Dr. Harold Dodds, un profesor de Ciencias

Políticas y Secretario de la National Municipal League y que había redactado la ley electoral de 1924, trabajó en estrecha unión con el general McCoy y con el Departamento de Estado durante los meses de octubre y noviembre de 1927. El aspecto más saliente del anteproyecto elaborado por este grupo era los amplios poderes que se conferían al presidente de la Junta Nacional Electoral Nicaragüense. Estos poderes revestían caracteres decisivos, sobre todo en lo relativo a cuestiones de procedimiento y al arbitraje de las disputas que pudiesen surgir entre los representantes de los partidos miembros de las juntas electorales locales durante el registro de votantes y la elección propiamente dicha (4)

La nueva ley convertía a McCoy en cuasi-omnipotente árbitro de los futuros comicios. El proyecto, por ejemplo, lo investía de la facultad de anular cualquier decisión que adoptaran los representantes de los partidos de la Junta Nacional Electoral. Esta prerrogativa también le fue conferida a los presidentes de las juntas provinciales y locales, todos los cuales según se ha explicado, serían ciudadanos norteamericanos. A fin de que los nicaragüenses miembros de las juntas electorales mostraran una efectiva disposición a cooperar con el presidente de la Junta Nacional, el Departamento de Estado propuso que, además se le otorgasen a McCoy facultades para designar a los representantes de los partidos en las juntas incluyendo la junta nacional. De ser aceptada esta recomendación, los poderes de McCoy habrían sido onimodos.

Naturalmente, era de esperarse que la oposición chamorrista combatiere tal proposición. Dodds vislumbró el peligro y sugirió que, en lugar de dar a McCoy el poder para designar a los miembros de las juntas, esta facultad le fuese otorgada al comité ejecutivo de los partidos políticos. Los funcionarios de Washington comprendieron que las preocupaciones de Dodds tenían fundamento y, consecuentemente, retiraron su propuesta. McCoy, por tanto, como presidente de la Junta Nacional Electoral, no tendría la potestad de designar a sus colaboradores inmediatos; retuvo sin embargo, el derecho a convocar a la junta aún cuando sus demás miembros —los representantes de los

liberales y conservadores— se abstuvieran de asistir. Esta modificación convirtió a McCoy en menos que omnipotente, su autoridad, obviamente, estaría limitada por la de los representantes de los partidos en las juntas. Pero es evidente que el precepto relativo al quorum necesario para las sesiones de las juntas le confería una posición singular que se intentó justificar, teóricamente, con el argumento de que, de otra forma, los dirigentes de los partidos podrían impedir la acción de estos organismos mediante el simple expediente de no concurrir a sus reuniones.

La ley electoral de 1928 creaba estructuras parecidas a las creadas por la Ley Dodds de 1924, salvo que, ahora, la designación de los trece presidentes de las juntas provisionales se atribuía al presidente nacional. Como en la ley del 24, la Junta Nacional Electoral estaba compuesta de tres miembros: el delegado de los conservadores, el de los liberales, y el presidente norteamericano.

Las trece juntas provinciales estaban constituidas de modo similar y en ellas, como se ha dicho, el norteamericano que ejercía la presidencia estaba dotado de las más amplias facultades. Todas las juntas provinciales fueron situadas bajo la estrecha supervisión del presidente de la Junta Nacional. Y, de la misma manera, las juntas municipales, que también estaban integradas por tres miembros, fueron puestas bajo la autoridad de los presidentes provinciales. A cada mesa electoral, como se llamó a los organismos en contacto directo con el electorado, se le atribuyó jurisdicción inmediata sobre el registro y la votación de unos quinientos electores.

Como hemos visto, la decisión de permitir a los partidos el designar a sus representantes en las juntas fue una concesión que los círculos oficiales de Washington hicieron al autor de la ley del 24. Y, según también se ha visto, esta concesión fue motivada por los peligros que, según Dodds, entrañaba la adopción del precepto originalmente propuesto por el Departamento de Estado. Las juntas municipales y provinciales que entonces existían en Nicaragua estaban configuradas por los resultados de los conicios celebrados en 1927. Los liberales detentaban la presidencia en aquellas áreas en que habían obtenido la mayoría, y, lógicamente, deseaban retenerla. Pero esto se prestaba a que los conservadores hicieran un planteamiento similar, lo cual conduciría a reafirmar el viejo dominio del partido sobre la maquinaria electoral nicaragüense. Consecuentemente Washington rechazó las pretensiones de los liberales, las cuales, por otra parte, chocaban directamente con su intención de controlar el aparato electoral. Se decidió, pues, barrer las juntas existentes y no permitir que ni liberales ni conservadores pudieran instalarse en la presidencia de las nuevas (5)

El gobierno de Washington abrigaba la intención de insistir en su derecho a escrutar la votación bajo el nuevo régimen electoral. Semejante pretensión estaba destinada a provocar una fuerte reacción por parte de los congresistas nicaragüenses. La constitución de la república expresamente especificaba que correspondía al Poder Legislativo realizar los escrutinios electorales prohibiendo terminantemente la participación en esta tarea de otras agencias gubernamentales. (6) Este mandato constitucional dio a Chamorro una magnífica base para sus argumentos y le brindó la oportunidad de organizar una campaña transida de emoción nacionalista contra la aprobación de la nueva ley electoral. La facción chamorrista del partido de Díaz, contemplaba con confianza la batalla congresional que se aproximaba: sabía muy bien que, en una sesión conjunta de las dos cámaras Legislativas, los liberales carecían de los votos necesarios para producir una mayoría. Chamorro estimaba que los liberales se quedarían cortos por 12 ó 15 votos, por lo menos. La base del poderío de Chamorro, por consiguiente, residía en el Congreso. Utilizando el arma legislativa, el caudillo podía fácilmente crear una serie de obstáculos de importancia con el fin de impedir que los Estados Unidos se apropiaran de la prerrogativa de escrutar la votación. Por esta época el gobierno norteamericano había ya decidido su estrategia para obtener la aprobación del proyecto de ley: básicamente consistía en una estrecha cooperación de las fuerzas del presidente Díaz, dispuesto, como siempre a apoyar el artículo relativo al escrutinio.

Carlos Cuadra, el Ministro de Relaciones Exteriores, había informado al Departamento de Estado que veía con agrado que los Estados Unidos dominaran la situación y que se le diera a McCoy la facultad de realizar los escrutinios. Privadamente, sin embargo, el ministro estaba muy lejos de sentir entusiasmo alguno por los planes norteamericanos. Sin duda, Cuadra reconocía que únicamente la intervención de elementos situados por encima de las luchas partidistas nicaragüenses podía asegurar la imparcialidad de las futuras elecciones. (7). Pero Cuadra temía que si Chamorro llegaba a imponer su autoridad en el Partido Conservador ello destruiría sus propias aspiraciones a la postulación presidencial. Es obvio que Cuadra optó por cooperar con los Estados Unidos, al menos exteriormente, esperando ser escogido como el candidato del Departamento de Estado.

Cuadra era un hombre de amplias lecturas y extensos viajes y estaba mucho más familiarizado con las vueltas y revueltas de la política hemisférica, que el presidente Díaz. No fue de extrañar, por tanto, que se convirtiera en el factor primordial de la campaña del gobierno para arrancar del Congreso la aprobación de la ley

electoral. Tan pronto como el Ministro se posesionó de su papel, comenzó a dar muestras visibles de su gran entusiasmo por la supervisión norteamericana. Al parecer Cuadra llegó a creer que su propia candidatura se había convertido en algo casi inevitable. Llevado de su optimismo, aún llegó a sugerir que se creara en el país una "dictadura de elecciones", deponiendo a Díaz y substituyéndolo por un alto comisionado norteamericano, "que relevara al Partido Conservador de sus deberes presentes y lo situara así en una posición de igualdad con respecto a los liberales en la campaña que se avecinaba" (8)

Cuadra era de la opinión que esta maniobra absolvería al Partido Conservador de cualquier responsabilidad que de otro modo pudiera imputársele por haber rendido ignominiosamente la soberanía nicaragüense en manos norteamericanas. Parece también, que, como objetivo secundario, Cuadra perseguía la intención de desalojar a Chamorro de su posición de supremacía en el partido. (9)

Es sumamente reconfortante que el Departamento de Estado mostrara la sabiduría necesaria para rechazar la propuesta de Cuadra. En su lugar, los funcionarios de Washington recomendaron una solución menos chocante. Esta consistía en que el gobierno nicaragüense procediera de inmediato a nombrar presidente de la Junta Nacional Electoral a un nativo de la república, quien desde luego, posteriormente presentaría su renuncia a fin de que el presidente Díaz pudiera reemplazarlo con McCoy. (10)

Chamorro, por supuesto, no ignoraba las estrechas relaciones que se estaban tejiendo entre Cuadra y Díaz, por una parte y la embajada norteamericana por la otra. Para contrarrestar esta imponente alianza el líder conservador comenzó a dar los pasos necesarios para arrebatar de manos norteamericanas la iniciativa en el problema de los escrutinios. No hay duda de que en esta ocasión Chamorro dio una admirable demostración de su maestría como político: el caudillo propuso que se eligiera una asamblea constituyente con el propósito ostensible de introducir en la Constitución de la república los cambios necesarios para que se pudiera otorgar a la Junta Nacional Electoral la facultad de realizar escrutinios. Obviamente, Chamorro contaba con que su facción obtendría fácilmente la mayoría en la asamblea. Y Cuadra y Díaz estaban perfectamente conscientes de que ello era así. Pero al Ministro de Relaciones Exteriores no le quedó más remedio que informar privadamente a Eberhardt que la propuesta de Chamorro no podía ser más fundada, sobre todo si se contemplaban medidas que alteraban la constitución. (11)

Los peligros implícitos en la convocatoria de una constituyente no pasaron desapercibidos para la embajada. El Encargado de Negocios norteamericano también temía que la asamblea inevitablemente caería bajo el control de los

chamorristas e intuía claramente que, si esto ocurría, nada podría impedir que se eliminaran de la Constitución los preceptos que demandaban la celebración de elecciones en 1928. Todavía peor: la asamblea soberana podía elegir un nuevo presidente y dejar así al gobierno de Washington fuera del cuadro de un solo golpe. (12)

No hicieron falta mayores esfuerzos para convencer a Cuadra de que instara a sus amigos congresistas a oponerse al proyecto constitucional de Chamorro. Es claro que, para este entonces la embajada norteamericana, cada vez más, veía en Cuadra el instrumento más apto para la obtención de sus propósitos. Cuadra, evidentemente, era mucho más diestro que Díaz en el empleo de ciertas tácticas: tanto las de persuasión como las de otra naturaleza. Y el presidente por su parte, como en ocasiones anteriores, tendía a mostrarse débil y poco propicio a hacer uso de sus poderes como ejecutivo de la nación. En lugar de actuar, Díaz se pasaba la vida amenazando con renunciar cada vez que sus colegas y correligionarios lo presionaban para que demostrara más independencia. Parece que el presidente padecía de un complejo de culpa derivado del hecho de que, en realidad, el plan norteamericano lo llevaba a laborar en contra de su propio partido y a favorecer a los liberales. De entre los colaboradores inmediatos del presidente, Carlos Cuadra emergió como la figura gubernamental más ágil y, por tanto, más apta para lograr la aprobación del nuevo régimen electoral. Indudablemente, las ambiciones políticas de Cuadra influenciaban su entusiasmo (13)

No se formularon planes, sin embargo, para obtener la renuncia de Díaz. La partida de éste, por una parte, brindaría a Chamorro la oportunidad de designar a uno de sus partidarios como su sucesor. Por la otra, dejaría al caudillo como la figura de más relieve en los círculos del Partido Conservador. Ninguna de estas posibilidades, desde luego entraba en los planes de Washington. (14)

A solicitud de la embajada, el Departamento de Estado dirigió un comunicado extraoficial a las "partes interesadas" en Nicaragua comprometiéndose a seguir respaldando a Díaz. El comunicado decía en parte: "este gobierno no puede menos que ver con la mayor desaprobación una modificación del status quo como la que implicaría el retiro de Díaz". (15) En lo tocante a la presidencia, pues, la suerte estaba echada. Todavía más: el Secretario de Estado Kellogg aprovechó la coyuntura para rechazar con toda firmeza los rumores que corrían relativos a que el Departamento de Estado había impartido su aprobación al proyecto constituyente de Chamorro. Kellogg estaba especialmente ansioso de que los miembros más influyentes del Congreso tomaran debida nota de sus verdaderos sentimientos. (16) Un grupo de distinguidos

abogados nicaragüenses ya había informado a los funcionarios de la embajada de los Estados Unidos que la convocatoria de una Asamblea Constituyente se ajustaba claramente a los principios fundamentales del ordenamiento legal del país.

Pero los abogados fueron un poco más allá y atacaron vigorosamente la nueva ley electoral:

Si el gobierno de los Estados Unidos de América ha tenido la bondad de acceder a la solicitud del gobierno de Nicaragua de prestar su amistosa asistencia y supervisar las elecciones de las más altas autoridades que habrán de celebrarse en 1928, debe tener en cuenta que el mismo gobierno de los Estados Unidos ha mostrado repetidamente del modo más claro y decisivo su deseo de que Nicaragua persevere en el sendero constitucional, de que aprenda a seguirlo independientemente y de que su único interés es que el gobierno... sea elegido sin violar la constitución. Es nuestra opinión, por tanto, que la ley transitoria electoral que se contempla no puede ser promulgada mientras la constitución que gobierna al país permanezca en vigor. Casi toda ella (la ley electoral), en todas y cada una de sus partes, es contraria a nuestra carta fundamental. (17)

El alegato de los abogados nicaragüenses también objetaba el precepto que exigía que el presidente de la Junta Nacional Electoral fuese un ciudadano de los Estados Unidos designado por el jefe ejecutivo de Nicaragua; en lugar de ser elegido por el Tribunal Supremo. Esto, pensaban los juristas, constituía una clara violación de la soberanía de Nicaragua y un innecesario desconocimiento de las atribuciones del Poder Judicial. Además, concluía la memoria, sólo una Asamblea constituyente tenía la competencia para tratar estas materias.

Munro fue instruido para que rechazara estos argumentos sin ulteriores consideraciones y la embajada norteamericana prosiguió con sus planes para someter el proyecto de ley al Congreso sin hacer caso de ellos. La embajada contaba con los poderes persuasivos del débil e indeciso presidente así como con la anticipada eficacia de Carlos Cuadra. El Departamento de Estado estimaba que los riesgos implícitos en la convocatoria de una Asamblea Constituyente eran demasiado grandes: podía terminar con la posibilidad de elecciones supervisadas y servir de vehículo para el retorno de Chamorro al poder. (18)

En un esfuerzo por neutralizar la esperada oposición congresional de la facción chamorrista, Munro dio pasos inusitados para fortalecer la posición de los liberales. Uno de ellos consistió en permitir a la Junta Nacional Electoral designar liberales para la presidencia de las juntas electorales provinciales en las escasas áreas en que el partido había alcanzado la mayoría en las elec-

ciones municipales de 1927. Esta fue, sin duda, una medida de carácter drástico que no contó con la previa aprobación del Departamento de Estado. Pero el Encargado de Negocios creyó que era indispensable apuntalar a los liberales ahora que las perspectivas de contar con un nuevo régimen electoral se habían oscurecido.

Munro deseaba que los liberales ocuparan una posición tal que, al menos, tuvieran voz en la futura formación de los registros electorales si los Estados Unidos fracasaban en su intento de llegar a controlarlos. (19) El diplomático parece haber sido guiado también por otros motivos en su política pro-liberal: aparentemente deseaba hacer patente a los conservadores chamorristas que, si se negaban a prestar su cooperación a la aprobación de la ley, los Estados Unidos estaban dispuestos a dar a los liberales toda clase de facilidades para que eligieran su candidato a la presidencia. (20)

Para contrarrestar este cúmulo de dificultades la embajada de los Estados Unidos decidió que Charles Lindbergh compareciera ante el Congreso nicaragüense apoyando las elecciones supervisadas. En vista del tumultoso recibimiento que el héroe había recibido a su llegada a Managua, la embajada confiaba que su figura podría electrizar al Congreso y persuadirlo a que depusiera su anticipada resistencia a la ley. En el discurso que pronunció ante una sesión conjunta de ambas Cámaras legislativas, el tímido y poco enfático aviador norteamericano hizo votos por la restauración del orden y la paz en la república bajo lo que él denominó "inspiración de los Estados Unidos". Pero ni aún el atractivo un tanto infantil del "Aguila Solitaria" pudo conmover a los senadores y diputados. En realidad, era ingenuo esperar que los chamorristas abandonasen su posición de intransigencia meramente porque una figura popular como Lindbergh así lo solicitara. (12)

El senado nicaragüense aprobó la nueva Ley Electoral sin dificultad. Pero esto se debió únicamente al hecho de que los liberales y los conservadores de Díaz constituían una mayoría en la Cámara Alta. La suerte que corrió el proyecto en la Cámara de Diputados fue bien diferente. Como se recordará, los partidarios de Chamorro predominaban en este cuerpo legislativo. Consecuentemente, los partidarios de Díaz y los liberales no pudieron reunir el número de votos requerido para que la ley pasara en su redacción original. La Cámara, desde luego, aprobó una Ley Electoral que era solamente un pálido reflejo de la sometida al Congreso, diseñada por Chamorro y sus seguidores. El arquitecto de esta versión revisada estaba satisfecho por haber introducido ciertas mejoras en los procesos electorales. Más tarde, sin embargo, pero, en una conversación

reconoció el mismo Chamorro, que su versión era "sin dientes". (22)

La modificada versión aprobada por la Cámara estipulaba que los ciudadanos norteamericanos prestarían servicios en las juntas provinciales y municipales únicamente en calidad de consejeros, tal como lo habían hecho en 1924. (23) Además, el proyecto específicamente estatúa que las funciones de los consejeros norteamericanos cesarían del todo durante la campaña presidencial, período en el cual solamente ciudadanos nicaragüenses tendrían a su cargo la supervisión del proceso electoral. (24).

El Congreso, además, como era de esperarse en una ley de factura chamorrista, retenía la prerrogativa del escrutinio de los votos. Era importante para los chamorristas monopolizar este trascendental privilegio. Si, como Alejandro César reportaba desde Washington, el Departamento de Estado, iba a dar su apoyo a los liberales. (25).

La derrota del ante-proyecto electoral propuesto por Washington dejó a los funcionarios del Departamento de Estado y de la Embajada en Managua en un estado de absoluta frustración. Al revisar las gestiones que precedieron al fracaso, los indignados funcionarios hicieron caer la mayor parte de la responsabilidad sobre la cabeza del presidente Díaz. El encargado de Negocios norteamericano, sobre todo, estaba convencido de que Díaz había sido poco diligente y se había mostrado remiso a influenciar a los legisladores de la Cámara Baja. En otros términos, Díaz no había empeñado su honor personal en la aprobación de la ley. (26).

En vista de las circunstancias, el Departamento de Estado aceptó la decisión de redactar un decreto presidencial incorporando los preceptos básicos de la ley original y proclamando los poderes absolutos de Washington para dirigir las elecciones presidenciales. Este último pronunciamiento se hizo descansar en el acuerdo a que Stimson y Moncada arribaron en Tipitapa en mayo de 1927. Carlos Cuadra de inmediato dio la conformidad del gobierno de Díaz. ¿Pero podía decirse en verdad que esta actitud reflejaba la opinión del Partido Conservador? Acontecimientos posteriores han demostrado que esto no era así. El nuevo decreto contemplaba la concesión de facultades tan absolutas a Díaz que el Ministro Eberhardt llegó a dudar que el presidente pudiera ejercerlas competentemente. Debido a la poca confianza que tanto la Embajada como el Departamento de Estado tenía en Díaz se llegó a la conclusión, de que, en la práctica McCoy tendría que asumir poderes casi dictatoriales. (27).

Washington sospechaba que Díaz podría resistirse a colaborar en un plan que implicara el desconocimiento abierto del Congreso. De ahí que resolviera "tomar las cosas en nuestras manos y conferir al general McCoy plenos poderes para mantener el orden y celebrar las elecciones"

Como es natural, se tuvo buen cuidado de que, Alejandro César, el "emisario oficioso" de Chamorro en la capital norteamericana, se enterara del plan. En oportunidades anteriores, Washington había usado los canales diplomáticos regulares a través del Ministro César, sólo para ver cómo, posteriormente, el Ministro había desfigurado la política del Departamento de Estado y usado de ella para su propia conveniencia en Nicaragua (28).

El presidente Díaz sabía bien cuán tenaces y persistentes podían ser los funcionarios norteamericanos en la persecución de sus objetivos. De ahí que a pesar de su renuncia, accediera a seguirlos en el nuevo proyecto. Puso, sin embargo, la condición de que el Departamento de Estado se abstuviera de hacer públicas sus intenciones. Sobre todo, el presidente subrayó que su colaboración no podría ser revelada antes de que el Congreso cesara de sus funciones y, muy especialmente, antes de que los partidarios de Chamorro que integraban su gabinete fuesen cesanteados. Estos deseos del presidente parecieron razonables a Washington y se convino en respetarlos. (29).

Después de que Díaz fue persuadido de la "necesidad" de dictar el nuevo decreto, Robert Olds envió un despacho a Eberhardt y McCoy con la etiqueta de doble prioridad y estrictamente confidencial". El despacho contenía el articulado del decreto: nadie en Nicaragua, ni siquiera los diplomáticos norteamericanos, habían sido previamente informados, sobre su contenido. El contenido del decreto debía permanecer secreto; únicamente si el Congreso finalmente rechazaba la Ley Electoral, estaba autorizado por McCoy para hacer lo público. (30).

El menzaje de Olds declaraba que todas las medidas, hasta el momento propuestas, reduciendo los poderes electorales de los Estados Unidos, quedaban sin efecto. Bajo ninguna circunstancia deseaba Washington que la ejecución del decreto dependiera de su aprobación por el Congreso nicaragüense. (31). Había un factor importante que contribuyó a la adopción de medidas tan drásticas, y este factor era que las actividades guerrilleras de Sandino habían comenzado a extenderse por toda la zona septentrional del país. Se requería, por tanto, una mano firme al timón del gobierno que pudiera preservar la estabilidad de la nación y garantizar un espíritu de cooperación con los Estados Unidos en su lucha contra las guerrillas. Por otra parte la administración de Coolidge deseaba tener libertad para establecer las bases que conducirían a la celebración de elecciones libres sin que se le interpusiese el Congreso tanto el nicaragüense como el americano.

Se creía, quizá justificadamente, que era necesario conferir al presidente poderes cuasi - dictatoriales si es que el gobierno de Washington

iba a contender con éxito con las guerrillas sandinistas. De otro modo era muy probable que el Congreso pudiera provocar el colapso del gobierno de Managua. (32).

La decisión de promulgar el decreto en marzo de 1928 abrió un período de ansiosa espera entre los funcionarios de la embajada; ¿Cuál sería la estrategia que ahora seguirían los chamorristas? En un esfuerzo por fortalecer la posición de Díaz y por asegurar una colaboración más eficaz por parte del gobierno nicaragüense, McCoy y Eberhardt resolvieron insistir en la creación de un gabinete más cooperador. Dos miembros del gabinete de Díaz habían cooperado estrechamente con Chamorro en la derrota de la ley electoral: el Ministro de Instrucción Pública, dependencia que incluía todo lo relativo al ramo de propaganda, y el Ministro de Fomento, quien era director de la policía y de recaudaciones fiscales. Si se lograba sustituir a estos funcionarios hostiles con leales seguidores de Díaz, la influencia y el poder emanados de sus cargos podían ponerse al servicio del plan norteamericano para la supervisión de las elecciones. Al mismo tiempo, ello reforzaría las defensas del gobierno contra ulteriores maniobras de Chamorro. El primer paso de la embajada fue confeccionar una lista de candidatos para estos dos puestos. Estos nombres fueron subsiguientemente enviados al Departamento de Estado donde, después de detenido estudio, se hizo la selección final. (33).

Aparentemente, la lista de la embajada fue compilada con sumo cuidado porque Kellogg la acogió con satisfacción en su sentir, cualquiera de los personajes que en ella figuraban eran aceptables para el Departamento de Estado. Al final de cuentas, Orontes Lacayo, uno de los más decididos seguidores de Díaz, fue designado Ministro de Fomento; ésto posibilitaría la reconstrucción de los controles del partido conservador sobre el dispendio de tabaco y bebidas alcohólicas. Lacayo era bien conocido por su actitud negativa con respecto a Emiliano Chamorro y ésto, al parecer, decidió su nombramiento. (34).

Juan J. Ruiz, quien era amigo íntimo y confidente de Carlos Cuadra, fue designado Ministro de Instrucción Pública. Este cargo era de extrema importancia para los planes de los Estados Unidos toda vez que el registro de electores y la votación, estaban situados bajo la dirección de quien lo ocupara. Aunque Ruiz era simpatizante de Chamorro y había trabajado en la campaña contra la Ley Electoral, se esperaba que su amistad con Cuadra minimizaría su oposición al plan de Díaz.

Después de esta reorganización, el gabinete quedó "purificado" de influencias chamorristas. Estaba claro que en adelante, los ministros cooperarían activamente con los planes intervencionistas de los Estados Unidos. Probablemente no había otra manera de garantizar la celebración de elecciones libres en el país. (35).

NOTAS DEL CAPITULO IV

(1) Encargado de Negocios Dana Munro al Departamento de Estado, National Archives, Record Group 59, Decimal File Number 817.00/5103 (en adelante referido como NA, Dr.). Las fuerzas de Sandino estaban operando en los alrededores de Matagalpa y los conservadores sugerían que, en vista de la inestable situación, la Ley Electoral propuesta fuera rechazada por el Congreso nicaragüense. Ver Kamman, *Search for Stability*, p. 156.

(2) La Gaceta Oficial (Managua) Enero 1928, p.7, Archivo Nacional.

(3) NA, DF 817.00/5103, RG 59.

(4) El Secretario Asistente de Estado, Francis White a Harold W. Dodds, 29 Octubre 1927, NA, DF 817.00/5103, RG 59. Se esperaba que los problemas surgiesen principalmente alrededor de disputas sobre el derecho de votantes a votar.

(5) Munro al Departamento de Estado, noviembre 19, 1927, NA, DF 817.00/5152 GR 59.

(6) Constitución de Nicaragua, Marzo 4, 1912, artículo No. 87. Archivo Nacional.

(7) Carlos Cuadra, "Intervención", *Revista Conservadora* (Mayo 1962), p.18.

(8) Henry L. Stimson, *Official Papers of the Public Career of Henry L. Stimson*, Copy of Dispatch, Munro to Department of State, 13 Octubre 1927, Yale University Library.

(9) *Ibid.*

(10) *Ibid.* Noviembre 4, 1927.

(11) *Ibid.* Diciembre 3, 1927.

(12) *Ibid.*

(13) *Ibid.* Diciembre 2, 1927.

(14) *Ibid.*

(15) *Ibid.* Diciembre 6, 1927.

(16) *Ibid.*

(17) Los Abogados nicaragüenses a la Legación de los Estados Unidos, (Managua), Diciembre 31, 1927, NA, DF, 817.00/5272, RG 59.

(18) Stimson, *Official Papers*, Diciembre 29, 1927.

(19) Munro al Departamento de Estado, Diciembre 29, 1927, NA, DF, 817.00/6270, RG 59.

(20) *Ibid.* El Ministro de Relaciones Exteriores Carlos Cuadra participó en la Conferencia de Habana en Febrero de 1928, y allí, con la Delegación de Estados Unidos, preparó un nuevo ante-proyecto de la Ley Electoral de 1928, poniendo en otras palabras los mismos artículos de Dodds y McCoy. El Ministro de Relaciones Exteriores regresó a su país en un barco de guerra americano y presentó el ante-proyecto al Senado. Ver Kamman, *Search for Stability*, p. 158.

(21) La Gaceta, Febrero 19, 1928, p.2.

(22) Entrevista del autor con el ex-presidente Emiliano

Chamorro. Managua, Abril 7, 1965.

(23) La Gaceta, Enero 17, 1928.

(24) Ibid.

(25) Munro al Departamento de Estado, Enero 13, 1928. NA. DF. 817.00/5262, RG 59.

(26) Ibid.

(27) Departamento de Estado, Memorandum, Marzo 2, 1928, NA. DF. 817.00/5444 1/2, RG 59.

(28) Ibid. El Departamento de Estado sintió que César había fallado en establecer claramente sus intereses en la aprobación de la Ley Electoral. Ver Munro al Departamento de Estado, Enero 16, 1928. 817.00/5276. Ver también El Departamento de Estado a Munro, Enero 17, 1928 (Ibid.).

(29) Charles Eberhardt al Departamento de Estado. Marzo 14, 1928. NA. DF. 817.00/5466, RG 59.

(30) Ibid. Marzo 18, 1928. NA. DF. 817.00/5475 (Los artículos del decreto fueron archivados aquí) RG 59.

(32) McCoy al Departamento de Estado, Abril 5, 1928. NA. DF. 817.00/5609, RG 59.

(33) Eberhardt al Departamento de Estado, Marzo 27, 1928, Archivos Nacionales del Departamento de Estado, Archivos de las Misiones Electorales de los Estados Unidos en Nicaragua, 1928-1932, archivo grupo 43, D-5-C.

(34) Ibid. Marzo 29, 1928.

(35) Virgilio Gurdián, Memoria de la Gobernación y Anexos 1927-1928. Managua. Tipografía Nacional, 1928. Archivos Nacionales. P. 17.

V

SANDINO - "UN HOMBRE EN LAS MONTAÑAS"

Había otro formidable elemento también trabajando en Nicaragua con extraordinaria persistencia para destruir las estructuras políticas del país, desalojar del mismo a los Marines y dar al traste con la supervisión de las elecciones.

Se trataba del rechazo violento a la intervención americana dirigido por Augusto C. Sandino, un hombre que carecía de pensamiento político y cuya ideología se centraba en la expulsión de los yanquis del país.

Sandino había alcanzado notoriedad dentro de las filas del Partido Liberal antes de que las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos regresaran a Nicaragua en 1927. De acuerdo con un escritor, "... fue en México que comenzó a pensar sobre la dominación americana en Nicaragua y a formar una filosofía social y política de que los problemas de Nicaragua se basaban en los políticos y en el imperialismo americano" (1) En 1926 el guerrillero se había unido a José M. Moncada en su campaña para derrocar a las fuerzas conservadoras de Díaz alcanzando así fama y popularidad. Durante la guerra civil, los hombres de Sandino conocieron la sinceridad del esfuerzo por arrojar a los conservadores del poder, pero no se les ocultó que su líder ambicionaba la jefatura del partido Liberal después de la victoria. (2)

Cuando Sacasa escogió a Moncada para entrevistarse con Henry Stimson en Tipitapa, se hizo evidente la confianza que el jefe del gobierno rebelde de Puerto Cabezas tenía en Moncada. Moncada se convirtió, después de Sacasa, en el miembro más popular del partido y en su vocero más vigoroso.

Esto constituyó un serio golpe para las esperanzas de Sandino de llegar a ser el heredero de la posición de Sacasa. Sandino había confiado

en que Moncada, al menos, le permitiría participar en las negociaciones con Stimson como reconocimiento a sus esfuerzos en la guerra civil. Pero no tardó mucho en sufrir una amarga desilusión. En lugar de solicitar la opinión del líder rebelde sobre los muchos problemas que entonces afrontaba el ejército liberal, Moncada demandó públicamente que Sandino disolviera sus tropas y aceptara un acuerdo pacífico. La humillación de Sandino no pudo ser mayor. (3) De ahí que, cuando Moncada convino finalmente en deponer las armas, le fuera fácil persuadirse de que el jefe del ejército liberal había vendido al partido por el clásico plato de lentejas: el apoyo de los Estados Unidos a sus aspiraciones presidenciales. (4).

Así, en mayo de 1927, poco después de la conclusión de la conferencia de Tipitapa, Sandino decidió proseguir su propia lucha contra el Partido Conservador y, sobre todo, hacer un intento por eliminar a Moncada de la jefatura liberal. (5) "En la primera oportunidad", dijo Sandino en cierta ocasión, "se venderá a los americanos; tenemos que salvar a la revolución de las manos de Moncada". (6) No costó mucho trabajo a los elementos anti-yanquis de Nicaragua convencer a Sandino de que podría capturar la jefatura de su partido levantando la bandera de la independencia política y territorial de Nicaragua. El líder rebelde siempre se había sentido incómodo con los miembros del partido Liberal y de hecho nunca se había considerado parte de los refinados elementos que rodeaban de cerca a Sacasa y Moncada. (7) Su posición puede compararse en cierto modo a la de Chamorro en el Partido Conservador. Díaz y Carlos Cuadra se habían atraído los elementos más intelectuales y menos demagógicos de su partido; hacia Chamorro en cambio, habían gravitado aquellos que más bien se habían

destacado en los no siempre distinguidos ajetres de la política partidista. El conflicto que Sandino desató en las provincias del norte constituyó una seria amenaza para la jefatura de Moncada, así como para los planes del general McCoy para pacificar al país.

José M. Moncada, sin grandes alardes pero con gran éxito, aprovechó todas las oportunidades a su alcance para destruir la imagen pública de su antiguo subordinado. Mantuvo que Sandino constituía el principal obstáculo para la celebración de elecciones libres y pacíficas, lo cual, de hecho, era cierto; y repetidamente, hizo hincapié en las diferencias que lo separaban de Sandino. El líder rebelde, a su juicio, "estaba impulsado por el deseo de establecer el bolchevismo en Nicaragua".

Esta insinuación demostró poseer gran efectividad. Alarmó de tal manera a los supervisores de las elecciones que McCoy, con la mayor celeridad, distribuyó la información a los presidentes de las juntas provinciales. En su mensaje el general urgió a sus colaboradores a que tuviesen cuidado con esa "filosofía cancerosa" que amenazaba extenderse a toda Nicaragua. (9)

Al percatarse Moncada del impacto de sus comentarios, siguió insistiendo sobre el tema: advirtió solemnemente a McCoy que todo lo que el líder rebelde realmente deseaba era imponer su dominio sobre la república y consciente de que a los norteamericanos les aterrizzaba la perspectiva de que los rusos adquirieran influencia en Nicaragua, procedió a explicar que si Sandino desarrollaba sus actividades en el norte del país era porque pretendía organizar su estado bolchevique donde de hecho tenía más posibilidades de florecer. "Esto se va a llevar a efecto", sentenció Moncada en cierta ocasión, "emulando las hazañas militares de Pancho Villa" (10)

La mención del nombre de Pancho Villa y la posibilidad de tener que combatir guerrillas similares a las organizadas por los mexicanos en 1916 acrecentó indeciblemente los temores de McCoy quien previno a sus subordinados contra cualquier posible negligencia en el objetivo de capturar a Sandino. El éxito de Moncada en convencer a los norteamericanos de que Sandino era un peligro tanto para ellos como para el Partido Liberal no pudo ser mayor. (11)

Para el verano de 1928, ya estaba claro que la campaña de Sandino en las montañas septentrionales distaba mucho de ser un fracaso. De hecho, McCoy admitió privadamente que el aislamiento de la región montañosa de Segovia y sus pobres comunicaciones con el resto de la república imprimían a las actividades de Sandino "posibilidades reales de éxito". McCoy también advirtió que, en vista de que el gobierno de Díaz carecía de medios para controlar el norte del país, el líder rebelde, si se movía con la suficiente rapidez, podía llegar a dominar completamente la región. (12). Está claro, pues, que cuando McCoy declaró que Sandino era "solamente un hombrecillo escurridizo vagabundeando en las montañas" (13) sus manifestaciones para el consumo público no reflejaban sus convicciones más íntimas.

Las incursiones de los rebeldes en minas de propiedad norteamericana y el desconcierto que las mismas crearon en las actividades económicas en el norte, llegaron finalmente a alarmar seriamente a la embajada norteamericana. En julio, los diplomáticos americanos se vieron forzados a admitir, no importa cuán confidencialmente, que la campaña guerrillera de Sandino había desplegado una "fortaleza inesperada" y que, consecuentemente, los esfuerzos de los Marines para someter a los rebeldes no serían de fácil ejecución. (13)

NOTAS DEL CAPITULO V

- (1) William Kamman, *Search For Stability*, p. 123
- (2) Entrevista del autor con el Dr. Simeon Rizo Gadea, antiguo colaborador de Sandino. En Jinotega, marzo 25, 1925, y con Miguel Molina, ex-secretario privado de Sandino, quien reemplazó al Dr. Rizo. Jinotega, marzo 26, 1965.
- (3) Entrevista del autor con Oscar Moncada, hijo de José Moncada, en Managua, marzo 30, 1965, quien declaró que su padre deseaba terminar con el proyecto de Sandino de crear una república en el norte.
- (4) Entrevista con Miguel Molina, marzo 26, 1965.
- (5) *Ibid.*
- (6) Manuel A. Valle. "Viva Sandino", *Living Age*. CCXLIII (noviembre 1923), 63.
- (7) Alemán Bolaños, *Sandino, Estudio Completo del Héroe de las Segovias* (Ciudad de Guatemala: Imprenta la República, 1932) p. 9

- (8) Memorandum - *Sandino*, N.D. Departamento de Estado, Archivos Nacionales, Archivos de la Misión Electoral de los Estados Unidos en Nicaragua, 1928-1932. Archivo grupo 43 B-1 (más adelante citado como NA RG 43)
- (9) Memorandum del General Frank R. McCoy a los Presidentes de las juntas provinciales. Abril 18, 1928, NA, RG 43.
- (10) Memorandum - *Sandino* NA, RG. 43
- (11) McCoy, abril 18, 1928 NA, RG 43.
- (12) *Ibid.*
- (13) *Washington Star*, mayo 13, 1928, Sec. II, p. 2.
- (14) Charles Eberhardt, ministro de los Estados Unidos al Departamento de Estado, 20 de julio 1928. *Foreign Relations of the United States*. Vol III (U.S. Oficina de imprenta del gobierno, 1943) p. 444.

VI

Los Liberales y los Conservadores

Una revolución política.

¿Una alianza entre los Estados Unidos y los Liberales?

Personalidades del partido Conservador.

Inferencias de un cisma conservador.

Adolfo Díaz da su paso.

Dos convecciones y paz.

UNA REVOLUCION POLITICA

En 1928 una extraña paradoja tuvo lugar dentro de la política nicaragüense. El partido Conservador había acogido, casi por tradición, el apoyo del gobierno americano en sus esfuerzos por continuar en el poder. Por otra parte los Liberales habían sufrido varias frustraciones en su calidad de partido de la oposición que trataba de derrotar al partido en el poder. Como la estabilidad política había sido la característica de la política de los Estados Unidos en Nicaragua durante los siglos XIX y XX, las campañas Liberales habían sido sacrificadas, como lo dijera uno de sus miembros, "en el altar supremo de la paz y la tranquilidad".

(1) Para la primavera de 1928 los Liberales habían comprendido gradualmente que el compromiso de Stimson en Tipitapa tenía algún significado. Así es que instaron a los Estados Unidos a proveer salvaguardias para el libre ejercicio del sufragio.

El partido Conservador, por su parte, miraba con resquemor los pasos tomados por el gobierno de Coolidge para obtener el control de la república. Presumieron que ahora la intervención iría más allá de la diplomacia de barcos cañoneros. De hecho, sólo cuando se despojó al gobierno de Díaz de sus numerosos poderes durante el verano de 1928 es que la administración conservadora comprendió la decisión de la intervención americana. Indudablemente, Henry Stimson comprendía el recelo de los líderes Liberales durante la conferencia de Tipitapa. Deploraba que el único medio que poseía el partido de la oposición para obtener el poder fuera una revolución o un golpe de estado. (2)

Ya se ha señalado que el emisario de Coolidge consideraba que las conferencias de Washington de 1907 y 1923 iban en contra de los mejores intereses de los Estados Unidos y, particularmente, del partido Liberal. Esto era así porque rechazaban las revoluciones y los golpes de estado como medios para asumir el poder. Estos tratados, que prohibían la violencia en la búsqueda del control político, ponían a los liberales en una posición francamente frustrante. Por ende, Stimson estaba convencido que los pasos legales

prescritos por la ley nicaragüense no iban a ser seguidos por los conservadores en 1928. Mientras que el gobierno incumbente retuviera el control de la fuerza policiaca, de la recaudación de impuestos y de otros medios, se podría mantener indefinidamente en el poder. (3)

Los sentimientos de los líderes del partido liberal nicaragüense estaban marcados por el escepticismo, la duda, la sospecha junto con una leve esperanza cuando los Estados Unidos entraron para asumir un poder sin precedentes. Los diputados y senadores Liberales se resignaron a fracasar o triunfar en las urnas en base a los méritos de las promesas de Stimson de imponer leyes vigorosamente estrictas para la supervisión electoral. (4)

En un llamado vehemente para restringir las prerrogativas del gobierno de Díaz, un líder Liberal expresó el sentimiento de su partido cuando dijo, en una ocasión, a Stimson que "yo personalmente, estoy íntimamente convencido de sus buenas intenciones para hacer justicia al indefenso partido Liberal de un pequeño país que, en ciertas épocas, ha sido juzgado erróneamente con respecto a sus sentimientos hacia los Estados Unidos." (5)

¿UNA ALIANZA ENTRE LOS EE.UU. Y LOS LIBERALES?

La legación norteamericana y los oficiales electorales comenzaron un programa decidido para restringir los vastos poderes del gobierno Conservador. También establecieron una relación estrecha con el partido Liberal. Esta asociación iba a proyectar serias dudas sobre la imparcialidad de los ayudantes de McCoy. El portavoz principal del partido de Moncada era el Dr. Enoc Aguado, quien había actuado para poner fin a la guerra civil de la primavera de 1927. Los diplomáticos Yankis consideraron poco propicia su sugerencia de que se nombrase a un Liberal como secretario de la legación de los Estados Unidos. Les parecía que podría revelar demasiado obviamente los sentimientos del gobierno de Washington. Se le ofreció a Aguado un puesto en la Junta Electoral Nacional como representante de Moncada, para tranquilizarlo con respecto a que

los intereses del partido serían plenamente considerados. Aguado aceptó agradecido e interpretó este gesto como un signo claro de que su grupo sería el favorecido con la victoria en las próximas elecciones. (6)

Es evidente que desde el principio los Estados Unidos estaban decididos a asegurarles a los Liberales una buena oportunidad para obtener la presidencia. Y, McCoy repetía constantemente que se iba a comenzar un plan vigoroso para quitar los numerosos poderes al autocrático Díaz.

En los tiempos del tratado de Tipitapa, los Liberales habían presentado un plan a seguir a los Estados Unidos. Esto permitiría controlar al partido conservador durante la elección. Las disposiciones más significativas de su propuesta instaban a Washington a seleccionar al presidente de la Junta Electoral Nacional, a impedir que el Congreso alterase el resultado de la elección y, finalmente, a insistir que los representantes de ambos partidos fuesen incluidos en las juntas electorales de todos los distritos electorales de los trece departamentos. (7) Los Estados Unidos adoptaron todas estas sugerencias y las utilizaron como primeros pasos en su plan para restringir los poderes tanto del Poder Ejecutivo como del Legislativo. Cuando el decreto ejecutivo incluyó todas sus sugerencias, los Liberales confiaron, por primera vez, en que el gobierno de Coolidge cumpliría sus promesas hechas en junio de 1927.

Se recordará que representantes de los dos principales grupos políticos debían ser miembros de la Junta Electoral Nacional. Muchos miembros del personal norteamericano pensaban que este tipo de cooperación no era suficiente para asegurar a los liberales el apoyo de Washington. Se decidió establecer un "modus vivendi" más sutil y menos notorio. Se le encomendó a un miembro del estado asesor entrar en contacto con figuras liberales influyentes en la convención nacional de dicho partido, celebrada en febrero de 1928. Las reuniones iniciales de este congreso servirían como una base para la relación estrecha que surgiría entre la misión electoral de los Estados Unidos y el partido liberal. Aunque los miembros del personal nunca dieron a los liberales aprobación explícita, en Washington se hizo patente un sentimiento favorable hacia la causa del partido. Moncada, ya seguro del éxito, preparó su programa para la elección. (8)

La convención del partido liberal se reunió el 19 de febrero para nombrar a su portaestandarte. El general McCoy aprovechó la ocasión para enviar a Bruce Howe, un miembro de su estado mayor, para que observara los procedimientos y para que estableciera una relación eficiente con los líderes del partido.

Entre los primeros contactos de Howe sobresale

Anastasio Somoza García, alcalde de la ciudad de León, a quien describió como "un excelente y legítimo liberal". El alcalde era un confidente íntimo y un partidario leal de Moncada. Le aseguró a Howe que el general liberal era el único competidor fuerte por el nombramiento del partido y, que cuando se hiciera oficial su elección, Moncada daría ilimitada cooperación a los Estados Unidos en su tarea de supervisión (9)

En esta convención liberal se inició un proyecto muy importante, que luego sería de incalculable valor para los Estados Unidos. Uno de los resultados de las reuniones de Moncada y Howe fue un plan secreto por el cual los líderes del partido liberal infiltrarían los ejércitos insurgentes en los lugares en que el rebelde Sandino operaba. Sus actividades serían reportadas subsiguientemente a los Infantes de Marina de la zona y servirían así como una excelente fuente de informaciones. (10) Un segundo propósito de la infiltración era el organizar a los liberales en una campaña para contrarrestar los rumores esparcidos aparentemente por los conservadores de inmediatos ataques de Sandino. Los rumores causaban terror y podían llevar a un estado de sitio, al menos en el norte y a la cancelación de las elecciones (11)

Chamorro sugirió, cierta vez, que las regiones perturbadas (generalmente plazas fuertes de los liberales) fuesen excluidas de la elección. Esto dio fundamento a los rumores que decían que sus seguidores estaban desempeñando un papel directo en estas actividades de bandoleros. Por consiguiente, Howe estaba particularmente ansioso por mantener en secreto estos dos proyectos, ya que su revelación indicaría, obviamente, una asociación demasiado estrecha con los liberales (12)

El que no se hayan hecho los mismos arreglos con los conservadores indica que los Estados Unidos sospechaban que estos estaban trabajando con Sandino. Los hechos posteriores confirmaron esta sospecha. Si estos vínculos estrechos con los liberales hubiesen sido dados a conocer en los primeros meses de 1928, se podría haber malquistado definitivamente a los conservadores.

Howe aún encontraba bastante inquietud entre los liberales con respecto a la sinceridad de los Estados Unidos al ofrecerse a dirigir las elecciones. Preocupó de sobremanera al general Moncada un comunicado de principios de febrero de 1928 en el cual un conservador prominente, el acérrimo Carlos Cuadra, sugería la unión de ambos partidos en una sola lista como una solución al embrollo nicaragüense. Muchos liberales que asistieron a una reunión con Howe, justo antes de inaugurarse la convención,

declararon sospechar que probablemente, este proyecto contaba con el apoyo de los Estados Unidos. Pensaban que esta revelación de Cuadra había sido usada como prueba para verificar la reacción de los líderes liberales. Moncada no consideraba suficiente la denegación de Howe sobre la complicidad de su país en esta maniobra. El norteamericano había declarado con vaguedad, que los Estados Unidos nunca aprobarían o desaprobaban expresamente la selección de candidatos para desempeñar las funciones públicas en Nicaragua. (13)

Este comentario algo ambiguo inquietó a los líderes del partido liberal. Recordando el fracaso de Emiliano Chamorro al tratar de obtener de Washington la aprobación de su candidatura, ¿podría ser éste un intento de los Estados Unidos para volver al experimento de coalición entre Solórzano y Sacasa de 1924? Tal vez. El Departamento de Estado estaba considerando todo tipo de soluciones, y quería ver cual sería la reacción del partido liberal ante ésta última. El descubrirla no le tomó a McCoy mucho tiempo.

A pesar de las persistentes sospechas y dudas de los liberales, el emisario de McCoy pudo establecer una estrecha relación con Moncada y sus seguidores liberales. Las muchas excursiones al campo que Howe hacía con liberales prueban la agradable amistad que se estableció entre el norteamericano y los líderes del partido liberal (14)

Howe aseguró confidencialmente al algo receloso Moncada que el general McCoy se proponía establecer control sobre la recaudación de impuestos y el sistema de comunicaciones. Después de explicar el modo en que se haría esto, Howe pudo comprobar con satisfacción que los liberales confiaban más en la ayuda que recibirían en su contienda con los conservadores. Este americano puso definitivamente de lado el rumor de una coalición. Los jefes del partido liberal lo olvidaron con alivio.

Cuando se reunió la convención liberal el 20 de febrero de 1928, se desplegó ostentosamente la bandera americana en la sala de sesiones para que todos la vieran. Esto, por supuesto, fue hecho para el provecho de Howe. Moncada fue nombrado sin mucha oposición y los miembros del partido se alinearon detrás del nuevo candidato (15)

Cerca de tres semanas antes de la convención, la legación de los Estados Unidos supo de fuentes fidedignas del partido liberal que un tal José Antonio Medrano, un desconocido políticamente sería el compañero electoral de Moncada. La anticipada notificación a las autoridades norteamericanas de la selección fue hecha para obtener su beneplácito. Dana Munro, el Encargado

de negocios, no estaba muy entusiasmado con esta selección y lo consideraba un hombre de "poca fuerza y menos carácter". Sin embargo, se tranquilizó cuando supo que Medrano estaba dispuesto a colaborar estrechamente con los Estados Unidos. (16)

Medrano fue en realidad, la primera elección de Moncada como compañero electoral, pero le habían sido sugerido otros. La mayoría eran inaceptables para el líder liberal, principalmente porque las ambiciones presidenciales de todos ellos eran bien conocidas. Moncada temía que pudiesen tratar de derrocarlo antes de que terminara su mandato. Como consecuencia se eligió a Medrano, el menos agresivo, primero porque no había expresado esperanzas mayores y segundo porque sus adherentes eran demasiado pocos como para constituir una amenaza para Moncada. La legación norteamericana, pues, lo aceptó satisfecha. Había suficientes fuerzas prominentes y trastornadoras amenazando la elección. No tenía sentido crear una adrede entre los miembros del partido.

El general Moncada pronunció su discurso de aceptación en presencia de Howe. El emisario de McCoy se había sentado silenciosamente en la sala de sesiones, e informaba sobre las actividades, especialmente el discurso. El candidato nombrado expresó inmediatamente su apoyo incondicional a la presencia de los Estados Unidos en Nicaragua. Comenzó su discurso diciendo que se debía retener la doctrina Monroe "para preservar y proteger la soberanía de Nicaragua". Más aún, el candidato declaró que el posible éxito de su partido se debería sobre todo a los esfuerzos del gobierno americano por impedir que el gobierno de Díaz llevase a cabo su intento de poner en la presidencia a su propio candidato (17)

Moncada reveló rápidamente su aversión por el mentado plan de crear una lista liberal y conservadora. Citó el fracaso de la coalición de 1923 en su intento de "sobrevivir a las maniobras de políticos demasiado ambiciosos". Esto, por supuesto, fue un revés dirigido a Chamorro, y, tal vez al políticamente ambicioso Carlos Cuadra, quien había hecho la propuesta en primera instancia. El candidato liberal llegó al ápice de sus elogios a los Estados Unidos cuando dijo que la independencia nicaragüense había sido preservada a través de la intervención del gobierno de Washington. Concluyó diciendo que "nuestro deber está regido por la doctrina de aceptar la influencia de los Estados Unidos para lograr el progreso, la libertad y la civilización. Los Estados Unidos y Centroamérica son esclavos de compromisos recíprocos". De más está decir que Howe declaró

que este elogio no lo había emocionado mucho. (18)

No sucedió lo mismo con Kellog y Francis White, el Secretario de Estado adjunto. Ambos estaban tan complacidos con estas declaraciones dignas de mención, que decidieron enviar las "observaciones amistosas" de Moncada, así las llamaron, a los miembros republicanos del Congreso para que las usaran en los debates contra los opositores de la política de Coolidge en Nicaragua.

Sin que McCoy y Howe lo supiesen, durante la convención, tuvo lugar en León una reunión de las autoridades liberales. Los caudillos de todos los lugares del país advirtieron a Moncada que el partido le daría el nombramiento siempre que los Estados Unidos estuvieran dispuestos y fuesen capaces de cumplir con su promesa de dirigir la elección. Este incidente explica claramente el porqué de los elogios excesivos del candidato. Reflexionando, es difícil creer que estos líderes pensarán que Moncada pudiese ser electo en cualquier otra circunstancia, excepto bajo el ojo avisor del gobierno americano. Parecería que un candidato menos cooperativo que Moncada nunca habría derrotado a su rival conservador. (19).

Al concluirse la convención liberal, Howe confiaba que se habían hecho buenos contactos con los liberales. Más aún, recomendó calurosamente que se mantuviese una asociación estrecha y continua con ellos para, como él dijo, "darle a su candidato una buena oportunidad de ocupar el sillón presidencial". (20). Howe también dio a conocer su confianza en el probable éxito de Moncada cuando describió al Partido Liberal como "unificado con un propósito y seguro de la victoria, si los Estados Unidos controlan adecuadamente al gobierno de Nicaragua". (21).

Las conferencias de Howe con los líderes liberales durante su convención parecen haberse mantenido en total secreto. Estas marcaron un punto decisivo en la involucración norteamericana en la campaña electoral. También marcó un cambio en la política tradicional de Washington de apoyar al partido en el poder. Si la intención personal de McCoy no fue la de apoyar a Moncada, ciertamente sus ayudantes hicieron todo lo posible por ayudarlo, fuera de endosarlo públicamente.

Es bastante evidente que el general Moncada no se contentaría con permitirle a los Estados Unidos observar simplemente el funcionamiento de su partido; él quería que el gobierno americano le ayudara a redactar su programa, que esperaba fuese una pauta para su gobierno. Tenía tanta confianza en el apoyo y la ayuda de McCoy, que inmediatamente después de celebrarse la convención, presentó silenciosamente por entero el programa del Partido Liberal, con su lista de objetivos, al presidente de la Junta Electoral Norteamericana para su estudio y, por supuesto, su aprobación. (22).

No cabe duda que McCoy estaba complacido con

los planes delineados por el líder liberal. Después de considerar el programa por entero, McCoy parecía estar completamente satisfecho con su contenido. El presidente de la Junta Electoral podía, sin embargo, haber quedado desconcertado cuando el programa instaba a su gobierno a "reinar sin restricciones en nuestros pechos". (23).

En 1928 cambiaron las políticas de los dos partidos principales. Durante muchos años, los liberales se habían opuesto firmemente a la ingerencia norteamericana en los asuntos internos de la República. Ahora este proyecto de Coolidge y Simpson de desempeñar un papel activo en el juego de la política presidencial nicaragüense iba a ofrecer al liberal Moncada una oportunidad para echar fuera a los atrincherados conservadores. Aún más significativo fue el hecho de que se dejó de considerar al gobierno norteamericano como el heraldo de la derrota para el ambicioso liberal nicaragüense. De hecho, durante 1928, los Estados Unidos dieron, más de una vez, la impresión de que si los liberales triunfaban en las urnas, se podría decir que se había llevado a cabo una elección imparcial supervisada por los americanos. El ya conocido mito del apoyo de Washington al grupo en el poder, para mantener así la estabilidad, habría sido roto. (24).

PERSONALISMO EN EL PARTIDO CONSERVADOR

El Partido Liberal acogió, finalmente, con simpatía el nombramiento de McCoy, y esperaba beneficiarse con el programa de supervisión. Los conservadores, por el contrario, vieron disminuir considerablemente sus probabilidades de triunfo. (25).

Los esfuerzos para hacer adoptar una ley electoral habían resultado en golpes fuertes y casi mortales para la unidad del Partido Conservador. A principios de la guerra civil, los Estados Unidos habían decidido apoyar incondicionalmente a Adolfo Díaz e impedir una campaña liberal que lo sacase del poder. El éxito o el fracaso de la creación de una nueva ley electoral recayó casi por entero sobre él. El había sido el instrumento a través del cual el Departamento de Estado penetró en la política del país.

Si bien le cupo a Díaz el dudoso honor de arreglar la adopción del acuerdo de Tipitapa, su oposición principal radicaba dentro de su propio partido. Emiliano Chamorro, a quien se le había negado la oportunidad de buscar el nombramiento conservador para la presidencia contra Díaz, estaba decidido a defender la constitución nicaragüense, la que prohibía al Congreso el delegar parte de su autoridad al sector ejecutivo para dirigir una elección. Esta táctica tuvo éxito. Empero, hizo mucho daño al partido. Sus miembros se dividieron en dos bandos. Uno apoyaba a Díaz y su política de aceptar la supervisión de los Estados Unidos. El otro, encabezado por Chamorro, se concretó a la

defensa de su popular líder carismático y se dedicó a destruir, o al menos a impedir, la creación de una nueva ley electoral.

Díaz, ya calificado como un "títere" del gobierno norteamericano, era vigilado cuidadosamente a medida que trataba de ganar el control de la maquinaria del Partido Conservador. De especial interés era averiguar su escogido para candidato. Para muchos, esto indicaría que el individuo que hubiese recibido la aprobación de Díaz sería, probablemente, el elegido de los Estados Unidos. Ciertamente, la prensa conservadora pensaba esto, y no es de asombrarse. Este era el modo tradicional en que habían sido elegidos muchos presidentes nicaragüenses. (26).

Como las disposiciones electorales no habían escapado exitosamente de las garras del Congreso de Chamorro, el Departamento de Estado debía decidir si concentraría todos sus esfuerzos alrededor del débil e indeciso presidente nicaragüense, o si le dejaría luchar por sí mismo su propia batalla. Esto último era, decididamente, una táctica muy arriesgada, y la legación norteamericana lo sabía. La maniobra estaba llena de peligros ya que, indudablemente, causaría una seria escisión en el control del Partido Conservador. Pero la legación de los Estados Unidos estaba dispuesta a correr este riesgo para evitar que el partido cayera bajo el control absoluto de Chamorro, un enemigo acerbo de la política de Washington con respecto a Nicaragua en ese momento. (27).

Sin que el público lo supiese, por supuesto, un acalorado debate había encolerizado a muchos del Departamento de Estado sobre el problema de hasta dónde debía llegar el gobierno de Coolidge en su apoyo a Díaz. Ya que la ley electoral había fracasado, algunos funcionarios consideraban que no había razón en seguirle ayudando en una contienda interna del partido. Los funcionarios de los Estados Unidos se preguntaban si importaba mucho quien fuese el jefe de los conservadores mientras se mantuviese a Chamorro apartado del cargo. (28).

El Secretario de Estado no consideraba necesario el convertir a Díaz en un héroe ante su partido. Kellogg pensaba que era deber del presidente cumplir con el compromiso de Tipitapa. Ya el congreso conservador lo rechazaba, ¿porqué se iba a elogiar y premiar públicamente a un gobierno conservador, —se preguntaba el Secretario de Estado— por no haber alcanzado un objetivo que estaba obligado moralmente a conseguir?

Por otra parte, la legación de los Estados Unidos insistía en que se diese un apoyo incondicional a Díaz. Eberhardt pensaba que el presidente había arriesgado llevar a su partido a la derrota cuando había secundado públicamente la aprobación de la nueva ley electoral. La legación consideraba que se le debía premiar por sus esfuerzos apoyándolo

en su batalla contra Chamorro para conseguir el control del partido. Tanto Eberhardt como Munro estaban convencidos que el no apoyar a Díaz indicaría que los Estados Unidos no estaban seguros de su posición ahora que la ley electoral había sido derrotada en el Congreso.

Kellogg, el Secretario de Estado, iba a hacer su gusto. No se darían premios si no eran merecidos.

Por consiguiente, el Departamento de Estado decidió mantenerse fuera de la riña conservadora, al menos por el momento.

UN CISMA CONSERVADOR.

De acuerdo con órdenes impartidas por el Secretario de Estado de los Estados Unidos, la legación debía primero aventurarse por un sendero de neutralidad con respecto a la escisión conservadora. Como ya fue dicho anteriormente, el fracaso del apoyo del Departamento de Estado a Díaz, alentó a Chamorro a creer que el gobierno norteamericano no estaba seguro de sus posibilidades para llevar a cabo una supervisión electoral exitosa. Consiguientemente, el ex-presidente lanzó una campaña bien organizada para volver a imponer su voluntad sobre los miembros del partido. Empezó entonces la tarea de seleccionar un candidato presidencial que no estuviese dominado por Díaz ni por los Estados Unidos.

El ministro Eberhardt vió peligros inherentes al plan de Chamorro de seleccionar su propio candidato y enemistarse abiertamente con Díaz. El diplomático norteamericano estaba convencido de que sus superiores jerárquicos en Washington no comprendían los riesgos de éste paso. Tanto Eberhardt como Munro explicaron que si cada facción del partido conservador seleccionaba un candidato, ningún competidor por la presidencia recibiría la mayoría de votos necesaria para ser electo. La constitución era muy explícita con respecto a éste punto, y, de suceder algo semejante, el congreso, reunido en sesión plenaria, elegiría un presidente.

Eberhardt preparó un estudio confidencial de las perspectivas de que hubiese un congreso controlado por Chamorro para principios de la primavera de 1928. Muy a su pesar, descubrió que el ex-presidente tendría una importante mayoría en el parlamento nicaragüense. El ministro de los Estados Unidos comprendió entonces los motivos que los Chamorristas tenían para impedir que el partido nombrase sólo un candidato.

Esta fue la razón principal por la cual la legación decidió apoyar extraoficialmente a Díaz en su intento de controlar el consejo del partido. La legación sabía que igualmente implícito en la nueva táctica de Chamorro estaba un peligro para la causa liberal. Las posibilidades de Moncada de resultar electo se verían muy reducidas, si no totalmente destruidas, si el Congreso elegía finalmente al presidente nicaragüense.

Desde hacía algún tiempo Moncada había tratado de hacer notar esta cuestión a los Estados

Unidos. Hizo hincapié en el hecho de que el sistema tradicional de dos partidos corría grave peligro. Más aún, y sin que muchos lo supiesen, se había suscitado una discusión en el seno del partido Liberal sobre la conveniencia de tratar el problema abiertamente. Algunos temían que pudiese favorecer los esfuerzos Chamorristas para conseguir su objetivo. Los periódicos gubernamentales, presuntamente bajo la dirección e influencia de Díaz, instaban artificiosamente a los liberales a mantenerse fuera de la reyerta conservadora. Parece que el presidente temía que si Moncada demostraba demasiada preocupación, esto alentaría a Chamorro a seguir dilatando la división del partido.

A principios de abril, Chamorro dió el primer paso en su esfuerzo por seleccionar un candidato presidencial. Sugirió que Vicente Rappaccioli, un gran terrateniente, fuese el candidato oficial del partido. Eberhardt no estaba del todo contento con la elección de Chamorro. Describió al candidato como un hombre que poseía "muy poca experiencia e inteligencia y cuyo único mérito para ser preferido políticamente parecía ser su devoción personal al general Chamorro y su posibilidad de hacer una gran contribución para sufragar los gastos de la campaña electoral". Por consiguiente, los Estados Unidos no consideraron con agrado la selección de Rappaccioli. Parecía que no tenía ninguna posibilidad de competir con Moncada. Su nombramiento simplemente significaba una división permanente en el partido.

Para calmar a los Diazistas, Chamorro sugirió que el serio y altamente respetado Carlos Cuadra, Ministro de Relaciones Exteriores, fuese nombrado candidato a la vicepresidencia. El presidente rechazó en el acto esta sugerencia. No aceptaría un papel secundario en los consejos del partido teniendo a su funcionario del gabinete como candidato a la vicepresidencia.

Privadamente tanto Eberhardt como McCoy estaban seguros que el expresidente Chamorro controlaba completamente los comités ejecutivos conservadores en todos los departamentos a través de la república. La fidelidad de éstos conservadores para Chamorro databa de tiempo atrás. No estaban dispuestos a aliarse con Díaz ya que éste apoyaba un plan que restringiría el control de su partido en una elección.

Parece que el ministro de los Estados Unidos no siguió cuidadosamente las instrucciones que le habían sido impartidas, —evitar tomar bando en la querrela entre Díaz y Chamorro, y había dado a conocer a las "fuentes apropiadas" que Carlos Cuadra era su elegido para ser candidato conservador a la presidencia. Parece que Eberhardt pensaba que a medida que aumentaban las posibilidades de éxito de Chamorro, la división en el partido se agrandaría, permitiendo a Chamorro subir al poder cuando la organización de Díaz fuese desbaratada. La legación temía que

esto iba a suceder si no se solucionaba rápidamente la situación.

A principios de mayo, la sospecha de que Chamorro había aprovechado su prolongada asociación con los miembros del partido fue confirmada. El ex-presidente había conseguido elegir, en 11 de los 13 departamentos, delegados dispuestos a apoyar a su candidato en la convención nacional. Todos habían prometido apoyar a Rappaccioli. Más aún, los Chamorristas hasta nombraron un altermo como delegado conservador permanente a la Junta Electoral Nacional. Esto se hizo para advertir a Díaz que su influencia en la Junta también terminaría pronto.

ADOLFO DIAZ ACTUA.

Como era de esperarse, el presidente nicaragüense temía perder completamente el control de la dirección nacional del partido y no conseguir el nombramiento de Carlos Cuadra. Aún no se había anunciado el apoyo presidencial por el ministro de relaciones exteriores, pero la legación sabía de antemano quien iba a recibir el beneplácito presidencial.

En un acto sorpresivo de arrojo e independencia, nunca antes visto, Díaz ordenó que el comité nacional de dirección del partido cesara de reunirse. Díaz, como presidente de ese órgano, ordenó que se dejara de verificar las credenciales de las delegaciones rivales a la convención nacional. El estado mayor de McCoy temía que éste acto despótico pudiese resultar en encuentros armados si se retiraba a ésta "cuasi-corte" del partido el derecho de zanjar las diferencias entre los bandos. El estado de McCoy se enteró con gran pesar, por medio de un estudio de la fuerza de cada grupo, que Chamorro controlaba a once de los diecinueve miembros del directorio del partido.

El presidente adjunto norteamericano de la Junta Nacional instó la intervención directa para impedir que Chamorro reforzase su posición. Ahora parecía que se celebrarían dos convenciones conservadoras y ésto significaba el fin para la contienda entre Liberales y Conservadores. Sobre todo, y sin duda alguna, destruía las probabilidades de Moncada de convertirse en presidente.

Eberhardt estaba convencido de que Díaz deseaba y esperaba que la Junta Electoral Nacional interviniese en su favor. El presidente ignoraba que ésto había sugerido por un norteamericano de alto rango del estado de McCoy. Díaz y sus seguidores no podían concebir que los Estados Unidos se decidieran a favor de Chamorro, conociendo su reticencia pasada con respecto a la supervisión electoral. Justificadamente, llegaron a la conclusión de que McCoy no tenía otra salida que la de apoyar a Carlos Cuadra. El norteamericano debería respaldar al presidente o encontrar una solución de compromiso. La legación de los Estados Unidos y la Secretaría de la Junta Electoral ya conocían de cerca su dilema. Un bando

conservador dirigido por Chamorro era un opositor declarado de la supervisión electoral. El otro estaba desempeñando el papel de "grupo favorito del gobierno de Washington". Si el Departamento de Estado apoyaba abiertamente a Díaz... los liberales podrían decir que la costumbre de apoyar al presidente en posesión del cargo seguía en vigencia.

Kellogg, no quería tomar una posición pública en el asunto. Ordenó que no se interfiriera mientras existiese alguna posibilidad de que el partido resolviese sus propios problemas. El Secretario no dió recomendaciones ni referencias sobre como sanaría el partido sus heridas. Le parecía que si la Junta Electoral Nacional se dedicaba a resolver querellas internas de los partidos, ésto resultaría en una mayor oposición a la presencia de los Estados Unidos en Nicaragua. En un peculiar cambio radical, el Secretario autorizó, final y confidencialmente, a la Junta a intervenir secretamente, pero sólo cuando se había dejado de prestar atención a los esfuerzos despóticos de Díaz de no hacer caso a las obligaciones del directorio nacional de su partido.

Díaz no se desalentó con la decisión inicial de Kellogg de mantenerse fuera del conflicto. Procedió, en vez, a reforzar el apoyo que la prensa gubernamental daba a su candidato, Carlos Cuadra. No hay duda que tanto McCoy como la legación consideraban que el Canciller tenía mejores perspectivas de éxito en las urnas que las de Rappaccioli.

Consciente del apoyo tácito de la legación, Cuadra pidió que los norteamericanos desautorizasen abiertamente al grupo de Chamorro. Esto fracasó, principalmente porque la legación consideraba que tal paso menoscabaría permanentemente las posibilidades de remediar las heridas del partido.

Las calladas conferencias entre Díaz y la legación con respecto al pedido del primero de apoyar abiertamente a Cuadra no pasaron inadvertidas. Los liberales deploraban lo que parecía la continuación de la costumbre norteamericana,— el apoyar a la selección del presidente en el poder.

Eberhardt estaba de acuerdo con la predicción liberal de un seguro fracaso en la obtención de una elección justa si se permitía al presidente nombrar su sucesor. El ministro de los Estados Unidos sugirió entonces que se le advirtiese a Díaz que se le retiraría el reconocimiento diplomático si persistía en sus planes de nombrar a Cuadra como su candidato.

La legación decidió que la comunicación al presidente sería como una advertencia de que su acción era un "paso innecesario en una época en la cual su autoridad dependía completamente del apoyo que recibía de los Estados Unidos". Mientras los liberales deploraban la selección de un candidato oficial, la legación aumentaba sus esfuerzos para disuadir a Díaz en su intento,— pero todo era inútil.

No pudiendo obtener para Cuadra un apoyo franco, Díaz decidió comenzar una fuerte campaña para que el partido conservador nominara a su candidato, a pesar de todo. La legación había cambiado su dirección, de un apoyo tácito a Cuadra, por la de buscar un candidato conciliador. **DOS CONVENCIONES Y LA PAZ.**

Al hacer caso omiso de las advertencias del ministro norteamericano de no apoyar a un candidato, Díaz confiaba, justificadamente, que los Estados Unidos no podrían sustentar a Chamorro bajo ni algún concepto. El presidente celebró su propia convención en Managua, el 20 de mayo de 1928 para nombrar a Carlos Cuadra. La división asesora de la misión electoral de los Estados Unidos envió a uno de sus miembros para presenciar este cónclave. McCoy quería un informe detallado de los hechos, a medida que iban sucediendo. ¿Que diferente era la actitud del observador de los Estados Unidos en esta reunión, comparada con la conferencia liberal de unos meses atrás! El "emisario" de McCoy tenía instrucciones de presenciar los debates y de no establecer contactos personales, bajo ninguna circunstancia, con cualquiera de los líderes o delegados.

Esta convención fue celebrada, evidentemente, para darle el sello oficial a la selección de Díaz. No hubo ningún indicio de que el presidente haya hecho algún esfuerzo para crear, al menos, un frente de procedimiento democrático. (47) Se nombró a Carlos Cuadra por "aplauzo unánime", como lo describiera el miembro del estado asesor. El nuevo candidato proclamó en su discurso de aceptación que como "hombre temeroso de Dios, los ojos del Todopoderoso estaban siempre sobre él y que lo vigilaban en todos sus pasos". También dijo que en este periodo crítico de la historia de su país en que el partido había pedido a los Estados Unidos que llevase a cabo la supervisión de la elección, "él sería el instrumento de la voluntad Divina al traer la paz a Nicaragua, buscando el cargo más alto de su país, a través de las bendiciones del Señor y por medio de la república norteamericana". (48)

Para asegurarle a Cuadra un apoyo mayor, Díaz comenzó a llevar a cabo una "depuración" de su gobierno; expulsó a todos aquellos de quien se sospechaba vagamente que fueran simpatizantes de Chamorro. Así mismo, LA PRENSA, el periódico oficial del gobierno, descargó un golpe directo sobre los chamorristas al anunciar que si los candidatos conservadores no habían notificado al gobierno sus intenciones de buscar la candidatura presidencial de su partido para el 15 de abril de 1928, sus nombres no estarían incluidos en la papeleta. Esto descalificaba, evidentemente, a Rappaccioli, cuyo nombre no había sido inscrito hasta fines de abril. (49).

Alrededor de la época en que se celebró la convención de Díaz en Managua, los delegados de

Chamorro se reunieron en Granada en una atmósfera amarga causada por la vengativa depuración de chamorristas llevada a cabo por el gobierno. Esta convención, que también estuvo bajo el estudio detallado de la secretaria de la Junta Electoral de los Estados Unidos, se llevó a cabo en una manera muy semejante a la de su contraparte en Managua. El ex-presidente utilizó eficazmente su poder y los conservadores eligieron unánimemente a Rappaccioli. (50).

Cuando se hizo oficial este nombramiento, la legación de los Estados Unidos pareció perder su esperanza en que los conservadores obtendrían un triunfo en las urnas. Esto sería aún más cierto si el candidato de Emiliano Chamorro insistía en seguir adelante. En realidad, Rappaccioli no poseía ningún atractivo público, su única ventaja parecía ser el poseer el dinero para costear su campaña electoral. (51).

En junio el exasperado McCoy, viéndose obligado a llegar a una decisión, anunció a la Junta Electoral Nacional que les daba a ambos bandos hasta el 28 de julio de 1928 para llegar a un acuerdo sobre la selección de un candidato. Es evidente que el general norteamericano tendría que sacrificar a su favorito personal, el ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de Díaz, para buscar un tercer candidato. Se consideraba más conveniente el perder a Cuadra junto con un candidato chamorrista que el forzar un enfrentamiento con el ex-presidente y perder. (52).

Consiguientemente McCoy decidió que ambas facciones no representaban la voluntad general y el consenso del partido. A ninguno de los dos se le permitiría inscribir a sus candidatos en una papeleta. Como corolario de esta decisión, se avisó a Ramón Castillo, representante conservador en la Junta Electoral, que si no encontraban un tercer candidato para la fecha establecida, el emblema y la insignia del partido no serían inscritos en las papeletas. Superficialmente, esto parecía una restricción sin importancia, pero en realidad, de haber sido puesta en práctica habría significado la derrota segura de los conservadores y McCoy lo sabía. Gran número de votantes analfabetos podían reconocer al partido por medio de su insignia o su color. Si se retiraban estos distintivos, el candidato conservador podría perder miles de votos (53).

Es difícil precisar si esta última amenaza contribuyó directamente a la decisión final de Carlos Cuadra de retirarse y de llegar a un acuerdo. La decisión de la Junta de rechazar los pedidos de ambos bandos al imponer un plazo, demostró que McCoy estaba decidido a repudiar ambos candidatos conservadores y a terminar de una vez por todas con la división del partido.

El general no estaba dispuesto a fiarse del buen tino y del sentido de componenda de

ambas facciones. Por consiguiente, elaboró un plan a través del cual las fuerzas de Díaz y de Chamorro podrían llegar a un acuerdo en la selección del candidato. El margen dentro del cual podían negociar ambos bandos preveía el establecimiento de una asamblea general del partido conservador. Constataría de cuarenta miembros, que incluirían los directorios nacionales de ambos grupos. McCoy sugirió que fuese nombrado presidente Ramón Castillo, el representante conservador en la Junta Electoral Nacional. Se reunirían todos los días. Todos los delegados votarían por candidatos sacados de una lista de veinte nombres, diez elegidos por Chamorro y otros tantos seleccionados por Díaz.

Las actas de esta asamblea general, que fue celebrada a fines de julio, son prueba, sin lugar a dudas, de la división existente entre ambos grupos. No se pudo, pues, llegar a ninguna decisión. Mientras este conclave de conservadores trataba de nombrar un candidato, tanto Adolfo Díaz como Chamorro se convencieron definitivamente que la división en la asamblea no podría proveer la solución que McCoy deseaba. Finalmente, ambos líderes tendrían que decidir o ser derrotados por los liberales en las elecciones de noviembre.

Aún cuando se sospechaba firmemente, y con razón, que Chamorro no veía la necesidad de nombrar a sólo un candidato, éste último sabía que si su partido no obtenía un lugar en la papeleta, los candidatos al Congreso también deberían sujetarse a esta proscripción del partido. El ex-presidente sabía perfectamente que su mayor fuerza radicaba en el parlamento. Consiguientemente, no estaba dispuesto a perder esta base de poder simplemente porque quería nombrar candidato y no quería tratar con Díaz. Chamorro era un político demasiado astuto como para ignorar esta realidad. Como resultado, el 25 de junio se reunió secretamente con Díaz en Managua para llegar a un acuerdo.

Lamentablemente, no se pueden conseguir las actas completas de esta reunión fundamental. Sólo conocemos algunos de los temas tratados durante este encuentro, pero desconocemos el modo en que fueron seleccionados los candidatos. Sin duda, Chamorro demostró ser el mejor gestor. Su candidato para presidente fue aceptado. No fue Vicente Rappaccioli, pero sí un hombre del mismo tipo. El ex-presidente eligió como candidato a Adolfo Benard, el rico azucarero granadino. Para compacer a los Diazistas, se eligió a Julio Cardenal, un gran hombre de empresas de Managua, para ser el compañero de lista de Benard. Posiblemente hayan hecho esta selección por la sencilla razón de que una hermana de Cardenal estaba casada con Carlos Cuadra. Por lo menos se le permitió al ministro de Relaciones Exteriores mantener vieñulos familiares dentro de

las esferas más elevadas de la política del Partido Conservador. (54)

Es indudable que Chamorro fue más listo que Díaz en el cónclave secreto del 25 de julio. El presidente no consiguió que su primer candidato, ni ninguno de los otros, fuese seleccionado para encabezar la lista. Díaz no era un contrincante del mismo calibre que Chamorro cuando se lo dejaba solo para defenderse sin la ayuda de los diplomáticos Yankis.

La legación no estaba satisfecha ni contenta con la selección de Benard. Fue la selección de Chamorro. Los diplomáticos norteamericanos sabían, sin embargo, que sería difícil rechazarlo; después de todo, había sido elegido en cumplimiento de una orden de McCoy que imponía encontrar rápidamente un arreglo. La única esperanza que quedaba de impedir que Chamorro volviese al poder a través de la posible victoria de Benard era la fortuna del nuevo candidato. Los miembros de la plana de McCoy pensaban que Benard podría gozar de más independencia ya que era un hombre acaudalado que nunca había tenido nada que ver con la política y, por consiguiente, no tenía que pagar ninguna deuda política.

Adolfo Benard no poseía una personalidad extrovertida como la de Chamorro que atraía a un gran número de seguidores. Tampoco poseía el intelecto y la personalidad de estudioso de Carlos Cuadra. Benard era un hombre de empresas. En su campaña electoral no demostró poseer conocimiento ni comprensión profunda de las oportunidades que un funcionario público podía dar a los votantes. Su única ventaja, como lo veían McCoy y otros, era su falta de enemigos políticos.

La principal razón por la que Chamorro apoyaba a Benard era la gran cantidad de dinero de que disponía el candidato para sufragar su campaña electoral. Sabemos que esto es cierto, ya que personas que presenciaron algunas de las reuniones de Díaz y Chamorro retransmitieron al autor lo que el expresidente sentía al respecto. El caudillo del partido conservador sabía muy bien que su partido estaba en desventaja. Si se nominaba un candidato con dinero, se podría lanzar una campaña publicitaria de gran alcance.

Ni Eberhardt ni McCoy eran optimistas con respecto a las oportunidades que tenía Benard de

resultar electo. Esto no se fundaba principalmente en la aparente ineptitud política del candidato, sino en la persistente división de los conservadores. Aun cuando el ultimatum de McCoy había forzado a los pendenciosos conservadores a llegar a un acuerdo, el ultimatum no había puesto fin al profundo antagonismo existente entre dos hombres ambiciosos, Díaz y Chamorro. Por consiguiente, la conferencia del 25 de julio simplemente resultó en la selección de un personaje que no ofrecía controversia posible. Ambos bandos dirigirían campañas y comités de propaganda separados. Chamorro tenía particular interés en hacer reelegir a sus partidarios en el Congreso. Díaz tenía el mismo objetivo en vista. Como consecuencia, Benard debía complacer a ambos bandos y luchar simultáneamente contra un partido liberal unido.

El candidato presidencial conservador iba a demostrar ser incapaz de reunificar a estos dos grupos. A medida que progresaba la campaña política, su falta de experiencia política se hizo sentir aún más. Por consiguiente, tanto McCoy como su plana mayor se convencieron que Moncada ganaría las elecciones de 1928. (57)

El candidato vice-presidencial de Benard contribuiría poco o nada a la fórmula. Es más, les causó problemas a los conservadores en muchos sentidos. En una ocasión, durante el otoño de 1928, atacó públicamente a los Infantes de Marina por su presencia en Nicaragua. El director de la campaña de Cardenal, presentó inmediatamente sus disculpas a las fuerzas armadas de los Estados Unidos. (58)

El verdadero líder y figura popular del Partido Conservador era aun Emiliano Chamorro. Sus previos intentos para tomar el poder lo habían echo "persona non grata" para los Estados Unidos. Como consecuencia, los miembros de su partido se vieron obligados a entusiasmarse con un novicio en la arena política. El éxito del partido debió depender de un hombre a quien le faltaba fuerza y resistencia para enfrentar una campaña política ardua. Benard explicó su propia actitud y sus sentimientos con respecto a la batalla, cuando dijo con pesar que estaba "gastando su salud y una gran cantidad de dinero en un cargo para el cual no estaba preparado". (59)

NOTAS DEL CAPITULO VI

1. El Comercio, (Managua) Abril 18 de 1928, p. 2

2. Henry L. Stimson, Diary, anotación de Abril 15, 1927. Volumen 7. Yale University Library.

3. Ibid.

4. Enoc Aguado a Henry Stimson, junio 25 1927; Departamento de Estado, Archivos nacionales, registro de la misión electoral norteamericana en Nicaragua, 1928-32, Record Group 43 M-3-10. (En adelante citado como NA RG 45).

5. Ibid.

6. Ibid

7. Partido Liberal a la Legación de los Estados Unidos en Managua, Nota - Sugerencia sobre la conducción de las elecciones, NA RG 43 M-3-11.

8. Frank McCoy al Departamento de Estado, Febrero 29 1928. NA RG 43, P-4.

9. Walter Howe, asistente, Misión electoral de los Estados Unidos, Memorandum, Febrero 18, 1928. NA RG 43, P-4
10. Ibid
11. Ibid
12. Ibid.
13. Ibid.
14. Ibid. Febrero 20, 1928.
15. Ibid.
16. Dana Munro, encargado de negocios, al Departamento de Estado. Enero 13, 1928. National Archives, Record Group 59, Decimal File number 817.00/5348 (En adelante citado como NA, DF, RG 59).
17. Nota de Howe, Febrero 19, 1928, NA, DF, 817.00/5611, RG 59 a.
18. El Comercio, Managua Febrero 21 1928, p. 1
19. McCoy al Departamento de Estado, Febrero 19 1928, NA, DF. 817.00/5438, RG 59.
20. Nota de Howe, Febrero 20 1928, NA RG 43, P-4.
21. Ibid.
22. José María Moncada a McCoy, Marzo 7 1912. NA RG 43, P-4.
23. Ibid.
24. Munro al Secretario Asistente de Estado Francis White, Abril 18 1928. General Correspondence 1925-1927, File Box 18, Frank R. McCoy Papers, MSS Library of Congress,
25. El Correo, Granada, Marzo 22 1928, p.1
26. Ibid.
27. Charles Eberhardt, Ministro de los Estados Unidos en Managua, al Secretario de Estado Frank B. Kellogg, Marzo 31 1928. NA RG 43, D-5-C.
28. Kellogg a Eberhardt, Abril 2 1928, NA DF 817.00/5528, RG 59.
29. Ibid.
30. Eberhardt a Kellogg, Marzo 31 1928, NA RG 43, D-5-C
31. Eberhardt al Departamento de Estado, Marzo 28 1928, NA DF 817.00/5808 RG 59.
32. La Noticia, Managua, Mayo 26 1928, p.1.
33. El Comercio, Managua, Mayo 27 1928, p.1.
34. La Prensa, Managua Myo 27 1928, p.2
35. Eberhardt al Departamento de Estado, Marzo 24 1928, NA 817.00/5553.
36. Ibid. Abril 10 1928; NA DF 817.00/5608, RG 59
37. Chamorro escribe en su "autobiografía", Revista Conservadora (Managua, Agosto 1960) p. 6, que Díaz le había

- dicho que Eberhardt quería a Carlos Cuadra. Este relato fue apoyado por Julio Cardenal, candidato conservador a la Vice-Presidencia, en entrevista personal con el autor en Managua, Marzo 5 1965.
38. Eberhardt, NA DF 817.00/5608, RG 59.
39. El Coronel Francis Parker, vice-presidente de la Junta Electoral Nicaragüense, a McCoy, Mayo 17 1928. NA DF 817.00/5661. RG 59.
40. Ibid
41. Kellog a Eberhardt y Parker, Mayo 22 1928, NA RG 43, D-5-D
43. Eberhardt al Departamento de Estado, Marzo 24 1928, NA DF 817.00/5553 RG 59.
43. Ibid.
44. El Comercio, Managua, 14 y 15 de Abril, p.1. La Noticia, Managua, Abril 14 1928, p.2.
45. Eberhardt al Departamento de Estado, Abril 16 1928, NA DF 817.00/005610 RG 59.
46. Eberhardt, NA DF 817.00/5553, RG 59.
47. Memorandum, Cuadra Convention, Managua, Mayo 20 1928, NA RG 43, p. 2-a.
48. Ibid.
49. Memorandum, Chamorro-Rappaccioli Convention, Mayo 20 1928, NA RG 43, p.2-a
50. La prensa, Managua, Mayo 14 1928.
51. Ibid.
52. Reunión de la Junta Electoral Nacional, Julio 23 1928. Confidential Session, NA RG 43, B-5-D.
53. Confidential Memo, Julio 28 1928, NA RG 43, D-5-D.
54. Entrevista del autor con Julio Cardenal, Marzo 9 1965, Managua.
55. Eberhardt al Departamento de Estado, Agosto 4 1928, NA DF 817.00/5925, RG 59. Los hechos citados en esta nota también fueron publicados en La Noticia, Managua, Julio 28 1928. Y corroborados por Julio Cardenal en la entrevista personal del autor con él.
56. Entrevista con Cardenal.
57. Eberhardt al Departamento de Estado, Octubre 1 1928, NA DF. 817.00/6044, RG 59.
58. El lugarteniente John Hannas, ayudante de Julio Cardenal, al Jefe de la Guardia Nacional de Nicaragua, Octubre 1928. NA RG 43, A-F.
59. Ibid.

VII

OBSTACULOS PARA LA SUPERVISION

1. - Una indiscreción diplomática
2. - Los Republicanos liberales
3. - ¿Dinero de Chamorro para Corea?
4. - Los Nacionalistas

- 5.- Tijerino, Sandino y Chamorro
- 6.- Un viaje fatídico a Nicaragua
- 7.- El papel de Toribio termina, ¿opresión o autodestrucción?

OBSTACULOS PARA LA SUPERVISION UNA INDISCRECION DIPLOMATICA

Por algún tiempo se consideró que la división del Partido Conservador y la campaña rebelde de Agustó César Sandino, constituían los principales obstáculos para el proyecto de McCoy, para la supervisión de la elección. Este comprendió que el surgimiento de otros grupos políticos que estaban opuestos al proyecto de elección norteamericano, sería uno de sus problemas primordiales en su

búsqueda de una lucha por la presidencia entre liberales y conservadores. Sobre todo, los miembros del estado mayor que simpatizaban con Moncada, consideraban que estos nuevos elementos prácticamente pondrían en peligro las posibilidades que el Partido Liberal tuviese de conseguir el codiciado premio presidencial en noviembre de 1928.

En la primavera de este año, los liberales expresaron seria preocupación con respecto a los

partidos activos en 1924, que pudiesen volver a reaparecer alentados por el organizado Partido Conservador. La competencia, adicional propendería a quitarles votos a los liberales, y de este modo, impedirían que su candidato obtuviese la mayoría necesaria para resultar electo. Si se presentaba el caso, entonces el Congreso, de acuerdo con la ley, decidiría sobre la selección del sucesor de Díaz. El ultimatum anterior que hiciera McCoy, no había descartado, por lo visto, la posibilidad de que el Congreso todavía podría ser el que decidiese el resultado de esta elección. Como consecuencia, el general y su plana comenzaron a sospechar seriamente que los esfuerzos de Chamorro por dividir a su partido estaban estrechamente ligados con el surgimiento de nuevos grupos políticos que trataban de desafiar el sistema bipartito de Nicaragua. El Departamento de Estado también estaba de acuerdo con esta inferencia. (1).

El cuatro de abril, en una reunión diplomática en Washington, Alejandro César, el ministro nicaragüense, habló franca y confidencialmente sobre los planes del Partido Conservador de establecer un tercer partido para sacarles así, votos a los liberales. Parece que el ministro había tomado más de la cuenta, y como resultado, había dado a conocer sus secretos más íntimos, que eran también los de su jefe, Emiliano Chamorro. (2).

Alentado por Stokley Morgan, el jefe de la división de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado, quien había asistido a la recepción, César continuó hablando en, como lo describiera su interlocutor, un "tono franco desusado". Declaró que Chamorro iba a alentar el resurgimiento del partido republicano liberal dirigido por el doctor Luis Corea. El nuevo partido, declaró César, desafiaría los esfuerzos de los liberales organizados por mantener bipartita la lucha. El ministro señaló también que Corea había sido el candidato a la presidencia de su grupo en 1924. En esta ocasión había recibido alrededor de siete mil votos, que, en el caso de Nicaragua, no era una cantidad ínfima. Por consiguiente, si se podía aumentar este resultado en 1928, ningún candidato a la presidencia recibiría una mayoría de los votos. (3). El ministro dedujo confiadamente que el Congreso retiraría prontamente el poder de supervisión de los Estados Unidos, y seleccionaría entonces al presidente. (4). Esta indiscreción diplomática alertó anticipadamente a Washington sobre los otros esfuerzos hechos para impedir que el electorado decidiese el resultado de la campaña electoral. El interlocutor norteamericano del Departamento de Estado, intuyó acertadamente que éste proyecto se había iniciado para impedir que los liberales derrotaran a los conservadores. (5)

LOS REPUBLICANOS LIBERALES

La relevación de César se cumplió al poco tiempo. Los republicanos liberales, seguidores

personales de Luis Corea, más que un grupo con una base ideológica especial, anunciaron que inscribirían a su candidato en la campaña presidencial. Poco después de éste anuncio, en junio, el Congreso dirigido por Chamorro adoptó una resolución que reconocía a este nuevo partido. Después de ésta acción legislativa, no cabía duda respecto al modo en que Chamorro encaraba las actividades de Corea. (6)

Al principio sólo algunos miembros del estado de McCoy sabían algo sobre este grupo. Se sabía, sin embargo, que había sido muy franco en 1924, había hablado en contra del empleo de supervisores electorales de los Estados Unidos. Sus miembros nunca habían hecho un esfuerzo deliberado por apoyar o respaldar a uno de los candidatos en las elecciones de 1924 o de 1927. De hecho, en las elecciones de 1927, se habían dividido, algunos apoyaban a los liberales mientras otros respaldaban a los conservadores.

Pronto se supo que un gran número de los republicanos liberales provenían del Partido Conservador. Los seguidores de Corea esperaban sinceramente que, a medida que se intensificaba la lucha ideológica entre Carlos Cuadra y el experto Chamorro, se los llamase a ofrecer un candidato de compromiso. Ahora que la Junta Electoral Nacional había impedido oficialmente la continuación de ésta división dentro del propio Partido Conservador, Chamorro esperaba evitar que participasen en la elección sólo los dos partidos tradicionales, permitiendo que apareciesen nuevos partidos. (7).

Luis Corea inició una campaña electoral muy activa, alentado, evidentemente, por Chamorro, adoptando una posición dedicada casi totalmente a conseguir que el general McCoy y sus supervisores electorales se retirasen. Más aún, el nuevo partido atacó a Moncada calificándolo como un "liberal en sus ideas pero no en sus actos, y como un hombre que vendía los intereses de su país, para promover sus propias ambiciones políticas". (8)

El general McCoy pidió a Harold Dodds, ex-artífice de la ley electoral nicaragüense de 1924, que le explicara a fondo las actividades de Corea.

Afortunadamente, Dodds, conocía bastante a Corea. Informó al presidente de la Junta Electoral que el nuevo aliado extraoficial de Chamorro había regresado a Nicaragua en 1924, después de haber residido durante diecisiete años en los Estados Unidos, donde había solicitado la ciudadanía. (9). Cuando se pusieron en marcha las elecciones de 1924, Corea renunció a su ciudadanía norteamericana y se presentó como candidato a la presidencia nicaragüense. Dodds declaró que había recibido menos del 10% de los votos. Esto, dijo, automáticamente impidió que los republicanos liberales continuasen siendo un partido político. (10).

El 27 de julio el partido Republicano liberal celebró su convención. Asistieron alrededor de

cient delegados decididos y entusiastas, todos dedicados personalmente a Luis Corea más que a un programa político. El cónclave del partido dedicó bastante tiempo, sin embargo, a buscar firmantes de una petición de reconocimiento, en vez de elegir candidatos para los cargos públicos. El observador de la Guardia Nacional Nicaragüense (un oficial de los Infantes de Marina de los Estados Unidos), despachado aquí subrepticamente, informó que había habido mucha discusión sobre el modo en que se podían transferir los nombres recolectados por Chamorro a la petición Republicano-liberal. (11)

Los delegados acogieron entre sus miembros a personas de cualquier afiliación política que estuviesen opuestas a la supervisión de los Estados Unidos. Estaban especialmente francos con respecto a su exhortación de repudiar a Moncada. Este enfoque negativo de la elección se hizo muy evidente en esta declaración. No hay duda que Luis Corea pensaba que sus probabilidades de resultar electo eran nulas. Sabía, sin embargo, que si se le retiraban suficientes votos, Moncada y el Partido Liberal no podrían obtener una mayoría en las elecciones generales. (12).

¿DINERO DE CHAMORRO PARA COREA?

Corea también encaró el papel de su partido como una "fuerza media", o un elemento de compromiso en la batalla histórica entre los Liberales y Conservadores. Hizo un esfuerzo especial por recalcar que los republicanos liberales, eran una especie de refugio para los grupos disidentes dentro de los partidos tradicionales. (13). Esto era, por supuesto, una inferencia acerca del hecho de que Corea esperaba que su partido fuese descrito como el ápice de la oposición a la supervisión electoral de los Estados Unidos, no sólo como una simple facción disidente que buscaba impedir que un candidato obtuviese una mayoría electoral. (14)

Los Estados Unidos sospechaban, de tiempo atrás, que gran parte de los fondos de Corea provenían de Chamorro. A principios de julio Juan Carlos Mendieta, un eminente periodista y miembro importante del partido Republicano liberal, anunció intempestivamente que apoyaría a Moncada y no a Corea. Mendieta entregó al presidente de la Junta Electoral un informe completo que revelaba las contribuciones que Chamorro hiciera, tanto en 1924 como en 1928, a los Republicanos liberales. Parece que el respaldo financiero de Chamorro se otorgaba simplemente para reducir los votos de los liberales y, si era posible, causar una división entre sus miembros. Las sospechas de McCoy, acerca de la relación estrecha entre Chamorro y Corea sólo necesitaban ser confirmadas. (15).

La desertión de Mendieta afectó mucho a Corea.

Este suceso confirmó al presidente de la Junta Electoral que al declarar este partido ilegal se retiraría un importante factor de trastorno de los procedimientos electorales y se destruirían

permanentemente los planes de Chamorro para hacer que el Congreso decidiese en definitiva la selección del presidente. La conclusión desenmascarada del Partido Conservador con un grupo cuyo único propósito era impedir al pueblo nicaragüense que ejerciera su derecho de decidir el resultado de la elección no ayudaría en nada a Martín Benard. Los fondos del Partido Conservador llenaban las arcas de Corea. El conocimiento de esta "alianza" llegó a través de una serie de informes hechos por Juan Noguera, un republicano liberal que había sido reclutado por la división de informaciones de la Guardia Nacional como informador para comunicar al comandante norteamericano sobre todas las actividades.

El diligente Noguera informó que Chamorro no sólo estaba dando dinero a Corea sino que también estaba reuniendo nombres para completar las listas de la petición que sería presentada finalmente a la Junta Electoral Nacional. Más aún, Noguera declaró que tanto Corea como Chamorro tenían la intención de impedir que Moncada recibiese una mayoría de los votos y así dar a Chamorro la oportunidad de decidir al ser el Congreso el que seleccionase al presidente nicaragüense. (16).

Otra fuente que confirmó las sospechas de que el candidato conservador estaba ayudando a Corea fue Juan Ramón Avilés, el editor de La Noticia. Este era uno de los periódicos más importantes y leídos de Nicaragua. Avilés fue un miembro del Partido Republicano liberal en 1942, y en ese entonces trabajó activamente para lograr que los Estados Unidos no obtuvieran poderes para supervisar esa elección. Aparentemente el editor de La Noticia estaba disgustado con el plan de Corea de impedir que se hiciese una elección general. En un artículo dio a conocer que Corea y Chamorro recientemente habían llegado a un acuerdo de dividir todos los cargos de gobierno en caso de resultar electo el presidente conservador. Avilés también declaró que Chamorro había prometido financiar las actividades de Corea, presumiblemente con el dinero de Benard.

Los miembros del estado de McCoy estaban firmemente convencidos que la Junta Electoral Nacional podía descalificar estos partidos divididos sin que se le acusase de supresión y arbitrariedad. (17). Consiguientemente se dedicó a considerar el rechazo de la petición de reconocimiento del partido. Cuando los debates de la Junta Electoral trataban este asunto, Ramón Castillo, el miembro conservador, se oponía vehementemente a la propuesta de negarle a los terceros partidos una oportunidad de figurar en la papeleta. Declaró que "para la justicia y la igualdad no había una elección libre e imparcial si se le negaba el derecho de participar a los partidos políticos menores". (18). Sus objeciones no pasaron desapercibidas y McCoy no estaba del todo seguro que se pudiese ignorar fácilmente al

partido de Corea. Los miembros del Estado norteamericano de la Junta Electoral, admitieron privadamente en un informe confidencial muy revelador, que de hecho, Corea había conseguido granjearse el apoyo de alrededor de diez mil personas. La amenaza que Corea entrañaba para la lucha bipartita era formidable. Por eso se decidió, tentativamente, usar un tecnicismo legal, —a no ser que un partido hubiese presentado su petición y hubiese seleccionado a sus candidatos para el mes de marzo, no podría participar en la elección. (19)

Antes que McCoy pudiese actuar con respecto al problema del tercer partido, las actividades de otro grupo ocuparían mucho de su tiempo.

LOS NACIONALISTAS

Mientras q' el partido de Luis Corea se estaba convirtiendo en un problema, otro nicaragüense, Toribio Tijerino, había comenzado a atacar la presencia de los Infantes de Marina y también atacó a McCoy por interferir en las disputas políticas internas. Para hacer las cosas aún más difíciles, este caballero se unió políticamente con la causa de Sandino. Iba a utilizar eficazmente la complaciente prensa latinoamericana para hacer popular lo que él llamó "la segunda guerra nicaragüense de independencia".

Tijerino presumió acertadamente que lo que Sandino necesitaba para llevar a cabo una guerra de guerrillas era, además de armas, una buena publicidad. Esta sería una de las principales tareas del ex-secretario de Emiliano Chamorro. (20)

No fue éste, sin embargo, el primer debut de Toribio Tijerino en el embrollo de la política de su país. Había sido, desde tiempo atrás, un partidario activo y declarado de Emiliano Chamorro. Durante el gobierno de Bartolomé Martínez (1923) Tijerino fue nombrado cónsul general de su país en Nueva York. Durante este tiempo hizo numerosos contactos importantes con grandes intereses financieros de los Estados Unidos. Tanto se congració con los banqueros de Wall Street, que fue nombrado miembro del directorio del Banco Nacional de Nueva York. A través de esta posición logró que su país volviera a obtener una mayoría de accines en el ferrocarril nicaragüense. (21). La actuación de Tijerino en el cuerpo diplomático de Nicaragua y su intervención en los altos sectores bancarios de Nueva York, no le impidieron interesarse por los asuntos políticos de su país. Encontró tiempo para apoyar y lo mismo para trabajar en pro de la lista de coalición encabezada por el conservador Carlos Solórzano en 1925. Después que este intento por unir a los liberales y conservadores en una sola lista fracasara, el pragmático Tijerino se convirtió en un fanático del liberal Juan Bautista Sacasa. Esta transferencia del Partido Conservador al Liberal, fue ocasionada por el desagrado que le causara la selección norteamericana de Adolfo Díaz para presidente de Nicaragua. Por consiguiente

Tijerino unió su suerte a la del fugitivo Sacasa y abandonó Nicaragua. Aunque se autoexiló en los Estados Unidos, sus actividades antiyanquis continuaron.

Cuando se terminó la Guerra Civil de 1927, y los Estados Unidos reunieron a las partes en conflicto alrededor de la mesa de negociaciones, las fuerzas de Sacasa comprendieron que debería aceptar la continuación de Díaz en el cargo. Como los liberales de Moncada estaban de "acuerdo" con esta solución, el bando de Sacasa se encontró completamente opuesto a los designios de la política de Washington, con respecto a Nicaragua. El Partido Liberal, pues, se dividió. Consiguientemente Tijerino se unió a la causa de Sandino porque era el último vestigio de defensa contra los Estados Unidos y la involucración norteamericana en los asuntos políticos de Nicaragua.

TIJERINO, SANDINO Y CHAMORRO

Toribio Tijerino, hizo un esfuerzo especial por alentar e instar al rebelde Sandino a continuar su campaña contra los Infantes de Marina. El recién iniciado agente publicitario del caudillo guerrillero estaba convencido que si la campaña insurrecta conseguía resistir frente a los "Leathernecks" el caudillo rebelde podría surgir como el principal líder del Partido Liberal. (22) Indudablemente, Toribio pensaba que había encontrado un líder popular con quien podía unir su suerte política. En una ocasión dijo a Sandino, —"Usted dirija la guerra y yo seré su agente de publicidad, yo lo convertiré en un héroe"— Sandino aceptó ávidamente el ofrecimiento del recién hallado agente publicitario. Se hicieron planes de publicar las proezas del bando rebelde en los periódicos y revistas de Honduras, Nicaragua, y hasta de los Estados Unidos. (23).

En lugar de tomar parte activa en la campaña militar de los insubordinados, Tijerino decidió difundir la historia de la cruzada de Sandino por medio de la pluma y de la palabra hablada en los Estados Unidos durante la primavera de 1928. Ya estaba enterado de la gran oposición que allí existía con respecto a la política nicaragüense de Coolidge.

La legación de los Estados Unidos consideraba que las actividades del partido de Tijerino, los Nacionalistas, eran particularmente peligrosas. Hacia llamado al orgullo nacional y al patriotismo de muchas personas que admiraban secretamente el coraje de Sandino y la guerra que este libraba contra los Yanquis. Los diplomáticos norteamericanos y los miembros de la plana de McCoy consideraban imprudente suprimir el grupo ya que podría resultar en acusaciones de arbitrariedad. Más aún, la Junta Electoral aún no había decidido cómo tratar a estos partidos separados. (24).

En realidad habían estado menos preocupados con los republicanos liberales de Corea, principalmente porque el foco de desagrado de su

partido estaba dirigido tanto hacia Moncada como hacia Washington. Los Nacionalistas instaban a todos los nicaragüenses, sin consideración de sus tendencias políticas, a unirse con, y a apoyar a Sandino en sus esfuerzos por expulsar a los Yanquis. (25).

Evidentemente, el surgimiento del partido de Tijerino complació a Emiliano Chamorro en la misma medida en que disgustó a la delegación norteamericana. Según el líder conservador, los Republicanos liberales actuaban simplemente como un elemento disidente que, dentro de un partido político principal, estaba opuesto a un hombre, —Moncada, mientras que los Nacionalistas instaban a todos los nicaragüenses a resistir la intervención norteamericana. En realidad parece que a Chamorro poco le importaba si los miembros de su partido se unían a Corea o a Tijerino. Si Moncada o Benard no obtenían una mayoría de los votos emitidos, el Congreso, como ya se ha explicado, tendría el poder de decisión. No es necesario subrayar que Chamorro conocía muy bien esta situación. Bien sabía que el fracaso del partido bipartito redundaría en su favor cuando dijo al autor: “Yo tenía el control del Congreso. Allí radicaba mi fuerza y yo tenía todas las intenciones de proteger allí los intereses del Partido Conservador”. (26).

Es evidente que Chamorro nunca hizo nada por impedir, de modo alguno la entrada de Tijerino en la politiquería de la lucha de 1928. Parece que el cabecilla del Partido Nacionalista estaba mucho más ansioso por cultivar lazos estrechos con el caudillo que viceversa. De hecho, Tijerino sentía gran respeto y admiración por el líder del Partido Conservador. Lo consideraba la persona más importante del partido. Dijo en una ocasión: “Mi general era el único hombre que podría haber unido definitivamente al Partido Conservador en 1928”. De más está decir que no apoyaba ni a Díaz ni a Cuadra. (27).

Cualquiera que haya sido el apoyo que Chamorro haya dado a Tijerino, lo cierto es que el caudillo dijo al autor que el líder del Partido Nacionalista había sido un leal conservador durante toda su vida. Parece, pues, que Tijerino actuó en pro de los intereses del líder conservador en 1928 al alentar todo sentimiento anti-Yanki posible. (28).

Tijerino no se limitó a hacer discursos y politiquería en Nicaragua. Sus esfuerzos propagandísticos habrían de llegar también a los Estados Unidos. Llevó a cabo su campaña pro-Sandino en los Estados Unidos, porque creía que muchos norteamericanos no estaban de acuerdo con la política nicaragüense de Coolidge. También estaba seguro que la causa de Sandino había creado simpatía por este pueblo centroamericano que luchaba contra los Infantes de Marina.

A principios de 1928, Tijerino comenzó una gira por la costa este de los Estados Unidos. Atacó a Coolidge por el uso de métodos injustificados para tratar de establecer un protectorado en

Nicaragua. Más de una vez hostigó a los Infantes de Marina por estar “incapacitados para ser exponentes o maestros de instrucción cívica”, y los acusó de tener bajo su dominio absoluto vastas zonas del país, —lo cual es cierto. Pero menos cierta fue su aseveración que el regimiento estaba por supervisar la elección. (29) Tijerino dirigió muchos de sus ataques directamente contra el Departamento de Estado porque éste había garantizado la victoria electoral de Moncada : cambio de la cooperación de éste.

Durante la primavera de 1928 su campaña publicitaria contra los Infantes de Marina y el Programa de Supervisión Electoral obtuvieron mucha atención en los Estados Unidos. Tijerino logró obtener el apoyo de muchos grupos que ya habían proclamado su oposición rotunda a la política centroamericana de Coolidge. El Departamento de Estado estaba convencido de que la fuente principal de ingresos del nicaragüense, tanto para sus giras de conferencias en los Estados Unidos como para el Programa del Partido Nacionalista, provenían de un grupo conocido como la Liga anti-imperialista. Esta organización había sido establecida en los Estados Unidos con el propósito de hacer presión sobre Washington y forzarlos a retirar todos los intereses políticos y económicos de Centroamérica, y en particular, de Nicaragua. Afortunadamente, para Kellog, y sus ayudantes, en 1928 la campaña de Hoover Smith había comenzado a atraer la atención de muchísimas personas. Las demandas que Tijerino hiciera para obtener la retirada de los Infantes de Marina y de la plana electoral se perdieron entre la oratoria y la excitación de la elección presidencial de los Estados Unidos.

UN VIAJE FATIDICO A NICARAGUA

La campaña norteamericana de Tijerino se desarrolló sin mayores problemas. No impactó visiblemente al público y entonces decidió volver a Nicaragua, durante la primavera de 1928, y darle un nuevo impulso a las actividades algo lentas del Partido Nacionalista. En realidad una de las razones principales del regreso de Tijerino era el obtener dinero de los conservadores acaudalados para reaprovisionar las arcas de su partido. Cuando McCoy se enteró de los planes de Tijerino, llegó a la conclusión de que el acuerdo final se haría entre el Partido Nacionalista y Sandino. La división de informaciones de la Guardia Nacional supo de “fuentes fidedignas” que Tijerino regresaba para transformar una guerra de propaganda en una alianza aún más estrecha con Sandino. (30).

Antes que Tijerino abandonara los Estados Unidos, el Departamento de Estado decidió vigilarlo de cerca durante su viaje al Sur. Las autoridades de Washington estaban especialmente interesadas en ver cuándo y dónde entraría en contacto con Sandino. El ex-cónsul general era amigo íntimo de Sócrates, hermano del líder.

rebelde, quien vivía en Nueva York. Se dijo que ambos se reunieron clandestinamente muchas veces en Nueva York. Por consiguiente era lógico esperar que Tijerino se reuniera con Augusto Sandino al llegar a Nicaragua.

Creyendo que ésta era una buena oportunidad para atrapar a Sandino, Kellog envió telegramas rubricados "altamente confidenciales" a todas las legaciones norteamericanas en Centroamérica. El secretario ordenó a sus subordinados informar inmediatamente la fecha y el lugar en que aparecía Tijerino. Washington estaba dispuesto a seguirlo y descubrir así el escondite de Sandino. (31).

El general Logan Feland, comandante del destacamento de Infantes de Marina en Nicaragua se oponía a ésta "operación sombra" propuesta por el Departamento de Estado. El quería detener definitivamente las actividades de Tijerino. Le parecía que el método más simple para lograr esto era negarle la entrada a Nicaragua y, de no ser posible, someterlo a un arresto domiciliario. McCoy consideraba que una acción tan radical haría de Tijerino una figura sumamente popular, y hasta un héroe nacional. El número de miembros del Partido Nacionalista se vería aumentado si los Yankis encerraban a su líder. (32) Eberhardt, el Ministro de los Estados Unidos, argumentaba que si se dejaba a Tijerino moverse con plena libertad, se descubrirían rápidamente sus contactos con Sandino. (33).

El proyecto altamente secreto y confidencial del Departamento de Estado de observar y seguir a Tijerino nunca fue puesto en práctica.

El comandante del destacamento de Infantes de Marina no quería correr el riesgo de perder de vista a esta figura tan discutida. Más aún, el general Feland consideraba a todos los seguidores de Sandino como amenazas en potencia para la paz del país. Por consiguiente el comandante decidió ir en contra de los consejos del Departamento de Estado y de la precaución sugerida por McCoy y encarceló a Toribio Tijerino y a su hermano, quien era el Encargado de Negocios de Nicaragua ante Washington, al entrar éstos a Nicaragua.

Como era de esperarse, los encarcelamientos produjeron una ola de indignación, especialmente dentro del Partido Nacionalista. Esta gente calificaba la acción como un indicio claro de las tácticas intervencionistas de Coolidge. Los partidarios de Tijerino exigieron su inmediata puesta en libertad. (54).

Eberhardt y McCoy no estaban muy satisfechos con la acción de Feland. Sabían, por supuesto, que todas las esperanzas de atrapar a Sandino estaban perdidas. De hecho, McCoy estaba convencido que el no seguir el curso de acción indicado por el Departamento de Estado significaría haber perdido la única oportunidad que los Infantes de Marina tenían de atrapar al rebelde Sandino. (35).

Durante el corto periodo en que estuvo detenido Tijerino, la legación de los Estados Unidos trató de aprovechar lo mejor posible este craso error para descubrir como se comunicaba el prisionero con Sandino. Desde su celda, el ex-cónsul general negó tener algo que ver con la causa rebelde. Evidentemente el Partido Nacionalista sabía que su encierro hacía cada día menos populares a los Yankis. El prisionero esperaba ser puesto en libertad muy pronto. Entonces, ¿por qué habría de revelar todo cuanto sabía? Esta situación sumamente embarazosa fue finalmente resuelta por la legación de los Estados Unidos al poner en libertad a los dos hermanos Tijerino. (36).

Toribio Tijerino permaneció en Nicaragua muy poco tiempo durante la primavera de 1928. Esta breve estadía se debió más al hecho que su intento de organizar un grupo de seguidores activo y fuerte, fracasó. Durante su visita de regreso al país sus planes de extender el Partido Nacionalista simplemente no resultaron.

Durante el verano de 1928 numerosos factores contribuyeron al fracaso de Tijerino por despertar el entusiasmo hacia su causa anti-yanki. Uno de estos factores fue el regreso tardío del líder Nacionalista. Los partidos políticos latinoamericanos están formados, generalmente, alrededor de personalidades y no de filosofías. El Partido Nacionalista era fiel a esta tradición. Sus miembros esperaban que el partido se agrandase y que ejerciese una mayor influencia en los asuntos públicos. Esto sucedería solamente bajo el liderazgo de su portavoz más reconocido, Toribio Tijerino. Este parece haber cometido un error táctico al permanecer en los Estados Unidos cuando los Conservadores estaban tan divididos y eran incapaces de encontrar un candidato de compromiso. (37).

Es posible que su partido podría haber interesado a un grupo de Conservadores desencantados, de haber estado él haciendo política en Nicaragua. Para el momento en que volvió a su país, los dos partidos principales ya se habían organizado, habían seleccionado sus candidatos y habían comenzado la lucha por el sillón presidencial. Por consiguiente, la mayoría de los Liberales y Conservadores ya no estaban interesados en crear obstáculos al proyecto de McCoy alentando la formación de terceros grupos. Como resultado, Tijerino descubrió que ya no le quedaba tiempo. Era demasiado tarde para atraer nuevos miembros y para ofrecer al pueblo un programa responsable en lugar de los programas liberales y conservadores.

Los Liberales habían seleccionado el candidato presidencial hacia ya mucho tiempo y, alrededor de julio de 1928, ya estaban seguros que el contendiente más firme para la presidencia nicaragüense había sido seleccionado. Más aún, los líderes Liberales se sentían más alentados sabiendo que los Estados Unidos insistirían en retirar todo el control de la Policía de manos del

gobierno conservador de Díaz. Esto otorgaba a Moncada y a su partido la mejor oportunidad de obtener el cargo supremo que había tenido en mucho tiempo. Por consiguiente, Tijerino encontró difícil persuadir a los Liberales de que su éxito en las urnas radicaba en ser un partido ultranacionalista. No podía convencerlos que su cruzada para expulsar a los Yankis daría a Moncada una buena oportunidad para conseguir la presidencia en 1928. Hasta los Liberales de Sacasa, quienes se habían enfadado al principio con las acciones arbitrarias de Stimson, pensaban que sus oportunidades de desempeñar un papel importante en el gobierno eran mucho mayores con una victoria de Moncada que con una victoria de un gobierno dirigido por Chamorro. Si se le permitía a un tercer partido, como el grupo Nacionalista, presentar un candidato, sería permitir, en definitiva, que el Congreso decidiese el resultado de la elección. Apoyar a los Nacionalistas sería lo mismo que un "suicidio político" y los Liberales no lo ignoraban.

Tijerino también encontró serias dificultades para obtener dinero para su partido. (38) Los Nacionalistas habían contado con la ayuda de los partidarios de Benard. De hecho, ésta fue una de las razones del regreso de Tijerino. Pronto comprendió que los conservadores, especialmente los que apoyaban al candidato presidencial del partido, no querían malgastar el dinero con un grupo que no podía triunfar. En realidad, aún el Partido Nacionalista mejor financiado del país no habría podido impedir que los dos candidatos principales obtuviesen una mayoría de los votos. Para este momento Benard había comenzado a "tomarle gusto" a la presidencia y ya olía, como la calificaban sus amigos, "la dulzura de la victoria". Era reactivo, pues, a malgastar grandes sumas de dinero en un grupo que ayudaría a fin de cuentas, a que Emiliano Chamorro obtuviese el poder que Benard aspiraba poseer. (39).

El apoyo por el Partido Nacionalista se centraba casi totalmente en el sentimiento de simpatía por Sandino y la campaña militar que éste libraba para expulsar a los Infantes de Marina. En las regiones del norte, en donde el líder rebelde había estado más activo con sus ataques, muchas comunidades habían estado frecuentemente aterrorizadas. En gran medida, no se podía esperar que esta gente, que había sufrido los inconvenientes de las actividades guerrilleras,

apoyase con entusiasmo a un partido político que intercedía a favor del culpable de semejante caos. (40).

Tijerino llegó a la conclusión de que el Partido Nacionalista no podía reunir todo el apoyo necesario para dirigir una campaña eficaz contra los Estados Unidos. A mediados del verano de 1928 decidió regresar a Norteamérica en donde un público más atento le había provisto un púlpito mejor para dar a conocer su programa. Su decisión de abandonar Nicaragua causó una división amarga dentro del partido. Se lo criticó abiertamente por desertar a sus compatriotas en el momento en que el surgimiento de los terceros partidos podrían haber desbaratado el programa electoral de McCoy. Así es que los Nacionalistas comenzaron a desintegrarse internamente.

El Departamento de Estado consideraba que Tijerino era una figura particularmente molesta. Sus declaraciones a favor de la causa de Sandino habían despertado considerable atención pública. Por consiguiente, su regreso a los Estados Unidos no estaba muy bien visto en Washington. Aparentemente, y para satisfacción del gobierno de Coolidge, se había reunido suficiente información sobre la implicación de Tijerino en una operación de contrabando a gran escala. Si esto podía probarse, se podría poner fin a sus actividades. El general McCoy no estaba muy complacido con la idea de detener a Tijerino en Nueva Orleans, adonde se esperaba que fuese el nicaragüense. El general todavía estaba convencido que su detención crearía aún más antagonismos entre los nicaragüenses. Igualmente importante para McCoy era que la captura de Tijerino haría que la gente creyese que sus actividades anti-Estado Unidos habían provocado el arresto y no la supuesta y no confirmada operación de contrabando. (41).

En Washington el Ministerio de Justicia decidió abandonar los cargos de contrabando. Convenía con la opinión de McCoy de que éste era un asunto delicado. Por consiguiente, se le permitió a Tijerino volver a los Estados Unidos y retomar su residencia en Nueva York. El 13 de febrero de 1930 éste ex-líder político solicitó el estado de residente permanente en la ciudad de Nueva York. Las autoridades de inmigración aprobaron su pedido con gran placer y sentimientos de tranquilidad. Les parecía que constituía menos problemas en la ciudad de Nueva York que en Nicaragua. (42).

NOTAS DEL CAPITULO VII

(1) El Secretario de Estado, Frank B. Kellogg, mayo 28 1928, a la legación en Managua, Nicaragua. State Department, National Archives, Record Group 59, Decimal File Number 817.00/5704. (En adelante citado como NA. D.F.)

(2) Stokeley W. Morgan, jefe de la división de asuntos latinoamericanos del Departamento de Estado, Memorandum de Conservación, 4 de abril de 1928, NA DF 817,00/558, RG 59

(3) *ibid.*

(4) *ibid.*

(5) Emiliano Chamorro, ex-presidente de Nicaragua, entrevista privada con el autor en Managua el 7 de abril de 1965.

(6) La Gaceta Oficial -Managua, 26 de junio de 1928, Archivo Nacional

- (7). Charles Eberhardt, Ministro de los Estados Unidos, al Departamento de Estado, 4 de agosto de 1928, NA DF 817,00/5919, RG 59.
- (8). LA PRENSA (Managua) 31 de julio de 1928, p. 1
- (9). Harold W. Dodds, asesor de la Junta Electoral Nacional. Nota sobre el Partido Republicano Liberal, 24 de agosto de 1928, State Department, National Archives, United States, Electoral Mission 1928-1932. Record Group 43 P-5 (En adelante citado como NA RG 43).
- (10). 7.000% votos
- (11). Capitán general Victor F. Bleasdale, jefe de Estado adjunto, informaciones, Guardia Nacional, al general McCoy, 15 de julio de 1928 Informe sobre la Guardia, NA RG 43 P-5.
- (12). *ibid* 15 de agosto de 1928
- (13). legación de los Estados Unidos, Managua, al Departamento de Estado. Copia del Decreto de la Convención Republicana Liberal, 27 de julio de 1928 NA DF 817,00/6028 RG 59
- (14). Mayor Cary I. Crockett, secretario de la Misión Electoral de los Estados Unidos nota sobre los partidos terceros, 3 de agosto de 1928, NA RG 43, P-5.
- (15). Jefe de Estado de informaciones adjunto, sede, Guardia Nacional, 22 de agosto de 1928, Información Confidencial
- (16). Juan Noguera al jefe de Información, Guardia Nacional, 15 de agosto de 1928, NA RG 43 P-5
- (17). Eberhardt al Departamento de Estado, 31 de agosto de 1928, NA DF 817,00/5997.
- (18). Junta Electoral Nacional, Actas de la reunión, 2 de agosto de 1928, NA RG 43, P-5.
- (19). Guardia Nacional de Nicaragua, Informe confidencial, 29 de julio al 4 de agosto de 1928. NA RG 43, M-10-A
- (20). Miguel Molina, ex-secretario de Augusto Sandino, entrevista privada con el autor en Jinotega, 25 de marzo 1965
- (21). Guardia Nacional de Nicaragua, Biografía de Toribio Tijerino, NA RG 43 D-1-I
- (22). Dr. Simeón Rizo Gadea, ex-miembro del estado de Sandino, entrevista privada con el autor en Jinotega, 26 de

- marzo de 1965.
- (23). Entrevista con Molina, 25 de marzo de 1965
- (24). Eberhardt al Departamento de Estado . 30 de mayo de 1928 NA DF 817,00/5709, RG 59
- (25). La Tribuna, (Managua) 8 de agosto de 1928, P. 1
- (26). Entrevista con Chamorro, 7 de abril de 1965
- (27). Toribio Tijerino, "Cartas autorretrato, mi pelea" Revista Conservadora. Managua, Nicaragua julio 1962, P-2
- (28). Entrevista con Chamorro, 7 de abril de 1965.
- (29). Guardia Nacional de Nicaragua, Informe, 24 de septiembre de 1928, NA RG 43, P-1-A
- (30). Guardia Nacional de Nicaragua, Informe, 12 de julio 1928 NA RG 43, P-1-A
- (31). Kellogg a las legaciones de los Estados Unidos en Centroamérica, 25 de junio de 1928, NA DF 817,00/5775 RG 59
- (32). Eberhardt al Departamento de Estado, 28 de mayo de 1928. NA DF 817.00/5775, RG 59
- (33). *ibid*.
- (34). La Tribuna, (Managua) 13 de julio de 1928, P-1
- (35). Eberhardt, 28 de mayo de 1928, NA DF 817.00/5775 RG 59
- (36). *ibid*
- (37). La Noticia, (Managua) P. 1 y La Prensa (Managua) P. 2, 28 de julio de 1928.
- (38).- Guardia Nacional de Nicaragua, Informe secreto, 12 de julio de 1928, NA RG 43, P-1-A
- (39). Julio Cardenal, candidato conservador a la vicepresidencia en 1928, entrevista privada con el autor en Managua, 5 de abril de 1965.
- (40). Zacarias, Blandón, cultivador de café, delegado liberal y jefe político en Jinotega, 1928-30. Entrevista privada con el autor el 25 de marzo de 1965, confirmado por Juan Ramón Obregón, granjero, entrevista privada con el autor en Jinotega, Nicaragua, el 26 de marzo de 1965.
- (41). McCoy a Eberhardt, 27 de julio de 1928 Ficha de la plana, NA RG 43, N° 361.
- (42). Justice Department, Immigration and Naturalization Service, Central File, 1923-1929.

VIII

LA REALIDAD DE LA INTERVENCION

1. Detrás de las líneas de Sandino
2. El gobierno civil termina
3. Los Vigilantes
4. Una alianza entre Sandino y los Conservadores
5. Una prouesta de McCoy: admitir la derrota.

La realidad de la Intervención. Detrás de las líneas de Sandino.

Durante el verano de 1928, pequeños grupos de Sandinistas aterrizaron y molestaron la región del norte de Nicaragua, en las montañas de Segovia. Su principal propósito era atacar a las personas de quien se sospechaba que ayudaban a los Yankis. Sandino se jactaba de sus muchas correrías exitosas y más de una vez declaró que no sentía ningún "rencor hacia los nicaragüenses, ya fuesen liberales o conservadores, pero si que odiaba a los renegados como Moncada que se unían a los invasores para destruir las vidas y los intereses de los hijos legítimos del país". El colaborar con los Infantes de Marina provocaba castigos tremendos, y la gente del norte no ignoraba esto. (1).

Sandino declaró que el propósito principal de su campaña era impedir que se llevase a cabo la supervisión de las elecciones. Declaró asimismo que poseía un complejo militar bien organizado y móvil que estaba dispuesto a alcanzar este propósito. A fines del verano de 1928, pocos miembros del estado de McCoy ponían en duda que este movimiento fuese la amenaza más seria para el logro de la elección presidencial de 1928. (2).

A principios de este mismo año, muchos de los lugartenientes más influyentes de Sandino se pusieron de acuerdo con respecto al tipo de campaña que se llevaría a cabo contra los Yankis. Era un tipo de lucha que los Infantes de Marina jamás habían librado, excepto, tal vez, en la

rebelión filipina de 1899 a 1901. Sandino decidió que sería mejor si sus fuerzas atacaban imprevisiblemente a las patrullas de Infantes de Marina. Como su ejército estaría formado de unidades pequeñas, las refriegas importantes con los Yankis no eran aconsejables. Decidió también que sus fuerzas serían pocas y que se desplegarían de tal manera, que si se capturaba a un grupo, éste no podría revelar, aún si quisiera hacerlo, la posición de las otras fuerzas. Sólo Sandino y sus colaboradores inmediatos conocerían la posición y las actividades del "ejército". (3).

Sandino había decidido dividir a su milicia en tres secciones principales. La primera era de "servicio en campaña" y consistía de una serie de grupos que contaban con entre 20 y 80 miembros cada uno. Estas pequeñas unidades gozarían de una gran independencia y servirían finalmente como los instrumentos de terror y de vandalismo que se adoptarían durante el verano de 1928. Otro elemento era el "estado general" que estaba compuesto por un pequeño grupo de hombres que planeaban el aspecto logístico de la operación. Al principio de la lucha se esperaba que el "estado general" sería el medio por el cual Sandino controlaría su "servicio de campaña"; como resultado de las condiciones aisladas de esta zona del norte de Nicaragua, paulatinamente se perdió el control de varios de los bandos desplegados a través de la región. Así fue que varios grupos, bajo la dirección de hombres con antecedentes criminales, saquearon la campiña. Estos rebeldes alteraron drásticamente los objetivos de la campaña de Sandino y de ser una guerra dirigida contra la intervención de los Estados Unidos se transformó en una serie sistemática de terror y de masacre indiscriminada. (4).

El gobierno civil termina

Los ataques de los "soldados de línea" controlados por Sandino, se hicieron más frecuentes a medida que la anarquía se difundía en el verano de 1928. El general McCoy (consciente del peligro que corría su supervisión de la elección) estaba ansioso, por consiguiente, por enviar más tropas de la Guardia Nacional a patrullar la zona de Segovia. Las autoridades cívicas de la zona nórdica ya no podían mantener el orden y el respeto por la ley. Crecía la preocupación ya que no se podía confiar más en los funcionarios cívicos locales. Se sabía que la mayoría de ellos eran sandinistas declarados o habían sido forzados a serlo. (5). En consecuencia, se decidió que se debían destituir totalmente a todas las autoridades cívicas y que sus puestos deberían ser cubiertos por los oficiales de Infantería de Marina que comandaban la Guardia Nacional. Esta fue la primera de una serie de reformas internas dispuestas por McCoy. Esto también iniciaría el periodo durante el cual el general se convirtió prácticamente en el dictador de la república. (6).

Aparte del hecho de que los funcionarios cívicos comunes de varios de los departamentos del norte ya no eran dignos de confianza, pronto se supo que el presidente Díaz casi había abandonado sus esfuerzos por influir a los funcionarios públicos para que trabajaran en aras de la paz y la estabilidad de Nicaragua. Esto era particularmente cierto con respecto a la cooperación en la persecución de los bandos sandinistas ya conocidos. La aparente incapacidad del presidente de hacer uso de su poder requirió, y de hecho hizo imprescindible, que el presidente de la Junta Electoral iniciase un programa para otorgar seguridad a los desorganizados departamentos del norte y también a la república misma. Varios funcionarios del gobierno nicaragüense intuían esta emergencia, pero estos caballeros no expresaron sus opiniones de la manera más adecuada. (7).

Primero se sugirió que un batallón más numeroso de Infantes de Marina fuese enviado a la región. Los presidentes de la Junta Electoral norteamericana en los departamentos de Jinotega y Nueva Segovia se oponían fuertemente a ésta propuesta. Estaban convencidos que la gente de esta zona no cooperaría con los Infantes de Marina porque temerían que los Yankis se enteraran de sus antiguas actividades sandinistas. (8).

Otro elemento que amenazaba el control total de los Estados Unidos era la creciente enemistad de los indios. Ahora parecía que estos ofrecían más ayuda al líder insurrecto que antes. Esto, por supuesto, hacía más difícil el proceso de recolección de información para los supervisores electorales. Una táctica algo siniestra fue utilizada por los sandinistas: estos acampaban cerca de pueblos indios y eso causaba que los Infantes de Marina los bombardearan sin tregua. Esto, por supuesto, hizo que los indígenas creyesen que los Yankis los estaban atacando directamente a ellos. (9).

El general McCoy quería estar absolutamente seguro de que las condiciones en el norte estaban de acuerdo con sus informaciones antes de tomar decisiones para sobrellevar el creciente caos. Envío a Jinotega y a Nueva Segovia al coronel Francis Parker, su edecán y su ayudante de confianza. El propósito de esta misión confidencial era calcular hasta qué punto había infiltrado Sandino la región.

Poco después, en un informe sumamente pesimista, Parker declaró que "la desobediencia de la ley era casi total y que las autoridades locales parecían no querer detener y castigar a los culpables". El ayudante de McCoy también dijo que "había bandidos formando bandas itinerantes con cientos de miembros. Que se cometían delitos, robos y asesinatos... y que de las diecisiete municipalidades de Nueva Segovia, sólo en siete estaban operando las autoridades cívicas". (10) Si antes, McCoy tenía algunas dudas respecto a la seriedad de las operaciones de Sandino, ahora con

el informe de Parker ya no podía albergarlas. El estado de McCoy solicitó al coronel Elias Beadle, comandante de la Guardia Nacional, que enviara inmediatamente fuerzas suplementarias al norte. Beadle, sin embargo, no estaba muy preocupado con el problema Sandino. Le parecía que su función principal era patrullar el sur donde ya existía bastante confusión. Consiguientemente, ignoró el pedido de McCoy de enviar más tropas al norte. La razón que dio para rechazar esta solicitud era "la debilidad numérica de la guardia" En realidad, nunca había habido suficiente dinero para pagar a nuevas tropas y ahora su escasez se hacía sentir. (11).

Para empeorar más aún una situación que de por sí era grave, el comandante de las fuerzas regulares de Infantería de Marina consideraba que sus fuerzas eran hartó suficientes en el norte. McCoy debía resolver un serio dilema sin la ayuda de la Infantería de Marina ni de la Guardia Nacional. (12).

Los Vigilantes

Parece increíble que, habiendo visto los informes sobre la situación en el norte, este comandante de la Infantería de Marina de los Estados Unidos tomase una actitud tan indiferente. Según McCoy, las tácticas de terror utilizadas contra los civiles y el resquebrajamiento total de la ley y el orden, constituían una grave amenaza para una elección libre y pacífica. Por consiguiente, él estaba decidido a resolver la situación por su cuenta. Se crearía otro cuerpo, bajo la forma de una milicia popular, que aplicaría la ley. El hecho de que líderes, tanto del Partido Conservador como del Liberal, frecuentemente instaran a McCoy a aumentar las fuerzas de la Guardia Nacional y de la Infantería de Marina, lo alentó a seguir por su cuenta con este plan riguroso y único para pacificar estas zonas de disturbios. El general McCoy había aceptado, tentativamente, ayudar a los liberales que quisiesen organizar tales bandos. (13).

La decisión de McCoy de armar numerosos grupos de vigilantes se basaba en los continuos ataques sandinistas. Muchos liberales habían instado que grupos de civiles armados, que conociesen la región, batiesen las montañas de Segovia para buscar a Sandino y destruirlo. Ellos no podían imaginar a los Infantes de Marina llevando a cabo semejante tarea. La anarquía, tan desenfundada en otoño, parecía confirmar esta opinión. Los liberales decían constantemente que si se pudiese pacificar estos departamentos repletos de disturbios, Moncada triunfaría, sin duda, en todos y cada uno de ellos.

En septiembre de 1928, se reunieron doscientos hombres en los departamentos de Jinotega, Nueva Segovia, Chinandega y Matagalpa. Cuando se crearon estos grupos de vigilantes, el general McCoy redactó un decreto de amnistía en nombre del presidente Díaz. El propósito de este

pronunciamiento era prometer trato justo a los rebeldes de Sandino que lo desertaran y que ingresaran en las filas de las nuevas unidades de vigilantes. (14).

Muchos comandantes de la Infantería de Marina y oficiales de la Guardia Nacional vieron con pesar que un gran número de rebeldes habían entregado sus armas como resultado de este decreto. Ellos recomendaron que se tuviese cuidado al permitir la operación independiente a estos vigilantes civiles ya que podían ser infiltrados y podían llegar a un acuerdo con Sandino. (15). McCoy, pues, accedió a enviar oficiales de los Estados Unidos y miembros de la Guardia Nacional en calidad de "asesores" de estas patrullas. (16). El ministro de Gobernación, como muchos de sus colegas, se tranquilizó al saber que los Infantes de Marina vigilarían de cerca a estos grupos. El ministro sospechaba que la tan mentada "imparcialidad" de la Guardia Nacional era, en realidad, un mito. (17).

De cualquier modo, las incursiones a gran escala de Sandino continuaban. Estos ataques no disminuyeron a medida que se acercaron los días del empadronamiento de fines de septiembre y principios de octubre. Muchos de los presidentes de la Junta Electoral Norteamericana reportaron que una gran parte de la población de las zonas de disturbios estaba aterrorizada y por consiguiente se negaba a andar por los senderos que conducían a los lugares del empadronamiento y de votación. (18). Aparecieron indicios oscuros de fracaso.

Indudablemente, los liberales querían probar, de algún modo, que Chamorro estaba vinculado directamente con los sandinistas. Así que, en más de una ocasión, los antichamorroistas aparentemente ofrecieron grandes sumas de dinero a los seguidores de Sandino si estos declaraban que el caudillo conservador los estaba ayudando. Los sandinistas se negaron a hacer esto, proque creían que esto destruiría en gran medida las actividades del Partido Conservador que ya les estaba prestando mucha ayuda. (19).

La mayoría de los integrantes del gobierno de Díaz apoyaban la decisión de McCoy de dar armas a civiles y emplearlos como una fuerza guerrillera contra Sandino. Virgilio Gurdíán, el ministro de Gobernación y uno de los hombres más fuertes del gobierno, estaba convencido que la adopción de este proyecto era mil veces mejor que el depender de las tácticas anticuadas de las tropas de la Infantería de Marina y de la Guardia Nacional. Había muchos como Gurdíán que creían una victoria de los Infantes de Marina imposible. Como consecuencia, estos funcionarios nicaragüenses confiaban que si se daba armas a los civiles de las zonas de disturbios, un fuerte efecto psicológico cundiría por todo el país, indicando que los nicaragüenses ahora desempeñaban un papel activo contra Sandino. (20).

El general McCoy era un hombre muy cauto. Conocía a fondo el peligro de dar armas a un gran

número de civiles, especialmente en la caótica zona norte. Sin advertir a los nuevos reclutas entusiastas, redactó un plan, ya comentado, por el cual los asesores de la Infantería de Marina vigilarían a los civiles. Esta salvaguarda fue introducida después que algunos de los ayudantes de McCoy comenzaron a sospechar del modo entusiasta con que esta gente había acudido a llevar armas. Los presidentes de la Junta Electoral norteamericana conocían demasiado bien las amargas peleas y riñas para verse envueltos en otra más. Estas milicias sin control eran consideradas como un riesgo. (21).

Lo que sucedió a principios de octubre puso de relieve las tácticas extremas que usaban los grupos bandidos del norte. La masacre injustificada de un grupo de liberales en Jinotega puso en evidencia el terror y la anarquía que allí prevalecían. Juan Carlos Mendieta, el director de propaganda del Partido Liberal, fue el miembro más importante del grupo de doce que fue asesinado. La víctima y sus compañeros estaban por iniciar una campaña liberal en Segovia. A pesar del hecho que se le había prevenido que los sandinistas estaban violentamente opuestos a la candidatura de Moncada y que podrían intentar silenciarlo, Mendieta hizo caso omiso a las advertencias. El propagandista liberal también sabía que los conservadores de Segovia estaban especialmente interesados en sembrar la confusión y así impedir que se votase en la región. Ellos, también querían deshacerse de él. Pero él insistió a pesar de todo, en llevar al norte la campaña electoral de Moncada. Comenzó su trabajo, y, dos días después, un grupo de hombres atacó la casa de Jinotega en la que se hospedaba la delegación liberal y decapitó a todos sus integrantes. (22).

El Partido Liberal acusó inmediatamente a los conservadores de haber organizado el asesinato de Mendieta. Los periódicos que apoyaban a Moncada declararon que los asesinatos eran una de las tantas actividades de un grupo secreto conservador llamado la Guadaña, una organización de extremistas del partido dedicada a destruir a todos los liberales. Esta acusación fue aceptada por mucha gente y se convino que probablemente la Guadaña habría perpetrado el crimen. De hecho, Pedro Altamirano, un cohorte de Sandino, admitió públicamente haber cometido el crimen y lo dijo con mucho orgullo. Este grupo terrorista continuó con sus actividades y aterrorizó a todas las zonas del norte. (23).

Como es de esperar, los liberales estaban furiosos con esta atrocidad. McCoy decidió que Díaz debía hacer una declaración desaprobando el crimen y ofreciendo una recompensa por la captura de los asesinos. Esta sugerencia irritó al presidente. Le parecía que semejante declaración indicaría que el Primer mandatario conservador estaba acusando a su propio partido de haber cometido el crimen. Díaz se negó a complacer a McCoy. Esto ocasionó que tanto el presidente de la

Junta Electoral como la legación de los Estados Unidos comenzaran a sospechar de Díaz. De cualquier modo, McCoy y Eberhardt estaban decididos a que el presidente condenara públicamente el incidente. El no hacerlo, a ellos le parecía, alentaría más actos de este tipo en una zona en la que Díaz no tenía ningún control y la Junta Electoral tenía menos aún. (24).

Miembros del estado de McCoy redactaron una proclama presidencial que ofrecía una recompensa por la captura de los asesinos. Díaz aceptó a regañadientes el borrador y lo publicó. El ministro Eberhardt y McCoy se convencieron posteriormente que los obstáculos que se les presentaron al instar al presidente a hacer el anuncio indicaban que, aunque no eran directamente responsables por el crimen, los conservadores querían beneficiarse con la confusión y la alarma que el hecho había provocado. (25).

McCoy no estaba conforme con dejar las cosas así. Pidió que se crease una unidad especial dentro de la Guardia Nacional para capturar a Altamirano. Al presidente de la Junta Electoral le preocupaba especialmente el hecho de que estos asesinatos podrían ser el esfuerzo supremo de Sandino por desorganizar totalmente al norte de Nicaragua. Sus sospechas eran que el líder rebelde tenía la intención de llevar a cabo una campaña total para aterrorizar a Jinotega y Nueva Segovia. Para el 25 de octubre habían caído asesinadas cerca de treinta personas, casi todas ellas liberales. (26).

Una alianza entre Sandino y los conservadores

La frecuencia con que se atacaba y asesinaba a los liberales, despertó la sospecha que Sandino y los conservadores podrían estar trabajando de común acuerdo para aterrorizar a la población. Los presidentes de las juntas electorales de las zonas de disturbios estaban convencidos que los bandidos trabajaban de consuno con los grupos conservadores locales. (27). Los supervisores norteamericanos informaban que cuando se asesinaba a miembros del Partido Liberal aparecían notas escritas por los asesinos que advertían que lo mismo le sucedería a todos los que se asociasen con los seguidores pro-Yankis de Moncada. (28).

El estado de McCoy no descuidó estas acusaciones, especialmente por conocer la conducta previa de Chamorro. De cualquier modo, el oficial de informaciones norteamericano en la Guardia Nacional estaba totalmente convencido que el caudillo conservador estaba dedicado a impedir la supervisión de la elección. Parece que la Guardia Nacional se basaba en informes como éste y otros semejantes provistos por un grupo de informadores de entre las filas del Partido Conservador. Un "espía" que se desempeñaba como mozo en el hotel Lupone en Managua, informó que en julio se habían reunido Chamorro,

Benard y otros líderes del partido. Allí se había decidido que los conservadores del norte proveerían a los sandinistas con alimentos y vestimenta como un intento supremo para impedir que los departamentos liberales de Nueva Segovia y Jinotega, intervinieran en la elección. El hecho que este informe fue calificado como "totalmente fidedigno" es muy importante. (29). Como provenían de esta fuente, McCoy estaba convencido que eran recuentos exactos de las actividades de Chamorro.

A fines de septiembre y principios de octubre, el general McCoy se enteró a través de desertores sandinistas que una organización conocida como la "Guardia Civil" había sido creada para proveer alimentos y otros artículos a las fuerzas rebeldes. Estas informaciones, extrañamente, coincidieron con la reunión del hotel Lupone. Se supo más tarde que todos los miembros de este grupo eran del Partido Conservador. Evidentemente se había creado una quinta columna en la zona pacífica de la república en donde McCoy estaba seguro de mantener el orden y la estabilidad. Sin que las autoridades de los Estados Unidos lo supieran, para otoño de 1928, esta "Guardia Civil" se había convertido en el mejor instrumento de información de Sandino. Sus actividades se extendieron también a las zonas pacíficas de la república. Esto indicaba que estaban alcanzando sus fines y sirviendo extensamente a Sandino. (30).

Sumándose a las pruebas de la obstrucción del Partido Conservador en la preparación de las elecciones, se publicaron una serie de panfletos en la sede del partido, en Managua. Estas notas llamaban a las gentes del norte a abstenerse de votar en noviembre para impedir así que ningún candidato presidencial obtuviese una mayoría. Uno de estos panfletos, muy divulgado en septiembre, instaba a los ciudadanos del norte a cooperar en la guerra contra Moncada. Si los liberales triunfaban, decía, "los nicaragüenses estarán a la merced de los Yankis, como sirvientes, como entes, y se borraría la historia heroica escrita por Sandino". (31). Se descubrió que el autor de esta hoja de propaganda era nada más y nada menos que Alejandro Cárdenas, el presidente del comité de propaganda del Partido Conservador. Cuando se le preguntó, éste dijo al Jefe de Estado de la 2da. Brigada de Infantería de Marina, que le parecía una táctica perfectamente legítima y que este artículo se había publicado para contribuir al esfuerzo por reducir el monto del voto liberal. (32).

Esta reforzada campaña propagandística de los

conservadores a favor de Sandino tenía gran éxito en estas agitadas zonas nórdicas. De hecho, todos los presidentes de la Junta Electoral informaron a fines de septiembre que había disminuido notablemente la cooperación de muchas personas. Las incursiones relámpago de terror proseguían continuamente y la descarada cooperación del Partido Conservador parecía llevar al norte a un estado de anarquía total. (33).

Una propuesta de McCoy: admitir la derrota

A fines de septiembre, la primera compilación de los votantes empadronados indicaba que los liberales llevaban una ventaja considerable sobre los conservadores. De hecho, los supervisores de las juntas electorales locales y de la Junta Nacional estaban convencidos que si se establecían las salvaguardias necesarias, los liberales triunfarían fácilmente en esta elección. (34).

La creciente cantidad de incursiones y muertes causadas por bandas itinerantes parecía coincidir con la publicación de estos informes que evidenciaban un cuantioso empadronamiento liberal. El general McCoy dispuso lo que parecía haber sido una gestión desesperada para aumentar las posibilidades de obtener la paz y reducir la confusión.

Su plan era ofrecer a Sandino privilegios bajo la forma de amnistía si las bandas del rebelde cesaban de usar las tácticas de terror. No se precisaron los específicos de este ofrecimiento altamente confidencial y súbito, cuyo fin era lograr la paz. Todos los presidentes de los departamentos recibieron órdenes de estar preparados para cualquier signo de parte de Sandino por aceptar un ofrecimiento de negociación. McCoy buscaba poner fin a la guerra de Sandino en nombre del gobierno de los Estados Unidos. Parecía posible que ahora las fuerzas combinadas de la Infantería de Marina, la Guardia Nacional y los vigilantes podrían derrotar al rebelde. (35).

La seguridad de Sandino se vio reforzada al escuchar este ofrecimiento. Le parecía un acto desesperado de los Estados Unidos para poner fin al "hostigamiento de la Junta Electoral". Muchos rebeldes estaban complacidos con esta proposición, ya que ésta parecía demostrar que los Infantes de Marina finalmente reconocían haber sido derrotados en esta guerra de guerrillas. De cualquier modo, ellos nunca consideraron aceptar el ofrecimiento de McCoy. En vez, aumentó la confianza y decisión de los sandinistas por obstruir los procedimientos electorales. (36).

NOTAS DEL CAPITULO VIII

1. Augusto Sandino a Abraham Arteaga, 24 de agosto de 1928, State Department, National Archives, United State Electoral Mission, Record Group 43, M-10-A (en adelante citado como NA, RG, 43)

2. Ibid.

3. Miguel Molina, ex-secretario privado de Augusto Sandino, entrevista privada con el autor en Jinotega, 26 de marzo de 1965.

4. *Ibid.*
5. De los presidentes norteamericanos, Jinotega, Nueva Segovia, Matagalpa, al General McCoy, julio 22, 1928, NA RG 43, I-5-A
6. *Ibid.*
7. Carlos Cuadra, "Un lapso en la vida política de Centroamérica, con el apoyo diplomático y militar de los Estados Unidos" Revista Conservadora, Managua, Nicaragua, (octubre de 1964) p.26.
8. R. L. Christian, presidente de la Junta Electoral del departamento de Jinotega, Nicaragua. Informe Confidencial al general McCoy, presidente de la Junta Electoral Nacional, 10 de agosto de 1928, NA RG 43, I-5-G
9. *Ibid.*
10. Coronel Francis Parker, vice-presidente de la Junta Electoral Nacional a McCoy, 14 de octubre de 1928 NA RG 43 I-5-G
11. Coronel Elias Beadle, comandante de la Guardia Nacional de Nicaragua, a McCoy, 5 de septiembre de 1928, NA RG 43, I-5-L.
12. El general Logan Feland, comandante de la segunda brigada de la Infantería de Marina, a McCoy, el 12 de septiembre de 1928, NA RG 43 I-5-L.
13. Parker a McCoy, 18 de septiembre de 1928, State Department, National Archives Record Group 59, Decimal File Number 817.00/538 (en adelante citado como NA, DF.)
14. El coronel Gordon Johnston, comandante de la zona norte de la Guardia Nacional de Nicaragua, a Beadle, 11 de septiembre de 1928 NA RG 43 I-1-I. Alrededor de 245 bandidos entregaron sus armas en Nueva Segovia.
15. Comandante de la zona norte, Infantería de Marina de los Estados Unidos a todos los comandantes de Infantería de Marina, 2 de noviembre de 1928, Military Affairs Section, National Archives, Record Group 127, entry 129, file number 50-9-220 (en adelante citado como NA RG 127).
16. Beadle a McCoy, Informe confidencial especial, 28 de septiembre de 1928, NA RG 43 I-5-G
17. Ministro de Gobernación Virgilio Gurdíán a Beadle, NA RG 43 I-L-I.
18. Christian a McCoy, 4 de octubre de 1928 NA RG I-5-G.
19. Entrevista con Molina.
20. Virgilio Gurdíán, Memoria de la gobernación y anexos 1927-28, Managua: Tipografía y encuadernación 1928 p.3
21. Gurdíán, Memoria, p.3
22. C. Eberhardt, ministro de los Estados Unidos al Departamento de Estado, 8 de octubre de 1928. National Archives, Record Group 59, Decimal File Number 817,00/6019 (en adelante citado NA DF RG 59).
23. El comercio, (Managua), 14 de octubre de 1928 p.2
24. Eberhardt al Departamento de Estado, 12 de octubre de 1928, NA DF 817,00/6019 RG 59.
25. *Ibid.*, 8 de octubre de 1928.
26. McCoy a Feland 21 de octubre de 1928, NA RG 43 I-5-G.
27. Christian a McCoy, 5 de octubre de 1928, NA RG 43 I-5-G.
28. Parker a McCoy, 24 de octubre de 1928, NA RG 43 I-5-G
29. Victor F. Bleasdale, jefe de estado adjunto, Información Guardia Nacional de Nicaragua, a Beadle, 20 de mayo de 1928, NA RG 43 I-5-L.
30. Sede de la 2da. brigada, Infantería de Marina de los Estados Unidos, a McCoy, informe confidencial, 8 de octubre de 1928, NA RG 43 M-10-A Molina dijo al autor que la Guardia Civil había sido creada por el Partido Conservador sin la ingerencia de Chamorro.
31. Cartel "un llamado a los nicaragüenses - firmado, un sandinista", NA RG 43 I-5-G.
32. Feland a McCoy, 20 de octubre de 1928, NA RG 43, M-10.
33. Dos presidentes de las juntas electorales departamentales (Christian y Tomas Austin, Nueva Segovia), informaron a McCoy sobre estas condiciones el 20 de septiembre de 1928. El presidente J. B. Pate (Estelí) informó lo mismo al coronel Gordon Johnston comandante del norte de la Guardia Nacional de Nicaragua, 18 de octubre de 1928, NA RG 43 B-3-E
34. Mayor F. B. Price, presidente de la Junta Electoral, Bluefields, a McCoy Informe confidencial, 25 de octubre de 1928, NA RG 43 B-3.
35. McCoy a los presidentes de las Juntas electorales de los departamentos, 21 de octubre de 1928, NA RG 43, entrada 361.
36. Entrevista con Molina, 26 de marzo de 1965.

IX

EL CAMINO DIFÍCIL HACIA LA "TRANQUILIDAD NACIONAL"

- 1).- Un presidente sin poder
- 2).- La evicción de los indeseables.
- 3).- La Reforma del Congreso
- 4).- Un pedido "espontáneo" de supervisión continúa
- 5).- Día de decisión.

UN PRESIDENTE SIN PODER

Los supervisores norteamericanos de todo el país continuaban pidiendo que se tomaran acciones rápidas y decisivas para reducir el poder de Díaz. Ya se ha señalado que los liberales parecían estar seguros de la victoria. Estaban convencidos, sin embargo, que su partido triunfaría solo si se le retiraban los poderes ejecutivos al presidente. (1).

Evidentemente, McCoy enfrentaba un dilema. La Ley Electoral no otorgaba a los supervisores norteamericanos el derecho a imponer restricciones directas sobre el primer mandatario nicaragüense. Más el triunfo Liberal dependía de la dirección imparcial del proceso electoral, es

decir, de las comunicaciones y del uso apropiado de la autoridad nacional.

El general Elias Beadle, Comandante de la Guardia Nacional, recibió, el 24 de octubre, un informe sumamente confidencial. En él se decía que se estaban celebrando numerosas reuniones secretas de altos oficiales del ejército del Partido Conservador quienes planeaban provocar tumultos poco antes de la elección. Si el gobierno Conservador conseguía retener el extenso poder policiaco, como se esperaba que lo hiciera, el caos y la desorganización podrían servir como un pretexto para justificar esta retención. Este informe habría recibido el visto bueno de rutina de

no haber sido llevado a cabo por distintos servicios de comunicaciones que reportaban planes similares. Algunos hasta proveían los mismos nombres de los conspiradores. Cuando Carlos Cuadra, el Ministro de Relaciones Exteriores, dijo a un empleado de la Guardia que Díaz había decidido continuar como presidente después de 1928, en vista del caos político, una verdadera preocupación cundió entre el Estado de la Junta Electoral. (2).

Esta revelación sorprendente, y otras semejantes, convencieron a McCoy y a sus asesores de que se debían restringir los poderes del Presidente y tal vez hasta se le debería vigilar más de cerca. A medida que llegaban más noticias sobre el extenso empadronamiento liberal, parecía que los Conservadores comenzaban a planear el uso de todo tipo de tácticas para impedir la elección de Moncada.

Finalmente se decidió que los Infantes de Marina ejercerían, por medio de la Guardia Nacional Nicaragüense, el control de los departamentos del norte, es decir, Matagalpa, Jinotega, Esteli y Nueva Segovia.

En agosto la Guardia Nacional dio señales de estar asumiendo exitosamente más y más poder. El 28 de agosto se persuadió al presidente a que publicase un Decreto Ejecutivo que prohibiera que los grupos políticos se congregasen sin el permiso expreso de las autoridades policíacas locales. Aunque el Gral. Beadle ya había asumido oficialmente las responsabilidades otorgadas por la ley, es interesante notar que el Decreto de Díaz fue publicado finalmente en su nombre y en el del General. (3). La cláusula que exigía que todos los grupos debían obtener un permiso de Beadle para celebrar una reunión, serviría para reducir, si no apartar definitivamente, los intentos de los conservadores por promover una confusión y una conmoción indebidas durante o antes del día de elecciones. Este decreto regía también los días de empadronamiento.

Para el otoño los Guardias Nacionales estaban impidiendo a los alcaldes de las ciudades y pueblos el participar en las actividades políticas. Privadamente se pensaba que esta acción era un poco exagerada. Inclusive algunos miembros norteamericanos de la Junta Electoral Nacional compartían este sentimiento. Se oponían abiertamente a que Beadle retirase el poder policíaco de manos de los oficiales de la ley locales. Estos disidentes señalaron justificadamente que el Decreto Electoral nunca había otorgado este poder al general McCoy ni a Beadle. (4).

La prohibición de reuniones políticas indicaba claramente que el presidente había convenido (voluntariamente o no) con el plan de Beadle de asumir la autoridad policíaca en las zonas tranquilas del país. La importancia del empleo de la Guardia fue expresada claramente por Dana Munro, el Encargado de negocios de los Estados

Unidos, quien escribió a Francis White, Secretario de Estado adjunto, que "la Guardia es un instrumento de la política nicaragüense del Departamento de Estado y todo lo que afecta su organización y su eficiencia es de importancia capital para nosotros". (5) Se había retirado una vasta cantidad de poder de manos de Díaz y de su partido. Los liberales, dirigidos por José María Moncada, obtuvieron una importante victoria pero aun no consideraban que McCoy ejercía suficiente autoridad.

LA EVICCIÓN DE LOS INDISEABLES

La autoridad policíaca que asumió la Guardia Nacional en algunas zonas lejanas causó recelos, especialmente cuando ciudadanos nicaragüenses, en nombre de un nuevo "ejército profesional", reemplazaron a los Infantes de Marina en cargos importantes y delicados. Para minimizar la oportunidad de no utilizar apropiadamente esta nueva autoridad, el general Beadle llevó a cabo un programa minucioso para eliminar indeseables conocidos y sospechosos de las filas de su "ejército". La gente reportaba que los Guardias utilizaban injusta y hasta agresivamente su autoridad en muchas zonas de la república. (6). Por consecuencia, Beadle reunió silenciosamente a un gran número de estos provocadores de disturbios y creó una "compañía de reemplazo" que se envió a la penitenciaría nacional para desempeñar trabajos de patrulla interna. (7).

El general McCoy aprobó esta decisión, y la Junta Electoral Nacional pronto descubrió, para su gran alivio y satisfacción, que las quejas disminuían a medida que se acercaba el día de elecciones. Afortunadamente, esta silenciosa "purga" de la Guardia Nacional no fue notada. Su éxito demuestra claramente el gran poder que ejercía McCoy ya que el gobierno nicaragüense no fue notificado sobre esta operación.

Pero la plana norteamericana de la Junta Electoral Nacional no estaba completamente satisfecha con el control establecido. McCoy aún no había controlado el sistema de comunicaciones. Se planeó retirar de manos de los conservadores la dirección del teléfono, la radio y el telegráfo, antes que los liberales objetaran públicamente sobre la presunta dirección poco ética de estas utilidades por parte del gobierno.

Había un evidente sentimiento de emergencia en los círculos militares y diplomáticos de los Estados Unidos cuando aparecieron indicios de un control conservador firme y sutil de todos los servicios telegráficos.

Un miembro del Estado de una Junta Electoral expresó las ideas de la mayoría de los americanos cuando dijo: "Yo no creo que debiéramos esperar a que surja el asunto para prepararnos a enfrentarlo". (8). Aunque Moncada pidió reiteradamente que se tomase inmediatamente el control de las comunicaciones, McCoy prefirió utilizar la restricción. Esperaba que el Presidente Díaz le ofreciese el control de estas utilidades.

Esto, desde ya, había silenciado cualquier acusación de arbitrariedad norteamericana. Sin embargo el General se desilusionaría en este respecto. Se supo que Díaz mantenía el firme deseo de retener el control de estos servicios fundamentales. Resultaron inútiles las "sugerencias" acerca de la entrega de la dirección de estas actividades. Cuando el Primer Mandatario señaló que no cambiaría de opinión, el Mayor C. W. Dowell, de la Plana de McCoy instó a que se le "sugiriera" al presidente que colocase tres Infantes de Marina en la Oficina Nacional de Comunicaciones para ayudarlo a llevar a cabo una supervisión apropiada". Presumiblemente, esta era la oferta de una transacción. El presidente aun podría mantener allí a su funcionario y McCoy tendría observadores emplazados para asegurar que no se hiciese ninguna trampa. (9).

En una instrucción que demuestra la persuasión de McCoy, Díaz ordenó al director de Comunicaciones que remontase los procedimientos corrientes en los sistemas de teléfono, de telégrafo y de radio, "basada en las recomendaciones hechas por la Junta Electoral de McCoy" (10). Aunque el general norteamericano finalmente consiguió lo que quería, la campaña liberal por lograr que McCoy ejerciera el control de las distintas oficinas de comunicaciones continuó. De hecho, los presidentes de la Junta Electoral de los distintos departamentos informaron que la intromisión conservadora en los telégrafos aún proseguía. Los liberales encontraban casi imposible el enviar mensajes a su oficina nacional de Managua. (11).

A fines de septiembre sucedió algo sorprendente que demostró lo necesario que era supervisar las comunicaciones telefónicas. Justificó también la insistencia de Moncada para colocar funcionarios de los Estados Unidos a cargo de todas las secciones de estos servicios. El presidente norteamericano de la Junta Electoral de San Rafael del Norte se enteró que una familia apellidada Arauz estaba a cargo de la oficina de telégrafo de esta ciudad. Había indicios de que las cifras del empadronamiento estaban siendo tergiversadas y que montos erróneos por zona estaban siendo enviados a Managua. Consiguientemente, el presidente de la Junta Electoral local comenzó una investigación. Blanca, la operadora telegráfica, tenía decididamente, una buena razón para alterar las cifras del empadronamiento: Ella era la mujer de Augusto Sandino. El general McCoy actuó rápidamente; retiró inmediatamente a esta "partidaria de Sandino". (12).

LA REFORMA DEL CONGRESO

También había que ganar elecciones parlamentarias en 1928. Emiliano Chamorro se proponía trabajar en ellas y tenía la intención de retener, a pesar de todo, su poder en este sector del gobierno. Como ya se ha mencionado, si los conservadores podían quedarse con el Poder

Legislativo, entonces el escrutinio final de los votos podría ser utilizado como artimaña para retrasar la toma de cargo del nuevo presidente. El ex-presidente Chamorro estaba convencido que el Congreso era el último vestigio del Poder Conservador durante el otoño de 1928. Reafirmó esta opinión tiempo después cuando declaró, "esperaba aprovecharme totalmente de él". (13).

La plana norteamericana de la Junta Electoral Nacional ya sabía que los liberales llevaban un amplio margen de ventaja entre los empadronados de la mayoría de los departamentos. McCoy quería ocultar lo más posible este hecho para evitar así un nuevo esfuerzo por parte de Chamorro por obstruir los procedimientos electorales. Considerando, que evidentemente no podrían obtener la presidencia, Chamorro y sus seguidores elaboraron una nueva táctica. McCoy se enteraría de este nuevo plan por medio de una serie de informes confidenciales que le prevenían de que los conservadores estaban trabajando activamente para obtener bancas en el Congreso. (14).

Los liberales temían que, si no triunfaban en el Congreso, los conservadores podrían rechazarles la presidencia después de todo. Moncada sabía que la ley electoral de 1928 no preveía la supervisión norteamericana de las elecciones parlamentarias. El involucrarse en ellas provocaría un problema, los objetivos de la supervisión electoral podrían ser destruidos completamente.

Se produjo cinco vacantes en el Senado nicaragüense durante la primavera y el verano de 1928 causadas por fallecimientos y renuncias. La Constitución disponía que el presidente de la república "tomaría las acciones necesarias para cubrir las vacantes antes de que pasara un mes de que hubiesen ocurrido". Muchos miembros del estado de McCoy creían que estas cinco vacantes podrían ser cubiertas fácilmente durante las elecciones presidenciales normales. Esto, por supuesto, alentó a los liberales. (15).

Moncada ansiaba especialmente que se compitiera por las cinco vacantes. Le parecía que esto daría a su partido una cantidad de bancas del Senado igual a la de los conservadores. El triunfo en todas estas candidaturas habría creado, al menos, una situación sin salida en el Congreso si Chamorro insistía en el escrutinio de los votos.

Díaz tardó en hacer estos nombramientos porque correspondían a los departamentos predominantemente liberales de Esteli, Nueva Segovia, Chontales y Matagalpa. McCoy, temiendo las consecuencias de la posible decisión legislativa sobre el asunto, decidió actuar. Hizo conocer al presidente su desagrado sobre la falta de acción en este respecto. Se recordó que la Constitución requería una acción decidida en el nombramiento o en la preparación de las elecciones para el Congreso Nacional. (16).

Díaz se negó a actuar prontamente con respecto a este asunto. Esto despertó sospechas entre los supervisores yanquis. Consiguientemente, se

decidió demostrar interés, extra oficial pero profundo, en las importantes campañas políticas de los senadores y diputados. Cuando McCoy pidió una lista completa de los candidatos al Congreso al Ministro de Gobernación, descubrió, para su gran consternación que se habían dejado de lado varios nombres de candidatos. Como era de preverse, estos eran miembros del Partido Liberal. Más aún, los cinco nombres excluidos correspondían a los "distritos predominantemente liberales", en los que Moncada esperaba obtener por lo menos cinco bancas liberales para establecer un equilibrio en el Senado. (17).

La Junta Electoral Nacional llevó a cabo un estudio más completo y detallado que examinaba los locales y los candidatos en las campañas legislativas. Los liberales se animaron cuando se enteraron de que McCoy insistiría en que las elecciones legislativas y presidenciales se llevasen a cabo simultáneamente. Díaz no se dio cuenta que McCoy ya había decidido que también se llevase a cabo el escrutinio de los votos en las elecciones legislativas. Más aún, el presidente había pedido a la Junta Electoral Nacional que preparase certificados que legalizasen los resultados cuando se llevasen a cabo el día de las elecciones presidenciales. (18).

El pedido que Moncada hiciera a los EE.UU. para que desempeñaran un papel activo en todas las elecciones, tanto locales como nacionales, había sido respetado. Un resultado de esta atención estrecha sería una elección más justa.

¿UN "PEDIDO ESPONTANEO" DE SUPERVISION CONTINUA?

Pocas semanas antes de las elecciones de 1928 el Departamento de Estado llegó a la conclusión de que para asegurar la estabilidad continúa del gobierno constitucional de Nicaragua, los Infantes de Marina de los EE.UU. tal vez deberán permanecer allí por un tiempo indeterminado. Por supuesto no se reveló esta decisión al público, especialmente durante las elecciones presidenciales de la Casa Blanca. Muchos funcionarios de Washington estaban convencidos que, como se le había dado a los liberales una oportunidad para competir en igualdad de condiciones en 1928 con los conservadores, se debería proveer la misma oportunidad al partido de Díaz, si éste perdía como se esperaba. La supervisión de una sola elección no cambiaría la antigua práctica de intimidación y fraude del partido en el poder.

Esta decisión tenía algunos aspectos interesantes. Aparentemente, Washington estaba seguro, mucho antes de que se llevase a cabo la elección, de que tendría que tratar con un nuevo partido en el poder. Consiguientemente, se consideraba conveniente una vigilancia continua y estrecha de la política nicaragüense.

Durante la campaña presidencial, José María Moncada parecía estar seguro de que derrotaría

mañosamente a Benard. Teniendo esto en mente, el porta-estandarte liberal, comenzó a considerar los problemas que enfrentaría como presidente. Sabía perfectamente que Sandino podría no aceptar su elección. Más aún, la Guardia Nacional no había sido establecida apropiadamente. ¿Cómo, pues, podría esperar poder implantar la ley y el orden? (19) Durante los últimos días de 1928 solicitó confidencialmente una entrevista con el Almirante D.F. Sellers para discutir el problema. Moncada pidió especialmente que los Infantes de Marina permaneciesen en la república, por lo menos hasta que se hubiese reforzado la policía. (20)

Cuando un candidato importante y probable triunfador de la campaña presidencial de 1928 acogía la continuación de la ocupación, entonces una segunda elección supervisada parecía probable. Si el próximo presidente nicaragüense quería que los EE.UU., los ayudasen a preservar la ley y el orden, el Departamento de Estado estaba más que contento en dársela. (21)

La solicitud de Moncada alentó a la legación norteamericana de Managua. Esta trató de arreglar una especie de solicitud pública de ambos candidatos instando a que se llevasen a cabo otras elecciones supervisadas. Cuando el candidato liberal expresó confidencialmente su deseo de retener a la Infantería de Marina, el Departamento de Estado decidió lograr un acuerdo entre ambos partidos que le permitiría proseguir desempeñando un papel activo en Nicaragua. Charles Eberhardt, el ministro de los EE.UU., expresó perfectamente los pensamientos de la legación a este respecto cuando dijo: "Nada permanente se obtendrá si se lleva a cabo ahora una elección libre y el partido derrotado piensa que en las próximas elecciones el gobierno primará y que, por consiguiente, no tiene ninguna esperanza de obtener el poder a no ser que use la violencia." (22)

Los comentarios de Eberhardt sugerían que los Conservadores perderían y que, seguidamente, necesitarían algún tipo de protección de las acciones arbitrarias del futuro gobierno liberal. Le parecía que el cambio inminente del gobierno haría necesario que los EE.UU... ejerciesen una influencia poderosa sobre los elementos disconformes para mantener la paz" y así poder supervisar las elecciones de 1930 y 1932. (23)

Una Reunión de gabinete fue celebrada en la Casa Blanca, Washington, D.C., el 5 de octubre para discutir el problema de la continuación de la ocupación de Nicaragua. Francis White, el Secretario de Estado adjunto, instó al presidente Coolidge a mantener la Infantería de Marina en esta república, para evitar así cualquier intento, por parte de los derrotados, de impedir al nuevo presidente asumir el poder. Coolidge aceptó la propuesta de White y convino en que no se llevaría a cabo ninguna reducción del número de tropas después del 21 de noviembre. (24).

Se había tomado, pues, una decisión importante al nivel más elevado del gobierno de los EE.UU., con respecto a la presencia norteamericana en Nicaragua. Como resultado de la reunión de Gabinete, Kellogg se abocó a la tarea de planear la prolongación de la ocupación. Ya que Moncada acababa de solicitar que la Infantería de Marina continuase patrullando la república, era lógico esperar que habrían más elecciones supervisadas. Sin embargo, el Secretario de Estado estaba muy ansioso por que McCoy y Eberhardt no se involucrasen al hacer tal sugerencia. Kellogg pensaba que sería mejor si Moncada recomendaba que él y Benard intercambiasen cartas en las cuales se comprometiesen a apoyar una elección supervisada en 1930 y 1932. El proyecto parecería, pues, una propuesta genuina, y espontánea hecha por los nicaragüenses. (25)

La legación comenzó a trabajar inmediatamente en la sugerencia de Kellogg. Se le advirtió a Moncada sobre esta táctica y poco después se les informó a McCoy que tanto él como Benard apoyarían una elección supervisada en 1930 y 1932. Parece que un acuerdo oral no era suficiente. El convenio oral de Tipitapa probaba esto. Por consiguiente, la legación de los EE.UU., redactó un proyecto de la exposición de Moncada. El resultado final que se dirigió al porta-estandarte conservador evidencia muchas palabras tomadas del original. (26) Más aún, se decidió que las cartas de Moncada y Benard no serían dadas a conocer hasta que se estuviese seguro de que el líder conservador aceptaría la propuesta. Para ese entonces, Benard y su compañero electoral estaban convencidos de que no triunfarian. Como candidatos del partido derrotado, su única oportunidad para impedir que los Liberales abusasen de sus poderes era que los EE.UU. continuasen dirigiendo el mecanismo electoral. (27)

Benard aceptó rápidamente el ofrecimiento de Moncada. Ambos hombres intercambiaron públicamente sus cartas en las que prometían, de ser electos presidente, apoyar la supervisión extranjera de las elecciones de 1930 y 1932. El candidato conservador era evidentemente más caluroso en sus elogios de los EE.UU., y, esto era comprensible, dado que la derrota era probable. Benard escribió a su oponente que "la supervisión norteamericana ha venido a otorgarnos la oportunidad de gozar de una libertad electoral que implicará una larga era de tranquilidad nacional para el bienestar de todos, tanto liberales como conservadores". (28) Sin duda esta fue la declaración más amistosa que hiciera un conservador sobre McCoy durante este último año. A medida que se acercaban las elecciones, el partido de Diaz se volvía más cooperativo ya que sus probabilidades de éxito disminuían.

Aunque los partidos Liberal y Conservador parecían aceptar cordialmente la presencia de

McCoy, claro está que por razones diferentes, los EE.UU., querían que los candidatos comprendiesen completamente la naturaleza de la futura intervención norteamericana. En una carta confidencial a ambos candidatos presidenciales enviada justo antes de las elecciones, el general Elias Beadle, Comandante de la Guardia Nacional, transmitió las verdaderas intenciones de su gobierno al decir más elocuente y francamente:

Con la intención de implementar completamente las disposiciones del acuerdo de Stimson, un pacto entre los partidos políticos nicaragüenses y el gobierno de los EE.UU... el Presidente de los EE.UU. asegura a Nicaragua que las fuerzas armadas y navales de los EE.UU... permanecerán en Nicaragua para asegurar la toma del poder del presidente electo el 4 de noviembre de 1928, y la consolidación de su gobierno y por todo el tiempo necesario para que la recientemente organizada Guardia Nacional de Nicaragua pudiese demostrar claramente su habilidad para preservar la paz y el orden. (29)

A medida que se acercaba el día de las elecciones, ninguno de los miembros de los consejos directivos de cada partido ponía en duda que los EE.UU. se proponían vigilar estrechamente el desarrollo político de Nicaragua. El primer "acto" iba a comenzar. La Junta Electoral de McCoy comenzó su plan para garantizar un máximo de seguridad a los votantes. Se empleó a todos los Infantes y a los oficiales navales disponibles para patrullar los caminos y las zonas cerca de los colegios electorales, especialmente en los departamentos del norte. Muchos oficiales y conscriptos de la brigada de Infantería de Marina que ocupaban puestos administrativos y lejos de las líneas, fueron enviados silenciosamente a los comandos de lucha. Por ejemplo fueron enviados a las plazas fuertes liberales de Nueva Segovia, Jinotega, Matagalpa y Chontales. También cerca de cinco mil soldados fueron enviados a estas zonas donde Sandino había sembrado el desorden. Con la ayuda de los grupos de Vigilantes, se lograron informes adecuados sobre la ubicación de un gran depósito de provisiones de Sandino, conocido ahora como el "Pentágono", justo una semana antes de la elección. Basándose en este informe sumamente importante, una unidad de Infantería atacó la zona de Murra en el N.E. de Nueva Segovia pocos días antes de las elecciones.

Los Vigilantes habían hecho una contribución importante para la pacificación del norte de Nicaragua. El líder rebelde había reunido sus tropas para hacer incursiones durante el día de la votación. (30) Ahora este proyecto no sería llevado a cabo, McCoy y sus ayudantes habían logrado hacer un gran adelanto. Los departamentos liberales del norte podrían estar seguros de participar en la votación.

DIA DE DECISION

El 4 de noviembre de 1928 marcó el fin de una era en la historia política de Nicaragua. El Partido Liberal, que había permanecido fuera del poder durante tanto tiempo se aprestaba confiado a elegir presidente a José María Moncada. Mientras que las patrullas de Infantería de Marina vigilaban los senderos y calles de tierra del norte, tropas de combate se mantenían a una distancia discreta de los colegios electorales de las más pacíficas regiones del sur. El ataque de Murra parecía haber destruido los planes de Sandino para ejecutar un trastorno de último momento durante el día de elecciones. No obstante, algunos grupos atacaron granjas próximas a la ciudad de San Rafael del Norte, Jinotega, el día antes de las elecciones. Este acto injustificable de destrucción causó muchas deserciones de la causa rebelde y provocó gran indignación entre los nicaragüenses. Para ellos Sandino no estaba luchando con los Infantes de Marina sino que estaba impidiendo que sus compatriotas eligiesen libremente a su gobernante. (31)

Sólo por medio de un testigo presencial podemos conocer el ambiente que prevaleció durante este importante y fundamental día de elecciones. Un funcionario norteamericano, trabajando en el programa de supervisión parece haber logrado una descripción de las actividades de ese día que grabó las siguientes impresiones:

El domingo de elecciones comenzó como cualquier otro domingo nicaragüense; el repique de las campanas de las iglesias comenzó lentamente y culminó con un sonido terrible que cesó súbitamente. Coros de gallos. Una sinfonía de sonidos de pájaros. Cielos opacos encima y polvareda sucia debajo. Los camiones rechinaban en las calles. El insulso Moyo guiaba a sus lentos bueyes con su vara punteaguda apoyada sobre el yugo. Toques de diana despertaron a los Infantes de Marina en toda Nicaragua... cerca de 80 destacamentos desde Creytown hasta Cabo Gracias a Dios, desde San Juan del Sur hasta Ocotal y Poteca... 5,642 oficiales y hombres de la Armada y Infantería de Marina y 1,869 Guardias Nacionales. Los nicaragüenses votaron pacíficamente y 'sumergieron sus dedos' en tinta roja para indicar que ya habían votado. Se había dicho que Adolfo Díaz, en su calidad de Presidente, no 'mojaría su dedo'. Un oficial de Infantería de Marina, que deseaba una foto oficial del Presidente 'mojando su dedo' le solicitó que lo hiciera. Accedió encantado y se tomó la fotografía. La noticia corrió rápidamente y el incidente afectó positivamente a algunos nicaragüenses que habían declarado que no votarían porque se consideraban iguales al Presidente. La propaganda era desenfrenada y hasta corrían rumores, iniciados por Sandino, entre los indígenas, de que los norteamericanos usarían

un producto químico para envenenar a los votantes.

Cuando las papeletas y los registros electorales llegaron a los capitulios departamentales, se colocaron guardias de la Infantería de Marina para custodiar hasta que fuesen escoltados a Managua. Los Infantes de Marina trajeron urnas electorales de todo Nicaragua a lomo de mulas, en carretas de bueyes, en bueyes de carga, en aviones y barcos en los lagos de Nicaragua y Managua y en los muchos ríos, en camiones disponibles y sobre los hombros. (32)

Para mediodía del día de elecciones, casi el 90 por ciento de los votantes empadronados habían emitido sus votos en tres cuartos de los departamentos. Mientras que la Infantería de Marina y las divisiones de la Guardia Nacional vigilaban las líneas telefónicas y telegráficas, se enviaron, rápida e interrumpidamente, los resultados a McCoy.

José M. Moncada obtuvo 76,676 votos y Adolfo Benard obtuvo 56,987. Esto otorgó al Partido Liberal un margen de 19,689 votos. El 90 por ciento de los que se empadronaron en septiembre y octubre emitió su voto el 4 de noviembre. (33). Comparativamente, sólo 64,026 personas votaron en 1924 de un total de 120.000 empadronados. Aunque el porcentaje de votantes de 1928 parece sospechosamente elevado, cabe notar que ambos partidos reconocieron que era exacto. (34)

Muchos factores justifican la aplastante derrota conservadora. El principal parece haber sido la ineptitud de Adolfo Benard como líder político. Nunca se le había probado ni examinado como un participante de una campaña, y éste demostró claramente una actitud derrotista a lo largo de todo el período de elecciones. Su compañero electoral estaba plenamente convencido de que los Estados Unidos estaban apoyando a Moncada y por ende no consideraba que se debía llevar a cabo un gran esfuerzo en la lucha. (35) ¿Cómo podía esperar la victoria o trabajar energicamente para conseguirla un partido, si sus líderes no demostraban ningún entusiasmo o seguridad? Evidentemente la división entre Díaz y Chamorro no ayudó a robustecer al partido y el arreglo no hizo nada para sanar las heridas para el día de elecciones. Como resultado los Chamorristas no trabajaron en firme para Benard.

El Partido Conservador había estado en el poder durante 18 años. Ahora era especialmente difícil para Díaz defender los distintos excesos del partido o justificar las políticas de un grupo que había gobernado a Nicaragua durante tanto tiempo. Como resultado de la intervención activa del gobierno de Coolidge los conservadores debieron competir por la atracción de votantes sobre un pie de igualdad con sus contrarios. Esta fue una experiencia de lo más singular en una lucha política latinoamericana.

El control de la policía y la supervisión de las

numerosas instituciones productoras de ingreso, llevado a cabo por los Estados Unidos, rehusaron al gobierno de Díaz el dinero para sufragar los trabajadores de su campaña. Como resultado, grandes sectores de este grupo que habían permanecido leales se pasaron al Partido Liberal durante las últimas semanas de la campaña. (36)

Los miembros del Partido Conservador aceptaron la derrota y no hicieron ningún esfuerzo por rechazar o negar la cifra final de los votos emitidos. El principal periódico conservador resumió bien la nueva actitud del partido cuando declaró:

Debemos admitir francamente el triunfo de nuestros adversarios políticos. Los ciudadanos nicaragüenses fueron con plena libertad a las urnas bajo la supervisión norteamericana. Los Conservadores y los Liberales utilizaron su derecho al voto. Los Liberales obtuvieron la victoria en una lucha democrática.

Los que conocemos las causas principales de la derrota conservadora no nos sentaremos a lo largo del camino para llorar nuestras miserias. No vamos a hacer acusaciones innecesarias ni vamos a presentar cargos de fraude electoral. La honestidad americana en la supervisión electoral debe constituir un testimonio y una causa de orgullo legítimo. (37)

El Partido Conservador se enfrentó ahora a la triste realidad de estar fuera del poder. Su única esperanza de volver al poder era el contar con los buenos servicios y la influencia de los Estados Unidos. El Partido de Benard desconocía los inconvenientes y los castigos del perdedor. Consiguientemente, un despliegue de elogio editorial hacia el General Frank McCoy no haría ningún daño. Esto iba a ser especialmente favorable cuando los Conservadores lanzaran una nueva era de cooperación.

Un indicio seguro del alejamiento del partido de su política de "obstrucción" se evidenció en las actividades de Chamorro. Aún retenía gran influencia en el congreso y para la satisfacción, aunque no sorpresa, de los Estados Unidos, el decreto de la Guardia Nacional, derrotado en el congreso el año anterior fue adoptado en diciembre de 1928 con el beneplácito de Chamorro. La Legación notó con agrado los esfuerzos de Chamorro por lograr su adopción. (38) Hasta este momento el caudillo conservador había conseguido molestar a los Estados Unidos negándose a aceptar la legalización de la Guardia Nacional. Las tácticas del partido Conservador iban a cambiar ahora y su derrota los acercaría a los Estados Unidos, o al menos, los convertiría en un aliado menos obstinado.

NOTAS DEL CAPITULO IX

(1) El coronel Cornelius Smith, presidente de la Junta Electoral del Depto. de Granada, al general McCoy, presidente de la Junta Electoral Nacional 8 Sept. 1928. State Department, National Archives, United State Electoral Mission Papers 1928-32 Record Group 43 B-3-F (en adelante citado NA 43) Nacional 8 Sept. 1928.

(2) Comandante de la Guardia Nacional, Depto. de Granada al general Elías Beadle, Comandante de la Guardia Nacional, 24 Oct. 1928 Na Rg 43, D-1-I.

(3) Beadle, orden general Nos. 28, 25 Ago. 1928, Sede de la Guardia Nacional Na Rg. 43, O-2-G.

(4) Harold W. Dodds, asesor personal misión electoral de los EE.UU., a McCoy, 29 Sept. 1928, Na Rg 43, I-5-D.

(5) Munro a Francis White, Secretario de Estado adjunto, 3 nov. 1928, Na DF 817,1051/234, Rg59.

(6) Pablo Obregon, granjero, entrevista personal con el autor en Jinotega, 24 mar. 1965. Obregon recordaba el abuso de la autoridad policiaca por parte de la mentada imparcial Guardia Nacional.

(7) Beadle a McCoy. Nota Confidencial, 17 Ago. 1928, Na Rg. G-15.

(8) La plana de la misión electoral de los EE.UU., Nota, 13 Ago. 1928 Na Rg 43 C-16.

(9) El Mayor Cassius W. Powell, oficial ejecutivo, oficina de la secretaria, Estado Mayor de la misión electoral de los EE.UU., a McCoy, 3 ago. 1928, Na Rg. 43 C-16.

(10) Antonio Guzmán, ministro de Hacienda, Memorias (Managua, Imprenta Nacional, 1928), p.32.

(11) R.L. Christian, presidente de la Junta Electoral de Jinotega, a McCoy, 28 Sept. 1928, Na Rg 43, C-15-B.

(12) Tomas Austin, presidente de la Junta Electoral de Jinotega a McCoy, 28 Sept. 1928, Na Rg 43 C-15-B.

(13) Emiliano Chamorro, ex-presidente de Nicaragua, 1917-20, entrevista personal con el autor en Managua, 7 Abr. 1965.

(14) Guardia Nacional de Nicaragua, Informe confidencial a McCoy, 3 Oct. 1928, Na Rg 43, O-4.

(15) IBID

(16) El general McCoy al presidente Adolfo Díaz, (copia de una carta) 22 Ago. 1928, Na Rg 43, V-5.

(17) Plana Mayor, misión electoral de los EE.UU. Nota sobre la campaña senatorial, n.f. Na Rg 43, O-4-A

(18) G. W. Brown, plana jurídica misión electoral de los EE.UU., al secretario adjunto de Gobernación, (copia de una carta) 28 Ago. 1928, Na Rg 43, V-5.

(19) José Moncada, Estados Unidos en Nicaragua, (Managua, tipografía Atenas, 1942) p.21.

(20) Almirante D. F. Sellers, Comandante del escuadrón de Servicio especial al jefe de Operaciones navales de los EE.UU., nf. (copia) Na Df 817,00/616 Rg 59.

(21) Simón Rizo Gadea, ex-miembro de la plana de Sandino. Entrevista personal con el autor en Jinotega, 25 de marzo, 1965. Gadea dijo que Moncada quería que los Infantes de Marina permaneciesen en Nicaragua porque el general tenía la amenaza que Sandino representaba más que a ninguna otra cosa.

(22) Eberhardt, Ministro de los EE.UU. en Managua, al Departamento de Estado, 1 de octubre de 1928, Na Df 817,00/6007 Rg 59.

(23) IBID

(24) Nota, reunión de Gabinete, 5 Oct. 1928, Na Df 817,00/6026 Rg 59.

(25) F. B. Kellogg, Secretario de Estado, a la legación de los EE. UU. en Managua, 3 Oct. 1928, Na DF 817,00/6007 Rg 59.

(26) Acuerdo de supervisión de la elección de 1932, 30 Oct. 1928, Na Rg. 43, D-5-A.

(27) Julio Cardenal, candidato conservador a la vicepresidencia, 1928 entrevista personal con el autor en Managua, 30 Mar. 1965.

- (28) Adolfo Benard, candidato conservador a la presidencia, a José Moncada (copia de la carta) 17 Oct. 1928, Na Rg 43 M-10-8.
 (29) Beadle a Benard y Moncada (copia) nf. Na Rg 43 B-5-a (el autor incluyó las bastardillas)
 (30) Informe de inteligencia. Regimiento II de Infantería de Marina de los EE. UU. 18 Nov. 1928 Na Rg 127, R-2.
 (32) Sacarias Blandón, Cultivador de café, comisionado liberal y jefe político desde 1928-30, entrevista personal con el autor en Jinotega, 25 Mar. 1965.
 (32) Edward W. McClellan, "Supervisando la elección nicaragüense" Procedimientos navales institucionales de los EE.UU. LIX No. 1 (ene. 1933) p.38.

- (33) Eberhardt al Departamento de Estado, 16 de octubre de 1928, Na Rg 43, M-10-H
 (34) Las cifras compiladas por los miembros conservadores y liberales de la junta electoral fueron iguales a aquellas que presentó la plana de McCoy.
 (35) Entrevista con Cardenal.
 (36) Harold W. Dodds "Norteamerican Supervision Of Nicaragua Election Foreign Affairs" vol. VII abril 1928, p. 494.
 (37) LA PRENSA (Managua) 7 Nov. 1928, p. 1
 (38) Eberhardt al Departamento de Estado, 3 dic. 1928, Na Df 817,00/6138 Rg 59.

X

UN CAMBIO DE GOBIERNO

1. Washington - el trigésimoprimer presidente
2. Una parada en Corinto

3. Managua - una trasferencia de poder
4. De Manila a Washington.

Washington - el trigésimoprimer presidente

El 8 de noviembre de 1928 Herbert Clark Hoover fue elegido trigésimoprimer presidente de los Estados Unidos. Para el observador superficial, esto significaba la continuación de los ideales y propósitos de los gobiernos republicanos anteriores. Sin embargo, un estudio más profundo del historial del nuevo presidente en su calidad de funcionario público habría indicado que podía surgir un nuevo énfasis y tal vez un enfoque más apropiado de los problemas latinoamericanos.

En 1921, cuando Warren Harding ocupó la Casa Blanca, Herbert Hoover fue Secretario de Economía. Durante este gobierno el nuevo funcionario del gabinete ocupó el puesto de presidente del Alto Comité Interamericano. El objetivo de este órgano era uniformar las leyes comerciales y los reglamentos administrativos entonces vigentes en el hemisferio occidental. Durante su mandato como Ministro de Economía, Hoover se hizo el firme propósito de obtener una mayor estabilidad en las relaciones financieras entre los Estados Unidos y sus repúblicas hermanas del sur. Estaba plenamente convencido de que las buenas relaciones con las repúblicas latinoamericanas estaban basadas casi por entero en el flujo libre y sin trabas del comercio entre todos los países del hemisferio occidental. Hoover creía que Latinoamérica era un mercado fundamental para los productos de los Estados Unidos. Estaba seguro de que las relaciones diplomáticas mejorarían una vez que se abriesen esas zonas a tráfico creciente. (1)

Es indudable que Herbert Hoover llegó a la presidencia con un mayor conocimiento de los problemas latinoamericanos q' sus predecesores. Su preocupación por ellos también superaba la de los presidentes anteriores. Sobre todo, no estaba

de acuerdo con la política latinoamericana del gobierno de Coolidge, en especial, la diplomacia del dólar. Su alejamiento, tal vez hasta su separación del partido republicano sobre esta materia resaltaron en el discurso que pronunció, el 7 de mayo de 1927, en la Conferencia Comercial Interamericana en Washington. El ex-ministro de Economía no ocultó ni disfracó sus opiniones sobre la diplomacia del dólar. Dijo:

Ninguna nación o miembros de la misma deben pedir prestado dinero a otro país; ninguna nación debe permitirle a sus ciudadanos el prestar dinero a otros países si no se utiliza el préstamo para empresas productivas. (2)

Estas ideas eran un desafío directo a la diplomacia del dólar practicada por Calvin Coolidge. Irónicamente, las opiniones de Hoover al respecto fueron expresadas al mismo tiempo que Henry Stimson, su futuro Secretario de Estado, estaba comprometiendo afanosamente a los Estados Unidos en un papel sumamente activo en la política nicaragüense.

Ahora que había sido elegido presidente, Hoover estaba decidido a emprender un nuevo camino en las relaciones entre los Estados Unidos y Latinoamérica. Ya no se tenía que conformar con hacer esfuerzos por cambiar la política nacional desde su puesto de presidente del alto Comité Interamericano. Ahora, como primer mandatario, podía sentar las bases para una nueva dirección en las relaciones hemisféricas.

UNA PARADA EN CORINTO

Uno de sus primeros actos como presidente fue el anunciar que llevaría a cabo una gira de buena voluntad por Centro y Sur América. Este viaje fue planeado para evitar diferencias visibles entre el gobierno de Hoover y el de su predecesor con respecto a la política latinoamericana. Estas

discrepancias se habrían presentado en el período de transición entre ambos gobiernos. Posiblemente este viaje se realizó para destacar la independencia del nuevo presidente respecto de la política latinoamericana de Coolidge.

El nuevo presidente zarpó de San Pedro, California, el 19 de noviembre a bordo del USS "Maryland". Poco antes de subir a bordo, un grupo de gente esgrimiendo cartelones exigieron que los Estados Unidos retirasen inmediatamente a sus tropas de Infantería de Marina de Nicaragua. Los acompañantes del presidente notaron que éste se alteró mucho a causa de esta manifestación. De hecho, más de una vez antes de su partida, se le había prevenido que estaba comenzando un viaje peligroso. Así que los disturbios en el muelle fueron considerados como un presagio de otros problemas que podían presentarse. (3) Por esta época muchas de las repúblicas latinoamericanas estaban resentidas con los Estados Unidos. En 1928 se había producido constantes brotes de anti-yanquismo demandando la retirada de las tropas estadounidenses. Si el nuevo presidente era recibido con manifestaciones ruidosas y hostiles semejantes a la dispensada al dejar el país, ¿qué se podía esperar de un país extranjero? Pero Hoover era un hombre decidido y pragmático y salió a terminar lo que había empezado.

Esta gira de buena voluntad lo llevaría a Centro y Sur América. Eran estos unos de los pocos lugares del mundo que el presidente electo, gran viajero, no había visitado.

Nuestro viaje, declaró Hoover una vez, fue concebido con el objetivo de hacer visitas amistosas a nuestros vecinos del sur. Declaró que éste sería un saludo amistoso de las democracias hermanas del continente americano, la visita de un buen vecino. (4)

El nuevo tema de la política norteamericana hacia América Latina fue revelado por el nuevo presidente antes de tomar posesión de su cargo.

Los Estados Unidos tratarían de ser "vecinos" y no un hermano grande. Durante su viaje, Hoover recalcó repetidas veces que la diplomacia del dólar no sería el principal factor de su gobierno. Veía las relaciones entre las repúblicas americanas basadas en el principio de igualdad de los Estados soberanos, o como él decía, en un espíritu de vecindad (5)

Posiblemente la parada más importante que hizo Hoover fue en la república centroamericana de Nicaragua. Sin duda alguna este país se había convertido en el centro del más profundo sentimiento anti-yanqui de Latinoamérica. En este momento mientras el resto del mundo vivía en paz y las guerras eran declaradas eternamente ilegales como instrumentos de la política exterior, este pequeño país afrontaba graves disturbios. Los Estados Unidos, alejados hacia bastante tiempo de los problemas penosos del establecimiento de la paz en Europa, ahora se veían profundamente

envueltos en los problemas internos de esta república. Aunque Nicaragua acababa de elegir a un nuevo presidente en unas elecciones de honestidad sin precedentes, nadie podía estar seguro de que habría una paz duradera.

El general McCoy recibió encantado la noticia de la futura visita de Hoover a Nicaragua. El presidente de la Junta Electoral estaba convencido de que si el nuevo presidente de los Estados Unidos se reunía con el nuevo Primer Mandatario de Nicaragua, la posición, de este último se vería robustecida en alto grado. Indudablemente, nada mejor podría sucederle al presidente recién electo de esta república centroamericana que una entrevista con el presidente de los Estados Unidos. El general McCoy estaba seguro que esta visita liquidaría cualquier golpe de estado o rebeliones que pudieran estar fraguando los elementos insatisfechos de la población. ¿Qué significativo sería si las principales figuras de la elección de 1928 se reuniesen en un mismo estrado para saludar a Hoover! La legación de los Estados Unidos y los miembros de la misión electoral emprendieron rápidamente la difícil tarea de convencer al presidente Díaz y a Chamorro que debían unirse a Moncada como comité de recepción a este nuevo presidente norteamericano. La presencia de los líderes liberales y conservadores en un mismo estrado sería un indicio claro, tanto para los amigos como para los enemigos, que después de la elección los viejos rivales se unían para llevar a cabo una transmisión pacífica y sin problemas del poder nacional.

El general McCoy no se sorprendió al descubrir que el nuevo presidente nicaraguense y sus rivales conservadores aún se odiaban profundamente. Consiguientemente, ninguno se sentía muy halagado con la perspectiva de dar más brillo a la imagen de su rival al unirse en el "comité de recepción". A pesar de lo amargo que podían ser los sentimientos recíprocos de estos líderes, un despliegue público de unión era de suma importancia para los Estados Unidos. El gobierno de Washington estaba decidido a hacer su voluntad en este asunto. Sobre todo, Moncada necesitaba el prestigio de un saludo oficial del nuevo ocupante de la Casa Blanca. (6)

El general McCoy y sus ayudantes finalmente pudieron reunir a todas las principales figuras políticas para la visita de Hoover. Sin embargo, esto no fue muy fácil. En la mañana del 27 de noviembre, el USS "Maryland" entró a Corinto, puerto nicaraguense del Pacífico. Díaz, Moncada y Chamorro habían llegado la noche anterior en el tren de Managua y se aprestaron a subir al barco en cuanto éste anclara. Se intercambiaron las bromas de siempre cuando Hoover y el grupo nicaraguense se encontraron. Se dice que el abstemio presidente de los Estados Unidos tomó un "vaso de brillante agua destilada y brindó por la salud del presidente Díaz y la continua prosperidad de su país". (7)

Hoover ya conocía las condiciones pacíficas bajo las cuales se había votado. Tal vez habría sido más apropiado hablar sobre el comportamiento caballeresco de los candidatos presentes que sobre Augusto C. Sandino. De cualquier modo, la visita de Hoover fue breve. Fue recibido oficialmente por Moncada. El propósito de la visita a Corinto había sido conseguido. El peregrinaje del triunfador y sus contrarios había creado una imagen ilusoria de la unidad política de Nicaragua para que todos la viesen.

MANAGUA, UNA TRANSFERENCIA DE PODER

El USS "Maryland" zarpó el mismo día que llegó. Hoover prosiguió su viaje a Sud América y fue acogido calurosamente en todas sus paradas. No hay duda de que prevalecía el optimismo y se esperaba que la diplomacia del dólar iba a ser abandonada y reemplazada con una actitud de "buena vecindad".

El nuevo presidente de los Estados Unidos debió esperar hasta marzo para tomar posesión, José María Moncada en cambio, se preparó a asumir el poder en enero. En estos instantes la Legación de los Estados Unidos estaba sumamente atareada preparándose para una transferencia pacífica del poder. Este periodo era de importancia capital puesto que el continuado gobierno de los conservadores estaba finiquitando y un presidente liberal asumiría el cargo.

Lo que hizo a este primero de enero en Managua completamente distinto de todas las otras transferencias del poder de la historia nicaragüense fue que en la ceremonia de la toma de juramento del nuevo presidente estaba presente el candidato presidencial derrotado. El general Elias Beadle de la Infantería de Marina, Comandante de la Guardia Nacional, había arreglado cuidadosamente toda la ceremonia. También insistió en que Adolfo Díaz y Emiliano Chamorro acompañaran a Moncada al palacio presidencial para su toma de mando. Esto marcaría la culminación de una notable transferencia del poder político supremo en el país. (9)

El nuevo presidente asumió el cargo entre la pompa y el aparato acostumbrados y en su discurso hizo hincapié ardientemente en el lugar de Nicaragua en la historia mundial. Recalcó que la principal contribución de su país al hemisferio, y así mismo al mundo, era su posición geográfica única, que ofrecía un posible canal para el comercio mundial. La presencia del general Beadle y su plana mayor en esta ceremonia era un testimonio obvio de que así era, en efecto. Sobre todo, la presencia del general de Infantería de Marina dio al nuevo presidente liberal una sensación de seguridad —algo que su partido no había sentido en mucho tiempo (10).

Un observador de la ceremonia comentó sobre la personalidad y el porte del nuevo Primer Dignatario nicaragüense. Como lo probarían sucesos ulteriores, las apariencias de este pequeño caballero eran engañosas. Un periodista yanqui lo describió como un "revolucionario pequeño.

callado, tímido y grave". (11) Era reservado y grave pero no era, de ninguna manera, un hombre tímido. El nuevo Presidente era un caballero decidido con ideas fijas sobre el curso que seguiría su gobierno. Más aún, tenía una mente absolutamente independiente y no estaba dispuesto a ser mandado por amigos. Estas eran características imponderables —nadie podía anticiparlas ya que casi nadie lo conocía o lo comprendía verdaderamente. Los Estados Unidos conocerían pronto su gran decisión. Moncada no sería un Presidente nicaragüense "cooperativo" como lo fuera Díaz. Sobre todo, no estaba dispuesto a acceder a todos los pedidos y pretensiones del gobierno de Washington.

DE MANILA A WASHINGTON

Mientras que Moncada asumía el poder supremo de su país, Herbert Hoover estaba formando su gobierno en Washington. Cuando Henry Stimson regresó, en 1927, de Nicaragua, Coolidge lo nombró Gobernador General de las Filipinas.

Durante la campaña de 1928, se mantuvo alejado de la escena política y trabajó diligentemente en su cargo en el Extremo Oriente. No hay duda de que Stimson figuraba en primer plano en la lista que Hoover había confeccionado de posibles candidatos para los cargos importantes de su gobierno. En el pasado el Gobernador General había servido leal y eficazmente a los gobiernos republicanos; no había ninguna razón para suponer que sus servicios públicos terminarían en 1929.

Stimson recibió primero el ofrecimiento del cargo de Secretario de Justicia pero lo rechazó. No quería verse envuelto nuevamente en el árido ejercicio de la profesión legal. Mas tarde Hoover sugirió el cargo de Secretario de Estado. Stimson lo aceptó a pesar de que había ciertos problemas graves que debían ser resueltos en las Filipinas. (12)

Cuando el nuevo Secretario de Estado asumió el puesto en la primavera de 1929, había paz en el mundo. El Pacto Kellogg-Briand que declaró ilegal la guerra había sido ratificado en enero de este año y la gente miraba con esperanza hacia una era de bienestar. El nombramiento de Stimson era especialmente significativo para Nicaragua. El nuevo Ministro sentía un interés personal por esta república. Aún cuando problemas más grandes pondrían a prueba su capacidad y ocuparían su tiempo, este país centroamericano continuó mereciendo gran parte de su atención.

Se recordará que el proyecto de supervisión electoral para la pacificación eficaz de las batallas políticas nicaragüenses fue la obra de Stimson en 1927. El acuerdo de Tipitapa que él redactó había dado a los Estados Unidos el derecho de dirigir las elecciones de 1928. Igualmente importante fue el entendimiento verbal que dio a los Estados Unidos el derecho de "supervisar las elecciones de 1928 y la de los años subsecuentes". (13)

Esta vaga promesa de Moncada dejó muchas

preguntas sin respuesta. El gobierno de Washington aún no había recibido una afirmativa "rotunda" sobre la supervisión de todas las elecciones nicaragüenses. La Conferencia de Tipitapa fue un "acuerdo de caballeros" entre Moncada y Stimson. (14) Para bien o para mal, los detalles y la interpretación de este acuerdo fueron dejados a la voluntad de los dos participantes —y a nadie más. Aún con el sumamente cooperativo Díaz los Estados Unidos no habían encontrado fácil la tarea de supervisar la elección de 1928. Ahora un nuevo gobierno y un partido político que había estado fuera del poder desde 1912 debían afrontar la perspectiva de sufrir las mismas restricciones que padecieron sus adversarios en 1928. De cualquier modo, el Secretario de Estado y el Presidente nicaragüense se conocían. Existía entre ellos un sentimiento de respeto mutuo. No había ninguna razón para pensar que en enero de 1929 se enfriaría su amistad.

El nuevo Secretario de Estado, pues, puso un interés especial en la tarea de adoptar reglas justas y equitativas para la supervisión electoral en Nicaragua. Si se le podía impedir al nuevo gobierno el uso del fraude y la intimidación, los Estados Unidos estarían satisfechos de que una 'revolución pacífica' había sido llevada a cabo. La dirección de las elecciones nicaragüenses, pues, iba a ocupar gran parte del tiempo de Stimson.

aún cuando iban a surgir problemas de mayor repercusión global entre 1928 y 1932.

Stimson quien inició el plan para controlar las actividades del gobierno conservador de Díaz en 1927 tenía todas las intenciones de seguirlo haciendo con Moncada. La supervisión electoral en Nicaragua era una creación de Stimson. Y éste esperaba el triunfo de su programa, aún a pesar de la decisión del nuevo presidente Hoover de retirar la Infantería de Marina de los Estados Unidos de esta república centroamericana y de reducir la influencia de Washington en la administración de los asuntos políticos del país. El alto sentido del honor de Stimson no había cambiado ni disminuido con los años. Le parecía que su reunión de junio de 1927 en Tipitapa con Moncada situaba una obligación moral sobre los hombros de ambos participantes de reformar efectivamente el procedimiento electoral nicaragüense. Haber descuidado esta obligación habría sido el colmo de la duplicidad y de la negligencia en el cumplimiento del deber. Aunque la política de Hoover de buena vecindad abrió una era de mejores relaciones con Latinoamérica, Stimson se sentía obligado a cumplir el compromiso previo que se había contraído antes de que Washington decidiese reorientar su política hemisférica.

NOTAS DEL CAPITULO X

(1) "El trabajo continuo de la conferencia financiera" Boletín de la Unión Panamericana No. XL (junio 1915) pgs. 747 - 748.

(2) New York Times 3 de mayo de 1927 p. 26

(3) Evening Star (Washington) 20 de nov. 1928, p. 8

(4) Discursos pronunciados durante la visita de Herbert Hoover, presidente electo de los EE.UU. a Centro y Sur América, noviembre y diciembre de 1928, Unión Panamericana 1929, p. 3

(5) New York Times, 17 de dic. 1928, p. 3

(6) General Frank McCoy, presidente de la Junta Electoral Nicaragüense al coronel James Logan Nueva York, Correspondencia del personal, File No. 34, papeles MSS de Frank McCoy's Papers. Library of Congress.

(7) Evening Star (Washington) 2 de feb. 1929, p. 3

(8) Rex Collier "La gira latinoamericana de herbert Hoover" The Evening Star, 12 de dic. 1928, p. 5

(9) Charles Eberhardt, Ministro de los EE.UU., al Departamento de Estado, 1 de enero 1929, State Department National Archives, File group 59, Decimal File number 817,00/Moncada/8.

(10) La Gaceta Oficial (Managua) 1 de enero 1929, p. 1. Archivo Nacional.

(11) Sin autor Año nuevo en Nicaragua, Living Age vol. 335 (enero 1929)

(12) H. L. Stimson y McGeorge Bundy Sobre el servicio activo en la paz y en la guerra (Nueva York: Harper & Brothers, 1948) p. 158.

(13) Memorandum (anónimo) Disposiciones de Tipitapa Departamento de Estado, Archivos Nacionales, anales de la misión electoral norteamericana en Managua 1928-32, grupo de inscripción No. 43, A-5.

(14) Entrada del 8 de feb. 1929. H.L. Stimson. Diario MS vol. 9, Biblioteca de la Universidad de Yale.

LAS ELECCIONES LEGISLATIVAS DE 1930

- | | |
|--|--|
| <p>1.- Un pedido de supervisión
2.- Indicios de continuismo
3.- Un envío rápido de un supervisor</p> | <p>4.- Los problemas de Johnson - Liberales y Rebeldes
5.- Johnson y los Conservadores vs. Moncada y Washington
6.- Un triunfo electoral hecho a medida.</p> |
|--|--|

LAS ELECCIONES LEGISLATIVAS DE 1930
UN PEDIDO DE SUPERVISION

Tres días después de la toma de mando de Moncada, Charles Ebehardt, el saliente ministro de los Estados Unidos en Nicaragua, declaró que en una conversación privada con el nuevo Primer Mandatario, se habían discutido las perspectivas de nombramiento de un supervisor electoral permanente. Evidentemente Moncada estaba estudiando la reacción del diplomático norteamericano a este respecto. (1) Sin duda la Legación de los Estados Unidos había sido alentada por el deseo de Moncada de respetar el Acuerdo de Tipitapa de 1927. Evidentemente este era un buen indicio. Hasta Sandino había partido, presuntamente, a México. Esto creó un profundo sentimiento de alivio, especialmente en Washington. (1) A principios de 1929 los problemas de supervisión de las elecciones futuras parecían remotos. El nuevo presidente liberal parecía estar muy dispuesto a cooperar con el gobierno de Hoover en este asunto.

El 12 de febrero de 1929, el Ministro de Relaciones Exteriores de Moncada dirigió una nota a los Unidos solicitando que Washington considerase el supervisar una vez más las elecciones nicaragüenses de las "autoridades supremas". El Departamento de Estado ávidamente tomó esta nota como un pedido de supervisión de todas las elecciones hasta las presidenciales en 1932. Washington consideraba que este documento era sumamente valioso porque comprometía implícitamente a los Liberales a aceptar la supervisión electoral de los Estados Unidos. Como lo probarían sucesos ulteriores, Moncada no interpretaba la solicitud de esta manera. En cualquier modo, las relaciones con el gobierno de Hoover comenzaron bien a pesar que el significado y el contenido de las comunicaciones del mes de febrero fueron vagos. (3).

En su primer mensaje al Congreso en diciembre de 1929, el Presidente Hoover declaró que se había llevado a cabo la retirada de un tercio de los Infantes de Marina destacados en Nicaragua. El Primer Mandatario declaró además que estaba dispuesto a evacuar los restantes mil seiscientos hombres. (4) Este fue el primer gran paso de la nueva política del gobierno para terminar la invertención armada de los Estados Unidos en América Latina.

Para la primavera del año siguiente el Presidente Hoover estaba cumpliendo claramente

con su promesa de retirar a los Infantes de Marina de Nicaragua ya que había menos de mil hombres en la República. En el otoño de 1928, había habido casi seis mil. Stimson dice en sus memorias que este fue el comienzo de una política de "no - interferencia" en Centro América. (5).

La disminución de las fuerzas armadas norteamericanas en Nicaragua fue, sin duda, un logro considerable. Pero la involucración continua de Washington en los asuntos internos de este república centroamericana no mostraba indicios de disminuir.

INDICIOS DE CONTINUISMO

A fines de febrero de 1930 Adolfo Díaz y Emiliano Chamorro informaron a la Legación de los Estados Unidos que el Presidente Moncada planeaba pasar por alto las elecciones de 1932 y prolongar su mandato otros cuatro años. Este fue, por supuesto, una revelación sorprendente para el gobierno de Washington. Fue especialmente perturbadora para Stimson puesto que aún respetaba al Presidente y lo estimaba profundamente. Una acción semejante indudablemente estropearía las buenas relaciones entre ambos. (6) Los dos ex-presidentes conservadores no pudieron presentar ninguna prueba para validar su acusación, pero predijeron que un miembro liberal de la Cámara de Diputados presentaría la propuesta. El Departamento de Estado quería asegurar que semejante maniobra legislativa no se llevara a cabo, así que aconsejó rápidamente a la Legación que informase al gobierno nicaragüense que la adopción de semejante política "sería especialmente molesta para el gobierno de los Estados Unidos". (7).

Desgraciadamente las advertencias de Díaz y Chamorro eran acertadas y las "opiniones" de Washington enviadas a Moncada no afectaron al gobierno liberal. El 15 de marzo un senador liberal presentó una ley que estipulaba que el Presidente podía prolongar arbitrariamente su mandato si no se terminaba el pillaje en todo el país, dado que éste se estaba convirtiendo nuevamente en un problema grave. Hasta la Legación de los Estados Unidos había reconocido confidencialmente que estaba llegando a una etapa crítica. (8) A muchas liberales les parecía que el Presidente necesitaria extensos poderes para lidiar con este peligro y tal vez hasta se debería anular una elección. El gobierno de Washington debía enfrentar ahora la

amenaza doble del pillaje y la posibilidad de la prolongación del mandato presidencial. (9)

El Departamento de Estado trató en vano de encontrar pruebas palpables que demostrasen que Moncada estaba detrás de este intento de prolongar su mandato. De cualquier modo, el gobierno de Washington temía que si se adoptaba esta propuesta, la supervisión electoral sería difícil, si no imposible. Por consiguiente, la Sección de Asuntos latinoamericanos del Departamento de Estado consideró que no se debía perder el tiempo en prepararse para obtener el control de las próximas elecciones legislativas y presidenciales. Si se iba a mostrar un interés activo y continuo en las elecciones nicaragüenses se necesitaría un observador de las campañas legislativas que serían las próximas luchas electorales.

Haber esperado hasta septiembre de 1930 habría sido fatal. Consiguientemente, se decidió enviar a un ciudadano norteamericano en la primavera de 1930, mucho antes de las elecciones legislativas. (10).

El ex-Presidente Díaz, muy alarmado con la perspectiva de la prolongación del gobierno de Moncada, dijo a Matthew Hanna, el nuevo Ministro de los Estados Unidos, que el partido conservador no nombraría candidatos para el Congreso a no ser que los Estados Unidos supervisarán las elecciones. (11)

El ex-presidente y la prensa conservadora nicaragüense rápidamente exigieron que se les impusieran a los Liberales las mismas restricciones impuestas a los Conservadores en 1928. (12).

El Ministro de los Estados Unidos persuadió al Presidente a publicar un decreto que anunciaba q' las elecciones de 1930 serían dirigidas por los Estados Unidos. El éxito del diplomático yanki en este aspecto fue debido, en cierto modo, a la creciente amistad entre él y el Presidente liberal. La aceptación de Moncada del pedido de Hanna alivió evidentemente a la Legación y el problema del continuismo ceso de preocuparles temporalmente. Hanna estaba tan complacido con su éxito en este asunto que pidió a Stimson que enviase una carta al Presidente nicaragüense elogiándolo por su nobleza. Hanna estaba seguro que alabar a este Primer Mandatario algo vanidoso ayudaría a allanar el camino para las elecciones legislativas del otoño. (13).

Ahora que Moncada había prometido publicar un decreto pidiendo la supervisión de las elecciones legislativas, Washington estaba seguro que las posibilidades de prolongar el mandato de Moncada eran nulas. Les parecía que la presencia de un Presidente norteamericano en la Junta Electoral impediría el aumento de los poderes presidenciales.

UN ENVIO RAPIDO DE UN SUPERVISOR

El Departamento de Estado sin embargo decidió no esperar la decisión de Moncada. Siguió adelante y eligió al Jefe de la Inteligencia Naval, Capitán Alfred W. Johnson, como nuevo Presidente de la Junta Electoral Nacional. Fue nombrado principalmente porque no había tenido nada que ver anteriormente con las fuerzas de ocupación en Nicaragua. En otras palabras, no era una persona que causase conflictos al estar asociada con algún partido, facción o líder político de esta República centroamericana. Era evidente que Washington quería un nuevo comienzo en esta aventura, y el nombramiento de Johnson llenaba estos requisitos. (14).

El Capitán Johnson tenía una larga y distinguida carrera en la Marina. Había peleado en la Guerra hispano - americana y poco después había sido asignado a la Flota del Pacífico durante la revolución filipina de 1901 - 02.

Durante la Primera Guerra Mundial, Johnson fue Capitán de Fragata del Destructor "Conyngham" en la primera fuerza naval enviada a ultramar. Al final de dicha guerra desempeñó varios cargos en el Extremo Oriente y finalmente fue nombrado Jefe de Inteligencia Naval en 1927. (15).

Johnson no estaba tan preparado como el General McCoy para el papel diplomático que iba a desempeñar. Dirigir elecciones en un país extraño estaba totalmente más allá del tipo de cargos que había ocupado el Capitán. Era inteligente, competente y posiblemente conocía todos los sucesos ocurridos en este país durante el tiempo que ocupó el puesto de Jefe de Inteligencia Naval en 1927. Pero no poseía ninguna de las destrezas diplomáticas tan esenciales para la dirección eficaz de esta misión delicada.

El Capitán comenzó su nueva tarea a principios de mayo de 1930 estudiando la Ley Dodds de 1923, que fue puesta nuevamente en vigencia al terminarse la elección de 1928. La ley disponía que un nicaragüense que representaba al partido que había obtenido la mayoría de los votos en la elección anterior podría ser Presidente de la Junta Electoral Nacional. Más aún, todos los presidentes de las juntas departamentales serían, a su vez, nombrados, por el Presidente Nacional. Stimson quería que se modificase una vez más la Ley Dodds de modo que diese poder a los ciudadanos norteamericanos para presidir en todas las juntas electorales. El Secretario además agregó que estos supervisores deberían tener el poder de veto sobre los representantes liberales y conservadores. (16).

Sobre todo, el Secretario de Estado quería que el Congreso nicaragüense no escrutinara el voto final, como disponía la Ley Dodds. Quería que Johnson hiciera esto. (17) Se invitó al Grnl. McCoy a asistir a las discusiones sobre las modificaciones a la ley electoral. No tenía q' describir las dificultades que entrañaría

el que la legislatura le quitase a la Junta Electoral Nacional el derecho del escrutinio electoral.

Cuando Johnson llegó a Managua a principios de julio, Moncada le dijo que no presentaría la proposición de ley al Parlamento. El Presidente dijo que algunos miembros de la Corte Suprema lo habían prevenido de que, de hacer esto, lo declararían inconstitucional. Johnson convino que sería mejor presentar la nueva ley como un decreto ejecutivo. Los temores de Stimson sobre la existencia de obstáculos tremendos para esta ley modificada eran justificados y estaba agradecido a Moncada porque éste comprendió el problema. La amistad entre Stimson y Moncada estaba produciendo grandes dividendos. (18)

Johnson tenía como asistentes a trece oficiales del ejército norteamericano que también habían trabajado con Frank McCoy en 1928. Esto era hábil ya que estos hombres conocían profundamente las condiciones políticas del país. Sin embargo iban a descubrir que los liberales eran mucho más difíciles de tratar que los Conservadores en 1928. (19)

Ahora que Moncada le había aceptado a Stimson a Johnson como Presidente de la Junta Electoral Nacional, el Secretario de Estado se dedicó a robustecer su posición respecto a la supervisión continua de las elecciones hasta 1932. Quería que la solicitud de supervisión para 1930 del Presidente Liberal incluyese también la de 1932. Las directivas de Stimson al Capitán desterraban todas las dudas sobre la misión de éste último y la importancia de su cargo en 1932. Las instrucciones de Johnson eran "llevar adelante la cooperación de este gobierno en los asuntos electorales prolongada durante las elecciones presidenciales de 1928... prolongadas en relación a las próximas elecciones legislativas y después a las elecciones presidenciales" El Secretario de Estado ahora estaba seguro que finalmente se habían aclarado las ambigüedades del acuerdo de Tipitapa. (20)

Los problemas de Johnson - Liberales y Rebeldes

Poco después de la llegada del Capitán Johnson a Nicaragua, se intensificó la campaña guerrillera de Sandino. Indudablemente la perspectiva de otro periodo de interferencia por parte del gobierno de Washington contribuyó en gran medida al incremento de los ataques. A fines de junio, grupos armados aproximadamente de cuarenta a cuarenta y cinco hombres atacaron las numerosas minas pertenecientes a y explotados por ciudadanos norteamericanos. Como se había reducido considerablemente el número de tropas de Infantería de Marina los intentos que se hicieron para detener las operaciones rebeldes fueron inútiles. La situación se puso crítica. El único paso que podían dar la Guardia Nacional y la Infantería de Marina era el transportar a los campesinos de los departamentos del norte y del este a las ciudades. (21)

Johnson se alarmó al descubrir que el

Presidente Moncada estaba tomando medidas inauditas para asegurar el triunfo liberal en las zonas en las que primaban los Conservadores. Grandes contingentes de trabajadores contratados para proyectos de obras públicas fueron movidos por el país bajo el pretexto de estar trabajando en distintos programas. Si estos obreros residían un mes en un determinado departamento podían empadronarse y votar allí. El Cap. escuchó con comprensión a Emiliano Chamorro cuando éste se quejó acerca de este ardid. Al oficial naval norteamericano no le agradó lo que escuchaba y veía. (22).

Los Conservadores, alentados por la comprensión que Johnson demostró hacia sus quejas, intensificaron sus demandas y trataron de persuadir al Presidente que publicara los decretos necesarios. El Capitán persistió en su solicitud que se le otorgara amnistía general a los Conservadores encarcelados por el Primer Mandatario liberal desde 1929. El presidente norteamericano de la Junta Electoral conocía a fondo las vastas atribuciones asumidas por su predecesor y esperaba también que se cumplierse prontamente con sus pedidos.

Al Capitán le parecía que para poder asegurar una elección libre debía de poseer las mismas prerrogativas de McCoy. Lo que Johnson no comprendió era que Moncada y Díaz eran totalmente distintos. El Primer Mandatario liberal era un político nato y voluntarioso que estaba decidido a no evidenciar signos de debilidad ante sus compatriotas por razón alguna. El cumplimiento de los pedidos de Johnson pues, significaba ceder ante el Yanqui, y Moncada no haría tal cosa.

Johnson también presiono al Presidente para que publicase decretos que proclamaran la libertad de prensa y que entregasen la red de comunicaciones a la dirección del Presidente de la Junta Electoral Nacional. Moncada se negó a cumplir con esto. El Capitán se indignó ante el rechazo del Presidente de actuar en estos asuntos. El supervisor electoral escribió entonces una carta a Stimson atacando agudamente al Primer Mandatario nicaragüense. En esta nota decía: "No puedo dejar de pensar que el libre ejercicio de los derechos políticos, basado en la justicia y el sentido común, corre peligro de ser reducido". Johnson finalizó su denuncia del presidente nicaragüense diciendo que el rechazo absoluto del Presidente a cumplir con su pedido de poner en libertad a los prisioneros conservadores "perjudicaría gravemente el éxito de mi misión". (23)

Lo que hizo Johnson, efectivamente, fue basar el éxito o el fracaso de su misión en el cumplimiento inmediato de sus pedidos a Moncada. Aparentemente, el Capitán no conocía el sentido del honor de un político latinoamericano e ignoraba completamente el uso de la persuasión diplomática en sus relaciones con el Presidente. Si

el Primer Mandatario hubiese cedido ante los pedidos del Yanqui, habría provocado una hecatombe para sí y para su partido. Ceder ante las órdenes norteamericanas nunca hacía popular a ningún líder latinoamericano y este nicaragüense voluntarioso no lo ignoraba.

Matthew Hanna, el Ministro de los Estados Unidos, se opuso a hacer un ultimatum que forzaría a Moncada a hacer algo que perjudicase su posición en el Partido Liberal. De hecho, Hanna no veía ninguna razón por la cual el Presidente debiera cumplir con los pedidos y exigencias de Johnson en la misma manera en que Díaz había respondido a las solicitudes de McCoy. El diplomático norteamericano justificó su posición algo inocua diciendo que la atmósfera política de 1930 no era similar a la de 1928. Hanna sabía bien que un político sumamente orgulloso y terco ocupaba el sillón presidencial. Estaba convencido que cualquier acción que atacase su orgullo o que lo hiciese aparecer como un "títtere" de los Estados Unidos podría ser fatal para todo el proyecto. Más aún, y de suma importancia, Moncada tenía la simpatía de Hanna. El Ministro de los Estados Unidos había hecho un esfuerzo especial por cultivar la buena voluntad y la amistad del Presidente liberal. No quería ver destruida esta estrecha y cordial amistad a causa de un pedido de publicación de algunos decretos de amnistía. (24).

Hasta Stimson estaba dispuesto a concederle el beneficio de la duda al Presidente en su lucha con Johnson. El Secretario esperaba que Moncada actuaría de buena fe y que respondería al pedido de Johnson. Washington quería evitar el uso de presión, si era posible, en este asunto. (25)

Moncada aún no había publicado los decretos para fines de agosto de 1930. Como resultado se intensificó la lucha con el Capitán naval yanqui. Moncada repitió que el cumplimiento total de los pedidos de Johnson lo perjudicaría y disminuiría la influencia de los Liberales. El Departamento de Estado perdió la paciencia con el líder nicaragüense y se mofó de su "argumento de prestigio" diciendo que "este pretexto no debía ser considerado seriamente". (26).

Así pues, el 16 de agosto, Hanna fue enviado por su gobierno a prevenir a Moncada sobre las graves consecuencias de su "falta de cooperación". A Washington le parecía que si Moncada no reconocía los pedidos del supervisor electoral en 1930, las elecciones de 1932 podrían ser manejadas por los Liberales sin ninguna traba. La nota del Departamento de Estado a Hanna a este respecto denotaba la decisión de Washington de evitar que se descuidase este asunto. Decía, entre otras cosas:

"Se le autoriza a recordar al Presidente Moncada sobre la grave responsabilidad contraída por este gobierno al otorgarle su cooperación al gobierno de Nicaragua, en cuestiones electorales, y que es fundamental

que las condiciones en que desempeña esta cooperación sean tales que excluyan la posibilidad de graves desafíos en el futuro. (27).

Stimson pensó q' ya que Hanna y el presidente eran amigos, sería mejor que el Ministro empleara sólo su talento para convencer a Moncada sobre la publicación de los decretos de amnistía. Hanna desempeñó concienzudamente esta tarea y consiguió calmar los sentimientos confusos del sensible presidente. El 20 de agosto el presidente publicó un decreto que ponía en libertad a alrededor de 50 Conservadores.

A fines del verano, antes de dar a conocer los decretos de amnistía, tanto Moncada como Johnson aparecieron, ante una reunión de oficiales de las fuerzas armadas norteamericanas y nicaragüenses en Managua. Este suceso marcó la iniciación del período electoral. Fue un despliegue notable, aunque evidentemente poco sincero, de amistad y cooperación. Johnson habló sobre el presidente con palabras de elogio. El Capitán declaró que "quería aprovechar la oportunidad para exresar públicamente a Su Excelencia el presidente de Nicaragua, mi agradecimiento por su cooperación." (28) Es verdad que Johnson estaba por obtener la "cooperación" de Moncada, pero sólo la obtendría a regañadientes y bajo presión. Consiguientemente, Johnson pagaría caramente las amables palabras y la "cooperación" que adujo recibir. El Capitán tenía un buen motivo para estar agradecido por el éxito inminente... sería el último.

La rendición del presidente fue un logro importante puesto que restringió los vastos poderes electorales del gobierno liberal. Empero este incidente rompió definitivamente las relaciones entre Johnson y Moncada. Como resultado, los esfuerzos por lograr una libertad de acción para la misión electoral, libre de las molestias causadas por varios funcionarios gubernamentales, estaban destinadas a la ruina. El tópico central de esta controversia eran el prestigio de un presidente y los propósitos de un supervisor electoral norteamericano. Moncada se había sujetado, muy obviamente, a las "instrucciones" de Hanna desde Washington, y como resultado su imagen se había visto opacada en Nicaragua. Consiguientemente, el presidente se volvió más intratable en sus relaciones con Johnson y la Legación. No volvería a ser humillado ante los ojos de sus seguidores.

JOHNSON Y LOS CONSERVADORES VS. MONCADA Y WASHINGTON

Los Jefes Conservadores sabían que Johnson tenía dificultades para sacar a los Liberales de las posiciones electorales claves pero no por eso rebajaron la presión. Tanto Díaz como Chamorro estaban decididamente opuestos a las actividades de la recientemente implantada "guardia personal" del presidente. Estaban seguros que Moncada estaba utilizando esta pequeña unidad

militar para anular la eficacia de las tropas ordinarias de la Guardia Nacional, la q' estaba como fuerza policiaca en las comunidades locales. Cuando se creó esta guardia pretoriana en enero de 1929, los Infantes de Marina creyeron q' esto robustecería a la Guardia y permitira a los Estados Unidos retirar más fuerzas de la guerra de guerrillas. Ahora, para la preocupación de muchos, se había transformado en una organización "tipo Gestapo" que pujaba por el Primer Mandatario nicaragüense. (29).

Johnson comprendía plenamente las protestas conservadoras respecto a las actividades de esta guardia privada y personal. El supervisor electoral norteamericano también veía con resquemor una regla que restringía la circulación de las personas entre las distintas regiones del país. El capitán se indignó en especial cuando supo que se les estaban imponiendo "impuestos viales" a los nicaragüenses que querían ir de una ciudad a otra, aun cuando estaban en el mismo departamento. Esto parecía, era una costumbre de antaño para impedir que los opositores llegasen a las mesas de empadronamiento y votasen. Cuando se le pidió que rectificara esta y otras situaciones análogas, Moncada le acordó a Johnson el control de los depósitos de bebidas alcohólicas, y algunas estaciones de telégrafos como una cesión simbólica, pero se negó a levantar el "sistema de impuesto vial". (30).

El Partido Conservador quería, en especial, que todos sus funcionarios municipales electos, que habían sido destituidos a fines de 1929 durante el estado de sitio, fuesen restituidos en sus cargos. Por supuesto habían sido reemplazados por Liberales. No cabía duda sobre el por qué los bandidos asolaron gran parte de la campiña a principios de 1929. De hecho, la mayoría de los observadores pensaban que el presidente estaba en lo correcto cuando declaró el estado de sitio. Según la Constitución, el Primer Mandatario podía destituir autoridades locales y nombrar a su propio personal, pero ésto sólo durante el periodo crítico. Moncada rescindió la orden que establece el estado de sitio en julio de 1930, pero no restituyó a las autoridades municipales conservadoras, legalmente electas en Chontales, Esteli, Jinotega, Nueva Segovia o Matagalpa. Johnson comentó con aspezeza que éstas eran las regiones en las que radicaba la mayor parte de los votos conservadores.

Justificadamente pues, los conservadores temían que a no ser que se destituyera a los hombres de Moncada, las autoridades municipales liberales obstaculizarían la elección de los candidatos conservadores al Congreso. Nadie dudaba que el Presidente de la nación podía alterar los resultados electorales, e impedir que los votantes llegasen a las urnas. Esto sería aún más cierto si sus cohortes controlaban las cincuenta y seis municipalidades.

Un día solamente había trascurrido cuando Moncada le informó a Johnson que no se podían celebrar las elecciones municipales después de todo. El Presidente dijo que las candidaturas para estos puestos debían ser presentadas por lo menos 60 días antes de la fecha de la elección. Evidentemente, si se iba a respetar la letra de la ley, el Presidente podría mantener a sus seguidores a cargo de los departamentos predominantemente conservadores, ya que faltaban 30 días para la fecha de las elecciones (34)

Si existían ciertas buenas relaciones entre Johnson y Moncada anteriores a este anuncio, la nueva posición del Presidente las terminó por destruir. Prescindiendo de la vía diplomática normal el Capitán de la Marina enojado, le escribió a Stimson una nota privada que decía "El (Moncada) nos ha engañado tanto a Hanna como a mí". Johnson se sentía traicionado y describió con aspezeza sus opiniones al respecto al Departamento de Estado. Johnson ya había prometido a los conservadores que se iban a celebrar elecciones municipales. Ahora le tocaba la triste tarea de retirar lo dicho. Johnson reveló, vívidamente y sin equívoco, sus sentimientos sobre este asunto en su nota a Washington:

"... esto podría ser calificado como un golpe de Estado inteligente. Creo que si estos hechos fueran del dominio público en los Estados Unidos la opinión del pueblo estaría horrorizada. Considerando los muy citados informes elogiando el generoso espíritu de cooperación del general Moncada y su deseo por lograr la libertad electoral en su país, considero que el pueblo de los Estados Unidos no conoce plenamente los hechos. Moncada ha violado la confianza de los Estados Unidos. Cada pedido que le he hecho y que él me ha otorgado lo ha hecho en menor medida que (sic) le fuera concedido al General McCoy en 1928. Creo que el Departamento de Estado no debería permitir que la situación ya mencionada quede así" (35)

Sorprendentemente, el Departamento de Estado no interpretó la acción de Moncada como exorbitante. Stimson aún sentía afecto por el líder liberal. No estaba dispuesto a castigarlo por su actitud respecto de las elecciones municipales. El Secretario de Estado no comprendió los esfuerzos conservadores por obtener la destitución de los alcaldes liberales electos. De hecho, creía que los pedidos de Díaz y Chamorro eran en realidad, parte de un plan para molestar al gobierno de Moncada y ponerlo en la defensiva. (36)

El Subsecretario de Estado le participó a Stimson que Johnson iba a renunciar a su cargo a no ser que Moncada entregase la mayoría de sus poderes ejecutivos y le permitiese al

norteamericano dirigir completamente las elecciones. Para impedir que ese suceso enojoso se llevase a cabo y que la enemistad entre Johnson y Moncada se hiciese pública, el Secretario de Estado decidió colocar al Capitán directamente bajo las órdenes de Matthew Hanna, el Ministro de los Estados Unidos, en todo lo que estuviere relacionado con el poder presidencial y la elección.

Se recordará que el Ministro y el Primer Mandatario habían mantenido una amistad estrecha desde hacía tiempo. Por lo tanto, se esperó que la solución de Stimson resolvería el problema. El Departamento de Estado no consideraba necesario el restringir los poderes presidenciales como lo habían hecho en 1928. Según el Subsecretario de Estado, Washington estaba casi seguro que las elecciones serían bastante imparciales sin una "derrota del ciento por ciento de Moncada". Por lo tanto, el 'anti-Moncada' Johnson fue relegado a una posición secundaria. Se nombró al ministro norteamericano para tratar los problemas principales que involucraba la supervisión electoral con el presidente, un hombre que le gustaba tanto a Hanna como a Washington. (37)

Sin embargo, Hanna no desconocía el hecho de que los conservadores estaban en una situación muy incómoda. En 5 departamentos en donde tenía la gran mayoría de sus partidarios, habría liberales en una posición desde la que podían ejercer una influencia indebida sobre los votantes. El ministro norteamericano consideró a esta situación algo desagradable como "un episodio indeseable". Señaló que aunque todos los cargos de alcalde estarían ocupados por los seguidores de Moncada, Johnson aún podría observar el proceso cuidadosamente. Hanna sugirió además que ya que el gobierno de Washington no podía obligar a Moncada a destituir los alcaldes nombrados para el mes de noviembre, las elecciones municipales de 1931 serían supervisadas por los Estados Unidos. El ministro reconoció en privado que los conservadores estaban justificadamente preocupados de perder todo su poder en un período crítico antes de las elecciones presidenciales de 1932. Por consiguiente, la legación y Washington consideraban que las elecciones municipales supervisadas de 1931 impedirían a Moncada destituir a todos los funcionarios conservadores en las zonas predominantemente conservadoras. (38)

El Capitán Johnson se vio obligado a comunicar a los conservadores la desagradable decisión del Departamento respecto al problema de la elección municipal. Era, obviamente, una tarea muy incómoda y amarga. Washington no sólo se negó a dirigir las elecciones locales sino que también rechazó la solicitud conservadora que pedía la destitución de los alcaldes liberales electos.

Departamento respecto al problema de la elección municipal. Era, obviamente, una tarea muy

incómoda y amarga. Washington no sólo se negó a dirigir las elecciones locales sino que también rechazó una solicitud conservadora que pedía la destitución de los alcaldes liberales electos.

Johnson expresó abiertamente su gratitud a los conservadores por la leal cooperación que le brindaron en todos los asuntos preliminares de la elección. También les informó que no le tocaba a él decidir la justicia o la legalidad de la destitución, el nombramiento o la elección de los funcionarios municipales. Terminó su mensaje diciendo que era su deber "el asegurar que las acciones de tales funcionarios (alcaldes) no interfiriesen con las elecciones libres e imparciales de los Senadores y Diputados de este año y nada más". (39) Los conservadores, objetaron vehementemente la decisión de Johnson la que consideraban, apropiadamente, como la orden directa de Washington a su "portavoz yanqui". Como represalia, previnieron que los miembros del partido no votarían en la elección parlamentaria. A Washington no le preocupaba esta táctica conservadora de abstención. El Secretario de Estado adjunto para Asuntos Latinoamericanos comentó confidencialmente en un momento que "podemos enterrar esto (la carta conservadora de protesta) en los ficheros". Lo importante era no antagonizar más a Moncada. Los conservadores llevaban las de perder en esta batalla. (40)

Un triunfo electoral - hecho a medida

A medida que se acercaba el día de las elecciones, se hizo cada vez más evidente que el presidente Moncada había entregado sólo unos pocos poderes a los supervisores electorales norteamericanos. Aún se le obligaba a la gente a presentar 'pases' para poder ir de una zona a otra. Casi ninguno de los así llamados guardias gubernamentales de ingresos fueron destituidos de sus cargos como directores de los depósitos de bebidas alcohólicas. Aunque la Guardia Nacional, iba a desempeñar las tareas policíacas de un modo imparcial, los ciudadanos que se oponían al gobierno se veían desprovistos frecuentemente de su voto. Era evidente que los trece presidentes norteamericanos de las juntas electoras no iban a poder persuadir a los alcaldes liberales y a los funcionarios de policía a que cooperasen en el proceso del empadronamiento. Más aún, sin la cooperación de los funcionarios gubernamentales locales no había ninguna garantía de que los votantes podrían llegar a los comicios. (41)

Johnson reconoció francamente que los alcaldes liberales estaban en realidad dirigiendo las elecciones parlamentarias. Declaró que su personal había perdido todo el control para aplicar medidas para asegurar la seguridad de los votantes el día de elecciones. (42) Debido a que el contingente de Infantes de Marina de los Estados Unidos había sido reducido notablemente, Johnson descubrió que no podía forzar a Moncada a aceptar su programa electoral. Hasta la Guardia Nacional se

había convertido paulatinamente en el brazo policiaco del gobierno. La mayoría de los presidentes de juntas electorales informaron que los guardias no eran formales y que no actuaban "imparcialmente" (43)

La misión electoral norteamericana con cincuenta y seis supervisores y doscientos Infantes de la Marina y marineros, tenía a su cargo la supervisión de las elecciones parlamentarias de 1930. Debían ser electos nueve de los 26 senadores y 22 de los 43 diputados. Johnson por lo tanto, tenía a su cargo una tarea tremenda con menos ayudantes que los que tenía McCoy. Con una fuerza de Infantería de Marina mucho menor y una Guardia Nacional francamente incompetente sus probabilidades de asegurar que hubiese una elección libre e imparcial eran remotas. Sandino había regresado de México en la primavera de 1930 y continuó con sus ataques.

Johnson comprendió la preocupación de Díaz y Chamorro respecto a este asunto. Decidió, pues, hacer un esfuerzo supremo y forzar a Moncada a restituir a todos los conservadores electos en sus puestos. De hecho, el capitán estaba solamente dispuesto a desafiar abiertamente al presidente en este asunto. El significado de esto era evidentemente importante y de gran alcance. El supervisor norteamericano estaba, pues, dispuesto a desafiar al orgulloso y tozudo Moncada respecto a elecciones que Johnson, técnicamente, no había sido enviado a supervisar. (31).

A principios de septiembre Johnson solicitó, oficialmente, a Moncada, que retirase a sus seguidores de los cincuenta y seis gobiernos municipales, y que restituyese a los conservadores debidamente electos en sus puestos. "Su acción positiva", —escribió Johnson a Moncada— "en este aspecto no dejará de producir una reacción sumamente favorable entre los interesados en que haya elecciones libres y justas" (32). Las sospechas del Capitán respecto de la intransigencia de Moncada estaban fundadas en hechos esenciales. El 15 de marzo de 1929 el gobierno liberal anunció que todos los alcaldes debidamente electos de la república no retornarían a sus cargos hasta después de las elecciones parlamentarias de noviembre de 1930. (33) Ahora los conservadores tenían una razón fundamentada para preocuparse. Johnson comprendía plenamente su situación poco feliz. Si la política nicaragüense era consecuente, entonces un alcalde liberal en una zona predominantemente conservadora no sería del todo imparcial cuando oficiaba el escrutinio de los votos.

Por más decidido que estuviera Moncada en cumplir su decisión, Johnson trató de cambiar la opinión del presidente. Finalmente, el 8 de octubre en una reunión privada con Moncada, el capitán y Hanna lograron convencer al Primer Mandatario que se llevasen a cabo las elecciones

municipales al mismo tiempo que las parlamentarias. Cuando Johnson comunicó esto a los Conservadores, estos anunciaron con júbilo que retirarían su declaración que solicitaba que el pueblo se abstuviera de votar. El capitán estaba muy complacido con este triunfo. Sin embargo, su éxito duro poco.

Tal vez lo más inquietante era que la mayoría de los escaños del Senado y de la Cámara baja debían ser cubiertos en departamentos predominantemente conservadores. Desgraciadamente, estas eran las zonas en las que Moncada había instituido a sus seguidores en los puestos de alcaldes. De hecho, a él le parecía que el control de estas cinco zonas conservadoras era tan importante que en septiembre amenazó a la Legación de los Estados Unidos con la renuncia presidencial si el gobierno norteamericano insistía en que se destituyese a los liberales de sus cargos.

Evidentemente el Presidente sabía que Washington lo quería y lo necesitaba. Esta amenaza, pues, fué muy eficaz, como lo calculara Moncada, el Departamento de Estado no quería crear una situación caótica por medio de su renuncia. Stimson quería preservar al líder liberal para mantener la estabilidad. El reducido número de supervisores electorales y de Infantes de Marina a cargo de la Guardia en las zonas de disturbios permitió a los liberales que dirigieran las elecciones a su modo. Johnson quedó relegado a la posición de un observador.

A fines de septiembre y principios de octubre alrededor de 111,000 personas se empadronaron. El 8 de noviembre, día de elecciones solo 60,000 personas votaron. Los resultados de la elección eran aplastantes —claro está, para los Liberales. De los nueve escaños libres en el senado, 7 fueron conquistados por el partido de Moncada y de las 22 bancas de diputados los Liberales obtuvieron 16. Esto redujo el ya reducido mínimo de Conservadores en la Cámara baja. Ahora los Liberales tenían una gran mayoría en ambas Cámaras.

Carlos Cuadra, el Conservador Ex-Ministro, de Relaciones Exteriores durante el gobierno de Adolfo Díaz, fue elegido Senador en el Departamento de Chontales que era predominantemente Conservador. Pero Pedro Joaquín Chamorro, un conocido periodista y pariente cercano de Emiliano Chamorro, perdió su campaña por la banca senatorial del Departamento Conservador de Granada. Los líderes del partido protestaron violentamente esta flagrante falta de imparcialidad, pero sin resultado alguno.

No es difícil comprender que Johnson perdió toda la autoridad para dirigir un proceso electoral justo. Moncada instruyó eficientemente a sus seguidores, los que siguieron sus órdenes al pie de la letra. Como resultado el Congreso estaba casi totalmente en manos de Moncadistas.

Considerando el desastre electoral, Johnson solicitó tardíamente las opiniones de sus ayudantes respecto a qué curso de acción debían tomar para impedir que esto se volviese a repetir. El Almirante C. H. Campbell, el Comandante del Escuadrón de Servicios Especiales dió una solución muy simple. Sugirió que Washington retirase inmediatamente el reconocimiento de Moncada y estableciese un gobierno militar norteamericano en todo el país. Demás está decir que la opinión del Almirante fue rechazada por el Departamento de Estado. Washington no estaba contemplando la destitución de Moncada. El presidente Liberal había retenido, milagrosamente, la buena voluntad y el afecto del gobierno de los Estados Unidos.

Johnson completó su tarea de escrutinar los votos en las elecciones parlamentarias para el mes de diciembre. Para entonces ya sabía que sus intentos de hacer que Moncada respetase el reglamento electoral había sido un fracaso total. Pero el Presidente de la Junta Electoral Nacional no vaciló, sin embargo, en revelar sus impresiones respecto a este "episodio" durante su estadía, llena de problemas, de cuatro meses en Nicaragua.

Poco antes de dejar el país en diciembre, Johnson pronunció un discurso de despedida en un banquete al que asistió Moncada y todo su gabinete. En esa ocasión el Capitán elogió a todos los presentes por su cooperación con la excepción hecha del presidente. Esto, por supuesto, no fue pasado por alto por los comensales. Moncada también hizo que todos supieran que a él tampoco le gustaba Johnson. El Presidente pronunció la respuesta y condecoró al Almirante Campbell del Escuadrón de Servicios Especiales elogiándolo por sus "grandes servicios durante la elección". El Primer Mandatario ignoraba que poco tiempo atrás el Almirante había instado confidencialmente que se lo derrocara como castigo por su conducta arbitraria durante los últimos meses. Indudablemente Moncada hubiera pensado dos veces antes de concederle honores si hubiese podido leer el pensamiento de Campbell.

Cuando Johnson regresó a su país informó rápidamente al Departamento de Estado que el mantenimiento de alcaldes Liberales en las Municipalidades había ayudado para crear una organización Liberal formidable. Johnson estaba en lo cierto cuando consideró que esta situación había creado un desequilibrio decisivo en la situación política. Llegó a la conclusión de que era posible que los liberales estuvieran intentando establecer una rigida dictadura en el país. Más aún, consideraba que los Liberales habían abusado tantas veces de sus cargos políticos durante las elecciones parlamentarias que los Conservadores estaban siendo oprimidos en muchas regiones del país. El Capitán también opinaba que esta situación daba al partido de la oposición suficientes razones para rebelarse contra Moncada

y retirarlo de su cargo o obligarlo a que liberalizara su política. Esta propuesta estaba, de cierto modo, instando a los Estados Unidos a cambiar su posición pro-liberal.

En realidad Johnson estaba repitiendo y recalcando una propuesta hecha por muchos Conservadores durante las elecciones. La legación norteamericana, por supuesto, informó a Washington sobre esta sugerencia de un golpe, cuando le fue presentada. Esto por supuesto estaba de acuerdo con la actitud favorable de Hanna hacia Moncada. Como era de esperarse, la opinión del Capitán de que una revolución cambiaría la dictadura liberal no fue bien acogida en el Departamento de Estado. De hecho, Moncada, aún contaba con bastante simpatía y apoyo en Washington; aún después de las elecciones. Desde que asumió el cargo como resultado de la supervisión de 1928, el status quo que había sido establecido entonces le parecía necesario ahora al gobierno de Hoover.

La Sección de Asuntos Latinoamericanos, pues, especificó claramente su posición en esta discusión sobre si se derrocaba o no a los liberales. En un memorando sumamente revelador, redactado a principios de diciembre de 1930, el gobierno de Washington, aclaró su actitud respecto a su apoyo por Moncada. La nota decía que ya se sabía que los Conservadores se habían mantenido en el poder hasta 1928 simplemente debido a la presencia de la Infantería de Marina de los Estados Unidos. Como resultado, decía la nota, los Liberales siempre consideraron fútil una revolución. Esta interesante y sumamente reveladora declaración de política terminaba refiriéndose a la situación política de 1930:

Los Infantes de Marina de los Estados Unidos con el equipo militar completo, incluyendo fuerza aérea, están destacados en el país, y los Infantes de Marina controlan (SIC) la Guardia Nacional nicaragüense. En otras palabras, sería fútil ahora, considerando esta organización militar norteamericana que coopera con el gobierno Liberal establecido, que el partido Conservador intentase obtener el control del gobierno...

La sugerencia de rebelión del Capitán Johnson y la inverosímil posición del gobierno respecto a este asunto no necesitan ser explicados. Los sentimientos conflictivos entre Johnson y Washington ahora fueron perfectamente evidentes.

El Departamento no está dispuesto a admitir que las elecciones de 1928 habían engendrado un monstruo, o algo semejante. Como consecuencia, los Estados Unidos no estaban decididos a considerar ningún intento por parte de los Conservadores de "corregir" las tácticas de Moncada mediante la sanción de una rebelión. El triunfo del Presidente en las urnas en 1928 y 1930 habían dado estabilidad a Nicaragua; por lo tanto,

el gobierno de Hoover no quería considerar ni tolerar ningún cambio.

Johnson no fue el único que condenó a Moncada. El Capitán. F.B. Price, el "Inspector Electoral" del Capitán, también informó que la votación había estado repleta de fraudes e intimidaciones. De hecho, Price consideraba que se habían hecho tantas injusticias a la gente que no podía calcular el número de hombres que habían sido legalmente electos al Senado y la Cámara de Diputados. "Es inútil hablar de auto-gobierno en Nicaragua, —declaró Price en una nota a Stimson,— de elecciones libres y justas u otras frases altisonantes que indican la libertad política del pueblo... (quienes) están siendo desprovistos intencionalmente de sus derechos constitucionales

fundamentales". Price terminó instando a que se hicieran gestiones firmes, inmediatamente, ante Moncada para rectificar los numerosos excesos que habían ocurrido durante las elecciones parlamentarias. Para aquellos que colaboraron con McCoy en las elecciones de 1928 y con Johnson en 1930, los informes respecto a los excesos del poder de los Liberales, eran conocidos y precisos.

Washington sabía bien que Moncada había acumulado una gran cantidad de poder. Aunque el Departamento de Estado aún lo miraba con buenos ojos, un régimen dictatorial forjado en elecciones supervisadas por los Estados Unidos no sería lo más apropiado en esta nueva era de "buena vecindad Yanqui".

NOTAS DEL CAPITULO XI

(1) Matthew Hanna, Ministro de los Estados Unidos, Managua, 4 de enero de 1929, al State Department, National Archives, Record Group No. 59, Decimal File number 817,00/6166. En adelante, NA, DF, RG 59.

(2) Dana Munro, Encargado de Negocios, Managua, 21 de febrero de 1929, al Departamento de Estado, NA, DF 817,01/43, RG 59.

(3) Ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua al Departamento de Estado, 12 de febrero, NA DF 817,00/110, RG 59.

(4) Papeles de estado y otros escritos públicos de Herbert Hoover, publicados por William J. Myers (2 volúmenes; Garden City, N. Y.; Doubleday, Doran and Co., 1934) 1,140.

(5) Henry L. Stimson y McGeorge, *Sobre el Servicio Activo en la Paz y en la Guerra*. (Nueva York; Harper and Brothers, 1928) p. 156.

(6) Willard Beaulac, Encargado de Negocios, Managua 27 de febrero de 1930, al Departamento de Estado, NA DF 817,00/6550, RG 59.

(7) Departamento de Estado, 15 de marzo de 1930, a la Legación, Managua, NA DF 817,00/6555, RG 59/.

(8) Matthew Hanna, Ministro de los Estados Unidos, Managua, 27 de marzo de 1930, al Departamento de Estado, NA DF 817,00/6643, RG 59.

(9) La Gaceta Oficial (Managua), 15 de marzo de 1930, Archivo Nacional.

(10) Memorandum, 17 de marzo de 1930, Sección de Asuntos Latinoamericanos, Departamen de Estado, NA DF 817,00/6601, RG 59.

(11) Hanna, sin fecha, al Departamento de Estado, NA, DF, 817,817.00/6618, RG 59.

(12) La Prensa (Managua), 8 de mayo de 1930.

(13) Hanna, 23 de mayo de 1930, al Francis White, Sub-Secretario de Estado, NA, DF 817.00/6645, RG 59.

(14) Memorandum, 18 de abril de 1930, Comandante de Infantería de Marina de los Estados Unidos al Jefe de Operaciones Navales, NA, DF 817.00/6554, RG 59.

(15) Sección de Biografías, Oficina de Información, Ministerio de Marina, Washington, D. C.

(16) Memorandum sobre Elecciones, 10 de junio de 1930, NA DF 817,00/Misión Electoral de Johnson/ 38, RG 59.

(17) Ibid

(18) Memorandum, 31 de diciembre de 1930, NA DF 817,00/Misión Electoral de Johnson/ 171, RG 59.

(19) El Capitán Alfred W. Johnson, al Ministro de Guerra, Patrick J. Hurley, 24 de mayo de 1930, NA DF 817,00/ Misión Electoral de Johnson/171 RG 59.

(20) H. L. Stimson, Secretario de Estado, a Johnson, 13 de junio de 1930, NA DF 817,00 /Misión Electoral de Johnson/20, RG 59.

(21) Mayor Frederick Cruse, Agregado Militar de la Legación de los Estados Unidos, Managua, al Departamento de Estado,

30 de junio de 1930, NA DF 817,00/6735 RG 59.

(22) Emiliano Chamorro, a Johnson, 28 de julio de 1930, NA RG 43, entrada 383.

(23) Johnson a Stimson, 13 de agosto de 1930, NA DF, 817,00/Misión Electoral de Johnson/68 RG 59.

(24) Hanna a Johnson, 11 de agosto de 1930, NA, RG 43, Entrada 371, Casillero 2.

(25) Entrada del 1o. de julio de 1930, Expediente personal de Johnson, NA RG 43 Entrada 376, Casillero 1

(26) Memorandum, Sección de Asuntos Latinoamericanos, 13 de agosto de 1930, NA DF 817,00/ Misión Electoral de Johnson/71, RG 59.

(27) Departamento de Estado a Hanna, 16 de agosto de 1930, NA DF, 817,00/Misión Electoral de Johnson/72, RG 59.

(28) Johnson a Stimson, 19 de agosto de 1930, NA DF 817,00/Misión Electoral de Johnson/ 83, RG 59.

(29) Charles Eberhardt, Ministro de los Estados Unidos, al Departamento de Estado, 21 de enero de 1929, NA DF 817,1051/258, RG 59.

(30) Johnson a Stimson, 22 de agosto de 1930, NA, DF 817,00/Misión Electoral de Johnson, /76, RG 59.

(31) Johnson al Departamento de Estado, 11 de septiembre de 1930. NA, DF 817,00 Misión electoral de Johnson/59 RG 59.

(32) Johnson a Moncada, 12 de septiembre de 1930, NA, DF 817,00/Misión Electoral de Johnson/171, RG 59.

(33) La Gaceta Oficial, 15 de marzo de 1929, Archivo Nacional.

(34) Johnson a Stimson, 8 de octubre de 1930, NA, DF 817,00/ Misión Electoral de Johnson/97, RG 59.

(35) Ibid

(36) Stimson a Johnson, 11 de septiembre de 1930, NA, EG 43, Entrada 371.

(37) El Subsecretario de Estado, Joseph P. Cotton a Stimson, 11 de septiembre de 1930, NA, DF 817,00 Misión Electoral de Johnson/269 RG 59.

(38) Hanna al Departamento de Estado, 2 de octubre de 1930, NA, DF 817,00 Misión Electoral de Johnson/102, RG 59.

(39) Johnson a Ramón Castillo, Representante conservador, junta Electoral Nacional, 10. de noviembre de 1930, Archivos del Tribunal Electoral Supremo, Managua.

(40) White al General Frank McCoy, 30 de octubre de 1930, NA, DF 817./6895 RG 59.

(41) Lloyd V. H. Durfee, Presidente del Departamento de Chontales a Johnson, 29 de octubre de 1930, NA, RG 43, 3-C-I.

(42) Ibid

(43) Los Presidentes de las Juntas Electorales de Nueva Segovia, Esteli, Jinotega y Chinandega a Johnson, 31 de octubre de 1930, NA, RG 43 Entrada 377.

(4) Memorando de Johnson, 31 de diciembre de 1930, NA, DF 817,00 Misión Electoral de Johnson/171, RG 59.

(45) El capitán Blake, USMC, a Johnson, 10 de noviembre de 1930, NA, RG 43, Entrada 371.

(46) El Almirante C. H. Campbell, Comandante del Escuadrón de Servicios Especiales a Johnson, 12 de noviembre de 1930, NA, RG 43, Entrada 371.

(47) Hanna al Departamento de Estado, 5 de diciembre de 1930, NA, DF 817,00 Misión Electoral de Johnson/150, RG 59.

(48) Memorando Johnson a Stimson, 31 de diciembre de 1930, NA, DF 817,00 Misión Electoral e Johnson/171, RG 59.

(49) Memorando, Sección de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado, 10 de diciembre de 1930, NA, DF 817,00/6957, RG 59.

(50) El Capitán F. B. Price a Stimson, 30 de diciembre de 1930, NA, DF 817,00 Misión Electoral de Johnson/171, RG 59 (591?)

XII

LAS ELECCIONES MUNICIPALES DE 1931

1. Una misión de 1931 para "observar y mantenerse en contacto"
2. El Mayor Price en Nicaragua

UNA MISION DE 1931 PARA "OBSERVAR Y MANTENERSE EN CONTACTO"

Poco después de la presentación del informe de Johnson al Secretario de Estado, Stimson, comenzó a considerar la cuestión nicaragüenses con mayor interés y preocupación. Stimson sabía que Hoover estaba inquieto respecto al problema Nicaragüenses.

Parece que el Departamento de Estado estaba preocupado con la perspectiva de una vacante en la Presidencia de la Junta Electoral Nacional. Si se seleccionaba a un nicaragüense para reemplazar a Johnson, sería entonces posible que Moncada falsificase los resultados de las elecciones de 1932. Era evidente, sin embargo, que a Johnson no le atraía la idea de permanecer en su cargo. De hecho, cuando llegó a Washington a mediados de diciembre de 1930, preguntó inmediatamente si era oportuno que renunciase en ese momento. Stimson no estaba seguro que se pudiera dejar solos a Moncada y sus Liberales para la importante campaña presidencial de 1932. El Secretario de Estado ansiaba especialmente que Johnson retuviese su puesto hasta que se seleccionara el supervisor electoral para 1932. Washington, pues, decidió que no iba a permitir que pasase el tiempo sin mantener una estrecha vigilancia de los Liberales entre 1930 y 1932. Parece que la conducta de Moncada en 1930, no había mejorado el prestigio del centroamericano en Washington. Por lo tanto, Stimson recurrió a un plan interesante para controlar firmemente a los asuntos electorales, incluyendo la campaña de 1932 (1).

3. La consolidación del Poder Liberal
4. "Una resquebrajadura en la ciudadela"

Decidió que Johnson conservara su cargo como supervisor electoral aún cuando su próximo destino en la Marina lo alejase de Nicaragua. Para mantenerse en contacto con los sucesos en el país el Secretario decidió enviar al Mayor F.B. Price, quien había estado destacado allí desde 1928, para observar el ambiente político. De hecho, se esperaba que Price fuese nombrado Vice-Presidente de la Junta Electoral Nacional y que pudiese actuar, así, en nombre del capitán ausente. Si se lograba efectuar esta maniobra, el Mayor podía ejercer cierta influencia restrictiva sobre el poder creciente de Moncada. El Departamento de Estado, pues, contaba con usar la solicitud nicaragüense del 12 de febrero de 1929, que pedía la supervisión electoral como base para esta última táctica. (2)

El Secretario de Estado no se refirió a sus planes para enviar a Price a Nicaragua en 1932. De hecho, el 5 de enero de 1931, Stimson celebró una conferencia de prensa en la que dijo que el acuerdo extraoficial de Tipitapa había comprometido a su gobierno a supervisar solamente las elecciones presidenciales de 1928 y 1932. La prensa no sabía que el Secretario había decidido que su gobierno "dirigiera" las elecciones municipales de 1931 y así se preparase completamente para manejar las importantes elecciones presidenciales. La misión de Price, pues, le ayudaría a alcanzar este objetivo.

El Departamento de Estado estaba decidido a no involucrarse demasiado en la supervisión de estas campañas aún cuando los Conservadores esperaban que esta vez se podría contener a

Moncada. Price, pues, iba a desempeñar esta tarea delicada. Aunque no le correspondía aplicar el reglamento de las elecciones municipales Washington esperaba que la presencia en Nicaragua del Vice-presidente de la Junta Electoral tendría un fuerte efecto moral sobre los Liberales y les obligaría a ser justos en las elecciones de 1931. Price, pues, mantendría una estrecha vigilancia sobre todos los sucesos e informaría sobre la conducta del Partido Liberal. Iba a hacerles conocer a los funcionarios nicaragüenses, en el modo apropiado, que sus actividades iban a ser vigiladas de cerca y, presumiblemente, reportadas a Washington. Ahora Moncada sería juzgado. (3).

Washington pronto se enteró que Moncada tenía sus propios planes para la Suprema Junta Electoral. El Primer Mandatario nicaragüense insistió que Price podría ocupar su cargo sólo si los Estados Unidos aparecían abiertamente manejando también las elecciones municipales. El Presidente señaló habilmente que nunca se había solicitado un supervisor para las elecciones municipales. Como resultado de esto, Stimson, decidió replegarse y no insistir más en el asunto. Ya se le había hecho suficiente propaganda al problema de las elecciones y, supuestamente, el Secretario de Estado no quería hacerle más. Por lo tanto, decidió que Price no ocuparía ningún cargo oficial. Permanecería en Nicaragua de todas maneras y llevaría a cabo las mismas directivas que le fueron dadas cuando se consideró que sería Vice-presidente de la Junta Electoral Nacional. Washington no cedería en este respecto. (4).

Parece que la decisión de Moncada de no permitirle a Price presidir las elecciones municipales preocupaba mucho a Stimson. Poco después de que se especificaron las "funciones de observador" de Price, el Secretario instruyó al Ministro de los Estados Unidos a que obtuviese inmediatas garantías por parte del Presidente de que la elección de 1932 sería supervisada. (5). Cumpliendo con sus instrucciones Matthew Hanna descubrió a su pesar que se le contestaba evasivamente y a veces con un silencio total. El comportamiento extraño de Moncada hizo aún más importante la misión de Price. Como resultado de esto, su fecha de partida parece haber sido adelantada.

EL MAYOR PRICE EN NICARAGUA

El Mayor F.B. Price no era un extraño en Nicaragua. Había sido enviado a este país como presidente de una Junta Electoral Departamental en 1928. En 1931 había sido seleccionado una vez más para acompañar al Capitán Johnson en calidad de "Inspector Electoral" y para fiscalizar las actividades de las autoridades municipales liberales, o al menos para que éstas le conocieran. En realidad su tarea era reunir datos e informes, misión que desarrolló admirablemente. Sin embargo, Washington no

enviaba a Nicaragua a un hombre que era indiferente respecto a la controversia política existente entre los liberales y conservadores. Price sabía q' Moncada había acumulado una gran cantidad de poder más, de hecho, de lo que se le debería haber permitido durante las elecciones de 1930.

Cuando el Primer Mandatario se negó a cumplir las solicitudes de Johnson de retirar el poder policiaco de manos de los alcaldes liberales locales, Price se convenció de que Moncada no estaba dispuesto a ceder ninguna de sus prerrogativas, ni en ese momento ni en 1932. Por lo tanto, el observador yanqui instó firmemente que se nombrara lo antes posible al presidente norteamericano de la Junta Electoral, si era del todo posible antes de las elecciones municipales de 1931. El mayor consideraba que lo que lograrse como observador en las elecciones municipales sería mínimo si no estaba allí también un supervisor norteamericano con plenos poderes. Ya se han señalado las opiniones de Moncada respecto a este asunto. (6).

Price consideraba que ya que él sería el único "guardia" durante las elecciones de 1931, asistiría a todas las reuniones de la Junta Electoral Nacional que ahora era presidida por Enoc Aguado, el Vice-presidente nicaragüense. Afortunadamente, entre estos dos hombres se había desarrollado una estrecha amistad y, como resultado, el Mayor pudo vigilar de cerca los preparativos para la supervisión. Esta amistad entre Price y Aguado también iba a sentar las bases para un suceso político de extrema importancia en 1932. Hay numerosos indicios de que Price vio la posibilidad de una división entre Aguado y Moncada y por lo tanto cultivó vigorosamente su asociación con el Vice-Presidente, quien era mil veces más cooperativo que el Presidente. (7).

Cuando Price llegó a Nicaragua en el verano de 1931, encontró, para su sorpresa, que los Conservadores pensaban que podrían ganar las elecciones municipales. Parece que estaban seguros que su presencia obligaría a los Liberales a que hubiese elecciones en todas las municipalidades en 1931. Sin embargo el Ministro de los Estados Unidos no estaba muy impresionado con las nuevas esperanzas de los Conservadores.

Hanna pareció pensar que el optimismo del partido de la oposición no tenía fundamentos. Sus opiniones fueron claramente evidenciadas en una nota que envió a Washington a fines de julio de 1931. Este interesante informe decía que los Conservadores no veían las realidades de la vida política del país, y que no consideraban la importancia de factores tales como "la ventaja legítima que sacarían los Liberales de estar en el poder" (8). Hanna estaba muy interesado en que las elecciones municipales fueran imparcialmente dirigidas. En un mensaje muy vehemente al Vice-Presidente, Hanna dijo que

esas campañas deberían ser supervisadas imparcialmente ya que los Estados Unidos tenían un gran interés en estas campañas como preludio de las elecciones de 1932. Hanna estaba diciendo, en realidad "comportense en estas elecciones como lo esperan los Estados Unidos para ejercer una mayor influencia en la campaña de 1932!! También sugirió que la actitud de Washington hacia los Liberales en 1932 dependería del modo en que dirigiese las elecciones en 1931. (9).

Muchos conservadores instaron frecuentemente a Price a que obligara a Moncada a que celebrase elecciones en todas las municipalidades del país. Se recordará que en 1930 no habían habido elecciones en todos los departamentos. Alcaldes liberales, nombrados por el presidente, aún gobernaban las zonas que eran predominantemente conservadoras. Este era el caso de 5 departamentos. El Mayor Price convenció al Vice-Presidente Aguado que pidiese el Presidente que retirase a sus seguidores de los cargos en los que habían sido instituidos en 1929. El observador norteamericano también dijo a Aguado que si Moncada hacía esto, sería un golpe maestro de tacto y diplomacia. Price también notificó al vice-presidente que si el primer mandatario actuaba rápidamente en este asunto, todos sus críticos dejarían de tener un argumento válido contra el presidente. En un momento la petición a Moncada a través de Aguado pareció tener éxito. Pero, las perspectivas de su logro se desvanecieron y advirtieron públicamente a Moncada que si no retiraba a sus funcionarios municipales, el partido instruiría a sus seguidores de que se abstuvieran de votar en las elecciones. (10)

El mayor Price consideraba esto como un ultimatum sin sentido. El estaba seguro que el primer mandatario no cedería ante semejante presión especialmente bajo la forma de un desafío abierto y directo por parte de sus adversarios políticos. (11)

La nueva posición conservadora estaba resultando muy molesta para los Estados Unidos y en especial para Price. La negación de uno de los partidos principales de participar en una elección parecía dejar malparado al gobierno de Hoover con su política empeñada en terminar el acerbo antagonismo entre ambos grupos. Si Washington trataba de hacer que las elecciones fueran imparciales y uno de los partidos gritaba que había trampa, la gente deduciría que la república norteamericana estaba fracasando en obtener sus objetivos de establecer paz interna.

Para evitar que empeorase una situación ya incómoda, la Legación norteamericana les dijo a Emiliado Chamorro y a Carlos Cuadra que el ultimatum de su partido debería ser retirado o al menos modificado. Hanna dijo que su acción había sido verdaderamente injusta e injustificable y, por supuesto, había puesto a Washington en una situación muy incómoda. Una

amenaza de abstenerse de votar simplemente cerraba las puertas para negociar y Hanna, por lo tanto, se sentía completamente frustrado respecto a lo que podía hacer. (12)

Después de ejercer bastante presión sobre Chamorro y Cuadra, la Legación de los Estados Unidos finalmente los convenció que no aplicarían las directivas de la convención a todos los candidatos municipales que querían luchar por sus puestos. Cuadra y Chamorro, pues, prometieron que se les permitiría a los miembros del partido competir pero sólo como "Conservadores Independientes". Se había rescatado parte de la ruina bajo la forma de un acuerdo. Price después pudo convencer a Moncada a que retirase a sus seguidores de los puestos municipales en que habían sido votados en 1927. Aunque esto no restituía a todos los alcaldes conservadores previamente electos, por lo menos algunos recuperaban sus puestos.

Price pensaba que esta era una solución particularmente justa porque el presidente estaba dispuesto a nombrar alcaldes conservadores en estas ciudades y los sacaría de una lista de candidatos presentada por el partido de la oposición. Cuadra y Chamorro rechazaron rotundamente esta oferta e insistieron en que mejor se celebraran elecciones. El astuto Chamorro presentó una contrapropuesta. Sugirió que el Congreso decidiese este asunto. Aparentemente esto parecía una sugerencia algo extraña viniendo de un conservador ya que el Congreso era predominantemente liberal. Chamorro estaba seguro que tantos liberales del cuerpo legislativo estaban descontentos con el gobierno dictatorial de Moncada que apoyarían a los conservadores en esta propuesta. (13)

Los intentos de llegar a un acuerdo resultaron inútiles cuando Moncada rechazó esta última propuesta. Esto hizo que Price sospechara que tal vez Chamorro sabía lo que estaba haciendo cuando sugirió que la Cámara de Diputados y el Senado decidieran el asunto. (14)

Cuando los Conservadores anunciaron finalmente su decisión de abstenerse completamente de las elecciones municipales, Price se convenció que esto perjudicaría enormemente al partido. Le parecía que la gente ahora consideraría a los Conservadores como "débiles y cobardes". En un sentido mas importante el Mayor estaba seguro que este "partido de la oposición" tal vez perdería permanentemente una gran cantidad de apoyo de lo que él llamaba el "voto flotante". Calificaba a esta gente como los "muchachos de la carreta que siempre están del lado de los que ganan". Cualquier atracción que hacía que este sector del

electorado cambiara su afiliación cada año probablemente desaparecería definitivamente para los Liberales. Esto, sin duda, colocaba a los Conservadores en una desventaja alarmante para la campaña de 1932. (15)

LA CONSOLIDACION DEL PODER LIBERAL

Aparentemente el Mayor Price no estaba conforme con la supervisión de los Liberales de las distintas campañas municipales. Tampoco tenía la certeza absoluta que las elecciones se llevarían a cabo en todos los trece departamentos. El movimiento de Sandino intensificó sus actividades subversiva con bastante éxito. A principios de noviembre aumentaron los robos y las incursiones que culminaron en un ataque que tuvo buen éxito en el ferrocarril de Managua a Corinto en noviembre de 1931.

Después de mucho esfuerzo y bastante persuasión, el "observador" yanqui pudo, sin embargo, obtener que algunos candidatos "Conservadores Independientes" trataran de conseguir sus cargos. En muchos casos estos Conservadores triunfaron. Por lo tanto, Price se sintió aliviado por que algunos de sus esfuerzos por lograr una campaña bipartita habían sido premiados. (16)

En muchos casos, Price enfrentó protestas de parte de ambos partidos respecto a los procedimientos de empadronamiento y votación. Pero, la mayoría de las veces trató de no verse envuelto en las rencillas locales. Había estado suficiente tiempo en Nicaragua y conocía las consecuencia si se metía demasiado. En algunos aspectos Price decidió a favor de unos u otros e informó, discretamente, sobre sus descubrimientos a los funcionarios de los Estados Unidos en la política para que actuaran de acuerdo. Los comandantes de la Infantería de Marina después ejecutarían la decisión en nombre de la "imparcial Guardia Nacional". El mayor evidentemente, estaba desempeñando un papel que iba más allá de su calidad de "observador". (17)

Sabidamente Price se asentó en el día de las elecciones. Se fue en una excursión de un día a las Islas de Maíz, en la Costa Atlántica, para desvanecer cualquier sospecha respecto a sus actividades en la campaña. Este astuto soldado y diplomático sabía, pues, que se estaban cometiendo fraudes e intimidaciones. Parecía estar sumamente disgustado con lo que había visto hasta la fecha y creía que, como de costumbre, el partido en el poder conseguiría lo que deseaba. Price instó enfáticamente q' se le quitase pronto el poder a Moncada, mucho antes de las elecciones de 1932. Para conseguir este objetivo, recomendó que era imprescindible que

el presidente norteamericano de la Junta Electoral estuviese revestido con los amplios poderes de McCoy en 1928. (18)

Price también informó que el día de las elecciones se emplearon todos los viejos trucos de fraudes e intimidación. Era cierto que en seis ciudades habían triunfado los Conservadores, pero cuatro de estas elecciones fueron declaradas nulas por el gobierno de Moncada. En 19 ciudades y pueblos importantes los Conservadores protestaron contra los resultados electorales. En general estas objeciones eran llevadas inmediatamente ante la Corte Suprema. Uno no debía ser muy observador para notar que todos estos "administradores de la justicia nicaragüense" del tribunal habían sido seleccionados por Moncada.

UNA REQUEBRAJADURA EN LA CIUDADELA

Signos ominosos pronto indicaron que no todo funcionaba sobre ruedas dentro del partido liberal. Price había sospechado durante mucho tiempo que Moncada no tenía una posición tan firme como decía. El Mayor consideraba que la negativa de Moncada de cooperar con los Conservadores indicaba que el Primer Mandatario no se atrevía a dar señales de debilidad ante sus seguidores. Esto, por supuesto, era simplemente un comentario y Price no ofreció nada para confirmarlo. El único indicio que tenía de que los Liberales estaban enemistados era que las diferencias geográficas aún desempeñaban un papel importante en Nicaragua. Hasta la composición interna de los grupos políticos estaba basada en las diferentes regiones.

Price pronto se enteró q' muchos liberales nicaragüenses no consideraban al presidente como un liberal legítimo porque no provenía de León. Como el presidente liberal no venía de León entonces su gobierno había ignorado repetidas veces a los liberales de León y nunca les había conferido un puesto importante. Como era de esperarse, esto causó rencores en el partido. Price dedujo que a lo mejor este era, después de todo, el talón de Aquiles de Moncada. El "observador" de Stimson sugirió a Washington que podrían aprovecharse de esta situación. (19)

En realidad no se esperaba que la misión de Price fracasase o tuviese éxito como tal, aunque una asignación de este tipo habría fracasado casi seguramente de haber sido encargada a un hombre menos capaz q' el mayor. Nunca sintió ningún cariño por parte de Moncada. No lo esperaba. Pero, mucho más importante, le hizo saber al líder nicaragüense, que Washington estaba alerta, aunque no tomó ninguna actitud que desafiara directamente a la autoridad del presidente. De haberlo hecho, habría terminado con todas las oportunidades para dirigir la

supervisión electoral en 1932.

Washington enfrentaba ahora la prueba final y decisiva de su compromiso de ver que Nicaragua eligiese a sus gobernantes en un modo justo. Los seguidores liberales de Moncada, conocidos como los "Gobiernistas", habían consolidado desde hace tiempo su poder y habían rechazado las intervenciones de Johnson y Price. Ahora el terco e intratable Primer Mandatario se convertía en una amenaza para el gobierno de Washington quien se había comprometido públicamente a retirar a la Infantería de Marina, pero también se había anotado para supervisar eficazmente las elecciones presidenciales de 1932.

A la decisión de Washington de disminuir su influencia en los asuntos internos de Nicaragua por medio de la retirada de los Infantes parecía faltarle la sinceridad que necesitaba —en especial si los Estados Unidos iban a manejar otra campaña electoral. Indudablemente Moncada conocía esta contradicción y esperaba aprovecharse de ella.

Ya se ha señalado que el mayor Price se refirió brevemente a una probable división dentro del Partido Liberal e insinuó que sus consecuencias podrían ser de gran alcance y positivas para su gobierno. Sin que Price lo supiera, Hanna, el ministro norteamericano, se había enterado de los problemas políticos de Moncada. El vice presidente Enoc Aguado solicitó una entrevista privada y confidencial con el diplomático yanqui a fines del otoño de 1931. Verdaderamente era bastante común que Aguado visitase la Legación. Lo había hecho muchas veces en el pasado. De hecho, entre Hanna y él se había establecido una estrecha relación mejor que la que existía con otros líderes liberales gobiernistas. El vice presidente no perdió el tiempo y explicó inmediatamente el propósito de su visita. Quería que Hanna supiese que el Partido Liberal estaba a punto de dividirse. Le dijo q' Moncada estaba utilizando el partido para promocionarse a sí mismo y que a los liberales de León no les permitía participar en el gobierno. Pero sobre todo, dijo Aguado, el presidente no había permitido que se llevasen a cabo las elecciones de los miembros de la Junta Nacional Gubernativa del partido. Indudablemente este brazo ejecutivo dominaría la convención nacional liberal y colocaría a los cohortes de Moncada en el gobierno por cuatro años más.

El vice presidente, pues, procedió a revelar el plan para impedir esto. Declaró que dentro del partido se formaría un nuevo movimiento que se llamaría la Facción Liberal para la Conciliación y Reorganización. Su órgano dirigente, la Junta Central, controlaría todas las actividades del grupo. Si entonces Moncada se negaba a que hubiese nuevas elecciones para la Junta Normal del Partido, Aguado le aseguró a Hanna que sus seguidores propondrían su propio candidato, a la presidencia —un candidato, declaró, previamente

seleccionado por Washington. En ese momento el vice presidente no recibió ningún apoyo, eso vino más tarde.

Hanna envió inmediatamente un despacho confidencial a Washington en el que informaba sobre esta situación fundamental. También confirmó la queja de Aguado respecto al hecho de que Moncada había ignorado el procedimiento correcto del partido al no celebrar las elecciones normales para la Junta Ejecutiva del partido. Hanna parecía estar inclinándose ahora a favor de la facción de Aguado o leonesa. (20).

Si el Ministro de los Estados Unidos tenía alguna duda respecto al informe de Aguado sobre las intenciones de Moncada de permanecer en el Gobierno de su país, pronto fueron despejadas por una revelación sorprendente.

Cuando Hanna se estaba preparando para viajar a Washington y acudió a despedirse del Presidente Moncada aprovechó esta ocasión para revelar sus secretos más íntimos al hombre en el que tenía plena confianza. Indudablemente el Presidente confiaba en que estaba hablando con un confidente, un amigo que probablemente tenía cierta influencia en Washington. El Presidente le describió pesarosamente las intenciones de establecer un gobierno verdaderamente constitucional en cuanto había asumido el poder, pero que fracasó. Consiguientemente, declaró, los objetivos de la Conferencia en Tipitapa de 1927 nunca fueron alcanzados. Moncada dijo que en 1928 el gobierno nicaragüense había recurrido a actos inconstitucionales para implementar los acuerdos firmados con Stimson en 1927. Primeramente, dijo, el gobierno debió formar la Guardia Nacional sin la autorización del congreso.

El Presidente recordaba que la supervisión de las elecciones de 1928 fue llevada a cabo por un decreto ejecutivo sin permitirle al Congreso la ocasión de escrutinar y proclamar los resultados electorales. Y por último, las campañas de 1930 habían sido supervisadas una vez más en virtud de un decreto ejecutivo, dejando completamente de lado las prerrogativas constitucionales del Congreso. El Primer Mandatario declaró que su propio nombramiento era ilegal, puesto que el Congreso nunca había certificado los votos que él había recibido. Moncada le dijo a Hanna que quería modificar la Constitución y declarar legales todos estos actos previos. Para estar seguro de que estos cambios eran llevados a cabo, sugirió que se extendiese el mandato del Presidente de 4 a 6 años. Propuso que no hubiera elecciones en 1932 pero que en su lugar el Congreso eligiese un Presidente provisorio en enero de 1933 para gobernar durante un año. Después de haber modificado la Constitución, entonces el Congreso podía elegir un Presidente por un período de 6 años que comenzaría en 1934.

Hanna era un diplomático sabio y astuto y

rápida-mente vislumbró lo que Moncada se traía en manos. Señaló asperamente en su nota a Stimson que Moncada le dijo que tal vez se vería obligado a aceptar "una prolongación de su período gubernamental". De cualquier modo el diplomático norteamericano le hizo una rápida contrapropuesta para descubrir el plan tortuoso de Moncada. Hanna le propuso que se llevasen a cabo las elecciones presidenciales de 1932 con la condición de que el hombre que resultase electo gobernaría por cuatro años si la modificación constitucional no era aprobada por el Congreso. El Ministro también sugirió que las elecciones de 1932 se llevasen a cabo de todas maneras, aún si se aceptaba un período de 6 años. El Presidente electo en 1936 sería el primero en gobernar por 6 años. Hanna se aferraba a la supervisión electoral de 1932. (21).

Moncada le respondió al Ministro que prefería su propio plan. El Ministro yanqui tenía serias dudas respecto al proyecto de Moncada. Aunque preocupados con la propuesta de Moncada, la Sección de Asuntos Jurídicos del Departamento de Estado reconoció confidencialmente que la acusación del líder liberal estaba justificada ya que las medidas adoptadas para la elección de 1928 eran inconstitucionales. El proyecto de Moncada era verdaderamente inteligente. La Constitución declaraba que un Presidente no podía ser reelecto inmediatamente. Si el Congreso nombrase a un Presidente provisorio en 1933, entonces Moncada podría postularse para un período de gobierno de 6 años si este proyecto era adoptado en 1934. (22).

La advertencia de Aguado sobre las intenciones de Moncada de anular las elecciones de 1932 fue confirmada como lo revelase el mismo Presidente. Los rumores y adivinanzas ya no eran necesarias para establecer las intenciones de Moncada. Si la modificación constitucional hubiera sido todo lo que el Presidente tenía en

vista entonces se la podría haber considerado sin mayor trascendencia.

Cuando Juan Bautista Sacasa, el ex-candidato a la presidencia y actual Ministro nicaragüense en los Estados Unidos, declaró que la Constitución debía ser modificada, Washington sintió más resquemores. Este respetado diplomático centroamericano en los Estados Unidos estaba convencido que había ilegado el momento de legalizar los decretos ejecutivos de 1928 y 1930 que prohibían a los nicaragüenses el ocupar la Presidencia de las Juntas Electorales. El descuido completo por la Constitución recupaba a Sacasa. Stimson rechazó rápidamente las propuestas para alterar o modificar la Constitución. Más aún, ahora estaba muy preocupado porque el partido de Moncada tenía una mayoría considerable en el Congreso. Sacasa sugirió un acuerdo por el cual las elecciones se postergarían por dos años y se pondría un líder militar en el gobierno. Stimson se negó rotundamente a esta sugerencia. (23)

Sacasa finalmente estuvo de acuerdo con la supervisión electoral de 1932. Tenía sus razones para ser cooperativo, como lo demostrarían los sucesos ulteriores. (24).

Ahora la facción de Aguado estaba segura que Moncada había caído en desgracia con Washington. Sus deseos de "continuismo" no habían sido bien acogidos. Por lo tanto, el grupo leonés decidió congraciarse con los Estados Unidos. Aguado solicitó a Hanna que les seleccionase un candidato. El Ministro se abstuvo sabiamente de hacer la selección, pero no desalentó las actividades pro-yanquis del grupo. Hacía tiempo que el Presidente no se mostraba cooperativo con los proyectos para la supervisión electoral, y los Liberales de León le ofrecían a los Estados Unidos la mejor oportunidad para respaldar a un grupo que deseaba la supervisión total en 1932. (25).

NOTAS DEL CAPITULO XII

(1) Henry L. Stimson, Secretario de Estado a Chales F. Adams, Secretario de Marina, 21 de enero de 1931. State Department, National Archives, Récord Group 59, Decimal File Number 817.00 Johnson Electoral Mission/71 (en adelante citada como NA, DF. R6 59)

(2). Stimson a Adams, 3 de febrero de 1931, NA, DF 817.00 Misión Electoral de Johnson/75 RG 59

(3). Memorando sobre la Misión del Mayor F.B. Price, Sección de Asuntos Latinoamericanos, Departamento de Estado, 6 de febrero de 1931, NA, DF 817.00 Misión Electoral de Johnson, RG 59

(4). Stimson a Hanna, 10 de junio de 1931, NA, DF, 817.00 Misión Electoral de Johnson/207, RG 59.

(5). Ibid. 15 de junio de 1931, NA, DF, 817.00 Misión Electoral de Johnson/211 RG 59.

(6). Price al Departamento de Estado, 1º de Julio de 1931, NA, DF, 817.00 Misión Electoral de Johnson/236 RG 59.

(7). Informe de Price, N.D. NA, DF 817.00 Misión Electoral de Johnson/268 RG 59.

(8) Matthew Hanna, Ministro de los Estados Unidos al Departamento de Estado, 17 de julio de 1931, NA, DF 817.00/7182, RG 59. El autor subrayó.

(9). Ibid. 17 de agosto de 1931, NA, DF 817.00 Misión Electoral de Johnson/244 RG 59.

(10). LA PRENSA (Managua), 2 de septiembre de 1931, p. 1.

(11). Ibid.

(12). Hanna al Departamento de Estado, 12 de septiembre de 1931, NA, DF 817.00/7209, RG 59

(13). Nota de Price N.D., NA, DF 817.00 Misión Electoral de Johnson/245 RG 59.

(14). Ibid

(15). Informe de Price al Departamento de Estado N.D. NA, DF 817.00 Misión Electoral de Johnson/268 RG 59

(16) Price al Departamento de Estado, 4 de noviembre de 1931, NA, DF 817.00 Misión Electoral de Johnson/254 RG 59.

(17). Ibid

(18). Ibid. 17 de octubre, de 1931, NA, DF 817.00 Misión Electoral de Johnson/250 RG 59

- (19). Informe de Price, N.D., NA, DF 817,00 Misión Electoral de Johnson/268, RG 59.
 (20). Hanna al Departamento de Estado, 3 de noviembre de 1931, NA, DF 817,00/7241, RG 59.
 (21). Ibid. 8 de octubre de 1931, NA, DF 817,00/7270, RG 59
 (22). Ibid

- (23). Memorando de la Conversación de Stimson y Sacasa, 31 de diciembre de 1931 NA, DF 817,00/7286, RG 59.
 (24). Sacasa al Departamento de Estado, 23 de diciembre de 1931, NA, DF 817,00/48 1/2 RG 59.
 (25). Hanna al Departamento de Estado 4 de diciembre de 1931, NA, DF 817,00/7266, RG 59.

XIII

LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE 1932

1. El envío rápido de un Almirante.
2. ¿Una selección presidencial de Washington?
3. Preparativos disimulados —por si acaso.
4. Una lucha liberal por el poder
5. Woodward elige
6. Un pacto de honor
7. “La política produce parejas disparejas”
8. Washington y Sandino - Reconciliación a través de Sacasa.
9. La última etapa.

EL ENVIO RAPIDO DE UN ALMIRANTE

Ya se ha señalado que durante las elecciones municipales el mayor Price instó a que se enviase alguien a Nicaragua pronto para que preparase las elecciones de 1932. El observador, que el Departamento de Estado envió para las elecciones municipales de 1931 estaba convencido q' Moncada iba a intentar postergar o anular las elecciones presidenciales. Ciertamente las ideas del presidente respecto a la campaña de 1932 hicieron más valaderas las sugerencias del mayor. Washington, pues, decidió que si se podía enviar a un nuevo presidente pronto, entonces se podrían detener las maquinaciones de Moncada.

Stimson estaba completamente de acuerdo con esta propuesta y empezó a buscar un candidato. El Ministerio de Marina propuso al almirante Clark Howell Woodward. Stimson lo acogió favorablemente y recordó que este oficial naval lo había impresionado fuertemente durante las negociaciones de paz de 1827 en Nicaragua. En ese momento Woodward era el comandante del USS “Milwaukee” anclado cerca de la costa occidental de esta república centroamericana. Había encabezado a los mil ochocientos marineros que fueron enviados ese año a tierra para pacificar esa zona. (1).

No era la primera vez que Woodward trataba a políticos latinoamericanos.

Había estado en Brasil y en Perú a principios de los años 20 como jefe de la misión naval norteamericana ante ambos países. En 1923, fue jefe del Estado Mayor Naval Peruano y desempeñó este cargo hasta 1926. Desde 1928 a 1931 se desempeñó como superintendente de la Infantería de Marina y como gobernador interino de la Zona del Canal. Parecía desempeñar maravillosamente todas las tareas que requerían cierta destreza en el trato con pueblos de habla hispana. Muchos funcionarios de Washington lo consideraban como el oficial mejor capacitado en

el servicio para manejar esta tarea delicada. Indudablemente Stimson pensaba lo mismo y lo llevó rápidamente a ver al presidente Hoover. Como el primer mandatario de los Estados Unidos era el que iba nombrarlo, quería conocer personalmente a su emisario. Pero sobre todo Hoover deseaba enviar a un hombre especialmente competente para que terminase honorablemente la involucración norteamericana en Nicaragua. (2)

Mientras se efectuaban los preparativos para enviar a Woodward a Centro América, Willard Beaulac, el encargado de Negocios de los Estados Unidos en Managua, informó que el vice presidente Aguado estaba completamente de acuerdo en renunciar a su puesto de presidente de la Junta Electoral Nacional. El vice presidente dijo que renunciaría en cuanto llegase Woodward. Aguado estaba muy deseoso de cooperar ya que cuanto antes se comenzase a preparar la supervisión electoral mayores serían sus oportunidades de sacar el poder político de manos de Moncada.

Beaulac esperaba ansiosamente la llegada de Woodward ya que Moncada estaba, supuestamente, planeando cubrir las presidencias de todas las Juntas Electorales con hombres de su confianza. De acuerdo con la ley Dodds, que en ese momento estaba en vigencia, se suponía que esto se debía hacer para el 1º de enero del año de elecciones. (3) El Departamento de Estado, pues, hizo que Beaulac fiscalizara todas las actividades de Moncada, en especial con respecto a la introducción de legislación para modificar la ley Dodds de 1923. Washington tenía todas las intenciones de utilizar la ley de 1930, que otorgaba al supervisor electoral plenos poderes para dirigir la elección presidencial. En 1932 no se le iba a dar libertad de acción a Moncada. Su juego de plotiquería independiente había terminado. (4).

Para impedir que Moncada intentase no respetar la ley de 1930, Woodward voló a Managua

el 4 de enero en lo que se calificó como una "visita de familiarización". La Legación de los Estados Unidos se sintió muy aliviada cuando supo que el almirante llegaba tan rápido. El arribo temprano de Woodward hizo que Moncada sintiera que sus caprichos ya no serían tolerados. (5)

Stimson resolvió impedirle al sumamente ambicioso presidente nicaragüense, el permanecer en el gobierno otro periodo. Sin embargo, el Secretario mantuvo las apariencias de una actitud amistosa hacia el primer mandatario. Pero le explicó claramente al presidente que los EE.UU. no consentirían que permaneciese en el cargo. Stimson le reveló su decisión en el mejor de los idiomas diplomáticos. El secretario estaba contestando una carta que le enviara Moncada en la que sugería simplemente su propuesta de prolongar el periodo presidencial y Stimson aprovechó, intencionalmente o no, esta omisión en la siguiente nota que le envió:

No sería del todo franco si dejara de decirle que me alegro de no encontrar ninguna mención de esta propuesta (el que el Congreso seleccionase a un presidente provisorio por un año)... y por lo tanto puedo presumir que usted ha considerado más apropiado el abandonar este proyecto.... Se dará cuenta que muchos podrían en duda su sinceridad si intentase llevar a cabo este plan... y esto contribuiría sin duda a disipar sospechas y sentimientos de división. Más, aún, veo obstáculos importantes para la ayuda que mi gobierno les proveerá durante las próximas elecciones presidenciales en su país. El gobierno de los Estados Unidos confía que su gobierno tomará los pasos necesarios y apropiados para que a la misión electoral le sea acordada toda la autoridad necesaria para desempeñar su tarea. (6).

El Secretario de Estado finalizó su carta agregando estas palabras proféticas. Evidentemente al presidente nicaragüense no le costó mucho entenderlas. "Lo felicito por esto (el modo en que Moncada se había desempeñado en el pasado) y confío en que terminará su presidencia de un modo que le merezca elogios ilimitados". (7)

La carta de Stimson no necesitaba ser explicada.

La visita temprana de Woodward indudablemente la confirmó. La nota debe haber surtido efecto, ya que Moncada nunca más mencionó "modificación" de la constitución a Washington.

¿UNA SELECCION PRESIDENCIAL DE WASHINGTON?

No había nada extraordinario o raro en que un candidato a la presidencia nicaragüense acudiese a Washington a que le apoyasen. Las elecciones de 1932, por supuesto, no fueron ninguna excepción. Más de una vez en el pasado, la bendición del Departamento de Estado de un candidato había significado el rechazo de todos los demás.

A fines de otoño de 1931, el Excelsior, un periódico del Departamento de Bluefields, informó

que su senador, Rodolfo Espinosa, miembro de un grupo insurgente liberal que apoyaba a la facción de León, viajó a Washington. El periódico de su ciudad natal especuló que era posible que estuviese buscando el apoyo de Washington, para su candidatura por el Partido Liberal. ¿Qué cierto era lo que decía el Excelsior! Espinosa concertó una cita con Stimson para tantear lo que el secretario pensaba respecto a su candidatura.

El legislador no tardó en enterarse de lo que el Departamento de Estado pensaba respecto a sus ambiciones presidenciales. Cuando la conversación giró en torno a Juan Sacasa, el ministro nicaragüense en los Estados Unidos, Stimson señaló enfáticamente que el diplomático era uno "de sus mejores amigos" en Washington. Para ese entonces el nombre de Sacasa le había sido sugerido para presidente y muchos sabían que el gobierno de Hoover no estaba disgustado con la idea. Cuando Espinosa oyó la declaración de amistad entre Sacasa y el secretario, partió raudamente para su país y sin mayor alboroto canceló su campaña presidencial. (8).

Poco después de la entrevista entre Stimson y Espinosa, Sacasa decidió volver a su país y comenzar su campaña presidencial.

A principios de 1932, las fuerzas de Aguado habían comenzado a organizar su partido en oposición a Moncada. Estos liberales de León, como se les llamaba, parecían estar seguros que su respaldo era mucho más fuerte que el del presidente. Woodward recordó que en su viaje en enero a Nicaragua, él también estaba seguro que Moncada no contaba con todo el apoyo que él declaraba que poseía. De hecho, el Almirante estaba seguro que el presidente había impuesto su candidatura sobre el Partido Liberal en 1928 en virtud de sus relaciones con Stimson, en Tipitapa. Woodward no lo consideraba como un liberal de buena fe. Hay motivos para creer que Aguado conocía las ideas del Almirante en este respecto y por lo tanto trabajó aún con más ahínco en contra de Moncada. (9).

De cualquier modo, Sacasa estaba seguro que su candidatura a la presidencia no sería desalentada por Washington. En un modo franco el Ministro nicaragüense le participó al Departamento de Estado en enero de 1932 que creía que "se vería obligado a aceptar el nombramiento del Partido Liberal". Stimson no hizo ninguna declaración apoyándolo. Pero el Secretario de Estado inscribió en su diario que al despedirse de Sacasa, le dio todo tipo de consejos sobre la manera que desarrollase el país y pusiese fin a las actividades de los bandidos. Stimson también dijo al emisario nicaragüense algunos consejos sobre cómo gobernar a un pueblo políticamente inestable. Sacasa aceptó agradecido el consejo del ex-Gobernador de las Filipinas y regresó a Centroamérica. (10).

PREPARATIVOS DISIMULADOS— POR SI ACASO

Los planes de Moncada de modificar la Constitución y establecer un gobierno provisorio planteaban un grave problema para Washington. Aunque Woodward hizo su viaje de reconocimiento en enero, no permaneció allí mucho tiempo. Sus comentarios no fueron del todo alentadores. De hecho, a él le pareció que Moncada aún estaba tramando algo para evitar las elecciones de 1932. El anuncio del Presidente Hoover de que los Infantes de Marina se retirarían en 1932 aparentemente dio al presidente nicaragüense ciertas esperanzas para inaugurar el "continuismo". Como una medida preventiva, de darse el caso, se decidió que cerca de 2 mil infantes serían enviados secretamente al país para preparar la elección. Si el Presidente iba a derrotar o a ignorar a los Liberales de León — entonces tal vez se necesitara la fuerza para impresionarlo sobre la decisión de Washington.

La operación de la Infantería iba a ser dividida en dos partes. Sobre todo sería llevada a cabo discretamente. Un numeroso contingente zarparía de Quantico, Virginia, el 6 de julio y estaría destacado en la costa oriental de Nicaragua. Las tropas asignadas a la costa occidental del país zarparían antes del 20 de julio. También se decidió en septiembre que se enviarían a tierra miembros del Escuadrón del Servicio Especial que estuviesen a bordo de barcos cerca de la costa nicaragüense, y se desempeñarían como "guardias de seguridad". (11).

Aquí se debería señalar que Stimson consideraba ahora que el problema de Sandino debía ser resuelto por los mismos nicaragüenses. Insistió en que no quería que los Infantes entraran en combate con este rebelde. El Secretario de Estado quería que las tropas norteamericanas se ocuparan exclusivamente de la supervisión electoral. (12). De hecho había tiempo que estaba disgustado con las operaciones de los Infantes de Marina y estaba seguro que no estaban preparados para enfrentar este tipo peculiar de guerra de guerrillas. En la primavera de 1931, cuando Sandino estaba atacando a Puerto Cabezas, minas norteamericanas y empresas madereras, el Secretario de Estado decidió retirar a los Infantes de Marina de este conflicto ya que parecían no poder derrotar o aislar al rebelde. (13).

Las elecciones de 1932 serían las últimas que supervisaría Washington. Debido a que las campañas de 1930 y 1931 habían sido manejadas casi enteramente por Moncada, la gente estaba convencida que el astuto Presidente nicaragüense había sido más listo que los Yanquis en ambas ocasiones. Sin embargo Stimson estaba decidido a que no lo haría más. La última medida de la intervención norteamericana ocasionaría mucho que hablar pero el Departamento de Estado

estaba decidido a que tendrían éxito aún si esto significara derrotar a Moncada de la Jefatura del Partido Liberal. El alcance de la dirección de los Infantes de Marina en las Juntas Electorales planteaba algunos problemas. Si ellos controlaban el empadronamiento y la votación en las zonas de disturbios, entonces se enfrentarían directamente con Sandino. Como resultado, la Sección de Asuntos Latinoamericanos debió tomar algunas decisiones importantes sobre esto. Washington quería evitar que la ley que establecía que el Presidente de la Junta Electoral Nacional y de las trece juntas electorales debía ser norteamericano fuese presentada ante el Congreso. La experiencia de 1928 con un Congreso terco no se repetiría. Un decreto ejecutivo sería suficiente. Además, la Legación había estudiado detenidamente la composición del Congreso y encontró, para su pesar, que Moncada tenía suficientes votos para derrotar la Ley Electoral.

El Presidente trató de no tomar una decisión sobre este problema hasta julio. No podía hacer nada al respecto durante la primavera ya que Washington aun estaba redactando la ley. Cuando llegó el momento de pasar el decreto el Partido Liberal prácticamente había cambiado de líderes.

El presidente Moncada no tardó en plantear obstáculos para la supervisión electoral. A principios de la primavera de 1932 anunció que su gobierno ya no podía pagar a la Guardia Nacional, ni tampoco los gastos de la Misión Electoral norteamericana. Esta decisión constituía una gran amenaza y Stimson admitió abiertamente que ahora enfrentaba un serio desafío. El Secretario estaba absolutamente convencido de que no podía obtener dinero del Congreso de los Estados Unidos. Parecía incongruente decirle a la rama legislativa que los intereses norteamericanos estaban siendo perjudicados en Nicaragua y luego solicitar dinero para financiar un proyecto de intervención. Pero el Secretario era un hombre de recursos y muy decidido e iba a encontrar una solución. El astuto nicaragüense no iba a intimidar al formidable Stimson. (15).

El Secretario de Estado encomendó a la Legación de los Estados Unidos en Managua a que presentase una alternativa al Presidente. Era una propuesta arriesgada. "Provea veinticinco mil por mes para junio, julio y agosto y septiembre para la supervisión electoral o el gobierno de Hoover retirará inmediatamente a los Infantes de Marina y cancelará la supervisión electoral". (16). Matthew Hanna comenzó a trabajar inmediatamente en esta dirección. El 25 de mayo, el diplomático norteamericano invitó a uno de sus mejores enlaces con el gobierno de Moncada, el Ministro de Relaciones Exteriores interino, Anastasio Somoza, para ir a pasear por la campaña. Hanna explicó la posibilidad de retirar a los Infantes de Marina si no se daba el dinero. El Ministro contestó preocupadamente

diciendo que si los Infantes abandonaran Nicaragua, Moncada podía perder su puesto. Presumiblemente esto era lo que Hanna deseaba oír. Somoza también sabía q' la creciente falta de popularidad del Presidente estaba perjudicando al partido; los Liberales podían ser derrotados sin un destacamento militar numeroso.

Hanna convino rápidamente con el Ministro. Como resultado Somoza se encontró con Moncada, quien había estado evitando a Hanna por algún tiempo, y le entregó el mensaje. El 26 de mayo el Presidente anunció que Woodward dispondría de 25 mil dólares por mes. Hanna informó a Stimson que "los diez minutos que pasó Somoza con el Presidente me ayudaron" (17). Evidentemente esto es cierto.

UNA LUCHA LIBERAL POR EL PODER

Cuando el Vice - Presidente Enoc Aguado le presentó a Hanna su proyecto para crear una nueva división del Partido Liberal no fue tomado en serio. Parece que Moncada había creado una maquinaria política impresionante y habían pocos indicios respecto a las posibilidades de derrocarlo. Sin embargo, durante la primavera de 1932, los Liberales Leoneses, o los "Triangulos" como ahora se llamaban, constituidos por Aguado, Espinosa y Sacasa, obtuvieron un notable apoyo popular dentro del partido. Parecían no ser más la facción minoritaria y, por lo tanto, merecían más atención.

Como ya se ha observado, el objetivo primordial de este grupo era destituir a Moncada del control de su partido. Ninguno de los miembros del Partido Liberal consideró que el Presidente reflejaba los principios del Partido. Su gobierno era tan arbitrario y su falta de respeto por la mayoría de los elementos del Partido Liberal enojó a muchos de sus antiguos seguidores. La falta de respeto más flagrante por las prácticas democráticas en el Partido fue demostrada por su falta de voluntad de llamar a elecciones cada dos años para la Junta Gubernativa Nacional del Partido. De hecho, Moncadistas nominados a este órgano directivo en 1927, no habían vuelto a ser reelectos. Los estatutos del Partido fijaban que las elecciones de los miembros de esta Junta se celebraran cada dos años.

Muchos de los Liberales partidarios de los "Triangulos" habían estado estrechamente asociados con Sacasa durante su gobierno provisorio en Puerto Cabezas en 1927. Se recordará que Moncada había hecho la paz con los Conservadores por medio de Stimson en Tipitapa. Este arreglo no había complacido a muchos Sacasistas. De cualquier modo, el origen de esta división crucial había comenzado mucho antes de las elecciones de 1928.

Para el verano ya se sabía que Moncada tenía su propio candidato para la Presidencia. Ahora

que decidió abandonar su táctica de modificar la constitución, consideró colocar a uno de sus cohortes en el cargo. Su candidato era Antonio

Barberena parecía contar con la aprobación oficial de Moncada, la Legación aún no estaba convencida respecto a la pérdida total de esperanzas para permanecer en el poder.

Una vez, a principios de la primavera de 1932, Hanna visitó la finca de Moncada. Allí se reunió con el hermano del presidente quien acababa de ser nombrado Jefe Político (Gobernador) del

Departamento de Bluefields.

En un momento, durante el fin de semana festivo, el gobernador llevó a Hanna a un lado y le dijo que su hermano José María deseaba permanecer en el poder y continuar prestando servicios a su país. El diplomático yanqui informó que el hermano del presidente "me instó a mantener a Moncada en el cargo ya que no había nadie lo suficientemente capaz como para ser Presidente". El gobierno de Washington tenía razones para sentirse inquieto. Hanna, por lo menos, lo estaba. (18).

A fines de la primavera, las posiciones de las dos facciones liberales estaban claramente definidas y ambas luchaban por el control del Partido. La mayoría de los seguidores del Presidente provenían de Managua y, como ya se ha dicho, aún controlaban la Junta Gubernativa del Partido.

En noviembre, por vez primera desde 1927, los liberales celebraron una convención nacional. Allí muchos delegados rechazaron violentamente la insistencia de Moncada de no alterar la conformación de la Junta gubernativa. Más tarde, en un voto general, se redujeron considerablemente los poderes de la Junta Gubernativa. Esta era una importante prueba de poder para ambas facciones y Moncada pareció resultar el más débil. De hecho, se sujetó a la Junta Gubernativa a las decisiones de la Convención General del Partido. Moncada aún desconocía el cambio en el reglamento del partido y decidió celebrar su propia convención en febrero de 1932. Durante la reunión de noviembre de 1931, se eligió por votación de los delegados reunidos una comisión de Control Electoral. Este órgano estaba encargado de la supervisión de la selección de candidatos a la convención que seleccionaría en 1932 al Presidente. Por lo tanto, Moncada reconocería a la Junta Gubernativa del Partido como su verdadera rama ejecutiva. Los Triangulos de León sólo aceptaron las decisiones de la Convención Liberal y la Comisión de Control Electoral decidió postergar el desafío a Moncada. Esperaron acertadamente, a que Woodward regresara en junio, y esperaban que el Almirante zanjase el asunto, por supuesto, a su favor.

No es muy difícil ver que Moncada desempeñó un papel particularmente arbitrario en esta rencilla liberal. El hecho de haber impedido a los

delegados a la convención nacional de adoptar el reglamento de procedimientos de nombramiento, indicaba que no quería arriesgarse a perder el control de la convención popular. Estas tácticas, indudablemente, perjudicaron su imagen pública. Aunque el Presidente controlaba las organizaciones liberales locales, se vio enfrentado con una mayoría de delegados que se oponían ahora a sus tácticas dictatoriales. (19).

Como era de esperarse, el Departamento de Estado ponderó sobre el modo de resolver este conflicto. Se había llegado a un acuerdo en 1928 en circunstancias similares dentro del Partido Conservador. Pero en 1932 este era un problema particularmente difícil ya que incluía a un Presidente terriblemente terco y poco cooperativo.

Algunos funcionarios del Departamento de Estado sugirieron que la Suprema Corte Nicaragüense podría considerar el asunto y ecidir cual era el grupo bonafide —la Junta Gubernativa Nacional o la Convención General del Partido. Se recordó que este mismo problema había surgido en Cuba bajo el gobierno norteamericano de Enoch Crowder — y la Corte Suprema Cubana había zanjado satisfactoriamente el asunto. Pero se les llamó la atención a los que sugirieron esta solución para Nicaragua que Moncada había seleccionado a todos los jueces de la Corte Suprema. Por lo tanto, esta solución fue abandonada rápidamente. (20).

La facción Gubernativa o Moncadista se negó a participar en la convención nominativa de febrero que fue fijada por los delegados en el cónclave de 1931. El grupo leonés ya no parecía preocupado puesto que planeaba esperar el arribo de Woodward en junio. De cualquier modo, el Vice-Presidente Aguado, Sacasa, el ex-Ministro en Washington y Espinosa, estaban seguros que sus fuerzas alcanzaban para derrotar al intrépido y truculento Presidente.

Cuando Woodward llegó a Managua el 21 de junio de 1932, el Vice-Presidente y sus fuerzas se reunieron en pleno para recibirlo. A Moncada no se le vio. Como era de esperarse, la facción leonesa señaló alegremente que su grupo era el que ahora acogía incondicionalmente la supervisión electoral norteamericana. Estaban convencidos que los gobiernistas se habían perjudicado permanentemente al no recibir al verdadero árbitro de la discordia nicaragüense. Este fue un comentario muy acertado puesto que Woodward notó el desaire presidencial. (21)

WOODWARD ELIGE

En cuanto llegó a Managua el Almirante comenzó a trabajar como Jefe de la Junta Electoral Nacional. Aguado, quien no tuvo ningún inconveniente en renunciar a su puesto, comenzó la campaña para derrotar a los gobiernistas. Indudablemente estaba convencido que si dejaba rápidamente su puesto, Woodward enfrentaría el conflicto liberal más pronto.

El problema entre los gobiernistas y los triangulos era sencillo. Los primeros decían que los estatutos del partido establecían a la Junta Gubernativa Nacional como el órgano ejecutivo del partido y que sólo sus decisiones debían respetarse. Los triángulos mantenían que este órgano no representaba los sentimientos de la gran mayoría del partido; por lo tanto, debían cambiarse sus miembros. (22) Woodward escuchó y no hizo ningún comentario que pudiese ser interpretado como favorable para unos u otros. El Presidente de la Junta Electoral Nacional se estaba reservando su opinión personal. Sabía que facción era la más poderosa en el partido. (23) Sin embargo el Almirante era un sabio y astuto diplomático cuando se trataba de manejar a enemigos políticos en Latinoamérica. Estaba seguro que si tomaba una decisión mientras ambos lados estaban discutiendo las cosas se complicarían aún más.

Muchos periódicos liberales consideraron la posibilidad de que se celebrase un plebiscito para elegir a los delegados a la convención nacional. De hecho, aquellos que instaban esto, consideraban que de haber un plebiscito, Sacasa lo ganaría fácilmente. (24) Personalmente el Almirante pensaba lo mismo. Estaba convencido que un voto popular le ahorraría el tener que seleccionar a un grupo. Estaba seguro que Moncada no triunfaría en un duelo popular de esta índole. Una victoria de Sacasa, dijo Woodward, indudablemente relajaría el control del Presidente sobre el partido y lo debilitaría permanentemente dentro de su partido. (25)

El Almirante decidió entonces que la Comisión de Control Electoral nombrada anteriormente por la convención liberal de 1931 dirigiría el plebiscito. La decisión alentó al grupo de Sacasa ya que se recordará que en esta Comisión había una mayoría de Triángulos y Sacasa debe haberse alegrado muy especialmente puesto que su hermano Crisanto Sacasa, era miembro de esta comisión.

Woodward estaba seguro que su decisión de celebrar un plebiscito era muy popular. El personal electoral norteamericano y la legación estaban completamente convencidos que Sacasa era, sin duda, la persona más popular del partido. La decisión de celebrar un plebiscito, pues, iba a ayudar a una facción y a un hombre, los Triángulos y Juan Bautista Sacasa. Ahora se ayudaría considerablemente a un popular anti-moncadista hacia la candidatura presidencial en la que los miembros del partido evidenciarían su preferencia. Por lo tanto, Woodward estaba empeñado en que esto se cumpliera. (26)

Como era de esperarse, Moncada se encolerizó con la decisión del Almirante. Lo acusó de no ser imparcial, lo que en verdad, era cierto. Cuando se le encargó a la Comisión Electoral la tarea de dirigir el plebiscito, nadie tuvo que ser demasiado

listo para observar que estaba completamente compuesto de liberales leoneses.

El presidente sabía que su Junta Gubernativa había sufrido una grave derrota. Cuando dijo correctamente que los estatutos del partido establecían que la Suprema Junta Gubernativa y no otro órgano dirigiese todos los plebiscitos y las elecciones primarias —su opinión en realidad estaba firmemente fundamentada. La decisión de Woodward pues, fue un ataque directo contra la organización política del Primer Mandatario. Hasta Matthew Hanna admitió en confianza que Moncada estaba en lo cierto y que la decisión del Almirante no era en realidad muy imparcial. La Legación se alarmó justificadamente, cuando Moncada le dijo al Almirante que “Nicaragua nunca aceptaría la decisión de Woodward” (27)

Cualquiera que haya sido la importancia de la observación de Moncada, los gobiernistas y los triángulos se prepararon afiebradamente para luchar por los puestos de delegados. Durante el período anterior al plebiscito, Moncada se alejó más y más de la Legación y del personal de Woodward. De hecho, los norteamericanos en Managua se convencieron totalmente que la derrota de Moncada en el plebiscito significaría la victoria de un candidato que apoyaba francamente la supervisión electoral de los Estados Unidos. (28)

En resumen, pues, lo que Woodward había hecho era negarse a aceptar los órganos que gobernaban tanto a los gobiernistas como a los Triángulos. Pero permitió que una Comisión nombrada por la Convención General del Partido y compuesta por simpatizantes de los Triángulos dirigiese un plebiscito bajo el ojo avizor de la Legación y del personal de la Junta Electoral. (29)

UN PACTO DE HONOR

Woodward planeó una táctica formidable que finalmente iba a condenar a Moncada en su guerra con las fuerzas de Sacasa. Las maniobras del Almirante en esta dirección iban a maravillar a sus colegas. De hecho, algunos diplomáticos veteranos en Managua la describieron como una de las maniobras más astutas que hubiera hecho un norteamericano en el país. (30) Poco antes del plebiscito, Woodward obtuvo la promesa de Sacasa, Aguado y Espinoza de que el candidato que recibiera el mayor apoyo de los delegados en la convención a su vez, sería apoyado por los otros. Esto, dijo Woodward, era un “pacto de honor”. Leonardo Argüello, el ex-Ministro de Relaciones Exteriores de Moncada y su actual candidato, no podía resistir esta oportunidad de demostrar su honor ante los votantes liberales. La facción moncadista sabía muy bien que podrían ser derrotados rotundamente si no se comprometían a dirigir una campaña justa para los delegados. Ambos lados eran extremadamente sensibles respecto a

su imagen pública y luchaban desesperadamente por mantener inmaculadas sus actividades. La táctica de Woodward estaba teniendo más éxito de lo esperado. (31)

Poco antes de que se celebrara el plebiscito el 20 de julio, Leonardo Argüello, quien para ese entonces se había dado cuenta que se había comprometido a aceptar la victoria de los Triángulos si él perdía, instó a sus seguidores a que no votaran y que tampoco siguieran las instrucciones de Woodward respecto a su “pacto de honor”. Argüello declaró que esto era simplemente un medio para obtener el triunfo de Sacasa. (32) Más tarde, evidentemente después de haber reflexionado sobre la estupidez de su declaración, el candidato moncadista firmó el pacto de honor. Como resultado, el día de votación, los seguidores de Argüello estaban muy divididos. Algunos siguieron sus instrucciones previas y no votaron, otros, recordando que había firmado el acuerdo, participaron en las elecciones primarias. Los gobiernistas iban a pagar caro este gran error. Más del 50% de los delegados seleccionados en el plebiscito se habían comprometido a votar por Sacasa. Woodward estaba feliz y concluyó correctamente que “esto terminaba la dictadura tiránica de Moncada en el partido” (33)

El Almirante había manejado hábilmente a los Gobiernistas para hacerlos firmar el pacto. Evidentemente, los Moncadistas lo hicieron de mala gana. Sabían que un plebiscito dirigido por los Leoneses significaba su derrota. Pero, ¿cómo podía Leonardo Argüello negarse a ser “honorable”? Cuando les dijo a sus seguidores que rechazasen el pacto, y después lo firmó, selló su suerte y Woodward lo sabía.

El 26 de julio, Juan Bautista Sacasa, el doctor en Medicina recibido en Harvard y diplomático, fue seleccionado por los Liberales como su candidato a la presidencia. Finalmente, el ex Vice-Presidente estaba más cerca de su objetivo. Se recordará que los Estados Unidos le habían negado la presidencia cuando huyó del país en 1927. Ahora el gobierno norteamericano estaba haciendo todo lo posible, fuera de darle un apoyo franco y directo, para colocarlo en el sillón presidencial. (34) A veces la historia recorre un camino cambiante y extraño.

“LA POLITICA PRODUCE PAREJA DISPAREJAS”

Desde 1928, el Partido Conservador había probado la desventaja que constituye ser el partido de la oposición. Tanto las elecciones de 1930 como las de 1931 no les habían otorgado ni la mas remota oportunidad de disminuir el dominio liberal en Nicaragua. Ahora en 1932, un Yanqui decidido había tomado sobre sí las responsabilidades de supervisar una elección imparcial. Los Conservadores esperaban poder derrotar a los Liberales. Nacía dudaba, y menos

aún los Conservadores, que Juan Sacasa fuera un contrincante importante, mucho más eficaz, de hecho, que Leonardo Argüello. De cualquier manera, los Conservadores redactaron una lista de garantías electorales que esperaban que Woodward implementase. Eran los mismos pedidos que hicieron en 1928 los Liberales.

La Junta Directiva del Partido Conservador pidió al Almirante que firmara decretos de total amnistía y que destituyese a los policías locales y a los recaudadores de impuestos. Pero sobre todo, querían que los cables de teléfonos y de telégrafo estuviesen bajo la estricta supervisión norteamericana. (35) Experiencias anteriores demostraban que la transmisión de los resultados electorales locales por estos medios ofrecía al partido en el poder una gran ventaja. El General McCoy había disipado esta amenaza eficazmente cuatro años atrás. Woodward por su parte, parecía estar demasiado preocupado con lo que sucedía en el Partido Liberal como para considerar las quejas de los Conservadores. Estaba más ansioso por derrotar a Moncada que por escuchar las quejas del partido de la oposición. Sus opiniones al respecto fueron expresadas claramente cuando se refirió a la solicitud conservadora diciendo "este documento fue redactado para poner incómoda a la misión electoral al encargarle la tarea de obtener concesiones y acciones favorables del Presidente Moncada respecto a estos asuntos". (36).

El Primer Mandatario sabía muy bien que el triunfo de Juan B. Sacasa en el partido significaba el comienzo de su decadencia en la política liberal. De hecho, el Presidente estaba convencido que la elección de Sacasa en noviembre sería más desastrosa para los Gobiernistas que si ganasen los Conservadores. Por lo tanto, Moncada inició negociaciones directas con Emiliano Chamorro. El ex-Presidente conservador sabía que su partido tenía pocas posibilidades de triunfar contra el popular Sacasa. Además, sospechaba, y justificadamente, que Sacasa encabezaba la lista de las preferencias de Washington. Chamorro le dijo francamente a Hanna que su partido tenía más posibilidades de triunfar si se unía a Moncada. (37) Por lo tanto, bajo el ojo avizor de la Legación, Chamorro y el Presidente se reunieron para discutir sobre cómo llegar a alguna unión política.

Aunque la política nicaragüense se caracterizaba por una rígida disciplina del partido, había habido casos en los que los miembros de un grupo se pasaron al otro por razones de conveniencia personal. Moncada lo había hecho cuando fue nombrado Ministro de Gobierno en el gabinete de Adolfo Díaz en 1911. El líder liberal pues, estaba acostumbrado a llegar a acuerdo político con la oposición. (38).

El Presidente, pues, quería que su primer candidato liberal a la Presidencia, el Ministro de

Finanzas Antonio Barberena o su candidato posterior, Leonardo Argüello, fuesen incluidos como compañeros del candidato conservador. Por supuesto que en esta coalición el Presidente había querido que el suyo fuese el candidato presidencial, pero estaba dispuesto a aceptar la Vice-Presidencia. De cualquier manera, un triunfo conservador le reportaba más que uno liberal. (39).

Chamorro no ocultó el hecho de que sus "charlas" con Moncada también se habían ocasionado por el mal estado de las finanzas de su partido. Si se llegaba a un acuerdo con Moncada, Chamorro pensaba que fuentes financieras más productivas le ayudarían en la campaña. (40).

Es evidente que Woodward no ignoraba las deliberaciones entre Moncada y Chamorro. Al contrario, se interesó profundamente en ellas, por razones evidentes. Pero estaba muy ocupado con el plebiscito como para tratar la cuestión directamente. El astuto Almirante no pensaba en base a una lista de coalición sino en base a una lucha entre Liberales y Conservadores.

Por lo tanto, Woodward contemplaba la idea de una lista conservadora única que sería la combinación más fuerte que pudiese presentar el partido de la oposición. Chamorro aún tenía muchos seguidores. Era el verdadero caudillo de la política nicaragüense. El pueblo lo idolatraba. Pero aún así todavía despertaba sospechas en el Departamento de Estado. Su sed de poder parecía ser insaciable. Por otra parte, se consideraba que Díaz era más de fiar y se podía esperar que actuase razonablemente si ocurriese un milagro y triunfasen los Conservadores. Por lo tanto, Woodward consideraba que estos dos hombres formaban la mejor lista que pudiesen presentar los Conservadores. (41).

Algunos políticos han cedido respecto a principios, pero el desconocer la rapidez no es común entre los "hacedores de presidentes" —y los líderes nicaragüenses no eran la excepción a esta regla. Al informar a Washington sobre sus actividades durante los meses cruciales anteriores a la elección, Woodward nunca reveló cómo se había llegado a esta lista conservadora. Indudablemente la alentó en cierto modo, puesto que personalmente consideraba que ésta era la mejor solución para el partido de la oposición. Los Conservadores sabían que Sacasa sería un hueso duro de pelar y tenían que presentar la lista más fuerte posible. A medida que las oportunidades de Díaz y Chamorro aumentaban comenzó a entrar dinero a las arcas del partido. Como resultado, cuando Chamorro terminó sus "charlas con Moncada", sabía que un cofre repleto aumentaba considerablemente sus posibilidades de resultar electo y por lo tanto se dedicó a alentar constantemente a sus seguidores para la campaña de noviembre. (42)

Los Conservadores celebraron su convención en agosto. Adolfo Díaz fue seleccionado como candidato presidencial y Chamorro convino en correr como candidato a la vice-presidencia. Se había creado una combinación extraña, pero tanto Woodward como la Legación estaban muy satisfechos con ella. Díaz no estaba allí para aceptar su elección. Había viajado a los Estados Unidos en junio para reunir fondos para su partido. El ex-presidente iba a pasarse toda la campaña en Nueva York pidiendo dinero para su candidatura. (43)

WASHINGTON Y SANDINO RECONCILIACION A TRAVES DE SACASA

La situación de los ataques bandidos no se había mejorado en 1932. Woodward informó que los ataques habían sido más numerosos y eficaces que nunca desde enero de 1932. No había duda de que Washington quería llegar a un acuerdo con Sandino. Hoover y Stimson querían retirar a la Infantería de Marina y consideraban que si el rebelde aceptaba sentarse a la mesa de conferencias conseguirían una paz más estable y duradera para Nicaragua. Lamentablemente, el rebelde no quería discutir ningún acuerdo con los Yanquis.

Sin embargo, Sacasa deseaba muy especialmente poner fin a la guerra de Sandino. Estaba seguro de su triunfo en noviembre y sabía que más adelante tendría que enfrentar al rebelde sin la ayuda de los Infantes de Marina. El portaestandarte liberal pues, trabajó intensamente para llegar a un acuerdo entre los dos partidos sobre el modo de tratar a Sandino. Sacasa esperaba impedir los esfuerzos de los gobiernistas y los Conservadores por llegar a un acuerdo individual con el rebelde. Si esto sucedía, el candidato liberal estaba convencido que los problemas de Nicaragua se empeorarían. (44)

Para junio de 1932 Sacasa y Aguado ya habían redactado, calladamente, una propuesta de reconciliación para ofrecer a Sandino. La legación la aprobó, pero no logró convencer a los triangulos de publicarla. Temían que, de hacerlo, indicarían un temor por sus votos, es decir, un indicio de debilidad. Hanna sugirió entonces que un tercer grupo conocido como El Grupo Patriótico comenzara el proyecto. Este organismo estaba compuesto de Liberales y Conservadores, quienes se habían opuesto sistemáticamente a la guerra norteamericana contra Sandino. Hanna consideraba que este sería el mejor elemento para negociar con el rebelde de las montañas de Segovia. (45)

Al mismo tiempo que Sacasa estaba tratando de llegar a un acuerdo con los Conservadores sobre cómo manejar este problema, apareció en uno de los principales periódicos de Managua una carta de Sandino sumamente alentadora. Estaba dirigida a Sacasa. En una parte decía: "Querría cooperar con usted para lograr la armonía

nacional y reestablecer la paz pública por medio de un acuerdo patriótico y digno. Hable y tal vez podemos llegar a un acuerdo"(46) La Legación de los Estados Unidos estaba muy complacida y alentada con este intento del rebelde. Hanna estaba seguro que Sandino ahora estaba dispuesto a comenzar las negociaciones, pero solo con Sacasa. Ahora el triunfo del candidato liberal era doblemente importante para Washington. Permitiría que los Estados Unidos hicieran una retirada diplomática de un compromiso no muy placentero. (47)

Juan B. Sacasa trabajó intensamente para llegar a un acuerdo con los Conservadores para establecer una paz permanente en el país. Por sobre todo, el líder quería llegar a una solución respecto al antiquísimo antagonismo que existía entre los partidos por aquella tradición nicaragüense de "el que gana lleva todo". Sacasa estaba convencido que si tanto los Liberales como los Conservadores podían ponerse de acuerdo en este respecto, entonces Sandino haría la paz. Evidentemente, una alianza entre Sandino y los Conservadores era posible si Díaz y Chamorro perdía. Si ambos partidos convenían en permitir que el otro partido participase en el gobierno del triunfador, entonces esto no sucedería. Sacasa estaba actuando como el candidato presidencial triunfador. Por sobre todo, y esto es muy importante, se estaba haciendo cada vez más aceptable ante la Legación de los Estados Unidos con su proyecto de "pacificación nacional". Su triunfo y una posible paz con Sandino parecían coincidir apropiadamente con el retiro de los Infantes de Marina, y los informes de la Legación al Departamento de Estado reflejaban esta opinión. (48)

LA ULTIMA ETAPA

El Departamento de Estado estaba muy ansioso porque las elecciones de 1932 fuesen supervisadas en virtud de un decreto ejecutivo solamente. Ya se ha señalado que la Legación temía que los Moncadistas trataran de impedir la aprobación del Congreso de la legislación. En principio, el proyecto de ley de 1932 era similar a las disposiciones de McCoy de 1928. Los norteamericanos encabezaban los trece departamentos y tendrían poder de veto sobre los miembros conservadores y liberales y en las juntas locales. La Junta Electoral Nacional se reservaría el derecho al escrutinio de los votos y de presidir las audiencias que trataban sobre conflictos de votos. Esta fue, anteriormente, la prerrogativa de la Corte Suprema, pero la imparcialidad jurídica del tribunal supremo ya había sido puesta en duda en Washington. De cualquier modo, se le pidió a Moncada que publicase el decreto electoral en julio. El ministro nicaragüense en Washington, Luis Manuel Debayle, informó al Departamento de Estado que Moncada había finalmente decidido presentar la

ley a la aprobación del Congreso. Ahora se verificaban los temores de Washington.

Stimson se enfureció ante este descuido para la preparación ordenada de la elección. Le dijo a Debayle que de ahora en adelante "me fijaré que Moncada haga modificarla" (49) Evidentemente el ministro sintió la furia del Secretario y creyó en todo lo que decía. Para fines de julio, Moncada publicó el decreto y no esperó la acción del Congreso. Indudablemente, el Primer Mandatario estaba teniendo dificultades con su partido y no quería antagonizar aún más a Washington. (50)

Aunque los Estados Unidos decidieron supervisar menos de la mitad de las quinientas comisarias, se utilizaron muchas medidas para asegurar al pueblo que Washington estaba vigilando todos los procedimientos. Preparándose para un golpe de uno u otro lado, Woodward ordenó secretamente que el destroy USS 'Overton' y otros barcos fueran a Puerto Cabezas y a la costa del Pacífico. Le parecía que esta demostración de fuerza latente haría que el pueblo de Bluefields se sintiese más seguro en el ejercicio de sus derechos. Más aún, el Almirante hizo saber que estaba dispuesto a proveer "ayuda al pueblo de Bluefields en caso de que Sandino comenzase a atacar. Los preparativos para el empleo de más tropas de estos barcos fueron dados a conocer en una carta que dirigió Woodward al Comandante del Escuadrón de Servicio Especial antes de las elecciones. El mensaje decía, en parte, "He... considerado que durante el período electoral el empleo en el territorio nicaragüense del personal naval bajo sus órdenes puede ser necesario... no se diferencia, en principio, del empleo del personal de la 2da. brigada de Infantería de Marina... Tal acción no es una violación de la soberanía de la República de Nicaragua". (51).

Woodward estaba preparado para enfrentar problemas pero no podía mantener un control completo y abierto de todas las urnas del país. Alrededor de 154,000 personas se empadronaron en septiembre y a principios de octubre, y 130,000 personas votaron el día de elecciones. Alrededor del 84% de los empadronados votaron a Juan Sacasa como Presidente y a Rodolfo Espinosa como Vice-Presidente.

Una vez más los conservadores presentaron una campaña muy pobre. Díaz no apareció hasta el día antes de las elecciones. Ya se ha señalado que éste se hallaba en Nueva York durante todo el verano y el otoño. Había calculado volver a Nicaragua con sus maletas repletas de dinero, pero su misión fue un gran fiasco. Por sobre todo, se ofendió con el gobierno de Washington porque éste no lo había apoyado a cambio de su cooperación durante años, especialmente en 1928. Cuando llegó a Managua no tenía dinero, no contaba con el apoyo de Stimson y había recibido un golpe propinado en una calle de Nueva York por un argentino fanático. (52).

Una de las principales dificultades que enfrentaron McCoy y Woodward era el ver que el Presidente saliente y el Vice-Presidente cediesen el poder a sus sucesores en el día señalado. Woodward había tomado las precauciones necesarias esta vez al instar a Stimson a que no anunciase la fecha de retirada de los Infantes de Marina hasta que Sacasa hubiese prestado juramento. El nuevo Presidente ansiaba muy especialmente que permaneciesen los Leathernecks (cuello de cuero) en el país hasta que su gobierno hubiese sido cimentado. Washington consideraba que ésta no era una solicitud razonable y así fue que no demostró ninguna intención de reducir el contingente de 800 Infantes. (53).

Woodward estaba decidido a que Sacasa asumiera el poder supremo de la República. El Almirante no estaba seguro de que Moncada entregaría su poder. Sandino había continuado sus ataques relámpago y Moncada comenzó a cubrir los puestos más altos de la Guardia Nacional con sus seguidores. Woodward estaba tan alarmado con esta situación que solicitó permiso para quedarse en el país indefinidamente. Su solicitud fue rechazada pero se sintió aliviado cuando supo que la retirada de los Infantes aún no era dada a conocer por las razones ya mencionadas. (54).

Juan B. Sacasa fue juramentado el 1° de enero de 1933. La gente ahora esperaba ver a los Estados Unidos retirar sus medios de intervención. Stimson anunció que los Infantes de Marina se retirarían en marzo, poco después de que el nuevo Presidente asumiese el poder.

Sacasa comenzó entonces sus conferencias de paz con Sandino. Hizo que el padre del rebelde viajase de San Rafael del Norte a Jinotega para ser el mediador que comenzase los procedimientos del armisticio.

Habían habido, por supuesto, casos menos evidentes en los que los Estados Unidos habían retirado gradualmente sus intereses nicaragüenses. El 26 de noviembre de 1929, la dirección del Banco Nacional fue entregada al gobierno nicaragüense. En abril de 1930, Moncada nombró al International Acceptance Bank de la ciudad de Nueva York como el depositario norteamericano y agente fiscal del Banco Nacional de Nicaragua. (55). También es importante señalar que el International Acceptance Bank no asumió ninguna de las funciones que desempeñaban bajo los programas financieros previos los "banqueros". Aunque los Infantes se retiraron en enero de 1932 y los intereses comerciales norteamericanos también estaban retirándose, aún persistían dudas respecto a la autenticidad de la falta de interés político de Washington en el gobierno nicaragüense.

En enero, el Presidente Sacasa preguntó confidencialmente a la Legación si tenían ob-

jeciones de que nombrase a Henry Franklin Springer, alcalde del Departamento Oriental de Bluefields, como Secretario Adjunto de Relaciones Exteriores. En realidad Sacasa no hubiera hecho este tipo de consulta de no tratarse de un ciudadano norteamericano. Springer había sido votado en su puesto en 1931 como miembro del Partido Liberal y aún mantenía su ciudadanía norteamericana.

La Legación tenía serias dudas respecto a la proficiencia de Springer en asuntos exteriores. El cónsul norteamericano en Bluefields recordó que

el excéntrico alcalde había pasado la mayor parte de su periodo buscando un tesoro en las sierras en vez de ocuparse de los asuntos oficiales.

De cualquier manera, mientras que Springer no prometiese lealtad cuando jurase al unirse al Gobierno de Sacasa, podría mantener su ciudadanía. El alcalde aventurero emprendió contento su nueva tarea. Washington ahora debería ponderar hasta qué punto podía influenciar a la República nicaragüense a través de este "diplomático yanqui".

NOTAS DEL CAPITULO XIII

(1) Memorando, Sección de Asuntos Latinoamericanos, 5 de diciembre de 1931, State Department, National Archives, Record Group No. 59, decimal file number 817,00/7272... 817,00/7275 (NA, DF RG 59 de ahora en adelante).

(2) Entrada del 7 de enero de 1932, Diario de Henry L. Stimson, Volumen ii, Biblioteca de la Universidad de Yale.

(3) Willard Beaulac, Encargado de Negocios, Managua al departamento de Estado, 12 de diciembre de 1931, NA DF 817,00/7279, RG 59.

(4) El Departamento de Estado a la Legación de los Estados Unidos, Managua, 22 de diciembre de 1931, NA, DF 817,00/727 a RG 59.

(5) La Legación de Los Estados Unidos (Managua) al Departamento de Estado, 16 de enero de 1932, NA, DF 817,00 Misión Electoral de Woodward/31, RG 59.

(7) Henry L. Stimson, Secretario de Estado a José Moncada, 9 de diciembre de 1931, NA, DF 817,00/7271 RG 59.

(7) Ibid

(8) Diario de Stimson, 30 de octubre de 1931, Volumen 10.

(9) Informe del Almirante Clark Howell, Junio, 1932, NA, DF 817,00/231 RG 59.

(10) Diario de Stimson, 11 de enero de 1932, Volumen 11.

(11) El Mayor F. B. Price, Vicepresidente de la Junta Electoral Nacional al Jefe de Operaciones Navales, 17 de febrero de 1932, NA, DF 817,00 Misión Electoral de Woodward/40, RG 59.

(12) Diario de Stimson, 9 de marzo de 1932, Volumen 12.

(13) Diario de Stimson, 8 de abril de 1931, Volumen 10.

(14) Memorandum, Departamento de Estado, 25 de marzo de 1932, NA, De 817,00 Misión Electoral de Woodward/44 1/2, RG 59.

(15) Diario de Stimson, 5 de abril de 1932, Volumen II.

(16) Stimson a la Legación de los Estados Unidos (Managua) 24 de mayo de 1932, NA, DF 817,00 Misión Electoral de Woodward/70, RG 59.

(17) Matthew Hanna, Ministro de los Estados Unidos a Stimson, 27 de mayo de 1932, NA, DF 817,00 Misión Electoral de Woodward/87 RG 59.

(18) Hanna al Departamento de Estado, 14 de febrero de 1932, NA, DF 817,00/64, RG 59.

(19) El Comercio (Managua), 17, 21 de junio de 1932. (Ambos eran periódicos liberales).

(20) Memorando, Departamento de Estado, 12 de mayo de 1932, NA, DF 817,00/7410, RG 59.

(21) La Noticia (Managua), 21 de junio de 1932, p. 1.

(22) Sesión No. 34, 35, 36, 37 de la Junta Electoral Nacional, junio de 1932, Archivo del Tribunal Electoral Supremo.

(23) Entrada del 12 de julio de 1932, Sección de informaciones, Misión Electoral Norteamericana, Diario, Fichero de la Misión Electoral en Nicaragua 1928 - 1932 (NA, RG 43 de ahora en adelante). Record Group 43, Entry 387...

(24) El Comercio (Managua), 22 de junio de 1932, p. 1.

(25) Memorando de Woodward, 7 de julio de 1932, NA, DF 817,00 Misión Electoral de Woodward/231, RG 59.

(26) Informe de Inteligencia, Legación de los Estados Unidos, Managua, 7 de julio de 1932. NA, DF 817,00/7483, RG 59.

(27) Hanna al Departamento de Estado, 22 de julio de 1932, NA, DF 817,00 Misión Electoral de Woodward/ 131, RG 59.

(28) Informe de Price, 9 de julio de 1932, NA, DF 817,00 Misión Electoral de Woodward/120 RG 59.

(29) Woodward a la Junta Directiva Nacional y Legal Liberal, León y Managua, 18 de julio de 1932, Archivos del Tribunal Electoral Supremo.

(30) La Legación de los Estados Unidos al Departamento de Estado, 10. de agosto de 1932, NA, DF 817,00 Misión Electoral de Woodward/183 RG 59.

(31) La Prensa (Managua) 9 de agosto de 1932, La Nación (Managua), 10 de agosto de 1932, Diario Moderno (Managua), 14 de agosto de 1932, p.1.

(32) Diario Moderno (Managua), 19 de julio de 1932, p.1.

(33). Informe. de Woodward, NA, DF 817,00 Misión Electoral de Woodward/231, DF 59.

(34). Woodward a Stimson, 1º de agosto de 1932, NA, RG 43. Entrada 384.

(35). Junta Directiva del Partido Conservador a Woodward, 8 de julio de 1932, Archivos del Tribunal Electoral Supremo.

(36). Woodward, Anotaciones sobre el Partido Conservador, 1º de julio de 1932, NA, DF 817,00 Misión Electoral de Woodward/131, RG 59

(38). Ficha de Personalidad de Moncada, Junta Electoral Nacional, NA, RG 43, Entrada No. 387.

(39). Woodward al Departamento de Estado, N.D., NA, DF 817,00 Misión Electoral de Woodward/231, RG 59.

- (40). *Ibid.*
 (41). Sucesos de Woodward, Septiembre a noviembre de 1932, NA, DF 817,00 Misión Electoral de Woodard/231 RG 59.
 (42). *El Comercio* (Managua) 25 de septiembre de 1932 p. 1.
 (43). *La Noticia* (Managua) 31 de julio de 1932.
 (44). Hanna al Departamento de Estado- Conversación con Sacasa, 14 de octubre de 1932, NA, DF 817,00/7582, RG 59.
 (45). Hanna al Departamento de Estado, 30 de octubre de 1932, NA, DF 817,00/7604 RG 59
 (46). *El Comercio* (Managua), 21 de octubre de 1932, p. 1.
 (47). Hanna al Departamento de Estado, 28 de octubre de 1932, NA, DF 817,00/7608 RG 59.
 (48) *Ibid.* 14 de octubre de 1932, NA, DF 817,00/7582, RG 59.
 (49). Nota de una Conversación. Stimson y Luis Debayle, Ministro nicaragüense ante los Estados Unidos, 6 de julio de 1932, NA, DF 817,00/122, RG 59.

- (50). Decreto Ejecutivo de 1932, N.D. Archivos del Tribunal Electoral Supremo.
 (51). Woodward al Comandante del Escuadrón de Servicios Especiales, 13 de septiembre de 1932, NA, RG 43, Entrada 384.
 (52) *La Prensa* (Managua), 3 de noviembre de 1932, p. 2
 (53). *La Noticia* (Managua) 8 de noviembre de 1932, p. 1
 (54). Woodward al Departamento de Estado, 1º de diciembre de 1932, NA, RG 43, Entrada 384.

- (55). *Los Estados Unidos y Nicaragua: un panorama de las relaciones, 1909-1932* (Oficina de Imprenta/de los Estados Unidos, 1932) p. 96. del Gobierno.
 (56). Sheridan Talbot, Cónsul de los Estados Unidos en Bluefields, Nicaragua al Departamento de Estado, 3 de enero de 1932, NA, DF 817,00/7695, RG 59.

XIV

CONCLUSIONES

Para 1924 los Estados Unidos habían completado una reparación satisfactoria del sistema financiero nicaragüense. Esto se llevó a cabo con el apoyo total del presidente conservador quien, debido a la ayuda prestada, retuvo la bendición y la complacencia de Washington. Los Estados Unidos estaban especialmente satisfechos con las divisas crecientes que la Alta Comisión y la Recaudación Aduanera habían producido para esta república en quiebra. El camino hacia la recuperación financiera ahora era llano y seguro.

Desgraciadamente, el campo político no era tan prometedor. El problema del deseo de un presidente de permanecer en su cargo y de este modo mantener a su partido en el poder, obstaculizaba si no impedía completamente, el desarrollo genuino de la responsabilidad política. Cuando los Liberales de Sacasa llevaron a cabo una campaña militar para derrocar a los odiados Conservadores, Calvin Coolidge actuó como sus predecesores e intervino para porteger los sagrados intereses comerciales de sus compatriotas. El presidente norteamericano acudió a Henry L. Stimson, el servidor cumplido e imaginativo de otros gobiernos republicanos, para que lo aconsejara en este conflicto. El ex-Secretario de Guerra del gobierno de Taft señaló repetidamente que la mera intervención en las rencillas nicaragüenses no era suficiente. Le parecía que se necesitaba reformar la raíz de todos los embrollos nicaragüenses. En realidad Stimson quería ver que los gobiernos salientes demostraran responsabilidad pública. El ex-funcionario del gabinete consideraba que si su gobierno participaba activamente en la creación de ciertas reglas electorales, entonces resultaría una trasmisión de poder más pacífica. Estos objetivos no eran muy realistas tomando en cuenta la historia política de Nicaragua. Evidentemente no cambiaron la actitud de sus líderes

inmediatamente. La decisión con la que Stimson y más tarde los reformadores electorales norteamericanos restringieron el poder conservador y trabajaron con los Liberales, creó un desequilibrio en la imparcialidad de la supervisión de 1927. La simpatía franca que Stimson sentía por el astuto y cooperativo Moncada otorgó a los Liberales la oportunidad sin precedente de expulsar a los Conservadores.

Los Liberales se congraciaron con el gobierno de Washington al ayudar activamente a los Infantes de Marina y a los supervisores electorales en la derrota de Sandino. A medida que aumentaba la confusión causada por este líder rebelde disminuían las oportunidades de Moncada de derrotar al portaestandarte conservador, Benard, en las urnas. Sandino, pues, era más que un obstáculo para los Liberales, era una verdadera amenaza. Los Conservadores, por su parte, se aliaron equivocadamente con el rebelde y así se enemistaron con Washington y disminuyeron sus posibilidades de triunfar en las urnas. Los esfuerzos de los líderes conservadores por beneficiarse con el caos que estaba creando Sandino hizo que todo el partido cayese en desgracia. Evidentemente nadie podía esperar que los Infantes de Marina simpatizasen con un elemento que cooperaba con su enemigo. La alianza entre Sandino y los Conservadores fracasó y con ella las oportunidades de triunfar electoralmente.

Los Liberales tuvieron éxito, no porque Washington deseara simplemente un cambio, sino porque Henry Stimson, quien dicho sea de paso, había dirigido constantemente los asuntos nicaragüenses del Departamento de Estado, quería que Moncada triunfara. El flagrante abuso del poder de los Conservadores asustaba a este ético abogado neoyorquino. Aún más importante, Stimson nunca olvidó que el general liberal cooperó abiertamente con él en Tipitapa

cuando hacer esto no era muy aceptable. Por lo tanto, Moncada merecía ser premiado y Stimson describió entonces al nicaragüense como un liberal sincero que deseaba mejorar el nivel electoral de su país. Con Stimson el General Moncada había adquirido un aliado influyente en Washington que iba a disfrutar de este apoyo de afuera por un tiempo.

Cuando los Liberales asumieron el poder en 1928 soplaron los vientos de buena voluntad entre Washington y Managua. El Secretario de Estado de Hoover y el Primer Mandatario de Nicaragua eran buenos amigos. Indudablemente esta era una situación única en toda la historia de las actividades norteamericanas en Centroamérica. Sin embargo pronto se hizo evidente que Moncada había aprendido muy poco con la experiencia de la supervisión de 1928. Estaba decidido a robustecer la posición de su partido en las elecciones legislativas de 1930, aún corriendo el riesgo de perder prestigio en Washington. La "victoria rotunda" del partido de Moncada en 1930 demostró que los Liberales eran tan capaces como los Conservadores para soslayar los procedimientos electorales correctos. Aunque el comportamiento del Presidente fue castigado por el Capitán Johnson, Moncada retuvo milagrosamente la amistad y la buena voluntad de Henry Stimson.

La realidad del poder creciente de los Liberales demostraron que el presidente no estaba aplicando las prácticas electorales establecidas en 1928. En 1931 el Secretario de Estado norteamericano vio que su proyecto especial de reforma política en Nicaragua estaba siendo destruido lentamente por el Primer Mandatario. Stimson aún estaba dispuesto a cumplir su parte del acuerdo de Tipitapa, y así fue que envió a Managua a un funcionario del ejército que conocía los asuntos nicaragüenses y una vez allí asumió el cargo de Presidente de la Junta Electoral Nacional. Pero cuando Moncada se opuso el Mayor Price se convirtió únicamente en un observador de las elecciones municipales de 1931. El rechazo de Stimson de forzar el asunto al hacer que el oficial fuese el único árbitro de los procedimientos electorales fue muy importante. Demostró que el Secretario de Estado aún no estaba dispuesto a interferir activamente en los asuntos internos de Moncada. Es imposible decir si el austero Stimson aún admiraba a Moncada en 1931. Pero al mismo tiempo es seguro que Washington no quería desafiar abiertamente al astuto presidente nicaragüense.

Para 1932, Moncada había conseguido destituir a la mayoría de los Conservadores del Congreso Nacional y de los puestos municipales. Los Liberales ocupaban la misma posición omnipotente que los Conservadores en 1928. La situación planteaba un problema especial para Washington. Esto era muy cierto, ya que Hoover

estaba sinceramente interesado en retirar la intervención de los Estados Unidos en el extranjero.

Para Stimson, el dilema era especialmente penoso ya que el cumplimiento de las propuestas de Tipitapa estaban ahora en peligro y desgraciadamente estaban siendo obstaculizadas por el mismo individuo que había prometido defenderlas. Afortunadamente el gobierno de Washington no necesitó atacar directamente la fortaleza política de Moncada. Los Estados Unidos emplearon una maniobra más sutil y menos evidente para destituir del poder al presidente. Evidentemente fue una tarea menos penosa para el Secretario de Estado ya que no debió ser el cirujano de la operación. El plan de Moncada de permanecer en el poder fue detenido por los miembros insatisfechos de su propio partido dirigidos por el Vice-Presidente, Enoch Aguado. Esta división fue conveniente para el plan de impedir al presidente utilizar la idea de la "asamblea constituyente" como un medio de continuar en el poder. La facción que se oponía al gobierno dictatorial de Moncada recibió el apoyo callado de Woodward. Como resultado, la obvia selección presidencial de Stimson (es decir, Sacasa), fue nombrada por el partido liberal cuando el poco popular Primer Mandatario se vio forzado a celebrar un plebiscito.

El nombramiento de Sacasa y su elección resultaron muy importantes para Washington. Esto era debido a que Sandino estaba dispuesto a llegar a un acuerdo pero sólo lo haría con Sacasa. Como Stimson quería ardientemente retirar a la Infantería de Marina de la República, un acuerdo pacífico con el líder rebelde sería un adelanto importante. Indudablemente Sacasa conocía las ventajas que este suceso entrañaba. Por lo tanto hizo uso de su posición privilegiada y trabajó primeramente para poner fin a las rencillas entre ambos partidos. Esto lo logró por medio de la redacción de un acuerdo en el que se permitía la representación de la minoría en el Congreso. Entonces pasó a abrir negociaciones directas con Sandino por medio de la esposa del padre de éste último.

La toma de mando de Sacasa era vista favorablemente por Washington. El nuevo Presidente, un caballero orgulloso y estudioso, había atravesado un largo y difícil camino hacia la victoria. Su elección satisfizo a los políticos norteamericanos respecto a la libre atmósfera creada durante las elecciones. La victoria de Sacasa también marcó la segunda tentativa de sacar el poder ilimitado de manos de un presidente saliente muy fuerte.

En las elecciones de 1928 y 1932, tanto Moncada como Sacasa presentaron sus posiciones, de acuerdo con Washington, en asuntos que el gobierno norteamericano consideraba importantes. Mientras estos dos hombres

buscaban apoyo diplomático en su lucha por la ayuda norteamericana, basaron sabiamente sus campañas sobre el lema atrayente de elecciones libres y justas.

La república norteamericana pagó un precio alto por la supervisión electoral. El movimiento sandinista hizo pública la intervención yanqui y casi llegó a anular la campaña de 1928. El gobierno de Washington pronto se dio cuenta que un proyecto de supervisión significaba algo más que presidir juntas departamentales. También resultaba en la inclusión de los partidos políticos. Además, el esfuerzo por preservar el histórico sistema bipartito y permitir la elección presidencial directa obligó al Presidente de la Junta Electoral Nacional a impedir arbitrariamente la intervención de un tercer grupo. Esto constituyó una tarea desagradable, pero necesaria.

La estrecha asociación con los líderes de los partidos en sus campañas resultó en una demostración clara de favoritismo de los norteamericanos hacia el Partido Liberal. Esto, indudablemente, era de esperarse, ya que los supervisores eran humanos y estaban gobernados por sus emociones.

En muchos aspectos, este intento por inculcar un nuevo espíritu de reforma política no alteró radicalmente los objetivos de Washington —sólo cambió su “modus Operandi”—. Antes de 1928, la estabilidad era lograda apoyando al gobierno conservador saliente. El período de supervisión electoral demostró que a Washington le interesaba más lo que puede llamarse la “voluntad popular” y que trabajaron sinceramente por alentar su éxito.

En contra de lo que todos creían, los liberales acogieron la primera supervisión escéptica y cautelosamente al principio. Este partido cooperó completamente con la plana de McCoy para mejorar sus oportunidades de triunfar. Si el General norteamericano no hubiese restringido drásticamente los poderes de Adolfo Díaz, los liberales nunca hubieran triunfado, y todos los realistas políticos, tanto liberales como conservadores, lo sabían.

Las elecciones supervisadas resultaron en realidad en un cambio completo de Washington hacia los partidos nicaragüenses. Desde 1928 en adelante, los Estados Unidos estaban decididos a ver que se permitiese gobernar a los liberales. Se rechazaron enérgicamente las revoluciones o golpes por parte de los conservadores derrotados. Esta política fue muy evidente durante las elecciones de 1930. Los partidos tradicionales

también habían cambiado sus políticas. Los conservadores eran renuentes para apoyar a una elección independientemente supervisada mientras que los liberales, que durante tanto tiempo habían estado relegados a la categoría de partido de la oposición, la acogieron jubilosos.

El proyecto de Stimson no revolucionó las instituciones políticas nicaragüenses ni tampoco su mecanismo electoral. Pero había ciertos indicios de bi-partidismo en cuanto tanto liberales como conservadores fueron incluidos en todas las juntas electorales. Esta innovación no terminó con el fraude ni la intimidación, pero sí la redujo. También hizo que la perpetuación de estos actos despreciables fuese aceptada menos pasivamente en numerosas partes de la población.

Indudablemente es afortunado que las elecciones supervisadas hayan terminado con una nota feliz en 1932, feliz al menos para los liberales. El programa de supervisión electoral no surgió de ningún programa de largo plazo de Kellogg o Coolidge. Parece que, como de costumbre, la intervención norteamericana fue llevada a cabo para proteger las vidas y las propiedades de los ciudadanos norteamericanos. El regreso de los Infantes de Marina a principios de 1927 también contribuyó a mantener la tradicional política de los Estados Unidos de mantener la estabilidad a cualquier precio.

Cuando Henry Stimson llegó al Departamento de Estado en 1928, trajo consigo un plan preconcebido para reformar el sistema político de Nicaragua, aún si éste nacía de los intentos intervencionistas de Kellogg. El Secretario de Estado de Hoover creía sinceramente que el sistema electoral en esta república podía ser modificado apropiadamente como para crear una Norteamérica en miniatura. Stimson estaba convencido que la política debía ser dirigida con ciertas reglas y con un espíritu deportivo. Más aún, el Secretario de Estado estaba seguro de que si se supervisaba una serie de elecciones, entonces los políticos nicaragüenses modificarían sus maneras engañosas. Lo que el ético Stimson desconocía, o no entendía, era que el éxito o el fracaso en las urnas en un país latinoamericano era en buena medida, un asunto de vida o muerte. Hizo un gran esfuerzo por inculcar su elevado nivel de ciudadanía y de liderazgo moral a los líderes nicaragüenses. Generalmente, estos los aceptaron, no porque representasen un medio mejor de dirigir las elecciones, sino simplemente porque calzaban convenientemente en su programa para alcanzar lo que todos los políticos de este mundo buscan: la victoria y el poder.

BIBLIOGRAFIA

I PRINCIPALES FUENTES

A. Colecciones de Manuscritos.

Anderson, Chandler, MSS Biblioteca del Congreso. 81 cajas. Correspondencia privada y oficial desde 1922 - 1928. Diario de 1927.

Especialmente importante por la opinión extra - oficial y por las acciones de los funcionarios del Departamento de Estado que trataron a este abogado formidable de los políticos nicaragüenses.

McCoy, Frank R., MSS. Biblioteca del Congreso. 95 cajas. Correspondencia privada, 1926 - 1930. Correspondencia Oficial 1927 - 1930. Utilizada con el permiso de la Señora Frank Ross McCoy.

Un recuento interesante y provechoso de las opiniones de McCoy sobre las principales figuras de los partidos Liberal y Conservador.

Nicaragua, Ficheros de los Ministerios Gubernamentales y del Tribunal Electoral Supremo, 1927 - 1932, Archivos Nacionales, Managua, Nicaragua.

Aunque bastante material de archivos fue destruido en el terremoto de Managua en 1931, los anales de la Junta Electoral Nacional fueron preservados y por lo tanto ofrecen al investigador la mejor información en Nicaragua sobre los sucesos electorales en el periodo de 1927 a 1932.

Stimson, Henry L. MSS. Diario de marzo a junio de 1927. De febrero 1929 a diciembre de 1932. 52 volúmenes. Sección de Manuscritos de la Universidad de Yale.

Esta fuente contiene un relato completo y franco de las actividades del autor con los líderes de cada partido político en 1927. Igualmente importantes son sus opiniones y reflexiones sobre los procedimientos electorales en Nicaragua durante su periodo como Secretario de Estado desde 1928 a 1932.

Documentos oficiales de la Carrera Pública de Henry L. Stimson, enero 1927 —enero 1933. Alrededor de 115.000 temas. Sección de Manuscritos de la Universidad de Yale.

Una estupenda fuente que revela la importancia del papel desempeñado por Stimson como ciudadano privado desde mayo de 1927 hasta fines de otoño del mismo año.

Estados Unidos, Departamento de Justicia. Servicio de Inmigración y Naturalización, Fichero Central, 1923 - 1929.

Estos anales contienen información valiosa sobre la circulación de los ciudadanos nicaragüenses hacia y desde los Estados Unidos.

Estados Unidos, Departamento de Estado. Anales de las Misiones Electorales de los Estados Unidos en Nicaragua, 1928 - 1932. 88 cajas. Grupo de Inscripción No. 43. Archivos Nacionales.

Un recuento completo y detallado de las actividades y operaciones del Presidente norteamericano y de los jefes de las juntas electorales departamentales en cada supervisión electoral. Esta colección, nunca antes examinada, contiene también el modus operandi secreto de los supervisores de los Estados Unidos en su trato con los partidos políticos nicaragüenses.

Estados Unidos, Departamento de Estado, 1927 - 1932, Archivos Nacionales. 50 cajas, 19 volúmenes. Cartas consulares de Puerto Cabezas y Bluefields.

Dirigidas a los arriba mencionados.

Mensajes del Ministro norteamericano en Managua.

Directivas al mismo.

Notas del Ministro nicaragüense en Washington

Notas al mismo.

Correspondencia gubernamental oficial con cartas privadas y recortes de periódicos. Los comentarios y observaciones de los funcionarios gubernamentales en los documentos originales son de valor incalculable.

Infantería de Marina de los Estados Unidos, Anales de la 2da. Brigada, Infantes de Marina en Nicaragua 1927-1932. 30 pies grupo de inscripción No. 127, Archivos Nacionales. Una fuente sumamente interesante y útil para estudiar las actividades de la campaña de guerrillas de Ernesto César Sandino, desde 1927 a 1932.

Infantería de Marina de los Estados Unidos, Anales de la Guardia Nacional de Nicaragua. 1927 - 1932. 30 pies, grupo de inscripción No. 127, Archivos Nacionales.

Esta valiosa colección contiene, informes de inteligencia de los distintos Infantes de Marina que fueron comandantes de la Guardia y obtuvieron informaciones de ciudadanos nicaragüenses que actuaron como informantes sobre las actividades de los Liberales y Conservadores.

B. DOCUMENTOS PUBLICOS QUE HAN SIDO DADOS A CONOCER.

1. Nicaragua

Barquero, Sara L., *Gobernantes de Nicaragua*. Managua: Publicaciones del Ministerio de Instrucción, 1945, 260 páginas.

Un recuento interesante y provechoso sobre las principales figuras políticas del Gobierno Liberal desde 1928 - 1932.

La Constitución de Nicaragua, 4 de marzo de 1912, Archivos Nacionales, Managua.

Este documento contiene las funciones constitucionales de la rama legislativa, las que fueron deshechadas durante las elecciones supervisadas de 1928, 1930 y 1932.

Nicaragua, Correspondencia - Elecciones Nacionales, 1932. Oficina del Ministro de Gobernación. Archivos Nacionales, Managua, 130 páginas.

Un documento muy útil que contiene las cartas y las instrucciones del gobierno a los jefes políticos nicaragüenses sobre asuntos electorales.

Nicaragua, El Decreto Electoral, 26 de julio de 1930. Archivos Nacionales, Managua.

El decreto ejecutivo de Moncada en el que fueron retiradas muchas de las prerrogativas legislativas para el escrutinio de los votos.

Nicaragua, La Gaceta, 1928 - 1932, Archivos Nacionales, Managua.
La publicación gubernamental oficial de decretos.

Nicaragua, Libro de Actas, Consejo Nacional de Elecciones, 1923-1935, Archivos del Tribunal Electoral Supremo, Managua.

Leyes electorales promulgadas por el gobierno.

Nicaragua, El Proceso Electoral en 1932, Oficina del Ministro de Gobernación, Archivos Nacionales, Managua, 202 páginas.

Una publicación informativa sobre la correspondencia entre Woodward y los funcionarios nicaragüenses durante las elecciones de 1932.

Nicaragua, Publicaciones del Tribunal Electoral Supremo, 1928-1932, Archivos del Tribunal Electoral Supremo.

Reglamento específico sobre las tareas de la Guardia Nacional al desempeñar las instrucciones de la plana mayor de McCoy.

Nicaragua, Sesiones del Consejo Nacional de Elecciones, 6 volúmenes, 1928-1932. Archivos del Tribunal Electoral Supremo, Managua.

La mejor fuente para estudiar las deliberaciones de todos los procedimientos de la Junta Electoral Nacional en 1928 y 1932.

Secretaria, Partido Liberal-Recuerdos de un Pasado que siempre es de Actualidad. Managua: La Prensa Liberal, 1962, 203 páginas.

Una historia partidaria del Partido Liberal y de sus contribuciones a la estabilidad desde 1916. También contiene una denuncia del Partido Conservador como enemigo de las elecciones libres, especialmente en 1928 y 1932.

Sotomayor Bernardo, Informes Sobre las Elecciones de Autoridades Superiores 1924 y 1928. República de Nicaragua, Managua: Tipografía Nacional, 1929. 306 páginas.

Una fuente útil para estudiar los planes del gobierno conservador para anular, dentro de lo posible, a la Junta de McCoy al supervisar la elección de 1928.

Smith, Julián C. A Review of the Organization and Operation of the Guardia Nacional de Nicaragua. (N.D.)
(Un estudio de la organización y funcionamiento de la Guardia Nacional de Nicaragua)

2. Estados Unidos.

Congreso de los Estados Unidos, Anales del Congreso, Período de sesiones Número 69, 2da. sesión, 1927. Washington: Oficina de Imprenta Gubernamental, 1927.

Provee un relato útil de la oposición parlamentaria a la política nicaragüenses de Coolidge de principios de 1927.

Departamento de Estado de los Estados Unidos, Relaciones Exteriores de los Estados Unidos. Vol. V, Washington: Oficina de Imprenta Gubernamental, 1943, 979 páginas.

Mensajes selectos del Departamento de Estado a la Legación en Managua, Nicaragua, 1932.

Departamento de Estado de los Estados Unidos, Series latinoamericanas Número 6, Los Estados Unidos y Nicaragua: Un panorama de las relaciones 1909-1932. Washington: Oficina de Imprenta Gubernamental, 1932, 134 páginas.

Un breve relato de las actividades financieras de los banqueros neoyorkinos y, en menor cantidad, de la Guardia Nacional.

C. PERIODICOS.

1. Argentina

La Prensa (Buenos Aires, Argentina)

Uno de los periódicos latinoamericanos más acerbadamente anti-Estados Unidos desde 1927 a 1933.

2. Nicaragua

El Comercio (Managua)

Periódico del Partido Liberal. Muy pro-Moncada en 1928 y antigubernista en 1932. Un diario sorprendentemente objetivo.

El Correo (Granada)

Periódico del Partido Conservador publicado en Granada. Reflejaba algunas de las opiniones más extremistas de los miembros del partido.

El Diario Moderno (Managua)

Realmente uno de los periódicos más equilibrados y objetivos de Nicaragua que publicó toda la supervisión electoral.

El Diario Nicaragüense (Granada)

Un periódico conservador, publicado diariamente en Granada, que era el porta-voz oficial de los Chamorristas. Muy anti-Estados Unidos durante el período electoral 1928-1932.

La Nación (Managua)

Un periódico liberal que apoyó constantemente la supervisión electoral, aún en 1932, cuando parecía que el gobierno de Moncada no estaba muy dispuesto a hacerlo.

La Noticia (Managua)

Un vocero del gobierno liberal y una buena fuente para conocer las opiniones y las ideas del mismo.

La Prensa (Managua)

El periódico oficial de los Conservadores que publicó constantemente las opiniones y las ideas de los Conservadores desde 1928 a 1932. Anti-Estados Unidos en 1928, pero pro-Washington en 1930 y 1932.

La Tribuna (Managua)

El vocero oficial del Partido Nacionalista. Creado para publicar los discursos y la propaganda electoral de Toribio Tijerino, acerbamente, anti-Estados Unidos.

3. Estados Unidos

The Evening Star (Washington, D.C.)

Una buena fuente de editoriales imparciales y objetivas sobre las elecciones supervisadas.

The New York Times

Generalmente una fuente sumamente crítica de los proyectos de supervisión electoral de Coolidge y Hoover.

D. LIBROS Y ARTICULOS

Beals, Carlton. "To the Nicaraguan Border" (a la frontera nicaragüense) *The Nation*, Vol. 126 (22 de febrero, 1928), páginas 204-205.

Un relato de una entrevista personal del autor con Augusto Sandino que sirvió para dar mucha publicidad a la campaña del rebelde en 1928.

Chamorro, Emiliano, 'Adolfo Díaz y Carlos Cuadras Pasos' *Revista Conservadora* (Managua). (febrero de 1964), páginas 231-506

Un relato sorprendentemente nuevo y objetivo de los hombres y los asuntos que causaron la división con el autor y sus seguidores en el Partido Conservador desde 1928 a 1932.

Chamorro Emiliano, "Autobiografía", *La Revista Conservadora* (Managua), (octubre 1960 a febrero 1962).

Un relato extenso pero revelador de este político polifacético que trabajó intensamente para impedir la supervisión electoral de 1928.

Collier, Fex, "Hebert Hoover's Latin American Tour". *The Evening Star*, (12 de diciembre de 1928) página 5.

Un relato testimonial de la estadía del trigésimo primer presidente en Centro América.

Cuadra, Carlos Pasos, "Cabos Suelos en Mi Memoria", *Revista Conservadora* (Managua), (junio 1960-enero 1962).

Un relato de la división conservadora de 1928 que dejó al autor algo amargado debido a que no fue respaldado oficialmente por los Estados Unidos.

"Intervención", *Revista Conservadora* (Managua), (mayo de 1962), 31 páginas.

El autor pide disculpas a sus compatriotas por haber trabajado intensamente para lograr la supervisión extranjera de las elecciones de 1928.

Historia de Medio Siglo. Managua: Editorial Unión. (No hay fecha de publicación), 173 páginas.

Un relato sobre los asuntos y las personalidades que causaron la división del Partido Conservador y que acarrearón su derrota en 1928.

"Introducción a la Historia de la Guardia Nacional", *Revista Conservadora* (Managua), (agosto de 1961) 23 páginas.

Refleja el escepticismo de Cuadra respecto a la creación de un ejército profesional en Nicaragua en 1927. Este artículo es muy revelador puesto que demuestra que Cuadra, en realidad, no estaba muy complacido con el programa de supervisión de 1928. Por lo tanto, sus declaraciones a favor de los Estados Unidos en 1928 parecen no haber sido sinceras.

“Un lapso en la Vida Política de Centro América con el apoyo diplomático y militar de Estados Unidos”, *Revista Conservadora* (Managua), (octubre de 1964), páginas 16-32.

Un ataque a la intervención norteamericana en Nicaragua desde 1912-1933, pero no crítica en especial las elecciones supervisadas de 1928 y 1932.

Cummins, Lejeune, “Quijote on a Burro”.

Díaz, Adolfo, “Sobre la Intervención Americana, Último Mensaje”, *Revista Conservadora* (Managua) (octubre de 1960 - febrero de 1962).

El relato del ex-presidente sobre sus tratamientos con el gobierno de Washington desde 1912 en adelante. Describe erróneamente a un nacionalista vehemente que resistió a todas las intrusiones extranjeras en la política de su país en 1928.

Dodds, Harold W., “American Supervision of the Nicaraguan Election”, *Foreign Affairs*, Vol. VII (abril de 1929), páginas 488-496.

Un relato de las dificultades que enfrentó la Misión Electoral norteamericana en 1928 - en especial con el Partido Conservador.

Goldwert, Marvin, “The Constabulary in the Dominican Republic and in Nicaragua”, Gainesville, University of Florida Press 1962.

Gurdián, Virgilio, *Memoria de la Gobernación y Anexos, 1927-1928*, Managua: Tipografía y Encuadernacional, 1928, 326 páginas.

Un relato interesante sobre las opiniones y las ideas de los principales funcionarios del gobierno de Díaz. Revela los comentarios y las opiniones de los líderes nicaragüenses respecto de la supervisión electoral.

Hoover, Herbert, *The Memoirs of Herbert Hoover, The Cabinet and Presidency 1920-1933*. Vol. 11, New York: The Macmillan Company, 1962, 405 páginas.

Los comentarios y opiniones personales del trigésimo primer presidente fueron especialmente útiles respecto a la cuestión nicaragüense de 1930.

Addresses Delivered During the Visit of Herbert Hoover, President-Elect of the United States, to Central America and South America, November-December 1928. Washington, D. C.: Pan American Union, 1929, 60 páginas.

Una buena fuente para obtener un relato testimonial de las ideas de Hoover para Latinoamérica. No es especialmente provechoso en cuanto a los asuntos nicaragüenses.

McClellan, Edward, N., “Supervising the Nicaraguan Election”. *United States Naval Proceedings*, Vol. LIX (enero de 1933), 12 Págs.

Un enfoque en primera persona de las elecciones supervisadas y las interesantes descripciones que hace el autor de los sucesos extraños que tuvieron lugar durante el período electoral.

Guzmán, Antonio, *Memorias, Ministro de Hacienda*. Managua: Imprenta Nacional, 1928, 106 Págs.

Un revelador tratado sobre las impresiones y los comentarios de los funcionarios nicaragüenses respecto de las elecciones presidenciales de 1928.

Macaulay, Neill, *The Sandino Affair*, Chicago, Quadrangle Books, 1967.

Moncada, José M. *Colecciones de varios Folletos, Sociales, Conferencias*, Managua: Imprenta Nacional, 1930, 60 páginas.

Una colección bastante completa de discursos pronunciados por el Presidente durante las elecciones parlamentarias de 1930 y las elecciones municipales de 1931. Hay algunos discursos pronunciados a principios de 1932 que causaron temor en sus opositores a causa del continuismo.

Estados Unidos en Nicaragua, Managua: Tipografía Atenas, 1942, 206 páginas.

Un ataque a la intervención de Coolidge en 1927. Una actitud muy distinta de la desplegada por el autor durante las elecciones de 1928.

El Gran Ideal. Managua: Imprenta Nacional, 1929, 211 páginas.

Un relato excelente de la filosofía política del autor y más que nada, una apología de su tarea como presidente desde 1928 a 1932.

“Nicaragua and American Intervention”, *Outlook*, Vol. 147 (1927), páginas 451-460.

Expresa un apoyo franco a las elecciones supervisadas de 1928, y enumera las razones por las cuales el gobierno norteamericano debió intervenir para expulsar a los Conservadores.

Myers, William D. (ed.) *The State Papers and Other Public Writings of Herbert Hoover*. 2 vols. Garden City, New York: Doubleday, Doran and Co., 1934, 1,224 páginas.

Una fuente estupenda para estudiar los comienzos de la "política de buena vecindad" y las declaraciones posteriores del presidente, aún cuando breves, sobre los asuntos nicaragüenses desde 1930 en adelante.

(Anónimo) "New Years Day in Nicaragua" *Living Age*, Vol. 335 (enero de 1929), páginas 326-328.

Un relato presencial de la toma de cargo de José Moncada en 1929, redactado por un reportero que no conocía o comprendía, como los otros, al nuevo Presidente.

Solórzano, Ildelfonso *La Guardia Nacional de Nicaragua, su trayectoria e incógnita 1927-1944*. Granada: Tipografía de Centro América 1946, 236 páginas.

Una crónica de la Guardia Nacional redactada por uno de sus primeros miembros quien ve declinar su independencia original hasta llegar a la situación de ser una fuerza policiaca personal de los presidentes nicaragüenses después de 1932.

Stimson, Henry L., *American Policy in Nicaragua*, New York: Charles Scribner's Sons, 1927, 129 páginas. El pacificador de la Guerra Civil nicaragüense de 1927 presenta una disculpa por el modo en que el gobierno de Coolidge manejó la segunda intervención.

_____, y McGeorge Bundy, *On Active Service in Peace and War*. New York: Harper Brothers, 1948, 698 páginas.

Un relato lleno de informaciones sobre las funciones de Stimson como Ministro de Guerra, Gobernador de Filipinas y Secretario de Estado de Hoover. Este estudio revela el interés del secretario por las elecciones supervisadas desde 1931 a 1932 y que se originó en 1928.

Tijerino, Toribio, "Cartas, Autorretrato, Mi Pelea". *Revista Conservadora*, (julio de 1962) páginas 87-108.

El autor revela su gran cariño y su amistad de antaño por Emiliano Chamorro. El artículo revela una estrecha alianza entre los dos hombres en 1928 cuando comenzaron a activarse los terceros partidos.

_____, "El tratado Chamorro Bryan y sus proyecciones en la América Central". Managua: Tipografía La Prensa, 1935, 112 páginas.

Una descripción parcial de los intentos de Emiliano Chamorro por proteger los intereses nicaragüenses en las negociaciones del Canal de 1914.

E. Entrevistas orales

Blandón, Zacarías. Entrevista personal en Jinotega, Nicaragua, 25 de marzo de 1965.

Este ex-jefe político del turbulento departamento septentrional de Jinotega recordó muchos relatos de las actividades de los vigilantes creados por el general McCoy a fines de 1928.

Cardenal, Julio, Entrevista personal en Managua, Nicaragua, el 9 de marzo de 1965.

Indudablemente la mejor fuente de información de un participante activo en las campañas electorales de 1928.

Chamorro, Emiliano, entrevista presencial en Managua, Nicaragua, el 7 de abril de 1965.

En esta entrevista, un relato presencial de las maniobras en los primeros rangos del Partido Conservador durante el período de 1928-1932 fue revelado.

Espinosa, Erasmo, entrevista personal en Managua, Nicaragua el 24 de marzo de 1965.

La entrevista más provechosa sobre los vigilantes civiles a quienes él organizó y dirigió en las montañas de Segovia.

Gadea, Simeón R., entrevista personal 25 de marzo de 1965.

Considerado por muchos como el comentarista más imparcial de Augusto Sandino y su campaña en las montañas de Segovia, especialmente durante las elecciones de 1928.

López, Edmundo, entrevista personal, 24 de marzo de 1965.

Esta fuente ofreció la mejor información sobre las actividades políticas y militares del Partido Liberal en los Departamentos Septentrionales durante el otoño de 1928.

Molina, Miguel, entrevista personal 26 de marzo de 1965.

Esta fuente ofreció la mejor información sobre las operaciones tácticas de las fuerzas de Sandino. Esta información, sorprendentemente, casi coincidió totalmente con las informaciones de inteligencia reunidas por la Guardia Nacional en 1928.

Moncada, Oscar, (hijo de José M. Moncada), entrevista personal, 30 de marzo de 1965.

Esta fuente fue muy franca al relatar las ambiciones paternas de gobernar por un segundo período.

Obregón, Pablo, entrevista personal, 24 de marzo de 1965.

Uno de los muchos cronistas de las condiciones políticas en las montañas de

Segovia de 1928 —especialmente sobre la intensificación de las actividades ilegales de los seguidores de Sandino.

II. FUENTES SECUNDARIAS

Bolaños Alemán, Sandino, *Estudio Completo del Heroe de las Segovias*.

Ciudad de Guatemala: Imprenta La República, 1932, 81 páginas.

Un relato muy parcial sobre el rebelde nicaragüense y al mismo tiempo una fuente útil para conocer las impresiones y las opiniones de los centroamericanos durante la segunda intervención.

Castellón H. A., *Historia Patria*, Managua: Imprenta Nacional, 1940, 180 páginas.

Una historia del desarrollo político nicaragüense que pondera el impacto de los intereses norteamericanos en los procesos electorales.

Anónimo, "Continuing Work of the Financial Conferences" *Bulletin, Pan American Union*, Vol. XI, (junio de 1915), 2 páginas.

Un artículo interesante sobre el temprano apoyo que Hoover dio a la política de buena vecindad en Latinoamérica, mucho antes de convertirse en presidente en 1932.

Current, Richard N., *Secretary Stimson, A Study in Statecraft*. New Brunswick: Rutgers University Press, 1954, 252 páginas.

Un tratado muy imparcial sobre un hombre ético quien, según el autor comprendió las reglas de la política del poder y las utilizó eficazmente.

Ellis, Ethan L., Frank B. Kellogg and American Foreign Relations. New Brunswick: Rutgers University Press, 1961, 240 páginas.

Un relato justo e imparcial de las actividades de Kellogg como Secretario de Estado. También documenta una aseveración de que Henry Stimson, en calidad de ciudadano privado tomó decisiones políticas primordiales en Nicaragua en 1927.

Morison, Elting. *Turmoil and Tradition*. Boston: Houghton Mifflin Company, 1960, 684 páginas.

The National Cyclopaedia of American Biography. 47 volúmenes, New York: James T. White and Company, 1893-1965

Buena fuente para extraer material biográfico.

Pringle, Henry F., "Henry L. Stimson": A Portrait" *Outlook*, Vol. 151 (marzo de 1929) páginas 408-410.

Una excelente descripción de la personalidad y las actividades del Secretario de Estado de Hoover las que justifican muchas de sus acciones y de sus decisiones políticas.

U. S. Navy Department, *Biography of Admiral Clark Woodward*. Washington: Sección de Biografía, 1962.

Historia del servicio militar del supervisor norteamericano de las elecciones de 1932.

U. S. Navy Department, *Biography of Admiral Alfred Johnson*, Washington: Sección de Biografía, 1932.

Una síntesis de los cargos militares desempeñados por Johnson.

Urtecho, José Coronel, *Reflexiones Sobre la Historia de Nicaragua*. Managua: Imprenta Nacional, Volúmenes I y II, 1961, 323 páginas.

Excelente relato de las primeras discordias entre los liberales y conservadores en el periodo colonial.

Valle, Manuel Antonio, "Viva Sandino" *Living Age*. Vol. 348, (noviembre de 1932) 5 páginas.

Un relato temiblemente parcial de la campaña de Sandino contra la Infantería de Marina norteamericana, que describe al nicaragüense como un nacionalista genuino y no un rebelde.

Kamann, Wm., *Search for Stability Nicaragua, 1925-1933*, Universidad de Notre Dame Press, 1969.

AGRADECIMIENTOS

Este libro originalmente comenzó como una disertación doctoral en la Universidad de George Washington, Washington, D.C.

El autor agradece al Profesor William Columbus Davis por su ayuda constante y sus buenos consejos durante el periodo de investigación en este trabajo.

Una de las principales fuentes a las que acudió el investigador fueron los anales de las Misiones Electorales en Nicaragua guitrddados en los Archivos Nacionales. Estos nunca fueron examinados completamente y por lo tanto revelaron datos interesantes sobre las campañas políticas nicaragüenses de 1928 y 1932. Por la

ayuda prestada para estudiar esta extensa colección, el autor agradece muy especialmente a la señora Julia B. Carroll, Asesora de Referencias en los Anales del Departamento de Estado y al señor Ronald S. Heise y a Patricia Dowling, archivera. Su paciencia y su colaboración durante dos años fueron valiosísimas.

Gran parte de la investigación para este libro fue llevada a cabo en Nicaragua y el entonces Embajador de los Estados Unidos, Aaron S. Brown, consiguió numerosas entrevistas con personas que participaron activamente en la política nicaragüense desde 1927 a 1932. El autor agradece especialmente a Guillermo Sevilla Sacasa, Embajador nicaragüense en Washington, quien le arregló numerosas entrevistas y le ayudó a entrar a los Archivos Nacionales de Managua, y, en especial a los Anales del Ministro de Gobernación, entonces don Lorenzo Guerrero.

El Doctor Vicente Navas, Presidente de la Junta Electoral Nacional, colaboró muy especialmente al permitirle al autor el leer los Anales del Tribunal Supremo Electoral. Esta fuente reveló muchas opiniones privadas y reac-

ciones de funcionarios nicaragüenses en las elecciones de 1928 y 1932.

Tanto Emiliano Chamorro como Julio Cardenal colaboraron con el escritor al relatarle sus valiosas impresiones respecto del funcionamiento del partido conservador desde 1928 hasta 1932.

Numerosos periodistas nicaragüenses le suministraron material relacionado con los principales sucesos políticos durante las elecciones. Entre estos cabe nombrar a Joaquín Zavala Urtecho, editor de la Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano. Orlando Cuadra Downing miembro de la plana editorial de la misma revista, también colaboró con el autor en estudiar los distintos documentos que tratan sobre la historia del Partido Conservador.

El editor del periódico liberal Novedades, el señor Luis Pallás Debayle, le asistió al orientarlo hacia funcionarios de los gobiernos de Díaz, Moncada y Sacasa, quienes le proporcionaron numerosas interpretaciones de los principales sucesos políticos durante las elecciones de 1928, 1930 y 1932.

Comentarios de Libros

Reales Exequias

Alabanza de Honduras

*Historia Social de la Literatura y
el Arte*

Llama Guardada

*Raíces indígenas de la lucha
anticolonialista en Nicaragua*

Reales Exequias

Edición Facsimilar
del Banco Central
de Nicaragua, 1975

Pedro Ximena



Quiero empezar esta reseña con un recuerdo personal. Por el año de 1969 ó 1970, no recuerdo exactamente, cuando yo aún vivía en España, Jorge Eduardo Arellano me escribió desde Managua para que le consiguiera una copia fotostática de las **Reales Exequias**, uno de cuyos rarísimos ejemplares había localizado en la Biblioteca Nacional de Madrid. No pude, desgraciadamente, atender su pedido como él merecía y como me hubiera gustado hacerlo: en aquellos días iba a salir del país y ya de vuelta me metí de lleno en investigaciones que absorbieron todo mi tiempo. Ahora acaba de publicarlo en magnífica edición facsimilar con el correspondiente aparato crítico, bajo el patrocinio del Banco Central de Nicaragua. No he relatado este episodio, de por sí intrascendente, para meterme en donde nadie me está llamando, sino para dejar público testimonio de lo arrepentido que me encuentro por no haber tempestivamente colaborado, aunque en mínima parte, a las investigaciones aquellas, cuyos resultados, hechos por fin de público dominio, son de naturaleza tal que inclusive para un modesto aficionado a nuestros estudios histórico-críticos, constituye motivo de pesar el no haber tomado parte ninguna en la realización de ellas.

Quién fuera Pedro Ximena, qué hiciera, y qué representara en la vida nicaragüense cuando el atardecer de la Colonia, no explicaré en estas líneas, pues acaba de hacerlo y con pluma maestra, Manuel Ignacio Pérez Alonso en su Introducción al libro. Tampoco me alargaré en explicar lo que

son las **Reales Exequias** y la **Real Proclamación**, porque aún tratándose de textos completamente desconocidos en Nicaragua, pese a su notable importancia histórica, no es éste argumento de fácil divulgación: quien tiene interés en la materia no me perdonaría, además, la ocurrencia de resumir ligeramente, y con palabras mías, unas prosas que hay que saborear con la misma fruición con que se deliban vinos de añeja e hidalga solera.

Me conformaré con decir en estas notas, necesariamente sucintas, que editando a distancia de dos siglos de su primera aparición esta joya bibliográfica, y enriqueciéndola de sus espléndidas notas (cuánta erudición en estas apuntes, y qué señorial compenetración por parte de un autor que nunca alardea de sus múltiples conocimientos, empleándolos por lo contrario, únicamente en beneficio del lector!), Manuel Ignacio Pérez Alonso ha rendido a la cultura nicaragüense un servicio de los que no se miden por la extensión del trabajo, sino por su categoría absolutamente inusual en estos páramos de Dios, y tampoco muy frecuentes en países de más afianzado desarrollo cultural.

Es una lástima no poderse meter montaña adentro en el territorio de Pérez Alonso, acompañarlo página por página, línea por línea, nota por nota, en su cálida reconstrucción de la sociedad nicaragüense del siglo XVIII, de la (aunque modesta) atmósfera cultural de aquellos tiempos, de las actividades y quehaceres de Pedro Ximena.

Para realizar tamaña empresa debería escribir otro ensayo no menos extenso del que él llevó a cabo, y seguramente no saldría airoso del trance. Una cosa, por de pronto, resulta de meridiana claridad cuando se llega al final del tomo y es algo que tiene que ver con lo que desde siempre venimos pregonando: que no se puede tener una adecuada idea de lo que Nicaragua ha sido y es, si se carece de una minuciosa, erudita, detallista preparación histórica, única condición q' nos permite revivir acontecimientos del pasado aparentemente insignificantes, pero todos indispensables para captar el sentido íntimo de una realidad compleja y trascendente. No cabe duda de que Manuel Ignacio Pérez Alonso ha llevado a cabo como pocos hasta la fecha —me atrevería a decir como nadie, si no pensara en Carlos Molina Argüello— este proceso de redescubrimiento antes, de interpretación después, de la vida nicaragüense de las pasadas centurias. Hechos de por sí oscuros, o extraños, o de dudosa significación, adquieren, si se les enmarca en los acontecimientos de la historia europea, en el conjunto de las vicisitudes que tuvieron su baricentro allende la mar, entre gentes aparentemente —pero tan sólo aparentemente— ajenas a lo nuestro, adquieren, decía, su verdadero sentido y sus reales dimensiones. Es mérito peculiar de Pérez Alonso haberse acercado a esta realidad nicaragüense del siglo XVIII analizando uno a uno de los protagonistas sobresalientes de ella con una minuciosa información y una más que notable capacidad de remontar a la visión de conjunto. De esta manera rescata y ubica, de la forma más satisfactoria, personajes, costumbres, ideas, acontecimientos que, a distancia de siglos, vuelven ahora a cobrar vigencia.

De hecho, Pérez Alonso no solamente ha escrito la biografía de Pedro Ximena y analizado sus ocasionales composiciones literarias: ha revivido, hasta donde era posible hacerlo, un período de nuestro pasado, dándonos un valioso enfoque de la historia cultural y literaria de la Nicaragua de los últimos años de la Colonia con visión profundamente unitaria y sumamente documentada. Por cuanto estas líneas tan sólo se ofrezcan a la atención del lector como un

somero enfoque del trabajo de Pérez Alonso, no sería justo no destacar en su ensayo, las interesantísimas y muy importantes noticias que ha reunido acerca de la biblioteca de Ximena, de sus lecturas, de su orientación espiritual. En este periodo la atmósfera cultural europea, con la cual Ximena mantiene estrechas vinculaciones, es especialmente interesante, como que trascendentes mutaciones van operándose, las que alterarán estructuras seculares: y baste con hacer referencia a la Revolución Francesa. Saber lo que leía, opinaba, discutía en aquellos años —ya sea en Granada como en León— un “ilustrado”, es de incalculable importancia para comprender, entre otras cosas, cómo Nicaragua maduró los fermentos renovadores de su inminente Independencia.

Alabanza de Honduras

Anaya, Editorial
Madrid, 1975

Oscar Acosta

“Ochenta y ocho días había que no me había dejado la espantable tormenta, a tanto que no vide sol ni estrellas por mar; que a los navíos tenía yo abiertos, a las velas rotas y perdidas anclas y mujarcias y cables, con la gente muy enferma y todos contritos y muchos con promesa de religión. Otras tormentas se han visto, más no durar tanto ni con tanto espanto...”

Estas y otras fatigas narraba el General Almirante don Cristóbal Colón, en carta dirigida a sus señores los Reyes Católicos, dándoles cuenta del descubrimiento de una nueva tierra —la que después se llamó Honduras— y a cuya primera punta divisada llamó el

Hago dos observaciones que esta lectura me sugiere en cuanto a planes por llevarse a cabo. Justamente observa Pérez Alonso, al hablar de la posible huella que el pensamiento de Ximena dejaría en la naciente intelectualidad nicaragüense, que tales investigaciones aún no han encontrado quien cumpla amorosamente con ellas. Quisiera unir mi voz a la suya, tanto más autorizada, para subrayar la necesidad de encauzar por esos caminos la nueva investigación histórica. La segunda, tan sólo es una cordial y amistosa insinuación dirigida al propio Pérez Alonso: si no ando descarrilado, me parece recordar que queda por reeditarse desde 1796 la *Oración Fúnebre* que Ximena dedicara a su amigo y protector Esteban Lorenzo Tristán, Obispo que fue de León, Durango, Guadalajara. Los que hemos visto la edición que don

Manuel Ignacio ha preparado para el Banco Central de Nicaragua de las *Reales Exequias* (abro un paréntesis: se trata de una edición tipográficamente exquisita), ya saboreamos la delicia que podría ser su edición de la *Oración Fúnebre*, y el Padre Pérez Alonso sabrá mejor que nadie que no está bien fomentar pecados de gula. Ni cuando se trata de gula literaria. ¿Querrá el ilustre amigo proporcionarnos este placer y al mismo tiempo enriquecer la no muy extensa literatura historiográfica nacional de categoría? Quien conoce su generosidad intelectual, su capacidad específica y su talento, sabe que la respuesta no puede ser sino positiva. ¿Para cuándo, pues, la realización de tan hermoso plan?

FRANCO CERUTTI



infatigable navegante el “Cabo de Gracias a Dios”. ¡Había de qué darlas!

Ello ocurría el 12 de septiembre de 1502, durante el cuarto viaje de aquel hombre, que llevaba diez años descubriendo tierras, siendo así que con el primero de aquellos viajes hubiera tenido bastante para cubrirse de gloria por los siglos venideros.

Con la carta de Colón comienza el libro de Oscar Acosta, titulado “Alabanza de Honduras”, que ningún español debería dejar de leer, para deleite del espíritu y mejor conocimiento de los países más interesantes de este continente en el que cada uno de nosotros podemos encontrar veinte patrias, además de la nuestra.

Oscar Acosta, gran escritor y gran poeta, es además el actual Embajador de Honduras en Madrid. Podría muy bien haber sido él solo quien nos explicara en un libro cómo es ese país suyo que muchos no conocemos “el país de los pinos absolutos” y de las tradiciones viejas. Pero con una modestia que le honra, ha preferido presentarnos una Antología de los textos que a otros escritores famosos —españoles e hispanoamericanos— les ha inspirado aquella tierra hermosa cubierta de bosques perfumados.

Fue en el Salón de Embajadores del Ministerio de Asuntos Exteriores donde se celebró un acto en honor del embajador de Honduras, don Oscar Acosta. El director general de Relaciones Culturales, marqués de Busianos, nos presentó el libro, un volumen sencillo, pero primorosamente editado por la editorial Anaya, cuyo presidente, don Germán Sánchez Ruipérez, también estaba allí, así como el director del Instituto Hispánico, don Juan Ignacio Tena Ibarra.

El director general hizo también un caluroso elogio del autor. Este, al dar las gracias, expresó su satisfacción por haber tenido la oportunidad de dar a conocer en España lo que Honduras ha inspirado a las ilustres plumas que figuran en su Antología.

Ha tenido que ser un trabajo impropio para el embajador

Acosta buscar y seleccionar lo mejor entre tanto como se ha escrito sobre uno de los países con fisonomía tan singular y que tanto impresiona a quienes lo ven por primera vez.

Pero....! qué canto, qué facilidad y qué riqueza para el lector poder encontrar juntos, uno tras otro, los textos de prosa y poesía que ese país llamado Honduras —pequeño por su densidad de población— grande en su extensión y grandioso por sus paisajes y vestigios de la civilización maya—inspiró a tanto escritor y poeta ilustres! Rubén Darío, Miguel Angel Asturias, Pablo Neruda, Agustín de Foxá, Ernesto La Orden Miracle, José Martí, Medardo Mejía..., así hasta cien firmas de hombres y mujeres famosos que nos enseñan tantas cosas, deleitándonos y emocionándonos a la vez.

Hay en el libro de versos y prosas. Entre los primeros, conmueve por su ternura y su semejanza con lo popular español, un romancillo de Alberto

Ordóñez Argüello titulado “Los de los tres arrieros a la Virgen de Suyapa”. Veamos algunos de sus renglones:

De pronto un arriero
Se sienta a rezar;
La Virgen lo mira
Y se echa a cantar...

Virgencita del campo hondureño,

Albahaca y sueño,
Morenita de sol.
Te siento en mi pecho
Torcaz encerrada
Aquí acurrucada
En mi corazón

También impresionan los versos —de factura moderna— que el propio autor del libro, Oscar Acosta, dedica a los pinos de su tierra.

Esos pinos de Honduras “que forman un imperio definitivo/ del que no puede huir la naturaleza ni el hombre./ En zonas terrestres, anteriormente devastadas/ se agruparon los árboles con sus bellotas de oro/ que después viajan hacia los ríos integrando un universo dorado”.

No puedo ni debo terminar sin aludir a uno de los muchos tesoros que encierra el libro de Oscar Acosta. Es el artículo de Agustín de Foxá titulado “La Pelota”.

En un viaje en compañía de otro inolvidable poeta —Leopoldo Pnaero—, Foxá visitó el frontón de Copán, de la época de los indios mayas, en la frontera de Guatemala con Honduras, es decir, en el corazón mismo de aquel viejo imperio.

“Y dijo que debió nacer allí la pelota —escribió Foxá—, porque en aquellos bosques crece vigoroso el árbol del hule o de la goma elástica. El frontón maya de Copán aparece intacto entre los grandes árboles. Cercano el rumor de un río. Debajo hay dos frontones más, enterrados. La cancha que contemplo se edificó alrededor del año 700, es decir, cuando los árabes vencían a don Rodrigo en la batalla del Guadalete e invadían España”.

JOSEFINA CARABIAS

Madrid, junio de 1975

Historia Social de la Literatura y el Arte

Ediciones Guadarrama
Madrid 1969

Arnold Hauser



La obra de Arnold Hauser, *Historia Social de la Literatura y el Arte*, publicada en Londres en 1952 y premiada por el gremio de críticos alemanes como una de “las más importantes realizaciones culturales de mediados de nuestro siglo”, es un audaz intento de determinar, desde la doble perspectiva social y cultural, tanto las líneas generales del desarrollo de la

creación artística universal, como el hilo conductor que da un sentido unitario a dicho desarrollo. Tan ambicioso plan, y la tenacidad del esfuerzo puesto en su realización, hacen de esta obra, en algunos aspectos, comparable con otra, aparecida también en Londres por esos mismos años, de la pluma de un ilustre tocayo del escritor húngaro: el famoso

Estudios de la Historia, de Arnold J. Toynbee.

Como la de Toynbee, la publicación de Hauser se convirtió rápidamente en un rotundo éxito editorial. La amplitud de la síntesis de Hauser, lo relativamente completo de su inventario artístico y la claridad de su exposición, contribuyeron eficazmente a tan buen suceso. Lamentablemente, y apartando el hecho de que Toynbee carecía en el ámbito de su trabajo de antecedentes tan abundantes como los de Hauser, la semejanza entre ambas obras es más marcada en los aspectos negativos que en los positivos. Nos parece una coincidencia significativa el que la *Historia Social de la Literatura y el Arte* sea fácilmente vulnerable precisamente en los puntos en que el *Estudios de la Historia* de Toynbee ha recibido los más certeros y contundentes ataques. Pocos años después de aparecer la obra de Toynbee, el brillante filósofo e historiador inglés Christopher Dawson señalaba “La dificultad de reconciliar el absolutismo moral de sus juicios (de Toynbee) con el relativismo cultural de su

teoría" y agregaba: "El principio de la equivalencia teológica de las religiones superiores no encuentra mayor justificación en el Estudio de la Historia que la equivalencia filosófica de las civilizaciones". Por ese mismo tiempo, el gran filósofo español Ortega y Gasset, expresaba con su lenguaje jocundo y pintoresco que la obra de Toynbee le parecía, por unos de sus ángulos, un obstinado esfuerzo de "empardecir todos los gatos de la Historia".

Consideraba Ortega indebido, por ejemplo, que con unas mismas palabras, "Estado Universal", denominara Toynbee la magnífica empresa imperial que fue la Roma de los Césares, y los mansos Virreynatos Coloniales de México o Perú. Tales equiparaciones conceptuales vician realmente todo el contenido del Estudios de la Historia. Pues bien, la Historia

Social de la Literatura y el Arte, es también reo de un delito semejante. Parece, por ejemplo, absurdo, que un mismo vocablo, "Naturalismo", designe la modalidad artística del hombre paleolítico que dibuja bisontes en su cueva, y la de los refinados pintores del bohemio París del siglo XIX.

La idea principal del Libro de Hauser es la polarización de la creación artística entre los extremos del naturalismo y el formalismo. Tal polarización, que recuerda la dualidad Nietzscheana de los dionisiaco y lo apolíneo, está montada, según el autor, sobre la dualidad de inclinaciones sociales "liberal - progresita" y "autocrático - conservadora", inclinaciones que se remontan a los orígenes de la humanidad. La fórmula nos parece hartamente simplista. El intento de aplicarla rigurosamente tropieza con graves dificultades que hacen manifiesta la

inexactitud de la misma. Si, en cambio, se entiende la fórmula en un sentido laxo, no hace más que expresar eufemísticamente la diferencia entre los artistas originales y creadores, y los adocenados imitadores de Escuela. Las repetidas protestas de Hauser, porque no se de un sentido valorativo a sus conceptos de interpretación estética resultan ineficaces por cuanto, la interpretación de los fenómenos sociales correlativos de los mismos, está teñida de indudables matices de valoración. En este sentido, Nietzsche, que no velaba con pudor alguno sus juicios de valor, nos parece más honesto y objetivo. Es también interesante notar que, a pesar de cierto paralelismo en sus conceptos, las ideas estéticas de Nietzsche favorecen una interpretación aristocrática de la historia, y las de Hauser, la visible inclinación democrática de su autor.

JOSE E. BALLADARES

Llama Guardada

Editorial "ASEL"
Managua, Junio 1975

Vidaluz Meneses



VIDALUZ MENESES nació en Matagalpa, Nicaragua el 28 de mayo de 1944. En este volumen reúne por primera vez una selección de su obra poética, antes dispersa en diarios, revistas y antologías. No por ello su quehacer literario había dejado de tener significación en el con-

junto creativo de un país señalado, entre otros motivos pésimos, por sólo una cosa buena: la permanente calidad de su poesía.

LLAMA GUARDADA en este sentido aporta la vitalidad oculta (o de fuego mesurado) de una

poesía adrede modesta, sencilla y cotidiana, que abarca la indeclinable lucidez de una vida sobriamente sensible y sensitiva y que por lo mismo trasciende — con dominio y dignidad — la inexorable experiencia de la burocracia en angustiantes oficinas (de empleos no menos asfixiantes) contrarios a todo anhelo de aventura del espíritu y/o libertad.

Es así como surge del poemario mismo la necesidad de una saludable ironía para defenderse de la agresividad de lo establecido, y como esta misma actitud, vital y serena, se transforma al abordar el mundo del hogar y adquiere, por contraste, la admirable capacidad de encarar con apacibilidad y ternura y sin subterfugios sentimentales, uno de los aspectos de la vida que actualmente se hacen más difíciles de dar a plenitud en la poesía.

LUIS ROCHA

Raíces indígenas de la lucha anticolonialista en Nicaragua.

Siglo XXI
Editores, S.A.
México, 1974

Jaime Wheelock Román



●He aquí un libro de 100 páginas que se propone con valentía penetrar en la Historia de Nicaragua tratando de proyectar sobre ella una nueva óptica: la relación opresor - oprimido y la resistencia armada de éste a aquél. Este análisis, efectivamente, es nuevo, ya que hasta el presente, como dice el autor aludiendo a un "escritor burgués", ha prevalecido la tesis según la cual "la nueva historia indo - hispana... comienza con un diálogo entre el Cacique Nicaragua y el conquistador Gil González Dávila". Pues bien, no comenzó por un diálogo, ni hubo después diálogo alguno, sino lucha denodada del indio contra el conquistador y contra la "oligarquía de goce" instaurada por la Conquista y mantenida por la Colonia. "El colonialismo español en Nicaragua no tuvo un momento de paz" (p.7). Rechaza también el autor con admirable energía el mito del mestizaje, "tesis de estructuración nacional y social, escondiendo tras su tono abiertamente conciliatorio el módulo justificador de las nuevas fórmulas de explotación que redefinieron los continuadores del colonialismo tras la independencia de España"... "Después de todo la Colonia nos legó su sangre y espíritu" (p. 8-9), somos hermanos y ya no nos queda sino "la tarea de esforzarnos en la empresa constructiva de la nacionalidad. Pero ¿qué puesto le corresponderá a cada uno en esta obra de reconstrucción?: La respuesta, la da otro autor burgués: "Se puede decir que la esencia mestiza de este país está

representada por este triple símbolo: un coro de campesinos, una guitarra y una cocina" (p. 9). Ese sería, en opinión del burgués, el papel asignado al campesinado nicaragüense: "trovadores, dicharacheros, comelones". "Una asociación folklórica no basada en la explotación". Naturalmente, en esta empresa de reconstrucción el burgués se reserva el puesto de "maestro de obras, ingeniero del mestizaje". El mito del mestizaje constituye el puente por el que la dominación, pasa incólume de los colonialistas a los oligarcas, de los oligarcas a los burgueses. O, utilizando nombres propios, de Cortés y Pedrarias Dávila a Nixon y Johnson, para quienes la dominación ha de afianzarse a través de una contrarrevolución cultural ininterrumpida. Víctima perenne de esta dominación: el indio. Por eso, concluye el autor, "a una cultura de la dominación correspondiente a una alianza con el imperialismo a nivel de socio comercial, nosotros oponemos una cultura de la revolución fundamentada en la alianza de las clases explotadas y oprimidas de Nicaragua". (p. 11).

Hasta aquí la introducción, que es un buen resumen del libro, o más bien de la óptica con que el autor va a tratar los capítulos que siguen que abarcan integralmente la historia de Nicaragua, y cuyos títulos son: I.- Conquista española. Choque de armas. II.- La Resistencia oriental. III.- Sublevación en la Colonia. IV.- Resistencia indígena e Independencia. V.- Las luchas por la Independencia: fiebres y serviles. VI.- La guerra de las Comunidades.

Cada capítulo, sin querer ser exhaustivo, pretende dar un flash orientador sobre el momento histórico al que se refiere. Entre ellos destacan subtítulos como los siguientes: Las bandas españolas (I), Brotes de rebeldía y de resistencia (I). Ofensivos xicaques (II), ¿Paz colonial o guerra anticolonial? (III). El indio en la guerra anticolonial antifilibustera (V). Guerra antioligárquica (VI).

El libro se lee fácilmente. Escrito en un lenguaje fácil e incidente, el lector se da cuenta, desde la primera página, de que va a asistir a algo nuevo. Y ese es su principal mérito: aplicar el esquema dialéctico a la historia de un pueblo que hartó lo ha menester. Por que no hemos de hacernos ilusiones. Es absolutamente necesario desmenujar la historia de nuestros pueblos, y proyectar sobre ella una nueva luz: la luz del oprimido. De ahí que los iconoclastas sean necesarios, de ahí que sea necesaria la revolución, esa palabra que sobrecoge por poner en entredicho la paz de los cementerios. Este libro gusta porque se erige en defensor de la causa del oprimido, del explotado, del olvidado. Y hay que reconocer que una tal postura no es cómoda en nuestros medios. Por eso, para adoptarla es necesaria una cierta dosis de valentía de entusiasmo y de idealismo. Esos son los méritos de la obra y del autor.

Sin embargo, sorprende un poco querer abarcar más de 400 años de historia en 114 páginas. Ello da como resultado un trabajo contracto, más amplio que profundo, en el que, por lo interesante del tema, el lector se queda con frecuencia sin poder saciar su curiosidad, o sin respuesta a una serie de interrogantes de fondo que ponen en peligro la validez de los argumentos de la obra. Un lector burgués cualquiera podría acusar al librito de "simplezas e ingenuidades". Y un lector marxista podría exclamar al final de la lectura: "Demasiado claro para ser verdad", o bien, "¡Qué hermosa causa, si fuera mejor defendida!" ¿No hubiera sido preferible limitarse a un período o a un hecho de la historia de Nicaragua y haber aplicado el método de profundidad? El trabajo habría ganado en seriedad, y por lo mismo, en credibilidad.

Queda por saber —y después de dos atentas lecturas no logro elucidar la cuestión— si la obra pretende ser sólo de investigación o también de divulgación. El aparato bibliográfico citado hace suponer que es, por lo menos, de investigación. Y sin embargo el historiador científico no puede menos de hacer salvedades. También aquí hubiera sido conveniente saber a qué atenerse desde el principio. Claro que puede tratarse de una investigación al servicio de una divulgación, es decir, proponer una interpretación de la historia apoyada en el análisis de determinados hechos. Pero entonces se plantea el problema clásico entre ciencia y creencia. Lo ideal sería una investigación pura, libre de todo lastre ideológico. Por eso no es posible, porque afortunadamente el hombre no es (todavía) una computadora. No obstante sí se aconseja a todo investigador que, si bien no le está vedado profesar una ideología, procure que ésta no se imponga totalmente sobre la ciencia a la hora de levantar una tesis. Es una cuestión de dosis. Pienso que en el caso que nos ocupa la causa defendida no sólo merece y necesita entusiasmo y fe, sino también rigor científico.

He aquí concretamente mis observaciones a esta obra.

1) Falta de análisis socioeconómico de la sociedad india, que explique por qué el autor nos presenta siempre un "pueblo indio" compacto, con

conciencia de clase haciendo causa común ante el invasor, y hasta identificado ya con el pueblo nicaraguense, librando contra los conquistadores una auténtica guerra de liberación nacional. Lo cual, evidentemente, de ser cierto, sería muy hermoso.

2) Falta de análisis de la sociedad europea y española de los siglos XV y XVI lo cual nos hubiera ayudado a comprender los "por qué" (eso es ciencia) que hicieron posible una situación (eso es historia)

3) Ausencia de análisis comparativo con lo sucedido en la misma época en otras partes de América Latina, al menos en Centroamérica. Esto es válido sobre todo para el período de la Conquista y para los orígenes de la subversión. Con ello el lector, aunque fuere burgués, se habría situado en el tiempo y en el espacio, apreciando así la originalidad del caso de Nicaragua, o por el contrario si no hubo tal originalidad, constatar que se trató de un caso más de la regla general. En este caso ¿por qué no exponer la regla general, dando una visión sucinta de la lucha anti-Conquista y anti-Colonia en Centroamérica? Porque el lector, que tal vez no sólo ha leído a autores burgueses, que tal vez conoce bien la historia precolombina, que a lo mejor leyó también algo sobre la historia general y el origen de la subversión en América, se queda un tanto perplejo ante los indios de Nicaragua, indómitos durante tres siglos, insubmisos, unidos, siempre en pie de guerra, protagonistas de la anti-Conquista y de la Independencia. ¿Quiere dárseles a entender que aún queda por escribirse la epopeya que rescate para la historia épica de América las gestas de los indios de Nicaragua, al igual que se rescató la gesta de los Araucanos? Porque hasta ahora solamente sabemos algunas cosas:

a) Que los españoles no fueron recibidos en ninguna parte con los brazos abiertos, ni siquiera en México, a pesar de que a Cortés lo tomaron por Quetzalcoatl, pues dice Mendieta que los tomaron por dioses "aunque después que conocieron y experimentaron sus obras no los tuvieron por celestiales" (Fray Gerónimo de Mendieta: *Historia Eclesiástica Indiana*. México, 1945, pp. 100-101)

b) Las sublevaciones que dieron origen a la Independencia no eran la continuidad de la resistencia de los indios a la Conquista. La sublevación era algo prácticamente desconocido para los pueblos de los dos grandes imperios autocráticos y teocráticos precolombinos: aztecas e incas.

c) Esas sublevaciones contra la Colonia las aprendieron los indios del ejemplo que les daban los aventureros españoles, convertidos ya desde tiempo de Colón, en señores feudales, opresores y explotadores de indios, y dispuestos a todo para resistir al poder central, representado por el virrey que era el encargado de aplicar las ordenanzas protectoras de los indios.

"Se acata, pero no se cumple", decían los aventureros feudales españoles ante las disposiciones del Consejo de Indias. Esta rebeldía es el principio de la independencia y constituye la primera lección de insumisión para el indio, quien se sublevará repetidas veces contra el opresor al grito de "Muera el tirano" precedido de "Viva el Rey".

Todo esto lo sabemos, digo, en general; pero en la obra no queda suficientemente demostrado que Nicaragua sea un caso particular.

4) Falta de visión diacrónica de la Historia, como consecuencia de la falta de análisis antes señalado. Estamos de acuerdo en que debe destruirse el mito del mestizaje. Ahora bien, el mestizaje no sólo es un mito; es también, mal que nos pese, una realidad, que en cuanto tal no está permitido ignorar. Nos extraña mucho ver, a lo largo de la crónica, a un indio combativo, perenne protagonista en todas las épocas y perenne víctima en todas las épocas. Ciertamente que ha sido perenne víctima. ¿Pero también protagonista? Mucho me temo que el indio fuera protagonista ciertamente en la lucha anti-Conquista, cuando estaba clara la polarización opresor-invasor —oprimido-invasor. Pero a partir de entonces, a medida que aparecía el mestizo, el indio fue relegado a segundo, a tercero y a último lugar, siendo utilizado por unos y por otros y explotados por todos. Los indios todavía no han jugado su carta en la Historia de América Latina. Y algunas etnias, por desgracia, se xtinguieron sin decir palabra. Esto me ha hecho pensar, a lo largo de la lec-

5) Esta falta de diacronía comporta una visión de la historia como un eterno presente. Por ello el autor utiliza indiscriminadamente para épocas pasadas un vocabulario y conceptos que corresponden a esquemas de la sociedad industrial de los siglos XIX y XX.

tura del libro, que el autor idealiza y que toma sus deseos por realidades.

6) Por último es de lamentar que el libro toma a veces apariencias de crónica de guerra, más que analítica de las causas que provocaron esos hechos de armas y de las situaciones en que se desarrollaron. No es que falte este análisis, sino que, por no verse la vía de consecuencia respecto a los hechos aducidos, le falta credibilidad.

Esperemos que en el futuro el autor pueda brindarnos sobre el

asunto una obra de madurez en que, recogiendo el mismo tema y bajo la misma óptica, la ponderación y el rigor científico del método no cedan ante la fe sincera que él siente por la causa que defiende.

Angel Arjona Santos

- Sección Archivo -

*** La Muerte del Presidente
Evaristo Carazo.**

- Por José Dolores Gámez -

*** Relación del viaje del Presidente de
Costa Rica,
Don Bernardo Soto,
a Nicaragua.**

Pío Viquez (Parte Final)

- Sección Archivo -

La Muerte del Presidente Evaristo Carazo.*

- Por José Dolores Gámez -

Rivas, agosto 12 de 1889
Señor Director del
Diario de Centroamérica.
Guatemala.

Triste y dolorosamente principió para nosotros el actual mes de agosto.

Encontrábase de paseo el Sr. presidente Carazo, en la ciudad de Granada, el día 10. del corriente, cuando de súbito se sintió acometido de la fatal dolencia del corazón, que tanto le afligía.

El ataque fue terrible y decisivo; la lucha corta. Aún no se había extinguido el eco del último campanazo de las dos de la tarde de aquel nefasto día, cuando el ilustre enfermo pagó su último tributo a la naturaleza.

Suele decirse que así como es la vida, tiene que ser la muerte. El Sr. Carazo murió tranquilo, pudiera decirse que sonriente. Aquella faz bondadosa, que jamás alteró la cólera, ni las malas pasiones, no sufrió alteración alguna ni con la rigidez cadavérica. El sueño de la eternidad sólo es terrible para los malvados; para el hombre bueno es reposo y quietud, descanso y calma.

El presidente exhaló su último aliento en el seno de una sociedad, en que existía el foco de su mayor oposición política; pero justo es decirlo, al verlo desfallecido y expirante se acabaron las rencillas y prevenciones de la víspera, y sus opositores más remarcados se confundieron en aquella hora solemne con los amigos más íntimos, para postrarse todos juntos, respetuosos y consternados, ante le lecho funerario del primer Magistrado de la República.

Los disgustos, las amarguras sin cuento, que día a día, hora por hora y minuto por minuto, tuvo que apurar constantemente aquel virtuoso patriota, laceraron su corazón, enfermo ya por la hipertrofia, y fueron para su existencia algo así como el traidor petardo para la confiada barca que se mece en tranquilas aguas. La muerte le hirió cuando el estado de su salud parecía mejor, cuando todo peligro mortal se creía alejado por muchos años.

El ronco estampido del cañón anunció la fatal nueva a los nicaragüenses, llevando el dolor, la consternación y la inquietud de un extremo a otro de la República.

Moría el Presidente Carazo en hora inesperada, cuando no había fuerza pública bastante para sofocar un súbito trastorno y cuando el país, agitado y revuelto, preparándose

estaba para ruda lucha electoral; moría, repito, en momentos bien difíciles para una sociedad incipiente como la nuestra, compuesta de hombres en cuyas venas no corre sino que hierve la sangre.

La nación se hallaba acéfala repentinamente y con lucido armamento distribuido en tres distintas poblaciones, en que mandaban jefes militares de opiniones encontradas. La lucha habría sido inevitable en cualquier otro país que no fuera Nicaragua.

Después de honrar la simpática memoria del Presidente Carazo, los nicaragüenses todos, sin excepción alguna, dirigieron sus ojos, no a los cuarteles, ni a los jefes que los comandaban, sino a la Constitución del país, la árbitra suprema en aquella hora solemne.

El Ministro de Gobernación abrió el Código fundamental, y puesta la mano sobre el artículo 53, declaró que asumía interinamente el Poder Ejecutivo nacional y que se constituía garante del orden público, mientras se designaba conforme a la ley al sucesor del Sr. Carazo.

El Ministro de Gobernación, que es el Licdo. Dn. David Osorno, tiene también a su cargo la Cartera de Guerra, y quedó de hecho constituido en Comandante General de las Armas. Pudo en aquellos momentos declarar la República en estado de sitio por varios meses y constituirse en dictador militar, si los hijos de la tierra de los lagos fueran capaces de tolerar ese crimen y un ministro nicaragüense de pensar en semejante atentado.

Osorno ordenó el servicio de campana en todos los cuarteles, y tomadas las precauciones del caso, para alejar hasta la más remota eventualidad de trastorno, convocó para el salón de recepciones de la Casa de Gobierno a todos los funcionarios públicos, corporaciones y vecinos más notables de la capital, para que presenciaran la apertura del pleigo secreto, marcado con el número 10.

A la hora señalada, el local de la cita estaba literalmente atestado de concurrentes. El

* Documento facilitado por el investigador José Ramírez Morales, de su archivo personal.

ministro abrió una pequeña caja de madera, cerrada con llave, y sacó el pleigo, pasándolo a manos de los secretarios del Congreso, ahí presentes, y de las personas más inmediatas, para que diesen público testimonio de que se hallaba intacto.

Reconocida la autenticidad del pleigo y hecha la declaración unánime de que estaba sin abrir, el Ministro rasgó la cubierta, desdobló el pleigo y leyó con voz conmovida el nombre del Dr. Dn. Roberto Sacasa. Un grito unánime, espontáneo, sonoro y entusiasta saludó entonces la elevación de aquel hombre popular y prestigioso a la silla presidencial.

El Dr. Dn. Roberto Sacasa es uno de los nicaragüenses más simpáticos, más inteligentes y más ilustrados del país. Desde muy tierno fue enviado a Europa, y en París, en ese luminoso cerebro del mundo culto, coronó con brillo y lucimiento su carrera profesional de médico.

Es el Dr. Sacasa un personaje de hermosa presencia, de modales suaves y distinguidos, de correcta y fácil expresión, de modestia y honradez sumas y tan simpático para todos, que no cuenta con un solo enemigo. Es, para los nicaragüenses de la hora presente, algo así como el ramo de olivo, que anunció a Noé el día de bonanza; como el iris hermoso, que ilumina de pronto un horizonte nublado, para indicar que la tempestad se aleja.

Una casualidad, verdaderamente providencial, hizo que de cinco hombres insaculados, saliera precisamente el único contra quien no había odios, ni prevenciones de ninguna clase. La misma casualidad devolvió a León, la ciudad maldita por el conservatismo refractario, el poder que desde hace muchos años perdió y que nunca habría recobrado de otra suerte.

Notificado el Dr. Sacasa del alto honor que acababa de depararle el destino, contestó que se presentaría a tomar posesión en la capital, hasta el 5 del mes corriente.

Continuó, pues, gobernado el país por el Ministro Osorno, que a continuación decretó que se hicieran por cuenta del Estado los funerales del finado presidente.

Muchos de los lectores del Diario de Centroamérica ignorarán quizá, cuál es la historia del pleigo secreto de los insaculados. Paso a referirla.

Nuestra constitución política, escrita en un día de tregua, cuando estaban humeantes los escombros de nuestras incendiadas ciudades y fresca aún la sangre derramada en los terribles campos de batalla de los años de 1854, 1855 y 1856, tomó todas las precauciones imaginables para poner a salvo de la rapacidad militar el bastón presidencial. Entre esas medidas figuran la de los pleigos insaculados, para reponer al presidente en casos de falta repentina.

Antes de disolverse el Congreso Legislativo, en sus reuniones ordinarias, elige por votación

directa a cinco senadores, cuyos nombres inscribe en cinco distintos pliegos, cerrados y sellados en otras tantas cubiertas blancas, exactamente iguales. En la Secretaría existe una urna de bronce, en la cual se depositan los pliegos cerrados, agitándolos fuertemente para que se revuelvan: llámase después a un niño de pocos años y éste saca un pleigo al acaso, al que se marca con el número 1.º, cubriéndolo todo de firmas y seguridades: se procede lo mismo con los números 2.º y 3.º; y luego, tapada la urna, son reducidos a cenizas los dos pliegos restantes, hasta perder todo indicio de su contenido.

Los pliegos insaculados se custodian por el Ministro de Gobernación hasta el periodo de las nuevas sesiones del Congreso, en que los devuelve intactos al soberano, para que éste los rompa y repita la insaculación al disolverse, con las mismas formalidades.

El artículo 52 de la Constitución dice: "En falta repentina, acaecida en receso del Poder Legislativo, se ocurrirá a los pleigos de que habla la fracción 4.ª del artículo 41, y ejercerá el Poder el Senador cuyo nombre se contenga en el número 1.º, ó el del 2.º ó 3.º si por ausencia de la república o impedimento físico no pudiere ejercerlo el anterior en orden. Las funciones de estos están limitadas al tiempo del impedimento del primero o del segundo".

Los Senadores, inscritos en los últimos pleigos, fueron los señores doctores don Roberto Sacasa y don Adán Cárdenas, General don Fernando Guzmán, don Rosendo López y don José Dolores Rodríguez. La suerte, como acabamos de verlos, escogió al primero.

A las 4 de la tarde del día 2 del corriente, principiaron en Granada los funerales del señor presidente Carazo. El lujoso féretro fue sacado del coche fúnebre y llevado en hombros por las principales calles de la ciudad. Los batallones con banderas enlutadas, armas a la funerala y cajas destempladas hacían los honores de ordenanza al Supremo Jefe Militar, mientras los cañones de la plaza atronaban el espacio en señal de duelo.

La procesión avanzó solemnemente hasta las playas del Gran Lago, en cuyo muelle estaba atracado el vapor Victoria, vestido de luto, con sus fuegos encendidos, silbando lúgubrememente y haciendo los honores con su cañón de proa. Momentos después el sagrado depósito de los restos del Sr. Carazo, colocados en la tilla del mismo vapor, en una improvisada capilla funeraria.

A las once de la noche comenzó el Victoria a surcar las agitadas olas del lago, y al amanecer atracaba en el muelle de San Jorge, a dos millas de esta ciudad, donde debía ser inhumado el cadáver.

Todo el Departamento Meridional parecía haberse dado cita para aquella hora y en aquel

punto. El Victoria, con sus banderas enlutadas y a media asta, silbaba ronca y continuamente, y su cañón disparando de momento a momento, correspondía los tristes saludos de la artillería de tierra.

Llegó por fin el instante solemne. El féretro, fue sacado en brazos, la banda de los Supremos Poderes, tocaba tristemente, el batallón meridional hacia los honores militares y la concurrencia con la cabeza descubierta e inclinada, mostraba tal tristeza en los semblantes, que llenaba de opresión el pecho.

Volvía Carazo a Rivas, su tierra predilecta y en que tanto se le quiso; pero volvía ¡cómo!... Convertido en una masa de materia inerte, a dormir su último sueño en el cementerio rivense, en una pintoresca colina de donde se divisa el lago y también el mar Pacífico, que tanto trabajó por ver unidos.

El pueblo rechazó el carro fúnebre y tomando el féretro en hombros desfiló silencioso con dirección a Rivas. Momentos después la recta y ancha carretera del Gran Lago se cubría literalmente de cabezas humanas. Aquella multitud inmensa y compacta avanzaba lentamente mustia y silenciosa al compás de las destempladas cajas militares, que marcaban el paso. La artillería de Rivas resonaba también lúgubrememente en aquella hora.

A las once de la mañana del día tres, el difunto señor presidente descansaba por última vez en un enlutado salón de la que fue su morada, cuando era simple vecino de esta ciudad.

A las cinco de la misma tarde se llevó el cadáver al cementerio. Las solemnidades de este acto fueron dignas de las anteriores. Comisionados de distintas corporaciones tomaron la palabra en los momentos de la inhumación y fueron fieles intérpretes del sentimiento público.

Uno de los oradores dijo: "Ha sonado para don Evaristo Carazo, la hora terrible de la verdad. El odio de sus enemigos se alzaría desde hoy rugiente y amenazador, como el de las tempestades, para azotar su tumba y no permitir ni momento de reposo a su memoria, si ese odio existiera, pero no existe, ni puede existir jamás, porque si cometió errores, si faltas tuvo, no costó a sus conciudadanos —oidlo bien— ni una gota de sangre, ni una lágrima ni la estafa de un solo centavo.

"Administraciones como esa, que no cuestan amarguras a los pueblos, que no pesan sobre nadie, llegará un día en que las echemos de menos y en que sean para nosotros un bello ideal difícil de alcanzarse".

Tan luego se supo en León que el doctor Sacasa era el presidente de la república, la histórica ciudad pareció despertar de su largo sueño, y sacudiendo altiva su melena, se levantó grande, soberbia y compacta con los recuerdos del pasado y las esperanzas del porvenir. Salía del Calvario y entreveía su Tabor. Todos los leoneses

corrieron, lloraron de entusiasmo, a casa del nuevo presidente, y en su sala de recibo se dieron un abrazo. Clérigos y masones, conservadores y liberales, radicales y ultramodernos se unieron en un solo pensamiento, ser grandes y fuertes por la unión: desde aquel momento fueron leoneses, pero leoneses estimulados deseosos de trabajar por el engrandecimiento y la felicidad de la patria.

Los caudillos de los distintos círculos políticos de Occidente, se encargaron de acompañar constantemente al doctor Sacasa hasta el día 5. La ovación al nuevo presidente fue constante y de todos los puntos de la república; su casa se convirtió en romería; y hubo noche en que hasta la una de la madrugada, tuviera el doctor Sacasa que retirarse a dormir atendiendo a sus visitas.

El Partido Conservador de Oriente, mandó varias comisiones, de las cuales fue portavoz el señor Anselmo Hilario Rivas. Parece que este caballero externó en su discurso el pensamiento de que, siendo el doctor Sacasa hijo de conservadores, amamantado por conservadores y enrolado en las filas de éstos, tenía obligación de ser consecuente con tales antecedentes. Dicese que el doctor Sacasa estuvo pronto a contestar que, debiendo su elevación a la Providencia, no le debía nada a ningún círculo político, que mandaría con todos y sería su único norte el bien del país.

Llegó por fin el día de la partida. Veinticinco mil personas acompañaron al señor presidente a la estación de León. Se llenaron, apinándose la gente, tres vagones del ferrocarril, quedándose la mayor parte de la concurrencia por falta de cabida.

En Managua esperaban nuevas ovaciones al doctor Sacasa. En medio de todas ellas y entre el regocijo general, prestó solamente el juramento constitucional el día 5 y leyó en ese acto el manifiesto que supongo reproducirá el *Diario de Centro América*; manifiesto breve y lacónico, que termina con estas dignas palabras:

"La opinión pública es la que debe guiar a un gobernante; así es que recibiré con placer las observaciones que se me hagan; y el día que me convenza que vosotros no estáis satisfechos de mi conducta, entregaré con verdadero regocijo el poder que ahora constitucionalmente recibo, en manos de quien pueda dirigir con acierto los destinos de la Patria".

Dicese ya que los genuinos de Granada están descontentos del giro que toman las cosas, que han visto con desagrado las pretensiones leonesas y que se tocan los resortes lugareños para que reproduzcamos a los güelfos y gibelinos de Italia. Dicese también que está para caer el Ministerio y todos los principales empleados. Estos decires pudieran ser ciertos, pero de ninguna manera temibles. Nicaragua no puede retrogradar.

La cuestión de nacionalidad centroamericana está a la orden del día. El presidente Sacasa ofrece sostenerla en su manifiesto inaugural, y un periódico de Granada refiere que el ministro americano ha hablado de ella en palacio.

Ojalá que el esfuerzo del patriotismo nos devuelva la patria que perdimos en la oscura noche de nuestras miserias y tristes rivalidades.

En el centro casi de las ricas plantaciones bananeras de la costa norte de esta república, se trazó hace dos años la bonita y floreciente ciudad de Siquia, situada propiamente en la confluencia de los grandes ríos Rama y Siquia que riegan y fertilizan aquellas tierras.

La ciudad había decaído un tanto con la baja del banano y con el monopolio de los vapores fruteros, tomados por ricos empresarios; pero en estos últimos días se había salvado el inconveniente del monopolio, y la población de Siquia se levantaba de sus cenizas, como el ave fabulosa, más pujante y activa.

Cuando los moradores estaban más halagados por justas esperanzas, una lluvia continuada y abundante oscureció el sol y recreció los ríos. La corriente invadió el recinto de la ciudad y fue creciendo, creciendo y siempre creciendo, en

unas partes lentas y tranquilamente, en otras de golpe y formando gigantescos remansos hasta alcanzar la fabulosa altura de 22 yardas.

Una parte considerable de la población tuvo tiempo de huir a una colina inmediata y salvar así sus vidas. Desde aquel asilo veían pasar los infelices náufragos sus casas, sus muebles, sus animales domésticos y hasta los árboles de sus cultivos arrastrados por la turbia corriente. ¡Todo acabó!....

La catástrofe de Jonhstown se reprodujo en miniatura en las desiertas playas de la costa norte. El dolor, la desesperación de aquellos infelices lo describió con mano maestra Bolet Peraza en una de sus últimas y elocuentes revistas.

Cesó la lluvia, bajaron las aguas a su antiguo nivel y donde estaba la ciudad de Siquia apareció un pantano, sembrado de cuerpos corrompidos, apesta de ros miasmas. La malaria azotó, entonces a los sobrevivientes. Los cadáveres hallados pasaban de 32.

Tales son las últimas noticias que nos traen los diarios de la semana.

JOSE DOLORES GAMEZ

Relación del viaje del Presidente de Costa Rica, Don Bernardo Soto, a Nicaragua.

Pío Viquez (Parte Final)



V.

DE RIVAS Á SAN JOSÉ.

No fueron los cañonazos los que me dieron la señal, que éstos los había venido oyendo desde poco antes de nuestro arribo al puertecito de San Jorge; fueron el hervir de las gentes que se estrujaban en la calle con vaivén de onda, y el ruido de vivas y de cascós, y el *chiiif* de los cohetes y la detonación de las bombas, lo que me hizo salir á la esquina para presenciar la entrada triunfal de los Presidentes. Rivas y las vecindades se habían puesto en movimiento, y así marchaban los Jefes con no poca dificultad entre aquel mar de curiosos que los envolvía y disparaba sobre ellos todas sus miradas.—No ví los arcos, pero supe que los hubo en profusión, y que uno de ellos representó una escena linda. Sus lados figuraban mazorcas de cacao, que se abrieron en el instante que los Presidentes se aproximaban; y no tenían por dentro almendras, pero sí niñitas muy bien apuestas que batían banderolas. Aquí debo recordar, que cuando llegábamos

al muelle de San Jorge, una de las cosas que más llamó mi atención fué la larga fila de escolares, que con banderitas en las manos cubrían un buen trecho de la playa.— En todas partes hicieron gala los nicaragüenses de exhibir su juventud estudiosa; y tenían razón, que nada pudiera haber sido más simpático para nosotros, que la presencia de la genuina sinceridad en las ovaciones hechas á nuestro Jefe.

Vino la hora de comida, y creo que ninguno pensó en dejarla pasar en seco. Luego se hizo la distribución de piezas, y yo, que no estaba presente cuando tal se hacía, quedé fuera del gremio. Cuando se me notificó que en el hotel estaba mi lugar, pude sin embargo responder, que, sin perjuicio de ser agradecido, tenía que preferir un cuarto que estaba á mi disposición en la casa propia del Presidente Carazo. Manuel Antonio, como si hubiese previsto lo que había de suceder, se anticipó á llevarme á su casa y mostrarme el cuarto que me estaba destinado. Aparte de la dicha que tuve de escapar del hotel, que es bien malo, tuve la gran satisfacción de dormir acompañado, durante los tres días que pasamos en Rivas, del señor Ministro Castrillo y de otro amigo rivense cuyo nombre he tenido la desgracia de olvidar, á pesar de la intimidad y buena inteligencia en que estuve con él; culpa de la infundada confianza que suelo tener en mi memoria, por aquello de que á veces me deja de buen grado que registre y lea en su libro los datos que deseo. Pero tiempo es ya de que yo comprenda que la perezosa no se cuida mucho de anotar los nombres propios y las fechas. He notado que se complace más en levantar largas actas de lo que menos importa ó viene al caso; y cuando le preguntan cómo se llama fulano y cuándo sucedió tal cosa, se queda muda. Para lo sucesivo hago voto de no recomendarle nada que no sea bailes, comidas, paseos, caracteres, índoles y menudos detalles; que en tratándose de esto, ella está pronta á soltar la sin hueso y á aturrullarme con noticias que poco me importan. Ahora, nada menos, me está refiriendo cosas, que si yo á mi vez me atreviera á relatar,

daría testimonio evidente de haber perdido el juicio, de querer que mi cuento insipido sea todavía más fastidioso para el lector.

Como las gentes de los otros lugares, así se mostraron los rivenses llenos de amabilidad y cortesía para con el Jefe y su comitiva. La sala de recibo no se desocupó hasta las diez de la noche. Las autoridades, la gente principal, todos acudieron á ofrecer al general Soto sus respetos y su simpatía.

El señor Chamorro, Prefecto del departamento, hombre entrado en edad, bondadoso, fino y sencillo, pero sin nada de candidez, tuvo la amabilidad de disponer un baile en su casa, la primera noche de nuestra permanencia en Rivas, con el solo fin de obsequiar á los huéspedes recién llegados. Él en persona se dignó hacer la invitación al Presidente y sus compañeros. No pudieron, sin embargo, concurrir todos. El Jefe se sentía un poco mal, y buscó el lecho tan pronto como las visitas se retiraron.—Al día siguiente supe por medio de los señores Gutiérrez, Ulloa y Mora, que el baile había estado precioso, y que en la familia del señor Chamorro figuraban no recuerdo si dos ó más niñas, que eran una verdadera tentación para los corazones impresionables, y por lo menos un dulce motivo de contento para los apáticos. No ví las niñas, no tuve ocasión de presentarme en su casa; pero creo lo dicho, si he de tomar en cuenta que no sin causa de poderosa atracción, volvieron mis amigos á bailar la noche siguiente en la misma casa; y creo que otro tanto habrían hecho la tercera, si otra fiestecita no se hubiera interpuesto. Yo quise ver siquiera de paso la primera de esas inocentes distracciones de que me privé siempre ¡con tanto pesar!, debido á que no tengo ligereza de pies, á que sólo puedo moverme á la antigua y mal. Daba con Manuel Antonio y Rosendo López un paseo por la población, (hacía tan bonita luna) y cuando pasamos por la casa alegre, quisimos inspeccionar; pero no lo permitió el grupo apretado de gente no convidada que cerraba la puerta: también las ventanas estaban cubiertas por los curiosos de afuera. En Rivas, lo mismo que en

nuestras pequeñas poblaciones, no hay esperanza de poder bailar, sin que la turba se crea obligada á tomar parte en la fiesta, á lo menos, invadiendo puertas y ventanas; y si no me equivoco, algunas veces llevan su audacia los pie en tierra hasta querer que las señoritas más distinguidas y delicadas consientan en acompañarlos para acabar de marearse dando vueltas y revueltas al compás de la música. Costumbres propias de los pueblos en que la burda sencillez no ha sido todavía arrinconada por una línea divisoria de trazo bien hondo.—Como no podíamos pescar ni un solo reflejo de los ojos negros, azules ó garzos de las caritas de ángel almibarado, dimos unos cuantos bostezos, juntamos las manos, que se apretaron bastante y subieron á tocarnos la barba con las puntas de los pulgares, y luego calladitos y cabizbajos nos fuimos en derechura á la cama.

Sea que en Rivas no hay zancudos, chinches ó cucarachas, sea que esa ciudad es un poquito menos caliente que las otras, ó sea otra cualquiera la causa, ello es lo cierto, que esa noche y las demás dormí bastante á mi placer. A las siete de la mañana ya estaba levantado.—Tomé café con bizcochitos y luego me despedí de los compañeros de alcoba para ir á reunirme con los otros de casa. Estaban éstos todavía tendidos, pero ya empezaban á desperezarse y tomar impulso para dar el salto que, según los poltrones es el de Alvarado, y caer sobre las chinelas ó las pantuflas. No se le pegaron las sábanas al Jefe; que cuando salí del cuarto de Gutiérrez y Mora, ya lo encontré en el corredor, sentado á la mesa, listo para salir y con más razón para tomar el refrigerio matinal, como efectivamente haciéndolo estaba. Lo saludé, me saludó, me ofreció una tacita de café con leche, le dí las gracias y me despedí.

Me acompañó Mr. Biolley á dar un paseo. Recorrimos una buena parte del sur de la ciudad, y llegamos hasta una hermosa finca de cacao que por allí cerca tiene la familia de Maliaño, la más acaudalada de Rivas, y, según lo que me dijeron, tal vez de Nicaragua. Figuraos, lector, que, á ser exacto el dato, posee más de un

millón de fuertes, y calculados á precio muy bajo los bienes que le pertenecen. Pero ese capital va á ser dividido, pues con haber muerto el jefe de la casa, son varios los herederos que lo han de compartir. Los Maliaños poseen muchas fincas rurales y urbanas dentro y en los alrededores de la población. Las mejores casas son suyas, algunas tan buenas que contrastan con las demás. Pero en San José, apenas tendrían lucimiento para llamar un poco la atención.—Pues caminamos bastante por dentro de la susodicha hacienda. No la encontramos en buen estado. Parece que la sequía de varios años seguidos la tenía un poco marchita. Las fincas de Nicaragua no tienen generalmente sistema de riego: esperan que el cielo les envíe su lluvia, y cuando ésta se resiste á caer, entonces se quedan á secas y sufren gran perjuicio. Regresamos contentos de haber conocido algo, pero poco satisfechos del calorcito que nos hacía sudar á mares.

Después de almuerzo, cuando calculé que la digestión iba en buen camino, corrí á la casa de comercio de Rosendo. Hay en ella un buen baño, es decir, un gran aljibe que contiene una gran cantidad de agua que da abasto para todo el año; una tablita de pino para pararse frente á la llave; un cubo debajo de ésta, y un *guacal* de lata. Rosendo que es un buen muchacho (apenas contará unos cuarenta y pico del Tenerife de años) me condujo desde el día de nuestro arribo, á esa su casa, y puso á mi disposición el dicho baño y todo lo demás que podría serme útil y que en realidad me lo fué. Luego que hube refrescado un poco el cuerpo, cogí las calles por mi cuenta, y no regresé á la morada hasta que no hube satisfecho mis deseos de conocer toda la población.

Es ésta bien pequeña y bien sencilla. Su cielo despejado la baña en luz clarísima. Esta circunstancia y la blancura de sus casas encaladas me hicieron ver las calles llenas de alegría, á pesar del escaso movimiento.— Hay mercado, creo que de propiedad de Maliaño; poco vivo, probablemente, pues cuando yo lo visité á las nueve ó diez de la mañana, el comercio se había concluído.—

Hay un casino, algunas casas de mediana condición, y una iglesia bastante buena; pero los alrededores de Rivas son muy bonitos. Una mañana caminé por ellos bastante, como que iba bien montado y mejor acompañado, y digo que me parecieron una delicia.

No la pasamos en Rivas tan alegres como debimos haberla pasado. Los elementos para una vida llena de animación no escasearon; lo que faltó fué voluntad de parte de nosotros; la nostalgia principió allí á mordernos el alma con gran furia, y cada cual no se ocupaba sino en pensar cuándo llegaría el momento de pisar la tierra patria.

Principiaron las dudas y las vacilaciones. El General Soto había deseado desde mucho antes atravesar el lago, descender por el San Juan; y desde Greatown dirigirse á nuestro puerto de Limón. Pero sucedió que, á pesar de los esfuerzos hechos por nuestro Ministro de Hacienda para que un buque de la Mala Real pasara á San Juan del Norte con el fin de recoger allí á los viajeros, se hizo difícil conseguir el objeto. Pero cuando el Jefe se disponía á emprender el viaje por San Juan del Sur, se presentó el señor Pellas, asegurando que él se comprometía á conducirlo cómodamente hasta el puerto del San Carlos (sabemos que éste río es afluente del San Juan), desde donde podía luego proseguir á caballo la marcha hasta San José. Con esto no hubo ya que discutir más, y un día de tantos, cuyo número no recuerdo, pero sí que era del mes de julio del año que gobierna, el Jefe, previas las despedidas ó adioses de cajón, se puso en camino para San Jorge y de allí para Costa Rica, por donde Dios diera paso. Ya veremos como fué más afortunado de lo que pudo esperar; que nadie sabe qué es lo que los hados guardan para cada cual, ni tampoco puede decir *de esta agua no beberé*. Y tan evidente es esto, que el General Soto no sólo surcó las aguas dulces del lago y del San Juan, sino también las saladas del Atlántico para llegar á su tierra y á su casa.

Varias fueron las personas que hicieron compañía al Jefe hasta el puerto de San Jorge: citaré al señor Pre-

sidente Carazo, al Ministro Castrillo, á don Pedro Joaquín Chamorro y á don Anselmo H. Rivas. Los dos últimos llegaron de Granada con el señor Pellas, y siguieron con el General Soto hasta el punto donde principia el curso del San Juan. Pero el General Urtecho, veremos cómo llegó mucho más allá. El hecho de que los señores Chamorro y Rivas se hubiesen ausentado de Granada, con el sólo fin de encaminar al Jefe hasta el extremo del lago, merece ser muy considerado y agradecido.

Ahora digamos, en tanto que el señor Biolley, mi inteligente colaborador, prepara un nuevo artículo sobre el viaje del Jefe, cómo con gran sentimiento se quedaron en Rivas algunos de la comitiva. Fueron los desdichados: el cónsul don Faustino Viquez, los dos edecanes don Rodolfo Rojas y don Alberto Soto, el infrascrito y algún otro.

Confieso que todavía me dura la queja, y no contra quien decidió que yo regresara á Costa Rica por la vía de San Juan del Sur, sino contra la pícara enfermedad, que aunque bien pasadera, fué bastante para que el Jefe se determinara á no llevarme consigo, ya que todos sabían perfectamente que el camino de tierra por San Carlos era bastante penoso, y de no escaso peligro para quien no estaba en paz con la salud. Hoy me duelo con más abundancia de razón de ese incidente desventurado, pues ya sé que á haber salido de Rivas con el General Soto, habría podido divertirme mucho, conocer el lago y el río y llegar á mi casa con más comodidad que no la tuve por San Juan del Sur y Puntarenas.

Para esta mi crónica ó *relación* me habría servido de mucho ver con mis propios ojos aquella naturaleza rica que á ambos lados del San Juan, según se me ha dicho, forman la seducción más importante del viajero; haber conocido de cerca al señor Pellas, y tratado más á fondo al General Urtecho, personas de quien todos se hacen lenguas al hablar de su índole, de su educación y de la sinceridad de sus afectos. Afortunadamente, y ya lo he dicho, el amigo Biolley ha querido poner sobre sus hombros, que son de joven vigoroso, la tarea de desempeñar-

me; es decir, de formar la relación de cuanto merezca ser contado acerca del tránsito del Presidente desde San Jorge á Greatown. En cuanto al resto de la jornada, alguien se encargará de suministrarme datos, para no dejar trunca esta mi historia verdadera.

Quedé, pues, en Rivas para buscar el camino de San Juan del Sur, el día siguiente. Todo me pareció un desconcierto, una tristeza, algo semejante á una ruina en aquella casa, morada alegre de tantas personas, tan pronto como éstas se ausentaron. En dos esquinas de la sala había sendas poltronas mecedoras: Faustino ocupó una, yo ocupé otra. Mudos nos miramos un momento, como si quisiéramos decirnos con los ojos: vaya una soledad aborrecible en la que nos hemos quedado, y sabe Dios en qué tristeza nos tocará terminar un viaje que todavía es largo. Nos echamos sobre los espaldares, y cada cual se entregó á sus meditaciones. Las del cónsul no sé á que género pertenecerían. Faustino ha penetrado ya en el frío del polo; yo tengo el espolón duro y hasta mocho, y él me lleva la ventajita de una década; es algo romántico, soltero é inclinado á buscar carbón para su estufa, que ya se apaga. Con estos datos, posible sería acertar con el género de sus meditaciones.—En cuanto á mí, puedo asegurar que medité un rato sobre la muerte, sobre aquel *tuum* horrible con que el fondo de la sepultura recibe el cajón que los vivos, para evitar molestias al olfato, tratan de ocultar prontó bajo unas cuantas capas de tierra: sobre lo que habrá más allá de la última pestañeada: sobre lo aburrido de la existencia que ha gastado neciamente la mayor parte de su savia sin proveerse de colchones y de tiendas para el invierno, como doña hormiga de municiones de boca para la misma fría estación. Medité, por fin, sobre las aventuras de mi juventud: ni una sóla me hizo gracia, pero todas me pusieron tan de mal humor, que luego me levanté como galvanizado y corrí á la cantina en pos de una copa de brandi.

Torné á sentarme, y aunque el desabrimiento seguía haciéndome muecas, me dispuse á tomar nota de algunas cosas que me interesaban. Apunté en mi nuevo

librito, (ya recordaréis que el otro fué sorbido por el lago en aquel mi lance de marras) apunté, pues, el paseo que el día anterior habíamos dado á la hacienda de Maliaño, y la fiestecita con que en ella nos regalaron los rivenses. No quise dejar en la punta del lápiz que, á pesar de los amagos de la lluvia que no pasaron de ser intencionadas, nos divertimos bailando á la intemperie hasta las doce de la noche en el hermoso patio de secar cacao; y no eché en olvido aquel refresco variado y abundante, que no porque así lo era, dejó de pasar á todo escape como las ilusiones, merced á la voracidad con que fué acometido por aquella falanje sin zapatos que temprano invadió la cantina con todo el empuje de la macedónica.— Quise recordar los brindis del Presidente Soto y del General Urtecho, pero, por más que sacudí la memoria, sólo pude recoger algunas chispas de esas llamaradas del regocijo y de los afectos más cordiales.

Luego tracé otras notas sobre el paseo al cementerio. Es éste todavía un problema apenas planteado, un campo desierto de superficie varia bellamente quebrada, lleno de colinitas y de senos que convidan á morir, á la paz del sepulcro; pero la ciudad de los muertos no ofrece otro interés; está casi deshabitada, no tiene aún moradas modestas y menos palacios soberbios. Alguna cruz medio oculta entre la yerba anuncia de tiempo en tiempo, que debe hablarse muy quedo, que allí hay gente que duerme y no quiere despertar. Desde la cumbre de la colina más alta domínase un vasto paisaje, hermoso por demás. Mis ojos se deleitaron con el lago, con grupos de sus islas y con las velas que lo surcaban. Algunas cimas que alcancé á ver en el fondo Sur me parecieron costarricenses.

Dí un par de bostezos de á cuarta, que en poco me desquijaran, pero no por eso solté el lápiz ni el cuadernito, antes bien, enjugué de prisa las lágrimas, y proseguí el trabajo. No era posible dejar en olvido á don Francisco Castro, sin cometer una injusticia. Fué tan bondadoso, fué tan excelente con todos nosotros! Cuando llegamos á Nicaragua, él fué el primer costarricense

que se nos presentó: caminó casi siempre en nuestra compañía, y fueron distintas las ocasiones en que dió testimonio de su gran devoción por el Jefe.—También tomé nota de las visitas que en Managua y Granada nos hizo don Félix Pérez, otro compatriota nuestro.—Luego dediqué un grupito de dulces recuerdos á la bella y simpática Elena Ramírez, tan echada de menos en esta sociedad, y á la otra costarricense Amalia Ulloa, que fué gala de Heredia como Elena de Cartago y San José. Ambas se quejan con el dolor de la patria, pero enamoradas siempre de sus maridos, esconden pena y lagrimas en su corazón. Iba á poner punto á mis recuerdos, cuando me asaltó de repente la memoria de mi querido amigo y conciudadano Juan Rojas Román, que tuvo la dicha de ornar la corona de su juventud con una malva olorosa, crecida en la ciudad de las flores, ó sea Masaya.

Mientras yo escribía, Faustino guardaba el más profundo silencio; habríase dicho que no respiraba temeroso de incomodarme. Pero la verdad del caso es que, amigo de los sueños, se había dormido en persecución de los alitas diáfanas.—Faustino! señor cónsul! vamos, despierte usted, déjese de ilusiones, abandone el mundo de las quimeras y piense en las realidades; aprenda á ser positivista, que es lo que hace al caso: los sueños, usted lo sabe bien, no pasan de ser sueños, vacío y más vacío, Calderón lo dijo después de haber estudiado mucho; y el estómago no simpatiza con la nada: oiga, señor cónsul, es hora de comer, la señora ha anunciado que la mesa está puesta: pues, ¿no despierta usted, pues me voy, he salvado mi responsabilidad; luego comerá usted fantasmas que son tan nutritivos. Me resolví á darle un par de pellizcos y entonces hubo de despertar. Cuando llegamos á la mesa, la sopa estaba fría, y dejé escapar por entre los dientes media docena de palabras que obligaron al cónsul á restregarse los bigotes con la servilleta, á servirse de prisa las dos alas de un pollo y á mirarme de soslayo. Por lo demás, estuvo paciente como no suele parecerlo; no murmuró palabra.

Después salimos, nos paseamos un poquito. Las

tintas de la tarde herloseaban de un modo maravilloso el horizonte, y así fué que caminamos vueltos al ocaso hasta que no se desvanecieron los magníficos matices y caprichosos fantasmas, que de visiones, más extraordinarias aún, poblaban mi fantasía, tan dada siempre á lo quimérico, por mi desgracia.—Sedán, qué horrible batalla!— el historiador no ha logrado pintarla bien. Oh, yo ví estremecido; pero no pude contemplar, cerré los ojos lleno de horror. A veces me parecía que reventaban en mi propio oído, aquellas armas enemigas de la humanidad. No lo fué tanto el demonio astuto, causa de nuestra perdición. Aquellas monstruosas bocas de fuego no se contenían, y caballos y caballeros, filas enteras de soldados, y carros y baluartes rodaban por el suelo. La sangre chorreaba de las colinas y colinitas humeando, y sus vapores de púrpura manchaban el cielo balanceándose sobre los ejércitos. Pero el olor de la sangre caliente, parece que provocaba más la cólera de los combatientes. Hasta la naturaleza se vió que tomaba parte en aquel desorden espantoso; peñascos enormes saltaban de su base é iban rodando por el valle, aplastando escuadrones de infantes y caballeros. De repente un hombre se meza de los cabellos en medio de tanta ruina; es Napoleón que cae prisionero; los alemanes se apoderan del infeliz; el desastre de los franceses está consumado.—Pero todo ello pasó en un minuto, en menos de un minuto se despedazaron aquellos poderosos combatientes; el telón cayó y volvió á levantarse y nuevas y extraordinarias figuras se presentaron á mis ojos.—El mar, cruzado aquí y allá de numerosas escuadras, de buques mercantes de vela y de vapor. A veces alguna ballena prodigiosa saltaba de las ondas, y tras ella el monstruoso pez espada que quería aserrarle el vientre, y luego caían pesadamente las deformes moles sacudiendo las aguas y echándolas á vuelo en chorros gigantescos. Ví también el desierto con sus oasis, con sus pintorescas palmas, sus aduares y sus caravanas; árabes con su gran turbante, montados en camellos colosales, familias enteras sobre los lomos de elefantes que parecían montes. Y ví también ciudades nuevas

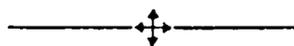
y ciudades viejas, muros soberbios, fortificaciones grandiosas como las de París, palacios de ahora y castillos arruinados; ferrocarriles y tranvías, locomotoras humeando y apagadas, muchachos vendiendo periódicos y distribuyendo la correspondencia. Hubo un momento en que pensé que estaba en Nueva York, y que la *Equitativa* y la *New York Life* se presentaban á mis ojos.

La luz iba palideciendo poco á poco, y el panorama perdía entonces muchas de sus visiones magníficas.— Todo fué desvaneciéndose hasta que ya no quedó en el horizonte sino filas de montañas estarpadas, plumizas y calvas que me hicieron recordar algunas series de montes mejicanos. Sobre uno de los picos más altos se presentó una vieja de talla de Goliat, envuelta en un manto color de ceniza, de pie y apollada en un báculo, que debía ser el tronco de una palma real. Echaba de su boca algunas chispas amortecidas y grandes cantidades de humo gris. Tenía misterio la vieja, y pensé que sería la noche que desde lo alto convocaba las sombras. Cuando ya caían éstas sobre la tierra, regresamos á nuestra morada, llevando sobre el rostro los halagos de una brisa tibia y blanda como una madeja de seda.

A las doce del día siguiente nos pusimos en camino. Aprovechamos la fresca, tuvimos talento para sacarnos suerte á los rayos más perpendiculares del sol.— Por fortuna íbamos montados en bestias no buenas, pero sí malas como otros tantos delitos. Agregó á la hora y al trote y pachorra insufribles de los animalejos, la odiosa circunstancia de ser el camino vía de condenados. Sólo después de haber atravesado por breñas más ó menos intrincadas que nos hacían guerra con bejucos y espinas y con los pantanos escondidos bajo la yerba, encontramos paso desembarazado y hasta bonito, algo que parecía ramblas enjutas de contornos indolentes; pero esta culebra tendida entre montes y colinas que daban variedad encantadora al paisaje, apenas viene á ser la tercera parte del camino: las otras dos son infernales, tan enmarañadas, que alguno de nosotros hubo de recordarnos á aquel Absalón de la biblia, con haber quedado suspendi-

do por los cabellos, hasta que no fueron escuchados sus gritos, de la punta de una rama tronchada. Cuatro horas de fatiga habían trascurrido cuando llegamos al puercecillo: no merece otro nombre aquel caserío desconsolado, y aquella ensenada pobre en extensión y abrigo.— Dos á tres casas bonitas hacen el gasto de recreo para los ojos, y nada más. Nos asilamos en un hotel lastimoso. Comimos no recuerdo qué, cualquier cosa, y luego nos echamos en las camillas, pidiendo al cielo la luz del día para salir huyendo de aquellos calabozos miserables, pero no tan cerrados que el viento y los rayos de la luna no penetraran á su antojo. La luz llegó, y llegaron las nueve ó diez de la mañana y corrimos á embarcarnos, y aquí abandono á mis compañeros y á mí mismo, á pesar de lo mucho que me estimo. El resto del viaje hasta San José, lo hicimos por el mar, en una carreta desvencijada, que tiene las apariencias de buque; y por tierra, desde Puntarenas, como es costumbre, en mulas y caballos de pacotilla.

Ahora, lector amigo, volved los ojos á San Jorge. El Presidente y sus compañeros van á ser conducidos desde allí hasta Greatown por el señor Biolley. He aquí su delicioso trabajo.—



Habíamos navegado doce horas, y era por tanto noche cuando despertamos en el Fuerte de San Carlos, ó sea en el punto donde se juntan las aguas del río Frío que se arroja en el lago y el San Carlos que sale de éste. Hasta aquí nada ocurrió digno de ser referido, como no sea la magnífica caída del sol detrás de los volcanes de *Madera* y de *Ometepe*.

Saltamos de las *tijeretas* donde yacíamos dormidos en el fondo del *Victoria*, que tal es el nombre del vaporcito, y en tanto que el día avanzaba poco á poco, me ocupé en tomar nota del paisaje que apenas se dibuja como en una penumbra, entre bruma ligerísima que refrescaba de tal modo el ambiente, que nos pareció casi gla-

cial la temperatura, no en verdad por baja, sino porque durante un mes nos habíamos acostumbrado á otra mucho más alta.

Buum!.....Los venerables cañones, pues que yo me los imagino en estado de chochez, nos dieron los buenos días tan pronto como nos sintieron, desde el fuerte susodicho. El súbito estampido de las vetustas bocas de fuego, pudo orientarme en cuanto á la situación exacta del fuerte, con más seguridad que no lo habían hecho las indicaciones de aquellos que pretendían estar al corriente de la topografía del lugar.

Cuando entraba el día echamos de ver que nuestro Victoria, buque de hélice, estaba mancornado con otro buque de vapor, "El Managua", con dos grandes ruedas colocadas á popa, que le daban aire de máquina montada en el borde del río.

Por un puentecillo de balaustrada nos trasladamos á la nueva embarcación, y entre seis y siete de la mañana nos despedimos de nuestros últimos compañeros nicaragüenses. Pero me equivoco, pues el General Urtecho siguió en nuestra compañía. Tenía que hacer en San Juan del Norte, nos dijo; pero preferimos creer que el excelente General deseaba solamente no abandonarnos. Con nosotros estuvo desde que pisamos el suelo de su país: lo conocimos al desembarcar en Corinto, y no dejamos de verlo entre nosotros hasta que definitivamente dijimos adiós al pabellón de Nicaragua. Urtecho es hombre muy natural, pero de una amabilidad delicada y de cortesía que tiene el perfume de flor rara.

Tuvimos otro compañero de viaje en la persona de Mr. Pellas, propietario de toda la flotilla de vapores que hacen el tráfico por el lago y el río, y el solo concesionario de esa línea de trasportes comerciales. Lo que Mr. Pellas fué para nosotros desde Rivas, donde nos recibió á bordo del Victoria, hasta Limón á donde fué el único que llegó con el Presidente de Costa Rica y su comitiva, no podría decirlo. La palabra no tiene bastante fuerza para significar el goce que nos hizo experimentar su amable compañía. Mr. Pellas considerándonos como

visitas y huéspedes suyos—pues el río le pertenece un poco—nos brindó á bordo y en su casa de San Juan del Norte una hospitalidad árabe. Agasajador y cortés como no es posible serlo más, y.....pero será mejor guardar silencio ya que no es fácil agradecerle lo bastante.

Prosigamos nuestro camino.

Los primeros momentos de la navegación fueron extraordinariamente deliciosos. Una brisa fresca halagaba nuestros rostros y rizaba ligeramente las aguas del río, cuya superficie brillante semejaba una placa de acero pulimentada. Pero, poco á poco el viento se desvanece; la fuerza del sol aumenta y nos obliga á descender de la plataforma superior del buque, sobre la cual nos habíamos instalado por lo pronto, en busca de sombra y de fresco sobre el segundo puente.

El sentimiento que nos animaba á todos, fué el de una felicidad y alegría perfectas. Después de tantos días de fiestas, de bailes y visitas; después de más de tres semanas de vida *oficial*, á lo menos por parte del mayor número de entre nosotros, era bien grato poder saborear muellemente *il dolce far niente*, á bordo de un vapor que descendía con reposo por uno de los ríos más bellos de la tierra.

Las orillas del San Juan, en la primera parte de su curso, se presentan cubiertas de plantas, cuyos largos follajes se balancean en los bordes del agua, y de una especie de palmeras muy escalonadas, entre las cuales levántanse también árboles de vario follaje, cuyas ramas menores y flexibles, se inclinan sobre las aguas como faldones flotantes de rico terciopelo. Cuando faltan estas cortinas naturales, preséntase en la margen un bordado de hierbas acuáticas que se extiende á lo largo como una gran cinta de verde claro en que las garzas inmóviles ó que vuelan lentamente, parecen á distancia puntos blancos luminosos. Nuestra presencia hacía de tiempo en tiempo levantar de entre las hierbas gallos de agua de plumaje metálico, que desfilaban en línea recta con gritos agudos.

La superficie del río, desde que la brisa matinal se

amodorró, tomaba el aspecto de un espejo perfectamente liso, que deslumbraba con el sol. Los solos lunares que de vez en cuando se notaban, eran producidos por las lechugas acuáticas de hojas carnosas que brillaban con el sol á manera de láminas de plata. Las islitas que á intervalos rompen la corriente, y todavía más, las curvas frecuentes del río, dan variedad al paisaje, impiden que el espectáculo sea jamás monótono.

Como ya lo dijimos, abunda una especie de palmera típica á uno y otro lado, en la primera parte del curso del río San Juan. Es un árbol de mediana altura, cuya cumbre está coronada de un ramo de palmas recordadas, unas verdes y derechas, otras color de herrumbre, que se inclinan del lado de las aguas. Un curioso de nosotros inquirió del General Urtecho el nombre de esa palmera, y el General refirió que las gentes la denominan *yolillo*, y que esta voz es una alteración de la palabra francesa *joli*, que fué oída por los nativos de boca de un extranjero que así dijo en tono de exclamación á la vista de la preciosa planta, y que luego fué repetida y española por las gentes. La etimología del General es muy ingeniosa; pero me inclino á creer, aunque de ello no estoy bien seguro, que el árbol es el *jolio* (alfonsia oleífera), que varios autores citan como muy abundante en el valle del San Juan.

Hízose provisión de leña á la entrada del río Závalos, en la orilla izquierda del río, y continuamos la marcha; nos detuvimos después en el raudal del *Toro*, poco rápido pero de una extensión longitudinal de 2,600 metros.

Nada digno de ser anotado se presentó por algún tiempo, como no hubiese sido la aparición de uno que otro *rancho*, depósito de leña ó compañero de alguna milpa, cuyo verde tierno, en hora de cosecha, llamaba por lo particular, fuertemente la atención.

La entrada de los ríos que desembocan en el San Juan, es digna de ser tomada en cuenta. Un grito de admiración salió de boca de todos nosotros cuando pasamos delante de la desembocadura de la pequeña corriente denominada Santa Cruz, en la orilla izquierda. Sus aguas

se confunden serenamente con la masa del San Juan, sombrías, casi misteriosas bajo una bóveda magnífica de ramas entretajadas, de donde caen las lianas en cordones que se columpian al menor soplo.

Entre diez y once llegamos á *Castillo Viejo*, donde un raudal del mismo nombre se opuso al paso del buque. Fué necesario trasbordar. En tanto que se verificaba la descarga del Managua y que los vagones que corren á la orilla trasportaban nuestros bagajes á bordo del Irma,—pequeño vapor de dos ruedas que esperaba al pie del rápido—ascendimos á la colina algo abrupta, en cuya cúspide se levanta el antiguo fuerte. Hacía un calor atroz; pero el deseo de ver de cerca el edificio y frente á frente aquellos cañones cuyos estampidos rodaban sordamente por el estrecho valle, nos dieron vigor para arros-trarlo todo.

El fuerte, mirado de lejos, tiene actitud soberbia; y debió inspirar profundo respeto á las embarcaciones que pasaban al alcance de sus fuegos, allá cuando las chalupas cañoneras, así como los mismos cañones, estaban á mil leguas del perfeccionamiento que tienen hoy. Compónese el fuerte de una serie de construcciones bastante vastas que circuyen otra cuadrada y almenada que constituye lo principal, y sobre la cual ondea la bandera *azul-blanca-azul* de Nicaragua. Ese baluarte, que ya cuenta doscientos años de existencia, poco más ó menos, tiene en su historia una página que bastaría para hacerlo célebre, si no lo fuera por lo que es en sí mismo. Fué tomado—no recuerdo en que año—por el gran Nelson, cuando éste apenas se encontraba al comienzo de sus gloriosos hechos de armas.

El fuerte, custodiado hoy por una pequeña guarnición, es ya una ruina, pero no deja de tener algo de pintoresco. La yerba y el musgo cubren los peldaños de las escaleras por donde se sube á las plataformas más elevadas. Algunos lienzos de la muralla están destruidos. Las almenas de la parte central están ornadas de arbustos verdes, que parecen nuncios de paz, y los lagar-

tos inofensivos, son los únicos habitantes de la mayor parte de aquella antigua fortificación.

De lo alto del fuerte, que tiene una vista soberbia, admiramos los caprichosos serpeos del San Juan, cuyas aguas en el punto del raudal hierven sobre una extensión de ochocientos metros, y calculamos la anchura del río que según parece alcanza allí á tres ó cuatrocientos metros. Blanchet dice que cuando el río tiene menos caudal de agua, su anchura en lo general varía entre ciento cuarenta y quinientos metros, y su profundidad varía entre dos y doce; ésta última es, sin embargo, con más frecuencia de cuatro á cinco.

Algunas casas, en número de cincuenta, cubiertas de hojas de maíz, bordan la vía por donde corren al pie de la colina los vagoncitos de que antes hablé.

El Irma zarpó después de medio día. Los Yolillos desaparecieron, y las márgenes principiaron á presentarse bordadas de grandes árboles cargados de parásitas y de bejucos, todo lo cual forma una masa compacta de verdura sombría, en medio de la cual se yerguen como delgadas columnatas de mármol, los troncos blancos de los guarumos.

La navegación llegó á ser un poco difícil á causa de los rápidos, que son numerosos. El más violento es el de Machuca, que pasa á la derecha del pequeño islote, de aspecto encantador, que se denomina *el Diamante*, contra el cual, según se nos dijo, hace algunos años se estrelló un buque. Viene luego el peligroso paso del Infiernito, donde las piedras obstruyen el lecho. Con la mayor prudencia navegamos allí por un canal estrecho y sinuoso, pero ya fuera del peligro volvimos á encontrar las aguas tranquilas, que apenas se turbaban á nuestro paso.

Ninguna vida sobre aquellas ondas, fuera de ciertos pajarillos pintados de blanco y gris que de tiempo en tiempo pasaban rozando la apenas movible superficie de las aguas. En vano interrogamos á los troncos de árboles tendidos á lo largo de la ribera: el silencio y la soledad respondían; ni un pequeño caimán.

Verdad que la hora era poco propicia para las distracciones de esos interesantes animales. La tarde se desvanecía y con esto el paisaje iba tomando un carácter más grave y misterioso, y las emociones que su contemplación despertaba en nosotros eran más íntimas y más poéticas.

El cerro de San Carlos se levanta de improviso cubierto de grandes árboles cuyo follaje comienza á perderse en la sombra, y más de uno de nosotros, fijos los ojos en aquella mole, reflexiona probablemente que allí está la tierra de la patria, la tierra cuna de todas las dulces afecciones.

Volviendo los ojos al río, parécenos que la vegetación de las orillas es más frondosa, el agua más profunda y la corriente más majestuosa. Gracias á los recordos frecuentes y bien pronunciados creemos á cada instante que vamos entrando en un circo enorme de paredes formadas por la masa de árboles que se reflejan en las aguas y nos circundan; masa oscura pero á trechos adornada por los últimos rayos del sol con bandas anaranjadas y grandes estrellas de oro.

Pasada la última curva, llegamos al punto donde el San Carlos, de aguas más verdes, se arroja en el San Juan.

Sólo un rancho hay sobre la orilla costarricense, pero un rancho en fiesta. Su propietario prevenido de nuestra llegada, decoró su cabaña de palmas, frutas, espigas de flores rojas, y acompañado de dos ó tres vecinos, nos acoge con alegre salva de fusilazos. El Irma se orilla apenas, cuando nosotros saltamos á tierra, experimentando no se qué dulce emoción al pisar ese suelo que ya podíamos apellidar costarricense. Encontramos allí un árbol de pan, un naranjo, un limonero y un guayabo, tan cargados de frutas, que sus ramas se doblaban en desaliento, lo que prueba con abundancia de razón la riqueza del terreno. Creo que apenas alguno de nosotros se abstuvo de morder y gustar por amor al suelo natal, alguna naranja, limón ó guayaba verde.

Pero nuestro buque tenía que proveerse de leña,

y así tuvimos que reembarcarnos de prisa para ir al depósito que estaba un poco lejos. La descarga nos ocupó una buena parte de la noche. No teníamos luna, pero el cielo estaba magníficamente estrellado. Como entonces tuvimos la buena fortuna de no ser inquietados por los mosquitos, nos tendimos en las *tijeretas* con un placer puro, producto natural de la más agradable navegación, y del contento que nos daba la idea de que pronto nos encontraríamos en nuestros queridos hogares.

Despertamos en el punto de bifurcación del San Juan, ó sea allí donde una gran parte de su caudal se echa en territorio de Costa Rica para formar el río Colorado. La luna rayó á eso de la media noche, y el Irma se aprovechó de ella para continuar su camino. Deplo-ro no haber visto esa parte de camino, sobre todo, la confluencia del Sarapiquí y el San Juan.

El Capitán del Irma, á quien preguntamos cual sea la longitud total del río, la calcula en ciento sesenta millas del fuerte de San Carlos á San Juan del Norte, dividiendo esta distancia del modo siguiente: cuarenta millas del Fuerte al Castillo, cuarenta del Castillo á la boca del río San Carlos, y de aquí á la mar ochenta próximamente. Otros calculan esa distancia en ciento ochenta y dos kilómetros. Nosotros no decidiremos si la razón está de parte de los capitanes ó los ingenieros, gentes ambas muy dignas de crédito siempre que no yerran.

Otra cuestión se presentó. Del punto donde el Irma está amarrado vemos perfectamente la desviación de aquella parte de aguas que forma el Colorado y el gran delta de la desembocadura del San Juan. Que la mayor masa de éste entra en el Colorado, por territorio de Costa Rica, está fuera de duda. Pero se trata de saber en qué proporción se dividen las aguas. Unos opinan que se desvían las cuatro quintas partes, otros que las siete octavas. Nos inclinamos al último cálculo, tanto más cuanto que pudimos comprobarlo mediante el reconocimiento que hicimos luego de ambos brazos.

Cerca del punto de bifurcación es donde podrían emprenderse los trabajos de distribución de aguas por i-

guales partes, que haría tal vez nuevamente navegable en cualquiera estación el brazo del San Juan. Decimos *tal vez* porque para poder llenar de nuevo el lecho del río, habría que desembarazarlo antes de la enorme cantidad de arena y materiales de todo género que acumulados día á día, hoy casi lo tienen obstruído. Los trabajos de bragaje así como la construcción del dique enorme que tuviera por objeto forzar parte de las aguas del Colorado á seguir por la madre del San Juan,—violentando además el curso natural que aquel río ha elegido libremente por el curso poderoso de su caudal,—estos trabajos, digo, constituirían una obra colosal practicable sin duda por los ingenieros modernos, pero seguramente erizada de dificultades materiales, muy larga y muy costosa.

Abandonamos el Colorado para entrar un momento en el Caño Bravo, que nos evita una curva del río, y entonces tenemos la fortuna de descubrir de tiempo en tiempo algún caimán que se calienta al sol. Y es lo cierto que ya íbamos teniendo duda de la existencia de ese anfibio, con motivo de no haber encontrado ejemplar ninguno el día anterior. Los disparos con que saludábamos al que se presentaba lo distraían un poco de su siesta, pero no pareció que les causaran mucho enojo á esos animales las balas que se aplastaban en sus escamas.

Divertidos así, llegamos casi hasta la mar, ó bastante cerca á lo menos para poder distinguir perfectamente la barra del río, que nos pareció un poco alta, y después de una parada de algunos minutos, mientras visitamos el rancho de una familia alemana, establecida desde largo tiempo en la boca del Colorado, enfilamos un canal de agua casi negra que nos condujo á la laguna de Samaï. Ambas orillas del canal ostentan las mismas maravillas de vegetación que no dejamos de admirar atrás. La laguna propiamente dicha, no es muy ancha y está bordada del lado derecho hasta la mar, de un gran potrero de zacate muy verde y muy tupido, á la extremidad del cual elévase una buena casa con todas sus dependencias. Algunos altos cocoteros se yerguen á la orilla del agua y en torno á la casa.

A pesar del placer que experimentábamos recorriendo caños y lagunas, fué necesario pensar en el regreso. Volvimos, pues, á remontar el Colorado, y á las dos de la tarde nos encontrábamos de nuevo en el punto de bifurcación.

Al salir de Rivas se había convenido en que después de visitar la desembocadura del Colorado, regresaríamos á la confluencia del San Juan y el San Carlos, para subir por éste último río, ya en buquecito de vapor, ya en canoa hasta el muelle, y seguir de aquí á San José por tierra.

Con no poca angustia pensábamos en el resto del viaje. Si hemos bajado el río en dos días, no gastaremos menos de otro para volver al San Carlos, y de su desembocadura hay que contar por lo menos cuatro ó cinco al muelle: esto decíamos con notable tristeza: muy agradable ha sido conocer el río como lo hemos hecho en el Irma, pero es muy probable que no tengamos igual placer pasando largos días mientras se sube penosamente por el San Carlos. Los cálculos y estas consideraciones nos ponen en el caso de escuchar las propuestas del General Urtecho que nos compromete á acompañarlo hasta San Juan del Norte, donde; quien sabe? podremos encontrar tal vez un navío anclado que se decida á repatriarnos conduciéndonos en algunas horas á Limón. La perspectiva de tan dichoso suceso nos halaga bastante para que dudemos largo tiempo. En camino, pues, para San Juan del Norte.

Ahora es cuando podemos hacer la comparación de los dos brazos que forman el delta del río. Nuestro buque cala apenas diez y ocho pulgadas, y, no obstante, corre con frecuencia el peligro de encallar; tan poca cantidad de agua sigue teniendo el San Juan. Notad que estamos en la estación lluviosa, un poco seca fuera de costumbre,—es verdad—y que en el verano el nivel de las aguas ha de bajar más todavía. Grandes bancos de arena se presentan sucesivamente cerrando el lecho, y el fondo plano del Irma, revuelve el fondo del río diversas ocasiones.

También las márgenes cambian de aspecto. Están cubiertas principalmente de grandes cañas cuyos penachos secos dan un carácter particular al paisaje. Se ven también pequeñas palmeras y plátanos; de tiempo en tiempo algún árbol grande de ramas cargadas de nidos de oropéndolas que parecen frutas enormes. Sobre ambas orillas hay muchos *ranchos*, pero también muchas fincas abandonadas á consecuencia del mal estado del río.

Al cabo de tres horas, más ó menos, de agradable navegación, descubrimos, primero la mar y un navío cuya presencia nos llenó de lisonjera esperanza, después las graciosas casas de madera, de San Juan del Norte, empavesadas y brillando al sol. Para llegar al punto de desembarque tuvimos que dar una multitud de vueltas, siguiendo el curso del río que serpea á través de una extensa llanura de terrenos de aluvión que ocupa hoy el sitio de lo que fué en otro tiempo el vasto puerto de la ciudad. Los terrenos, naturalmente senagosos, están cubiertos de yerba y de grandes helechos cuyas frondas esporíferas, brunas dan un aspecto de chamusco al llano, sobre el que vagan algunas bestias.

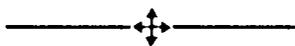
Hémos ya en San Juan del Norte, ciudad que se parece algo á Limón, aunque más grande. Basta media hora, para notar que su comercio está en plena decadencia.

He terminado. ¿Será preciso que hable todavía de la hospitalidad de Mr. Pellas, de aquella solicitud con que se empeñó para conseguirnos pasaje á bordo del *Warrior*—buque que divisamos al momento del arribo? Será preciso que diga cómo pasamos la barra, y cuáles fueron nuestras emociones agradables de la última jornada, y aquellas más gratas del instante en que pusimos el pie en nuestro suelo de Limón?.....

Esta última parte del viaje apenas podrá tener escaso atractivo para el lector, que la ha oído referir cien veces desde el día en que, llenos de regocijo por el regreso, le dimos precipitadamente nuestros brazos en la estación de San José, cuando toda la población estaba allí reunida para festejar dignamente la vuelta del Jefe

Supremo de la Nación, de uno de sus Ministros amados, y de los más ilustres representantes de la tierra fértil y hospitalaria de Costa Rica.

Permítasenos añadir una palabra de puro agradecimiento. Hemos hablado de las atenciones que el señor Pellas tuvo para los viajeros durante la navegación hasta San Juan del Norte. Pero debemos agregar que el excelente empresario dejó á su cuenta todos los gastos de conducción. Gratis fué también nuestro viaje de San Juan del Norte á Limón. El Gobernador de aquel puerto tuvo la delicadeza de anticiparse á cubrir el precio de nuestros pasajes. Tampoco debo dejar en olvido las exquisitas muestras de aprecio que el Jefe costarricense recibió de parte de las autoridades y vecinos más importantes de la población desde el momento de su llegada hasta el de su partida.



CONCLUSIÓN.

El trabajo del señor Biolley ha completado mi obra. Hemos llegado á Costa Rica, el señor Presidente ha pisado el suelo de Limón, y el viaje está concluído.—Cierto que el recibimiento que se le hizo, principalmente en esta capital, es asunto que ofrece mucho interés.—Pero sobre eso, que ya no es cosa perteneciente al viaje, se han hecho publicaciones extensas que insertaré en el apéndice. Considero que nada hay que agregar á esta relación, y que antes bien podría quitársele mucho que la prolonga sin gracia é inútilmente. He escrito de prisa, y apenas he tenido tiempo para entregar mis cuartillas al operario tan pronto como las ha soltado la pluma. Si peligroso es dar á la estampa un trabajo corto, sin haberlo examinado muchas veces, (el consejo de Horacio es excelente) el peligro sube de punto cuando se trata de una producción que casi es de largo aliento, siquiera

por su tamaño. La explicación no me excusa, pero tampoco la hago para que ella me gane indulgencias. Si mi trabajo es malo, si no tiene cosa que se pueda leer, ya sé que ningún pretexto podrá salvarme. Mas como quiera que sea, yo puedo decir que escribí como suele hacerlo cualquiera otro que no tiene pretensiones de escritor, ni esperanza de ganar fama.

- Bibliografía Centroamericana -

Arqueología de Meso y Centroamérica

Peabody Museum*

MESOAMERICA

MAYA — GENERAL

Richard E. W. Adams

The Ceramics of Altar de Sacrificios

1971. 308 pages, 4-color frontispiece, 107 figures, 26 tables, 11 charts
Peabody Museum Papers, vol. 63, no. 1

William R. Bullard, Jr., editor

Monographs and Papers in Maya Archaeology

1970. 502 pages, 367 figures, 2 tables
Peabody Museum Papers, vol. 61

G. B. Gordon

Researches in the Uloa Valley and Caverns of Copan

1898. 56 pages, 13 plates, 2 maps, illustrations in text
Peabody Museum Memoirs, vol. 1, nos. 4-5
(Kraus)

G. B. Gordon

The Hieroglyphic Stairway. Ruins of Copan

1902. 38 pages, 18 plates, 26 figures
Peabody Museum Memoirs, vol. 1, no. 6 (Kraus)

G. B. Gordon and E. H. Thompson

Prehistoric Ruins of Copan, Honduras

1896. 48 pages, 9 plates, map, illustrations in text
Peabody Museum Memoirs, vol. 1, no. 1 (Kraus)

Norman Hammond

Lubaantun: A Classic Maya Realm

1975. 500 pages (est.), 154 figures, including many maps
Peabody Museum Monographs, no. 2

Samuel K. Lothrop

Metals from the Cenote of Sacrifice

1952. 140 pages, 39 tables, 114 figures
Peabody Museum Memoirs, vol. 10, no. 2 (Kraus)

Teobert Maler

Researches in the Central Portion of the Usumatsintla Valley

1901. 75 pages, 26 figures, 33 plates
Peabody Museum Memoirs, vol. 2, no. 1 (Kraus)

Teobert Maler

Researches in the Central Portion of the Usumatsintla Valley. Part II

1903. 130 pages, 42 figures, 47 plates
Peabody Museum Memoirs, vol. 2, no. 2 (Kraus)

* El PEABODY MUSEUM, adscrito a la Universidad de Harvard, es uno de los museos más ricos del mundo en Arqueología Americana. La biblioteca adjunta al mismo tiene valiosos materiales sobre meso y centroamérica, por lo que consideramos de interés dar a conocer en esta sección de "Bibliografía Centroamericana" los títulos incluidos en el Catálogo de libros del PEABODY MUSEUM, para el año 1975.

Teobert Maler

Explorations of the Upper Usumatsintla and Adjacent Region

1908. 52 pages, 18 figures, 13 plates, map
Peabody Museum Memoirs, vol. 4, no. 1 (Kraus)

Teobert Maler

Explorations in the Department of Peten, Guatemala, and Adjacent Region: Topoxte; Yaxha; Berique Viejo; Naranjo

1908. 74 pages, 22 figures, 30 plates
Peabody Museum Memoirs, vol. 4, no. 2 (Kraus)

Teobert Maler

Explorations in the Department of Peten, Guatemala, and Adjacent Region: Motul de San José; Peten-Itza

1910. 42 pages, 2 plates
Peabody Museum Memoirs, vol. 4, no. 3 (Kraus)

Teobert Maler (no. 1)

Explorations in the Department of Peten, Guatemala: Tikal.

1911. 92 pages, 17 figures, 28 plates
Alfred M. Tozzer (no. 2)

Prehistoric Ruins of Tikal, Guatemala

1911. 42 pages, 30 figures, 2 plates
Peabody Museum Memoirs, vol. 5, nos. 1-2

R. E. Merwin and G. C. Vaillant

The Ruins of Holmul, Guatemala

1932. 103 pages, 31 figures, 1 color plate
Peabody Museum Memoirs, vol. 3, no. 2 (Kraus)

Tatiana Proskouriakoff

Jades from the Cenote of Sacrifice: Chichen Itza, Yucatan

1974. 218 pages, frontispiece, 4 4-color plates, 86 full-page halftones, 36 full-page drawings, 15 figures
Peabody Museum Memoirs, vol. 10, no. 1

Jeremy A. Sabloff and William L. Rathje, editors

A Study of Changing Pre-Columbian Commercial Systems: Cozumel, Mexico

176 pages, 38 figures, 2 maps
Fall 1975. Peabody Museum Monographs, no. 3

Frank P. Saul

The Human Skeletal Remains of Altar de Sacrificios: An Osteobiographic Analysis

1972. 123 pages, frontispiece, 44 figures, 24 tables
Peabody Museum Papers, vol. 63, no. 2

A. Ledyard Smith

Excavations at Altar de Sacrificios: Architecture, Settlement, Burials, and Caches

1972. 282 pages, 85 figures, 11 tables
Peabody Museum Papers, vol. 62, no. 2

Maya — Archaeology

Robert E. Smith
The Pottery of Mayapan, Including Studies of Ceramic Material from Uxmal, Kabah, and Chichen Itza
1971. Two parts, 455 pages, 75 figures, 43 tables, 3 charts
Peabody Museum Papers, vol. 66, nos. 1 and 2

Herbert J. Spinden
Maya Art
1913. 308 pages, 286 figures, 29 plates, map
Peabody Museum Memoirs, vol. 6 (Kraus)

Herbert J. Spinden
The Reduction of Mayan Dates
1924. 286 pages, 62 figures, 4 plates
Peabody Museum Papers, vol. 6, no. 4 (Kraus)

E. H. Thompson
Explorations of the Cave of Loltun, Yucatan
1897. 22 pages, 8 plates, illustrations in text
Peabody Museum Memoirs, vol. 1, no. 2 (Kraus)

E. H. Thompson
The Chultunes of Labna
1897. 20 pages, 13 plates, illustrations in text
Peabody Museum Memoirs, vol. 1, no. 3 (Kraus)

E. H. Thompson
Archaeological Researches in Yucatan
1904. 20 pages, 11 figures, 3 color plates, 6 plates
Peabody Museum Memoirs, vol. 3, no. 1 (Kraus)

Alfred M. Tozzer
A Preliminary Study of the Prehistoric Ruins of Nakum, Guatemala
1913. 60 pages, 54 figures, 23 plates
Peabody Museum Memoirs, vol. 5, no. 3 (Kraus)

Alfred M. Tozzer
Chichen Itza and Its Cenote of Sacrifice: A Comparative Study of Contemporaneous Maya and Toltec
1957. 316 pages, frontispiece, 709 figures, 27 tables, index
Peabody Museum Memoirs, vols. 11–12

Gordon R. Willey
The Artifacts of Altar de Sacrificios
With a Section on Animal Remains by Stanley J. Olsen
1972. 275 pages, 233 figures
Peabody Museum Papers, vol. 64, no. 1

Maya — Codices and Hieroglyphs

Gordon R. Willey
The Altar de Sacrificios Excavations: General Summary and Conclusions
1973. 85 pages, 2 maps, 1 chart
Peabody Museum Papers, vol. 64, no. 3

Gordon R. Willey, William R. Bullard, Jr., John B. Glass, and James C. Gifford
Prehistoric Maya Settlements in the Belize Valley
1965. 589 pages, 319 figures, 6 tables; 36 charts boxed
Peabody Museum Papers, vol. 54

Gordon R. Willey, Jeremy A. Sabloff, Evon Z. Vogt, and Frank P. Saul
The Maya and Their Neighbors, 1974: A Symposium
1975. 40 pages, 7 figures

Gordon R. Willey and A. Ledyard Smith
The Ruins of Altar de Sacrificios, Department of Peten, Guatemala: An Introduction
1969. 49 pages, 20 figures, 1 map
Peabody Museum Papers, vol. 62, no. 1

Gordon R. Willey, editor
Excavations at Seibal, Department of Peten, Guatemala
No. 1. Gordon R. Willey, and others
Introduction: The Site and Its Setting
1975. 56 pages, 29 figures, maps
No. 2. Jeremy A. Sabloff
Ceramics
1975. 261 pages, 436 figures
Peabody Museum Memoirs, vol. 13, nos. 1–2

George D. Williams
Maya-Spanish Crosses in Yucatan
1931. 250 pages, 47 plates, 107 tables
Peabody Museum Papers, vol. 13, no. 1 (Kraus)

MAYA — CODICES

Ernst Förstemann
Commentary on the Maya Manuscript in the Royal Library of Dresden
1906. 221 pages, 10 figures, 1 plate
Peabody Museum Papers, vol. 4, no. 2 (Kraus)

William E. Gates
Commentary on the Maya-Tzental Codex Perez
1910. 64 pages; 2 plates, illustrations in text
Peabody Museum Papers, vol. 6, no. 1 (Kraus)

Carl E. Guthe
A Possible Solution of the Number Series on Pages 51 to 58 of the Dresden Codex
1921. 31 pages, 1 plate
Peabody Museum Papers, vol. 6, no. 2 (Kraus)

Paul Schellhas
Representations of the Deities of the Maya Manuscripts
1904. 47 pages, 65 figures, 1 plate
Peabody Museum Papers, vol. 4, no. 1 (Kraus)

Alfred M. Tozzer and G. M. Allen
The Animal Figures in the Maya Codices
1910. 100 pages, 24 figures, 39 plates
Peabody Museum Papers, vol. 4, no. 3 (Kraus)

Robert W. Willson
Astronomical Notes on the Maya Codices
1924. 46 pages, 6 figures, 9 plates
Peabody Museum Papers, vol. 6, no. 3 (Kraus)

MAYA — HIEROGLYPHS AND LINGUISTICS

Ian Graham

The Art of Maya Hieroglyphic Writing

Catalogue of an exhibition, with introduction and full descriptive and historical notes
1971. 63 pages, 40 illustrations, 1 map
Peabody Museum Exhibition Catalogue

Ian Graham

Corpus of Maya Hieroglyphic Inscriptions

Fall 1975. Volume 1: Introduction to the Corpus
1976. Volume 2, part 1: Naranjo
Peabody Museum Press

John A. Graham

The Hieroglyphic Inscriptions and Monumental Art of Altar de Sacrificios

1972. 123 pages, 60 figures, 5 tables
Peabody Museum Papers, vol. 64, no. 2

Yuri V. Knorozov

The Writings of the Maya Indians

Translated by Sophie Coe; Tatiana Proskouriakoff, collaborating editor
1967. 152 pages, catalogue of graphemes, 15 plates
Russian Translation Series, vol. IV
(AMS Press) library \$14.50, paper

Alfred M. Tozzer

A Maya Grammar, with Bibliography and Appraisal of the Works Noted

1921. 301 pages
Peabody Museum Papers, vol. 9 (Kraus)

B. L. Whorf

The Phonetic Value of Certain Characters in Maya Writing

1933. 48 pages, frontispiece, 13 figures
Peabody Museum Papers, vol. 13, no. 2 (Kraus)

CENTROAMERICA

Michael D. Coe

La Victoria, An Early Site on the Pacific Coast of Guatemala

1961. 162 pages, 12 figures, 49 plates, 18 tables
Peabody Museum Papers, vol. 53, (Kraus)

John M. Longyear, III

Archaeological Investigations in El Salvador

(Research Project #10 of the Institute of Andean Research under the sponsorship of the Co-ordinator of Inter-American Affairs)
1944. 90 pages, 30 figures, 15 plates
Peabody Museum Memoirs, vol. 9, no. 2 (Kraus)

Samuel K. Lothrop, and others

Coclé: An Archaeological Study of Central Panama. Part I. Historical Background Excavations at the Sitio Conte, Artifacts and Ornaments

1937. 327 pages, 291 figures, 4 color plates, maps
Peabody Museum Memoirs, vol. 7 (Kraus)

Samuel K. Lothrop, and others

Coclé: Part II. Pottery of the Sitio Conte and Other Archaeological Sites

1942. 292 pages, 491 figures, 3 color plates
Peabody Museum Memoirs, vol. 8 (Kraus)

Samuel K. Lothrop

Archaeology of Southern Veraguas, Panama

1950. 116 pages, 150 figures, 10 tables
Peabody Museum Memoirs, vol. 9, no. 3 (Kraus)

Samuel K. Lothrop

Archaeology of the Diquis Delta, Costa Rica

1963. 142 pages, 82 figures, 51 plates, 8 tables
Peabody Museum Papers, vol. 51 (Kraus)
Central America — Archaeology

Doris Stone

Archaeology of the North Coast of Honduras

1941. 103 pages, 99 figures
Peabody Museum Memoirs, vol. 9, no. 1 (Kraus)

Doris Stone

Arqueología de la Costa Norte de Honduras, Spanish edition

1941, reprinted 1975. 103 pages, map, 5 structural drawings, 94 halftones
Peabody Museum Memoirs, vol. 9, no. 1

Doris Stone

The Archaeology of Central and Southern Honduras

1957. 135 pages, color frontispiece, 38 figures, 46 plates
Peabody Museum Papers, vol. 49, no. 3 (Kraus)

Doris Stone

Pre-Columbian Man Finds Central America: The Archaeological Bridge

1972. 231 pages, 4-color frontispiece, 240 halftones and drawings, 5 maps, 2 chronology charts
Peabody Museum Press Paper \$8.00 Cloth

Gordon R. Willey and Charles R. McGimsey

The Monagrillo Culture of Panama

With an Appendix of Archaeological Marine Shells by Robert E. Greengo
1954. 158 pages, 34 figures, 12 tables, 20 plates
Peabody Museum Papers, vol. 49, no. 2 (Kraus)

Agradecimiento
Azúcar San Antonio
First National City Bank
Embotelladora Milca
Compañía Nacional de Seguros
Supermercado La Colonia
E. Chamorro y Cía. Ltda.
La Prensa
Jabón Prego
Gracsa
Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica

FIGURILLA DE CABEZA
ABIERTA
Estilo Olmecoide
Período Bricame, 200-300 D.C.
Nicaragua



En esta meditadora figurilla precolombina no se advierte en verdad la titanica concentracion del "El Pensador" de Rodin... Los trazos más bien evocan la somnolento laxitud de los Budas. Sin embargo, no asoma a los ojos mongoloides la interior mansedumbre de Gotana; en su frustrado entorno pugnan la resignacion y el animo insatisfecho. El oido atento pareciera recoger, fragmentados, los ruidos de un "divino y eterno rumor mediterráneo".